

Luciérnagas

[Ana María Matute](#)

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

A los dieciséis años salió de Saint-Paul, creyéndose el centro del mundo. Pero el mundo resultó distinto a todo lo que ella aprendió a temer o amar. Ojeando su cuaderno escolar, podía evocar nueve años largos y casi inútiles de internado. El cuaderno tenía tapas rojas, y en la primera página había escrito, con letra grande y picuda:

NOMBRE: Soledad Roda Oliver

Nunca la llamó nadie Soledad. Recordaba que este nombre le había parecido ajeno, distante. Siendo muy niña, le sorprendió saber que Sol —tal como la llamaban todos— era como un disfraz, un bello y luminoso fuego que ocultaba aquella palabra oscura: Soledad Y tenía miedo.

El cuaderno continuaba:

INGRESO EN SAINT-PAUL: dos de octubre de mil novecientos veintisiete. Y, sin embargo, cabían para ella muchas cosas en estas palabras. Cosas lejanas, confusas y pueriles.

Terribles y concretas cosas de niña. Voces anchas y lejanía. Aquellas palabras traían a la memoria las hojas de los libros, aún unidas en los cantos. Tenía seis años, y con manos torpes rasgaba el papel mientras mordía la fina cadena que llevaba al cuello, con una medalla redonda, de oro. Era muy tímida, y le daba vergüenza decir en voz alta la lección. Dentro del pupitre había formado, con cuadernos y libros una ciudad maravillosamente complicada. Pero ella nada sabía de las ciudades, ni siquiera conocía aquella en que había nacido. Qué difícil de imaginar, entonces, que era posible reducir a escombros parte de una ciudad, en unas horas.

Alguna vez, calle arriba, vio niños desarrapados.

Niños sucios, con costras en la nariz y descalzos, que pedían limosna. Estos niños le eran apartados rápidamente, y Sol no suponía que fuesen hermanos de alguien. Su hermano, al que veía durante las vacaciones, era un niño rubio, limpio. Se llamaba Eduardo, solamente tenía un año menos que ella, jugaban juntos. Su hermano era más guapo que ella, porque se parecía a su madre. Y su madre, entonces, era la única madre posible.

El verano, en aquella época, parecía un trozo de paraíso. Se acababa el colegio, las lecciones mal aprendidas, la severa disciplina de las monjas Iban a un pueblo de la costa, a una casa de paredes encaladas y postigos azules, con arena en el jardín, que crujía bajo los pies y se metía dentro de las sandalias. El día estaba lleno de oro, de un oro ardiente que inundaba los ojos, la boca. Se buscaba la sombra, y la sombra era verde, con frescura mojada, como polvo de agua. Los niños que tenían cara de hermano se sentaban al lado, daban la mano, se metían en el mar hasta la cintura y el pecho, querían aprender a nadar. Lloraban o se reían con dientes menudos, blancos. Por la tarde, en carritos pintados de rojo, tirados por pequeños asnos, se vendían helados de color de rosa, de color limón, en unos sombreritos de barquillo. Sol, Eduardo y los otros niños hundían los dientes en el hielo, y el hielo sabía a color de rosa y a color limón. También estaba la tarde, llena de bicicletas. Con sus ruedas grandes, brillantes. La bicicleta, para Sol, iba unida al recuerdo de las manos del padre. El padre tenía manos morenas, y ella sabía, milagrosamente acaso, que la bicicleta la compró papá. Las ruedas de la bicicleta y las manos del padre, parecía que le empujaban, rápidas, por la carretera oscura, entre la doble fila de árboles. Y aquella oscuridad era a un tiempo brillante.

Papá, yo he llegado el primero... Papá, yo he llegado antes que nadie... Por la noche, las sábanas herían su piel quemada. Los padres, altos y bronceados, besaban siempre antes del sueño. Entonces surgía una figura entrañable, una figura de la que no se habla, cercana y anodina, insustituible. Era María, la niñera. María, que parecía mentira fuese madre de alguien —aquella frente con tres largas arrugas, aquella pelusa en las mejillas y encima del labio—. Cuando María le abotonaba el vestido, Sol le curioseaba el cuello, y le sacaba siempre, de puro sabido, un medallón que llevaba colgando, caliente, sobre el pecho. Las pequeñas manos nerviosas, preguntonas, lo abrían. Dentro había un mechón de cabello de aquel hijo que tuvo, y le mataron en la guerra de África. Sol no podía imaginarlo. Aquel hijo era sólo una sombra. Como si hubiera sido siempre un soldado, como si hubiera sido siempre un muerto.

¿Cómo te llamaba? Dime, anda, ¿cómo te llamaba?... María, sonreía triste, inclinada, y vaciaba de arena el interior de las sandalias infantiles.

CONCLUYÓ SU EDUCACION EN SAINT-PAUL: quince de junio de mil novecientos treinta y seis. Sol, con el cuaderno entre las manos, pensaba en lo que había consistido aquella educación. Ciertamente logró dominar a medias su torpeza de movimientos, sus manos demasiado nerviosas. Sabía escribir correctamente, con letra delgada, pulcra.

Recitar, con cierto énfasis, poesías francesas. Dibujar flores y paisajes con corzas y cipreses. Pero continuaba negada al mundo de los números, casi como el primer día de colegio. Sus notas en Matemáticas habían sido siempre lamentables. Sin embargo, en Historia y Geografía consiguió incluso diplomas, prolijamente adornados con cenefas de rosas, y algún lacito del que prendía una medalla de aluminio.

Aun así, al cabo de aquellos nueve años, seguía sintiéndose insatisfecha, curiosa. En aquel tiempo había muchas cosas que le despertaron interés. Pero raramente llegó a conclusiones que la satisficieran.

A veces pensaba que de los pueblos de la tierra apenas sacó nada en claro más que las manchas verdes y amarillas de los mapas y las fechas de las batallas. Preguntaba, preguntó mucho, sin lograr la respuesta deseada. No querían responder, o no sabían.

Acaso, se dijo, la Historia vivía en otra parte, no en la que ella aprendió. Tantas cosas se agitaban dentro de una vasta zona de sombra, desconocida, presentida. Se interrogaba, quería saber qué oscuras razones empujaban a los que deseaban suprimir las fronteras o en quienes vivían del contrabando. En los que morían defendiendo un cuadrado de tierra bajo sus pies, y en los que se sentían extranjeros en el mundo. Creía adivinar un anhelo constante, en todos los seres de la tierra. Pero no había respuesta a sus preguntas. Ni para el amor, ni para el odio. Y en aquel tiempo no tuvo nunca hambre, ni podía imaginarla siquiera.

Alguna vez se quedaba quieta, con la frente apoyada en el marco de la ventana. El jardín del colegio, ancho y arenoso, con sus palmeras y sus plátanos grises, se poblaba fantásticamente de seres. Si habían llegado hasta ella imágenes poéticas —halladas con el asombro de un descubrimiento, en la biblioteca del colegio, revisada y supervisada— desfilaban por su imaginación, enigmáticos y terribles, aquellos personajes que las protagonizaban. Jesucristo, Viriato, Catalina de

Rusia, Napoleón, César Borgia, Rasputín, eran deformados y preferidos, alucinantes y alucinados personajes para ella. Aquel hombre que a golpes de knut condujo millares de almas hasta las riberas de un río para que con las uñas excavaran el asiento de una ciudad, le obsesionaba. Se preguntaba qué se propondrían y qué serían aquéllas.

Los fríos libros de texto no le explicaban cómo iban vestidos, qué comían, cómo se pudieron divertir, qué pensaban o sentían.

También aprendió algo de música. Pero no conocía el dolor más que de nombre. Cristo fue dolor, pero Cristo, aun en el suplicio, le era presentado con largos tirabuzones y ceñidor de raso bordado.

Una vez más —tenía trece años— se escabulló al jardín, entre dos clases, y acercándose a la parte trasera del huerto de las monjas, trepó a la tapia para mirar al exterior, para contemplar, ensoñadamente, por sobre los solares, el contorno borroso y violeta de la ciudad, el mar lejano al fondo, como una cinta de luz. Algo llamó más poderosamente su atención.

En la tierra polvorienta del solar vecino, entre la hierba amarilla y rapada, alguien había encendido una fogata. Junto a las llamas, dos hombres desastrados, sucios, despellejaban un gato muerto. Algo se decían, algo turbio y confuso, que les hacía reír a carcajadas. Luego, uno de aquellos hombres sacó una navaja de las profundidades de su chaqueta, destripó al gato, lo ensartó en un palo y empezaron a tostar su carne, rojiazul. Una náusea le subió a la garganta cuando bajó de allí. Aún resonaban al otro lado las palabras y la risa de aquellos hombres. Le pareció que tenían quemada la voz, y se fue con el eco de sus risas dentro. La Historia, los hombres, eran algo más, mucho más, que la fecha de una batalla. Los pueblos, más complejos que las limpias y concretas manchas de color de los mapas.

ESTATURA: 1,62.

Creció mucho en Saint-Paul. El espejo le ofrecía la imagen de una criatura delgada, ambigua. Largas piernas, cuello alto, talle espigado. El cabello en trenzas le despejaba la frente, blanca y suavemente combada. Alguna vez pensó que su frente era media cúpula, radiante, hermosa. Estaba orgullosa de su frente. No de sus ojos, ni de la expresión de su boca, dura y cerrada como una pequeña concha. Ni de su cuerpo, un poco desgarrado, indolente y nervioso a un tiempo dentro de aquel uniforme azul marino con el cuello blanco, impoluto. Cuando sonreía, sus dientes brillaban como cuentas de cristal. Le gustaba soñar, y llegó un tiempo un poco triste, que dejaba pequeños vacíos en el alma. Se perdían

cosas, y las que se ganaban traían más frío. Todos los menudos misterios se desvelaban poco a poco, a su alrededor. Las monjas hablaban mucho, entonces, de los peligros del mundo. Y cada vez que una de aquellas veladas y turbias verdades aparecía Sol experimentaba una delgada decepción. Las otras alumnas de su edad acostumbraban a cuchichear y adoptar aires de suficiencia. Ella permanecía un tanto fría alejada de estos conciliábulos. Tal vez —se decía— todo en la vida es un poco estúpido. Algo impalpable la acercaba irremisiblemente al mundo de las personas mayores, a sus padres. No era sólo el cariño, ni el deseo de protección, lo que la atraía. Por primera vez se paraba a observar, a meditar, desapasionadamente. Los padres ya no eran los dioses. Los padres tenían defectos y, cosa extraña, ella los amó más. Por eso se sentía más atraída hacia su padre, porque era imperfecto, porque se parecía más a ella. La madre todavía quedaba lejana, más admirada, tal vez, pero no tan entrañable. Un día, viendo a su padre en la playa, con su pantalón corto y la calva achocolatada brillando al sol, sintió una súbita vergüenza.

Su padre se llamaba Luis Roda, y en aquella época contaría algo más de cuarenta años. Era dueño de unos talleres de fundición, que constituían el patrimonio de los Roda desde hacía tres generaciones.

Sol no pudo nunca saber si realmente él amaba aquel trabajo, a pesar de que en ocasiones se lo había preguntado. El hecho de haberlo heredado no le parecía motivo suficiente para ello. Pero su padre, como todos los que la rodeaban, eludía esta clase de preguntas. Era un hombre alto, delgado, pero de una gran fuerza física. Sol lo recordaba ágil, sanguíneo y violento, con la piel de un moreno cobrizo. Le parecía un ser contundente y tozudo. Recordaba su risa sana, fuerte, el olor a loción y tabaco que emanaba.

Le gustaba saber que ella tenía su mismo color de ojos, su modo de mirar, directo, inquisitivo. Sol se reconocía, con honda y cálida emoción, en la torpeza nerviosa de su padre. La frente de su padre era alta indómita. La frente de Sol parecía un corcel encabritándose. Creció lo justo para llegar con ella, sin ponerse de puntillas, a los labios de su padre. Sentía una gran curiosidad por él, por su vida, su mundo: Papá —le decía—, llévame un día a la fundición. Quiero ver cómo es. A veces, oyó decir a su padre que en cada uno de los hombres que allí trabajaban mantenía a un enemigo personal. Luis Roda movía la mano como espantando nubes invisibles y decía que ella nada tenía que hacer allí, que no le gustaría nada verla en aquel lugar. Sol se preguntaba, entonces, que si no le resultaba grato su trabajo, si lo aborrecía. ¿Por qué no eligió otra profesión? El hecho de que los talleres pertenecieran antes al abuelo no le parecía suficiente motivo para que les dedicara su esfuerzo. Ante estas reflexiones, su padre se reía

un poco de ella, le pellizcaba la nariz y le daba tironcitos de las trenzas. Era evidente que su padre hallaba un placer hablando con ella, cogiéndola por la cintura y escuchándola.

Incluso aquellas preguntas que no respondía, con frecuencia le hacían sonreír. Pero no la tomaba en serio. La cogía con su mano grande y morena por el cuello, levantaba su cara hasta él y decía que tenían los mismos ojos, la misma boca curvada, los dientes blancos y grandes, el pelo negro y lacio, como la crin de un potro. Pero tú —le decía con voz dulce, fuerte y cálida— eres una princesa. Como cuando tenía cinco años, intentaba sentarla en sus rodillas.

El día que cumplas dieciocho años, te compraré un vestido de estrellas y, como un rey, daré un baile en tu honor. Ya verás: te cortarás las trenzas y te peinarás de otro modo, ¡pero siempre hacia atrás, para que todo el mundo vea tu frente bonita! Para que todos vean que te pareces a mí. ¡Y se acabó el colegio, los libros, el uniforme! Iremos al Liceo y tus amigas te verán conmigo y dirán: ¡Qué padre tan joven, parecen hermanos!... Sol sonreía. Pero algo se le quebraba dentro. Algo desconocido, vagamente sentido, como una inconcreta esperanza. ¿Y después?... ¿Después?, decía. ¡Ah, después! A su padre no le gustaba hablar de más allá. Vagamente, decía:

Pues no sé..., te casarás. ¡Pero no hablemos de esto, no me gusta! Aún falta mucho tiempo. Ahora sólo pensamos en la princesa bonita.

Desde aquel punto, en cambio, empezaban los proyectos para Eduardo. Parecía ser que el futuro le correspondía a Eduardo. Su hermano era ya un muchacho serio y callado, frío. Estudiaba en los Jesuitas. Inútilmente, durante las vacaciones, Sol intentaba acercarse a él. Había algo impalpable, como una helada cortina, que los separaba. A Eduardo nadie necesitaba decirle que moderase sus ademanes, su voz, sus pasos. Al contrario, Sol pensaba que daban ganas de darle un empujón de descomponerle un poco el gesto. Mirándole, mientras comían, Sol reconocía que tal vez era una tenue envidia lo que le hacía desear pincharle con un tenedor. Si le pinchase saltaría, es seguro. Parece mentira: todas estas personas tan serias, tan serenas, saltarían si se las pinchase con un simple tenedor. En el fondo, no existen personas serias, moderadas, llenas de calma y suavidad. Es un dominio adquirido que, luego, se va al diablo con un simple pinchazo.

Después reconocía que pensaba tonterías y se tenía un poco de lástima. Cogía la mano de Eduardo, por debajo del mantel, y él la rechazaba. Era quieto, huraño. No demostraba un interés excesivo más que por los caballos. Los estudios le

aburrían y sus notas costaban mas de un disgusto a su padre, que tanto parecía esperar de él. Sol no sabía nada de su corazón ni de sus pensamientos. Entonces, todas las preguntas de Sol se volvían hacia la madre. Le insinuaron que con el tiempo, se convertiría en una mujer semejante.

¡Igual que su madre! ¡Dios, se decía, cuántas cosas habían de cambiar! Íntimamente le invadía un hondo desfallecimiento, una dilatada pereza.

Su madre era rubia, hermosa. Nunca le sorprendió un gesto excesivo. Respiraba serenidad. Solía besarles en la frente y, mientras fueron muy niños, en las palmas de las manos. Se llamaba Elena, vestía impecablemente y era dulce, alta, armoniosa, y Sol descubrió un día que no era muy inteligente. Lo sospechaba, pero no quería decírselo a sí misma. Sin embargo, emanaba un algo tierno, que atraía. Cuando la veía guardar un silencio digno, prudente y, en ocasiones, hasta interesante, Sol comprendía que no tenía nada que decir. Con inexplicable ternura, la veía escribir en una agenda cosas pequeñas, domésticas y sentía ganas de abrazarla y de parecersele. Usaba siempre un lápiz de oro, regalo de papá, que tenía sus iniciales grabadas en un extremo. Si Sol la comparaba con las madres de otras chicas era un poco a la antigua. No fumaba, solamente se pintaba los labios, y no le gustaba llamar la atención. Eso sí, adoraba las joyas y solía enseñárselas a su hija a solas, con un puntito de gula en los ojos. Pero eso le daba incluso un aire un poco infantil, ilusionado.

No acudía a reuniones o fiestas si no era acompañada de su marido y, entonces, se arreglaba con esmero, sabiéndose bella. Era también muy cumplidora de los preceptos religiosos. Pero su religión era sencilla, empapada en una fe ciega, totalmente alejada de las terribles dudas que empezaban a atormentar a Sol, a clavarle sus agujas. Por esto, quizá, era por lo que inspiraba mayor respeto a su hija Sol, posiblemente, quería más a su padre, pero hacia su madre la empujaba un sentimiento admirativo, como si no se considerase digna de ser su hija, por su indomable curiosidad, su corazón asaltado e inquieto, sus vagos temores, azuzándola inesperadamente.

Dios —decía la vocecilla negra que la atormentaba—, yo no seré como ella, no seré así. Sin embargo, Sol crecía sin otra perspectiva que la de convertirse en una mujer semejante. A veces, pensaba que seguramente su madre se aburriría un poco. A menudo, Elena le decía: Cuando te cases.... Y, con ello, los proyectos para el futuro de Sol comenzaban en boca de su madre en el mismo punto en que acababan para su padre. No sabía por qué, todo aquello se le antojaba demasiado sencillo, demasiado perfecto para ser real. Tal vez no soy buena.

Empezaba a asomarse a demasiadas cosas, y parecía que alguien —que todos, acaso— intentaban esparcir niebla a su alrededor. Quizá no puedo ser tan buena como mi madre, se repetía, llena de zozobra. Pero en el colegio, en casa estaba prohibido pensar, bajo peligro de caer en el pecado.

Y entró en una extraña zona de miedo, donde Dios se había convertido en un Ser implacable, cruel.

Aprendió profundamente a tener miedo de Dios.

CABELLO: negro.

No era negro. El último año de colegio se cortó las trenzas, y al tenerlas en la mano se dio cuenta que parecían entretejidas con lenguas de fuego.

Tenía el cabello sedoso y lacio. Al andar, se mecía suavemente, con un brillo resbaladizo. Oscuro, junto a las sienes, como una sombra intensa, el sol le arrancaba una luz viva, súbita.

Entró en la edad de la sed, de los sueños de perfección, de las sacudidas puerilmente místicas. Sentía hambre de belleza, y aquel invierno se enamoró de Jesucristo. Era la época de las súbitas tristezas y la alegría inmotivada, del egoísmo feroz y de la piedad. En la capilla de Saint-Paul, naciendo entre mil sombras, había un Cristo enorme, con goterones de sangre pintada. Por primera vez, Sol descubrió que no sabía nada de Él y leyó los Evangelios apasionadamente, para imaginar su voz. De pronto, amó la condición humana de Jesús y le admiró por haber nacido, por verle allí clavado. En un raptó interior escribió una plegaria, voces nuevas que le hablaran de Él. Pero Mere Colette se la arrojó al fuego, escandalizada, y le obligó a copiar cien veces un sencillo Padrenuestro.

—¡Hereje! —dijo con el ceño fruncido—. Criatura mala, rebelde. Usted parece ser hija de uno de esos desgraciados que queman los templos del Señor. El mundo está perdido. ¡Las jovencitas de buena familia escribiendo oraciones heréticas! Si aún fuese usted alguna de esas desgraciadas de la otra casa a las que ha faltado una madre que las enseñase a rezar...

La otra casa era un edificio adjunto a Saint-Paul donde se daba educación gratuita a muchachas pobres. Siempre que cometían alguna falta, las comparaban con aquellas niñas. Sol las recordaba, entrando por una puerta estrecha, por la calle pequeña, mal vestidas, con una bolsita de la merienda. A veces, si la pelota se escapaba al otro lado de la tapia, alguna voz decía: Ha saltado al lado de las pobres.

O, si era al revés, si una pelota gris y despellejada —la desechada el curso anterior por las de la casa grande— llegaba al jardín, todo el mundo sabía de quién era. Otro mundo, otra raza.

Para Sol, en aquellos momentos, casi todo lo de la vida era confuso.

—¡Que el Señor la perdone!— continuó Mere Colette, agitadísima—. Usted está perseguida por el diablo. Vaya a la capilla y ore como los cristianos al Señor, para que Él le devuelva su fe.

Sol se alejó, pensativa, con el corazón oprimido.

Si pido fe a Dios, es que tengo fe. No comprendo a quién se puede pedir fe, cuando no se tiene.

Estas cosas la turbaban, se exponía, con sus indagaciones, a ser llamada hereje. Y, tristemente, reconocía que algo de verdad había en las palabras de Mere Colette, cuando decía que ella no merecía ser hija de Elena. Oscuramente, con una gran angustia, se temía dentro de aquella ancha sombra donde se apretujan y gimen los que están al lado izquierdo de aquel Dios que le habían enseñado a temer, sin comprenderlo. Con un terror íntimo y profundo, sabía que, no lejos de su ciudad, había hombres que incendiaban templos. Por el Colegio parecía extenderse una ola de miedo. Las Madres estaban nerviosas, desapacibles. Llegaban extraños relatos de las externas. Sí, había unos hombres que quemaban templos. Sol tenía miedo, se sabía distante, fuera de todos: de los de dentro y de los de afuera. ¿Dónde había un lugar para ella? De aquellos hombres lo ignoraba todo, al igual que de los seres con quienes había de convivir. No sabía por qué razón alguien determinado podía odiar un templo. Pero tampoco le explicaron en Saint-Paul qué significaba un altar.

OJOS: grises.

Tal vez sí eran grises. Lo cierto es que parecía llevar ceniza caliente entre los párpados. Sol sabía que la traicionaban, que sus dudas y su miedo estaban en sus ojos. Sus afectos, su indiferencia, su curiosidad y sus decepciones. Claros y brillantes, parecían, a veces, sobrevelados por un ave negra que dejase caer su sombra, errando en un círculo extraño, hasta resbalar al fondo de sus pupilas. Entonces, pensaba que vivir era peligroso, terrible. Los proyectos tiernos, dulces, de su padre parecían desplazados y absurdos. Incomprensibles e imposibles. En Saint-Paul las palabras eran muy otras, y cada vez más insistentes, cercándolas con más intensidad cuantos más años cumplían y más se

aproximaba el día de enfrentarse a la vida. Se dejaba dominar, como sus compañeras, por aquellas amenazas que, constantemente, las prevenían del mundo: falso, traidor, irremisiblemente condenado. Se temía entonces a sí misma más que a nadie, y le repugnaba el cuerpo humano, el amor humano, oyendo y leyendo historias de vírgenes martirizadas. El odioso mundo al que eran arrojadas sin piedad todas las criaturas la llenaba de perplejidad respecto a Dios, su creador. Todo se le hacía de pronto contradictorio, monstruoso. No lo podía comprender, pero se guardaba de preguntar. Hablaba poco y no tenía ninguna amiga verdadera. La llamaban huraña y antipática.

Las Madres la tenían secretamente señalada, dejándose decir alguna vez que era una criatura acechada por el diablo, con la cabeza llena de malos pensamientos y poca fe en el corazón.

Con una desvelada angustia, no exenta de cierta rebeldía, intuía marcada, como Caín, indefensamente empujada hacia algo que, aunque desconocido, la aterraba. En estas ocasiones intentaba con todas sus fuerzas escapar a sus pensamientos, olvidarse de todo. Entonces, cerraba los ojos y se repetía: No pensar. No pensar. No pensar. Luego miraba largamente, obsesivamente, su reloj de pulsera, regalo de la Primera Comunión, y escuchaba el tictac del tiempo. No pensar. No pensar. Debía existir, en cualquier parte, un lugar donde se pudiera descansar, limpio, puro, lleno de paz. Tenía que haberlo. Y se sonreía con una inconcreta nostalgia de cosas futuras, o tal vez huidas sin conocerlas. Eran éstos unos momentos como transcurridos entre dos mundos, suspenso, en blanco y casi feliz.

Llegó el mes de junio. En octubre reanudarían el próximo curso, que sería el último de su vida en Saint-Paul. Aquéllas eran sus últimas vacaciones de verano.

Los exámenes de Eduardo fueron un desastre. Eduardo se hizo más alto que ella en poco tiempo. Tenía la piel dorada, con un rubio centelleo en los brazos. Era ágil y pausado a la vez, y nada parecía conmover su serenidad. Hablaba muy poco y jamás de temas que le concernieran directamente; parecía guardar celosamente el mundo de sus pensamientos al resto de la familia, a su padre en particular, a quien no se parecía en absoluto. Es hermético decía Luis Roda con impaciencia. Sol, que sentía una gran ternura hacia su padre, se apenaba viéndole preocupado por Eduardo. Su hermano iba apareciendo a sus ojos como una criatura abúlica, desafectiva y egoísta. Si amaba a alguien, este amor no se adivinaba en absoluto, ni por su actitud ni por sus palabras.

Claramente, marcaba una gran distancia entre sus familiares y él. Es antipático —se decía Sol, mirándole—. Comprendo que, si no fuese mi hermano, no me

costaría nada decir que es muy antipático. A veces le llamaban por teléfono algunos muchachos, condiscípulos, invitándole a reunirse con algún motivo. Siempre rehusó, y si alguno fue a verle, hizo decir que no estaba en casa. En una ocasión en que Sol entró en su cuarto inesperadamente, le vio esconder un grueso libro de tapas rojas. Sol para no molestarle, salió en silencio, experimentando un débil desprecio, suponiendo que leía algún librote pornográfico de los que se exhibían profusamente en los quioscos de las Ramblas. Más tarde, cuando casualmente cayó en sus manos, vio que se trataba sencillamente de una vida de Cristo. Eduardo la guardaba en el fondo de un cajón de libros.

Los suspensos de Eduardo entorpecían los proyectos de veraneo de la familia, porque el chico debía estudiar durante las vacaciones para poder examinarse en septiembre. Oyó decir a su padre que si iban a la playa, como todos los años, Eduardo no estudiaría. Las regatas y el patín le sorbían el seso. También Elena era de la misma opinión, y estuvieron unos días dubitativos y malhumorados. El único que no se preocupaba era Eduardo. Indiferente, se dedicaba a dar puñetazos en el puchingball instalado en su cuarto de estudio, como si todo lo que se debatía a su alrededor no tuviera nada que ver con él.

Sol le contemplaba, curiosa y pensativa. La verdad es que somos un par de hermanitos poco simpáticos, se dijo. Se daba cuenta de que vivían retraídos, hoscos, aunque fuese de distinta manera. El porqué, la llenó de preocupación. Y, por primera vez se dio cuenta de que no se conocían, de que vivían aislados. Siempre hubo algo, también, que les separaba de sus padres, desde niños: la niñera, el colegio... El caso es que, casi, casi, vivir con los padres era un poco como estar de visita. Ella amaba mucho a su padre, admiraba a su madre, pero no les conocía. Algo de esto, tal vez, le ocurría a Eduardo. Tal vez en el colegio era distinto. A lo mejor resulta que tiene vocación religiosa, pensó. Y casi creyó haber acertado.

Al fin, un día, Luis Roda halló la solución del veraneo. En el colegio de Eduardo había un profesor de matemáticas que, cuando algún alumno debía repetir alguna asignatura, al concluir el curso enviaba a los familiares del chico su tarjeta, ofreciendo sus servicios durante los tres meses de verano. Aquel año la recibió Luis Roda, que pudo leer en ella: Ramón Boloix, Pensión X, calle Z, Barcelona. Luis Roda decidió hablar con él. No estoy dispuesto a que me estropees las vacaciones —dijo a Eduardo—. Te irás al campo a estudiar. A casa de la abuela, vigilado por un profesor.

Tras la entrevista con Ramón Boloix, Luis Roda apareció muy satisfecho, como quien se quita un peso de encima. Todo estaba resuelto tal como había proyectado.

Pocos días después, llamó a Sol, la atrajo hacia sí y, levantándole los párpados con el dedo, le examinó los ojos. Luego los huesos tras las orejas. Echó hacia atrás los hombros.

—Estás pálida, delgada —le dijo—. Has crecido demasiado. Tendrás que ir también al campo; verás cómo te gusta y qué guapa vienes en octubre. Tienes que hacerte tan bonita como mamá.

Empezó a hablar con entusiasmo del sol, del aire y del aroma de la montaña. Del clima seco y del aceite de hígado de bacalao. Sol le escuchó en silencio. No le importaba demasiado lo que se decidiera de su veraneo. Y, por otra parte, nunca fue a la montaña. En el Norte, la madre de Elena poseía una hermosa finca, donde la abuela vivía solitaria durante todo el año. Sol oía a veces hablar de ella, había visto su retrato y leído alguna de las cartas que les escribía con letra vigorosa, un poco hombruna.

Así, se decidió su partida. En tanto, aquel verano sus padres se decidieron a dar aquella vueltecita por ahí, que consistía en visitar Francia, Suiza e Italia. Programa ya viejo y a menudo comentado, del que Sol creyó siempre poder participar. Por eso, al recibir distintas postales de París, Zurich, Ginebra y Milán sentía una rara amargura y un gran desencanto, como si la hubieran defraudado en algo mucho más grande que un simple viaje. Ésta fue la primera vez que perdió confianza en su padre —muchas veces él le explicó cómo harían juntos este recorrido— y, por ello, algo insustituible huía de su corazón. Sintió, más que nunca, aquella extraña y sutil lejanía que la separaba de sus padres. No, no es el viaje lo que me importa, se decía repetidamente.

El viaje a la montaña fue largo, pero tranquilo. Les acompañaba Ramón Boloix, el profesor. Era un hombre de aspecto sencillo, con la voz gratamente queda.

Tendría unos cuarenta años. Les explicó que también él nació en la montaña. Amaba los bosques y entendía y conocía todos los árboles. Nada de lo que decía —y bien a las claras notó Sol que procuraba, sobre todas las cosas, aparecer amable— parecía interesar a Eduardo, que se mantenía en un silencio distanciado y orgulloso. Veía correr el paisaje tras la ventanilla del tren y no prestaba atención a las palabras del profesor.

La casa de la abuela, enorme, en plena naturaleza, distaba un kilómetro del pueblo. De tres cuerpos, con dos grandes patios, en sus cuadras coceaban aún cinco hermosos caballos, porque el abuelo fue amigo de galopadas. El paisaje umbrío, húmedo, no se parecía en nada a las descripciones que de él hiciera Luis Roda.

Dentro de la casa hallaron a una anciana menuda, blanca y negra, que les besó sin efusión. Inmediatamente, Sol comprendió a quién se parecía Eduardo:

Aquella fría mirada de los ojos azules, aquella dureza en la boca egoísta, bella. También la abuela lo notó. Lo atrajo más hacia sí y dijo:

—Te pareces a nosotros. Pero no eres tan guapo como tu madre. Ni siquiera como ninguno de tus tíos Te pareces más a mí.

La mano de la abuela era pequeña y blanca, pero llena de fuerza. Sol la sintió rodear su muñeca con cierto desagrado. La anciana la miraba.

—Tus ojos no son de mi familia— dijo simplemente. Pero Sol comprendió que aquello era un paso atrás en el afecto de la anciana.

Los dos días siguientes, Sol recorrió la casa, solitaria, llena de curiosidad. Miraba el techo, las vigas anchas y barnizadas, las ventanas de madera labrada y los clavos relucientes de las puertas. Descubrió entonces que sólo estaban limpias y bien pintadas las habitaciones de la abuela. El resto de la casa permanecía mohoso y triste. Especialmente las dependencias de los criados, gente lacónica y dada a la melancolía. Eran perezosos, se lavaban poco, bebían aguardiente ..Y no amaban a su señora. Cazaban a escondidas en el coto y asaban las piezas cobradas ocultándose entre los árboles. Sus hogueras clandestinas enrojecían a grandes borrones la niebla de los bosques.

De las habitaciones de la abuela partía una pasarela, como un puentecillo, tendida sobre una estrecha calle de piedra. Aquel pasadizo de hierro, con una tupida cortina de hojas verdes y frías, conducía a un pequeño jardín. Allí, la anciana cuidaba rosales que no lograban nunca florecer con esplendor.

La abuela decía que de aquella tierra brotaban mejor los hombres que las plantas.

Eduardo y Ramón Boloix se alojaron en el ala opuesta a la de la abuela. A Sol, en cambio, la acaparó e introdujo en sus habitaciones. Ella tenía la sensación de

una especie de secuestro. Desde los primeros momentos, la abuela empezó a hacerle sentir su autoridad y rigidez. No le permitía salir sola ni siquiera al jardincillo adyacente. La tenía constantemente a su lado, obligándola a leer en voz alta, a hacerle compañía, a rezar. La abuela, en aquellas habitaciones, vivía rodeada de objetos antiguos: grabados, jarrones, urnas de cristal con santos mofletudos y descoloridos, quinqués de bronce... Las ventanas permanecían casi siempre cerradas, con la luz espesada por gruesos visillos. Allí dentro, la atmósfera se hacía caliente y viciada. La abuela tenía muchos rosarios. De madera, de nácar, de plata y de oro. Cada uno de ellos contenía indulgencias tan fabulosas, que Sol pensó que excitaban a ponerse a pecar rabiosamente, durante años y años, para después darse el gusto de limpiarse el alma en un cuarto de hora. Y se dio cuenta de que de estas cosas la abuela tenía un criterio especial y, para ella, desconcertante. La abuela, que tan severa e intransigente se mostraba para ciertas materias, por otra parte se presentaba como un ser desatado y voraz, lleno de glotonerías físicas y espirituales. Era avara, amaba los objetos de oro, comía con gula. Los días de vigilia eran los que el menú resultaba más satisfactorio. Se hacía traer especialmente de la costa las más hermosas langostas, lubinas y mariscos. Observaba rigurosamente la vigilia durante todos los viernes del año, resistiéndose a comprar bulas. Su mesa era abundante, esmerada, pródiga en salsas y buenos vinos. Bebía poco, pero siempre de botellas empolvadas y selladas, que abastecían su bodega. Las llaves de ésta las guardaba celosamente dentro de una caja, en su armario, y cada vez que habían de ser utilizadas las entregaba ceremoniosamente al anciano Pedro, el único que contaba con su plena confianza.

La abuela era miedosa. A menudo, Sol se sobresaltó, oyéndola despertarse de madrugada, agitada.

Siempre creía que llegaban ladrones, que venían a asaltar su casa y robar sus vinos y sus joyas. Guardaba en el armario la vieja escopeta del abuelo, cargada con bala. Una vez, al oír ruidos en la puerta del patio, la tomó y salió a la ventana. Sol la siguió con una mezcla de miedo y risa. La anciana, menuda y vigorosa, con su larga y blanca vestidura y su cofia, ofrecía un raro aspecto, arma en ristre. Se volvió a Sol con los ojos brillantes y le dijo:

—Vivimos en tiempos agitados. Satanás anda suelto en la aldea, en el campo y en la ciudad. Las personas decentes debemos defendernos... Cualquier día, esos hijos sin madre vendrán a prender fuego a mi casa. ¡Pero yo arderé viva, después de matar a todos los que me sea posible desde esta ventana!

Sol, a su pesar, sintió una extraña admiración por la anciana. No le gustaba, incluso había algo en ella que la repelía, pero existía en sus palabras, en su mirada, un algo incommovible, de una pieza, que moriría o viviría en bloque, sin disgregarse jamás. En cambio, ella se sabía hecha de menudas piecitas, cada una girando en un mundo, contradictorias, inquietas.

Las oraciones de la abuela eran interminables y muy complicadas, hasta el punto de que Sol añoró la sencillez de aquel Padrenuestro que le impusiera Mere Colette. Según la postura del que rezaba, aumentaba o disminuía el valor de la plegaria. Así lo decía la abuela, con voz baja y supersticiosa. Tú no sabes rezar, añadía. También estaba escandalizada porque en el colegio no la habían enseñado a bordar. ¡Qué colegios!, se lamentaba. No eran como en sus tiempos. Abría entonces un arca tallada, y, entre olor a tomillo y espliego, fue mostrándole viejas mantelerías de hilo amarillo y duro, llenas de puntadas. Todas estaban sin estrenar. Sol bostezaba y se frotaba un pie contra el otro.

Un día, la abuela le enseñó las fotografías de sus hijos. Tuvo diez. Todos vivían aún, y ninguno abortó en su seno, explicó con orgullo. Nueve varones rubios, de ojos azules, y una sola mujer: Elena. La anciana guardaba celosamente estas fotografías. Sin embargo, nada decía de su marido. Sol, enseguida se interesó por él. ¿Y el abuelo?, preguntó. Entonces, la abuela buscó en el fondo de la caja, luego en un cajón y, al fin, le mostró con indiferencia una fotografía pequeña, amarillenta. Sol vio a un hombre de cara sonriente y melancólica, con grandes bigotes curvados.

—En aquella época, ¿éste era un hombre guapo?—le preguntó.

Pero la abuela sólo dijo:

—Era un hombre sano.

Abandonó la foto al fondo del cajón, con gesto distraído, y volvió a hablar de los hijos como de sí misma. Con orgullo y entusiasmo. Tuvo hijos. Tuvo hijos. Sol se estremeció, oyéndola. Había una extraña gula en sus palabras. Sus hijos, unos tras otros, todos vivos. Diez hijos... Sol imaginó a su abuela como una mezcla de vaca y de loba, con sus pasos ladinos con su mirada fría y estúpida. Sus cachorros estaban esparcidos por la tierra. Uno vivía en Francia dos en América, otro en Alemania... Y ella se sentía soberbia, sabiendo que la semilla de su pequeño cuerpo se extendía como una epidemia por el mundo.

—¿Y el abuelo? —insistía Sol, con una vaga angustia. Pero el abuelo tuvo muy poca importancia para la anciana. A fuerza de preguntar, obtuvo lacónicas

noticias de él: cazaba, bebía y le gustaba mucho hablar con los jornaleros en las largas tardes del verano. Murió de una pulmonía, hacía mucho tiempo.

Así, poco a poco, Sol empezó a sentir una irreprimible antipatía por su abuela, o por algo impalpable y desconocido que emanaba de ella, de sus plegarias, de aquellas finas tacitas de porcelana que le enviaban sus hijos desde otros países. Al mismo tiempo, desapareció su repugnancia por el cuerpo humano. Casi insensiblemente, huían de ella escrúpulos y ciertos temores que la invadieron últimamente en Saint-Paul. El verano entraba, violento, lleno de perfume a bosques y tierra regada, por las ventanas de la abuela. El verano y sus cien gritos silenciosos, agudos, taladrando las paredes, iluminando las sombras de la habitación con tintes de fuego. Sol descubrió que amaba todo aquello que contuviese un soplo de vida, por débil que fuera. Era grotesco —pensaba— aquel cariño súbito por el bosque de hojas húmedas, por aquel pobre perro aullante que seguía la vía del tren. Pero real e irremediable.

Una tarde, a la hora de la siesta, la abuela dormía y, desde la ventana, Sol oía el ruido del agua cayendo del caño de la fuente hasta las piedras. En el calor de las tres de la tarde, ella imaginaba el agua, las piedras brillantes y mojadas, el oscuro surco abriéndose paso en la tierra seca. Tuvo deseos de romper aquellos objetos que sofocaban la habitación. De empezar a golpes, hasta hacerlos añicos, con todas las porcelanas y las urnas de cristal. Deseó escapar, deslizarse al suelo por la pasarela de hierro y huir al campo. No a la montaña, sino al campo, que le sonaba a tierra labrada. Y correr, correr sin parar.

Desde aquel día, aprovechando la siesta de la abuela, se escapaba de casa. Hablaba con los jornaleros, con las criadas. Eran una gente simple, pero llena de picardía. Poco a poco, sus excursiones se hacían más largas y la abuela llegó a darse cuenta.

Pero fueron inútiles sus regañinas y prohibiciones; ya no había nada que la retuviera. Y la anciana no se lo perdonó.

De este modo nació su amistad con Ramón Boloix.

Eduardo estudiaba únicamente durante las mañanas y el resto del día el profesor quedaba libre.

Eduardo montaba a caballo o se encerraba en su habitación a leer. Siempre orgullosamente distante y solitario. Entonces, Ramón Boloix se iba al bosque con unos zapatos blancos de lona que la hierba empapaba de humedad y una

caja de acuarelas bajo el brazo. Tenía el cabello gris, los ojos negros y su sonrisa, entre humillada y desdeñosa, parecía un escudo contra las palabras imprudentes. Era dueño de un solo traje, demasiado cepillado, y de un solo suéter, demasiado nuevo.

Sol, en sus paseos, empezó a encontrarse con él cada vez con más frecuencia. La conversación de Ramón Boloix, suave y levemente teñida de amargura —una amargura que ella aún no comprendía—, la atraía. Le impresionaba, sobre todas las cosas, la sensación de soledad que emanaba de aquel hombre.

Una soledad gris, anodina. Parecía que hubiese nacido así: solitario y pobre, sofocando protestas en la voz, doblando la cabeza hacia un lado y sonriendo con ligero desdén. No hacía falta que hablara de su infancia, de su juventud, de su vida. Sol comprendía que no era preciso conocer los pormenores de aquella existencia para imaginarla. Sentía una mezcla de compasión y simpatía por él, y se interesaba cada vez más por conocer sus pensamientos. Estaba tan llena de curiosidad por todas las cosas, por todos los seres, que no le costaba apasionarse. Además, con Ramón Boloix, las preguntas tenían respuesta. Se aventuró a hacer algunas. Ramón, antes de responder, la miraba con cierto estupor. Pero luego clara y concisa, la respuesta llegaba. Tal vez no disipaba sus dudas, quizá las aumentaba, pero Ramón Boloix la tomaba en consideración, no se escandalizaba de sus palabras, y respondía sin aspavientos. Ramón no creía que preguntar ciertas cosas estuviera vedado a una muchacha de quince años. No creía que una muchacha de quince años no necesite saber cómo trabaja la gente, qué come, cómo se distrae y cómo sufre, qué existe al otro lado de las tapias del colegio y del mundo de los padres. A Sol le venían entonces a la memoria los niños que no tenían cara de hermano. Ramón Boloix tampoco la tenía.

En pleno bosque, Ramón se sentaba sobre una piedra, y sacaba sus carpetas de colores. Ella se instalaba detrás de él, viéndole embadurnar grandes láminas de papel blanco. Volvía a contarle historias de árboles, como cuando venían en el tren. Sol contemplaba su nuca de cabellos grises y la curva cansada de sus hombros. Alguna vez, se volvía a mirarla y sonreía. Esta sonrisa era tan rara, tan inhabitual, que Sol pensaba era una sonrisa prestada. Sin embargo, en aquellas ocasiones, Ramón parecía rejuvenecer. Tenía dientes blancos, iguales. Sol sonreía muy pocas veces, pero le gustaba, en cambio, contemplar la risa de los otros, esa risa honda que parece arrancar del centro del pecho.

Una tarde, se ennegreció el cielo inesperadamente.

Sol y Boloix echaron a correr, bajo las primeras gotas de lluvia hacia la casa. Como ella se retrasaba, Boloix la cogió de la muñeca.

Desde su ventana, la abuela les vio llegar. Mojados por la lluvia, con las manos unidas, reían alegremente. Aquella misma noche, se encerró a solas con ella y le habló con ojos brillantes de cólera.

—No quiero que salgas con el profesor. No te quiero volver a ver hablando con él, tratándole como un amigo. Es indecoroso e impropio.

Pero fue inútil. Del mismo modo que había escapado de sus habitaciones, prescindió de la advertencia. Precisamente desde entonces sintióse atraída de un modo especial por aquella amistad, tal vez la única escogida por ella. La prohibición aún la incitó más.

Casi insensiblemente, se encontraba todas las tardes al lado de Ramón Boloix, camino del río. Hablaba con él, hablaba tranquilamente, sin miedo, liberándose por primera vez de tantas cosas que guardaba dentro, enconándosele. Despotricaba sobre las monjas, la abuela, o bien alababa, se entusiasmaba y criticaba a su antojo, sin temor. Decía tonterías alegremente y pequeñas cosas tristes y escondidas. Tenía apenas quince años y el sol doraba tibiamente la neblina entre los troncos negros. Por la noche, escuchaba el zumbido de los insectos. Algo flotaba en el aire, algo dulce y extraño, que la llenaba de paz. Sol no comprendía qué podía haber de malo en su amistad con el profesor.

Pero aquella amistad fue destruida de un modo sencillo y decisivo. La abuela le obligó a volver a Barcelona, pocos días después.

Eran ya los últimos días de septiembre y llovía copiosamente. En la pequeña estación del pueblo el agua tamborileaba sobre el cobertizo de uralita.

Como el día era gris, permanecían encendidas las bombillas, pobres y amarillentas. Una criada la acompañaba con cara de mal humor, por verse obligada a madrugar.

De pronto, Sol descubrió al profesor que venía hacia ella, con su vieja gabardina, una talla más grande de la adecuada. ¡Adiós, adiós!, dijo precipitadamente. Estrechó su mano con fuerza y, antes de que ella pudiera decirle nada, desapareció rápidamente entre la lluvia y la blanca nube de vapor de la locomotora que llegaba.

En Barcelona aún estuvo sola unos días, mientras sus padres regresaban de viaje. Se introdujo en el despacho de su padre y curioseó los libros de su biblioteca. No halló nada que le interesase. Sin embargo, miró los lápices y las plumas que su padre usaba y los tocó, acariciándolos con un vago sentimiento de ternura. Alguna vez, oyó discutir a la vieja niñera, María —ahora convertida en ama de llaves— con la doncella y la cocinera. María no podía soportar que se hablase mal de los señores ni de la religión Sol sentía una divertida curiosidad, escuchando los razonamientos de las otras dos mujeres, que pretendían convencerla. Pero María era testaruda y violenta. Sus convicciones eran inmovibles. La razón no existía para ella. Sólo la fe. Su fe la defendía de toda turbación, del odio, quizá de su propia soledad. En algún momento, Sol sintió algo parecido a la envidia cuando percibía el eco de su voz exaltada, casi dolorida.

Llegaron, al fin, sus padres, cargados de regalos y de cosas que contar. Pero no fue lo mismo que cuando era pequeña. Con íntima melancolía, no sentía ya la misma ilusión ante los regalos, ni escuchaba con la misma exaltada curiosidad los relatos del viaje. Tal vez —se dijo— la vida sea así únicamente:

A medida que el tiempo pasa, en vez de ganar cosas, sólo es un continuo perder, perder... La angustiaba perder, sólo perder. Ir perdiendo cosas pequeñas, cosas íntimas y sutiles, irse dejando a uno mismo atrás.

Verse al fin de la vida, lejano, perdido allá lejos, como un enanillo que agita los brazos y cuya voz ya no se entiende.

El primero de octubre se reanudaron las clases y volvió a Saint-Paul. Aquél era el último año de colegio y algo flotaba en el ambiente, desconocido y perturbador, que las mantenía a todas, profesoras y alumnas, en una rara tensión. En primer lugar, tuvieron la sorpresa de hallar a las monjas desprovistas de sus hábitos. Un poco avergonzadas ante las alumnas, que siempre las vieron bajo las rizadas tocas, parecían unos seres nuevos, extraños. Vestían faldas de lana hasta los tobillos, sorprendentes blusas de lunares con lazos bajo la barbilla y, en sus pequeñas cabezas —de pronto, sin las tocas parecían haber disminuido—, el cabello se adhería tirante, casto. Sol se dio cuenta de que eran mujeres, simples y humildes mujeres, como la mayoría de las que cruzaban la calle. Se extrañó de considerarlas hasta entonces como seres de una raza especial. Y sintió piedad por sus defectos, por su miedo, por sus arrugas. Tenían algo de animalillo asustado, de criatura sorprendida, acechadas por algo desconocido y que, por tanto, temían más. Se notaba que iban ciegas, por un camino incierto, hacia algo que ni se atrevían a imaginar. Intentan defenderse de una cosa que desconocen,

se dijo Sol. Entretanto, las externas aumentaban el clima de inquietud que reinaba en Saint-Paul. Relataban confusas historias de mineros, de hombres asesinados, de guardias civiles...

Aseguraban que cualquier día vendría una turba de harapientos y quemarían el colegio, con todas dentro. Quemarán todos los conventos, todos, aseguraba, sería y convencida, una muchacha morena.

Decía lo que oyó decir a su padre. Bueno —añadía otra, menuda y perezosa—, estoy harta de colegios.

Reían entonces. Pero en su agitación había un rápido latir de corazones, un nudo en la garganta, raro cosquilleo entre angustiado y curioso. A menudo, ella misma no podía dejar de pensar: Que llegue, que llegue de una vez. Hay que saber la verdad. Era preferible conocer las cosas pronto, por malas que fueran. Lo horrible era la espera, la incertidumbre. En general, Sol percibía vagamente en sus compañeras algún poso de inconsciente crueldad.

Pero llegó el fin de curso sin que nada decisivo estallase. Finalizó el último día, fiesta de despedida en el salón de actos, la exposición, los abrazos y las lagrimitas. Sol abandonó el colegio sin la emoción que siempre imaginó. Ni siquiera, al alejarse en el coche, al lado de sus padres, vio perderse el edificio lenta y melancólicamente, con todos sus recuerdos infantiles, como había supuesto. Y descubrió que cuando las cosas acaban, se borran tras una esquina, secamente.

Así, con dieciséis años inquietos, ignorantes, y un extraño acordeón de libros mal atados —en el que parecía empaquetar toda su infancia—, ojeando pensativamente su cuaderno escolar, le sorprendió el estallido de la guerra.

Eran las primeras horas de la tarde a mediados de agosto. Un calor húmedo, pegajoso, invadía el aire, resbalaba por las paredes de las casas, por la calle.

Sol permanecía tendida en su habitación, con las manos cruzadas bajo la nuca, mirando fijamente al techo. La ventana, como todas las de la casa, estaba abierta de par en par, en cumplimiento de una orden de la Comisaría de Orden Público para impedir se disparase desde dentro.

El resol arrancaba un brillo exasperado a las paredes. Un leve sudor humedecía las sienas de Sol.

De vez en cuando, su corazón parecía detenerse. Cortante, brusco, llegaba el redoble de alguna ametralladora, como el rebote de un juguete siniestro, hasta las paredes blancas de aquel cuarto, que se diría sólo contenía una paz tierna, ignorante, de colegiala.

Los primeros días la sumieron en un estado de apatía, de desconcierto, en el que ni siquiera el miedo pudo tomar forma. Era una rara mezcla de curiosidad, confusión y estupor que le impedían incluso preguntar nada. Contemplaba las caras lívidas de sus padres, la honda tristeza de la vieja María. Seguía, como una sonámbula, los pasos de su padre, que parecía una fiera enjaulada. Su padre ya no era dueño de nada. Fue todo lo que pudo entender un día que Luis llegó pálido y se sentó junto a Elena, mirando al suelo. Luis y Elena, con la radio encendida sin descanso, permanecían inmóviles, escuchando sin cesar las voces desafortunadas, la nueva y desquiciada vida en que, de pronto, todas las cosas perdurables e inmovibles se volvieron del revés.

Apenas transcurrió una semana desde que se oyeron los primeros disparos y, sin embargo, ¡cuántas cosas habían ocurrido! Parecía que hubiera pasado mucho más tiempo. Meses, tal vez. Sol, en la tarde calurosa, oyendo las ráfagas de fuego, lejanas y sombrías, intentaba ordenar sus pensamientos. En su mente la palabra revolución que oía continuamente en casa, escapaba, huía, en confusa mezcla de imágenes e ideas. No comprendía nada. Unía esta palabra a los recuerdos del Carnaval, tal vez porque de niña tuvo que contemplarlo desde detrás de los cristales, y ahora también, recluida temerosamente en el piso —no les permitían salir y su mismo padre permanecía la mayor parte del tiempo en casa—, presenciaba de nuevo grotescas manifestaciones de alegría, disfraces de color hiriente, con aire de guiñol tragicómico. Es decir, el verdadero carnaval, el que le estaba vedado. Los bailes a que acudió siendo niña vestida de Caperucita y con un lobo de cartón bajo el brazo, nada tenían que ver con el gemido ebrio de la calle; aquel otro carnaval hirviendo, lleno de voces que no se sabía si celebraban o si lloraban algo ¡Qué lejana quedaba aquella gente próxima, ululante! ¡Qué desconocida! Alejada de los otros niños en ocasión de uno de aquellos bailes infantiles, se asomó a ver, con la nariz aplastada contra el cristal, el desafortunado carnaval de la calle, los hombres y las mujeres de la Rúa bulliciosa, hasta que la apartaron de allí. No mires, son malos. Entra a jugar con tus amiguitos, hermosa, le dijo María. ¿Es malo el carnaval, preguntó ella sorprendida. Ese de la calle, sí, respondió María con convicción. Ahora, Sol recordaba todo, el carnaval del otro lado de las habitaciones blandas el que sólo tenía un cielo inflexible y frío sobre la cabeza. Era malo el carnaval haraposo, triste, refugiándose en grotescas muecas.

No, Sol no lo había olvidado.

Ahora, esas gentes que no debían mirarse, prohibidas, cuya existencia se les mantenía oculta y de las que era obligado olvidarse, invadían de nuevo la ciudad. De pronto no cabían en la calle y venían a inundar con su realidad ineludible el pequeño mundo, suave, de caperucitas rojas y lobos de cartón, acrecidos, apelonados, en número mucho mayor del que podía suponerse, y hacía ostensible su presencia. Como en aquellos carnavales pretéritos, creía escuchar Sol el eco de una alegría furiosa. Asomada a la ventana, veía cruzar los coches pintarrajeados, atiborrados de hombres y mujeres armados.

Unos seres cuyos rostros jamás vio en parte alguna ni supuso que existieran. ¿En qué lugares de la ciudad estuvieron escondidos?, se preguntaba.

Dentro del mundo familiar, Sol, igualmente, descubrió cosas. Más patente que nunca, la sensación de que nada conocía de sus padres, de que algo la separaba de ellos desde siempre, la invadía ahora.

Nunca pudo imaginarse a su madre como una mujer que únicamente parecía saber llorar, que escondía sus joyas en lugares inverosímiles. ¿Por qué se mataban los hombres en la calle? ¿Por qué su padre, que siempre fue bueno y honrado, se escondía como un criminal? Él, a quien siempre creyó admirado y respetado. Una gran realidad se hacía palpable y crecía ante sus ojos: unos hombres estorbaban a otros. Había mujeres desgredadas, famélicas, que gritaban rabiosas. Mujeres que, indudablemente, no sabían lo que quería decir aburrimiento. Y niños con las cabezas llenas de costras, súbitamente hermanados, formando de la noche a la mañana una monstruosa y enorme familia, agobiante, obsesiva. Sol sabía que el cercano solar amanecía lleno de cadáveres. Que había charcas viscosas en algunas calles manchas temblorosas de sangre. Y era frecuente, casi cotidiana, la noticia de algún amigo muerto. Muerto, huido: dos palabras que martilleaban en su cerebro.

La gente buena, la gente permitida, muere o huye, oía.

Sol se levantó de un salto. Algo le oprimía el corazón. El calor se intensificaba y notaba ahora su humedad en la espalda, en la nuca. De pronto, sintió la necesidad de estar con su padre, de acompañarle.

Desde hacía dos días, permanecía totalmente oculto, nervioso. Fumaba un pitillo tras otro en su habitación. Tenía miedo. Había un continuo batir de miedo, desde hacía dos días, en la habitación de su padre.

Algo que se espesaba en la atmósfera, rodeándole, ciñéndose a su frente.

Sol empujó la puerta y entró sin llamar. Estaba echado, mirando al techo. El cigarrillo, entre sus labios, se consumía lentamente. La ventana abierta dejaba paso a toda la luz de la tarde. Al fondo, tras los tejados, el mar brillaba como un hilo cegador. Sol se sintió invadida por la nostalgia, aún tan próxima, de los días en la playa, del viaje por la carretera de la costa. Ahora, los milicianos se incautaron del Ford, nuevo aún, que papá compró recientemente con tanta ilusión. A Sol la apenaba, más que la pérdida del coche, los ojos de niño que tenía su padre cuando lo compró, cambiándolo por el viejo, ya anticuado. Le encogía el corazón la boca de su padre, aquellos labios duros, con un temblor contenido, apretando el cigarrillo. Se acercó y apoyó la cabeza en su brazo.

Notaba el olor de su cuerpo: su calor. Le cogió la mano. Eran las manos que compraban las bicicletas, que compraban los coches nuevos, que empujaban carretera adelante, vida adelante. ¿No había algo ingenuo, incluso, en las manos de papá? ¿Cómo hubiera podido ella explicarle a nadie que eran estas manos, estas cosas, las que la llenaban de tristeza? . .

Supo, de pronto, que tenía que decirle algo, explicarle lo que le gritaba dentro del pecho. Pero no podía. Y se estremeció. De improvisto, tuvo la sensación de que debía ahorrar tiempo, que algo se precipitaba en torno a ellos dos. Debía darse prisa en hablar con él de todo lo que guardó durante años en sí misma, y no sabía decir. Apretó más la cara contra él, con la garganta oprimida. Su padre seguía quieto, mirando fijo al techo, como si ya hubiera empezado a irse definitivamente de su lado. Como si ya fuera tarde para todo.

Aquella misma noche, poco después de acostarse, llegaron unos hombres en su busca. Llevaba puesto su pijama y no le dejaron vestirse.

—Volverá pronto— les dijeron. Luis se calzó rápidamente las zapatillas y se echó encima un batín.

—Es para interrogarle. —Y repitieron—: Volverá pronto.

Sol supo lúcidamente que algo se rompía definitivamente. Avanzó hasta la puerta, detrás de ellos, con los pies descalzos. Su madre, de pronto, debió perder la voz. Vio cómo se abrazaba a su marido y nadie, nadie dijo nada. Entonces, Sol notó violentamente cuánto amaba a su padre, más aún que a sus propias

manos, que a su propia voz. No se atrevía a gritarle a su madre: ¡No le dejes ir, no permitas que se vaya! ¡No volverá! ¡No le dejes ir! ¡Es papá!

¡Es el que compraba las bicicletas, el que tenía los ojos de niño! ¡No le dejes ir!. Pero tal vez Elena pensaba lo mismo. ¿Qué extraña cobardía les detuvo, incluso la voz? No era cobardía, se dijo luego, sino esperanza, tal vez absurda, como un hilillo de luz.

Sol apretó los dientes con sorda desesperación. En aquel momento le parecía que su amor por su padre no tenía ningún valor. Hubiera deseado amarle por causas ajenas a la sangre. Confusamente, creyó oír que Elena decía algo, o suplicaba algo, con voz débil. Eduardo, a su lado, pálido, tenía los ojos muy abiertos. Tampoco dijo nada.

Los hombres abrieron la puerta de la calle y salieron. La escalera estaba oscura y, a la luz de las linternas, los peldaños desnudos, despojados de la alfombra, parecían empequeñecidos de vergüenza.

De pronto, Sol se precipitó hacia su padre y fue a besarle la mano. Una mano, ahora, de venas hinchadas. La notó mojada, fría, y le dejó en los labios un gusto salado que no pudo olvidar.

Estuvieron silenciosos y quietos hasta que oyeron el motor del coche alejándose calle abajo. Entonces, Elena pareció despertar e intento salir, correr detrás de aquellas ruedas que se perdieron irremisiblemente. Eduardo la sujetó por los brazos. Sus ojos brillaban, más grandes, en su cara pálida.

Elena levantó la cabeza.

—María —llamó suavemente.

De la sombra, en el extremo de la habitación, surgió la figura achatada de María, sus ojos humildes.

—Aquí estoy —dijo. Las otras dos criadas les habían dejado hacía días.

Ante el estupor de Sol y Eduardo, Elena la abrazó.

Apoyó su cabeza, vencida y envejecida, en el hombro de la antigua niñera, con un llanto silencioso y desesperado. La mano tosca de la criada se alzó tímidamente, acariciando una y otra vez la espalda.

—Aquí estoy.. Aquí estoy... —repetía con su voz ronca, su voz inalterable de toda la vida.

Alguien encontró y reconoció, en la cuneta de la Rabassada, a Luis Roda, de madrugada, muerto a balazos y con las zapatillas perdidas.

Sol se sintió sacudida por un vértigo extraño. Tuvo, de pronto, conciencia de que dentro de ella algo se había desquiciado, algo irremediable había sucedido que trastornaba el curso de su vida. Un mundo había concluido. Murieron los veranos junto al mar, la risa sana y brusca, la palabra princesa, la mirada pendiente del reloj, las promesas cuando crezcas...

Nunca crecerían hijos para él. ¿Dónde habrían ido a parar sus horas de trabajo, sus preocupaciones pequeñas y cotidianas, sus proyectos? Aún estaban sus trajes colgados en el armario, bamboleándose cuando se abría bruscamente. ¿Qué se hizo de sus recuerdos, de sus secretos? No murió sólo su cuerpo.

Un cortejo de luces y sombras, de sonidos, de deseos, de color, de luchas y de recompensas terminaba con él. Se piensa a veces en la muerte, tal vez se piensa siempre en la muerte y no se cree que pueda ser tan breve, tan simple, tan rotunda. Sol se quedó quieta, como golpeada. Mucho tiempo después, aún creía conservar entre los labios aquel gusto salado, el sudor inútil de un hombre que ya no existía.

Los días continuaron. Continuaban, uno tras otro, como sus vidas. Sol, desde la terraza, vio arder los templos, la ciudad emborronada por grandes resplandores rojizos y el polvo negruzco del hollín; las nubes cruzaban el cielo, sobre la ciudad, hacia otros países.

Dos veces aún, después de aquella noche en que se llevaron a su padre, llegaron patrullas de hombres y registraron el piso. Irrumpían con violencia y golpeaban los muebles con la culata de los fusiles.

Se burlaban de los cuadros de las paredes y los rasgaban, ante el estupor de Sol y Eduardo. Comprendían que buscasen los objetos de valor, pero no que destruyesen lo que no les servía para nada ¿Por qué odiaban un cuadro, por que rompían un Jarrón de porcelana? Algo había allí, algo oscuro y triste, que Sol no podía ver, pero que presentía. En alguna ocasión, hubiera deseado preguntarles qué buscaban, si allí no estaba ya su padre. Pero únicamente les miraba. Con sus ojos grises, lentos, que a veces parecían de cristal.

Cedió el verano, luego el otoño. El cielo, aún manchado de rojo en algún punto, se le antojaba una inmensa sonrisa indiferente. Los talleres de fundición fueron colectivizados.

Eduardo se convirtió en un jovencito de quince años, muy alto para su edad, tan alto como su padre. Pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en la cama, leyendo. Fue el primero de la familia en salir a la calle. Al principio eran salidas furtivas, casi temerosas. Volvía con libros, unos libros gruesos, en rústica, con portadas chillonas, que apilaba en su cuarto. Sol le veía leer con avidez. Algo había en su mirada que denotaba cierta satisfacción por el rumbo que su existencia iba tomando. Por alguna razón había momentos en que Eduardo casi parecía feliz. Hasta entonces, su vida fue como a rastras de algo, forzada. Ahora, por vez primera, parecía hacer lo que más le agradaba. No tenía, al parecer, ninguna preocupación. Asomado a la ventana, contemplaba la ciudad con extraña avidez. Había empezado también a fumar. Siempre estaba rodeado de un montón de colillas al acabar la lectura. Sol llegó a creer que Eduardo veía todo aquello como una cosa suya, para su beneficio, aunque no le interesasen sus causas ni pudiera tomar parte en ellas.

Elena, desde la muerte de su marido, pareció volcar todo su amor hacia Eduardo con más intensidad. Buscaba en él un apoyo que el muchacho estaba muy lejos de proporcionarle. Sol veía el gesto de fastidio con que Eduardo recibía las caricias y efusiones de su madre. Cuanto más cariño le demostraba, más deseo de alejarse manifestaba él. Empezó a salir de casa con más frecuencia y cada vez sus ausencias eran más prolongadas. Jamás decía dónde estuvo. Compraba libros y cigarrillos, leía y permanecía largas horas pensativo. No daba explicaciones de sus pasos, a pesar de que Elena —para quien él sería siempre el niño— sufría con sus ausencias cuando éstas se prolongaban demasiado, y él lo sabía. Temía que le pasase algo malo, le creía acechado por mil peligros.

—Dios mío, no salgas tanto —le suplicaba—. No sabes en qué tiempos de peligro vivimos... ¿Es que no te acuerdas de papá? Ten paciencia, espera hasta que todo se normalice.

La esperanza de que en breve todo se normalizaría era lo que mantenía a Elena. Aquello no podía durar, no era de este mundo. Alguien, muy pronto, acabaría con aquel infierno. No podía ser. Sus palabras herían a Sol, que la escuchaba en silencio. La situación económica empezó a ser apurada, pues les fueron confiscando todos sus bienes. Se defendían gracias a los préstamos de algunos amigos que consiguieron salvar parte de su fortuna. Luego, clandestinamente,

Elena empezó a vender las joyas. De este modo, creía, podrían resistir hasta el día en que todo se normalizara. De todas formas, sus gastos eran muy restringidos.

—Lo que más siento es que te veas obligado a suspender tus estudios —decía Elena dirigiéndose a su hijo.

Eduardo sonreía, con cierta ironía. Cada vez faltaba de casa con más frecuencia. Empezó a salir de noche, a pesar de los ruegos e incluso las órdenes de su madre. Ahora que no estaba su padre, nadie ejercía autoridad sobre él. Poco a poco, fue descubriendo los sentimientos de su hermano. Tras su silencio orgulloso, adivinaba un egoísmo cerrado, una avidez poco común. No era difícil advertir su deseo de liberarse de la familia, que le pesaba como lastre.

Entró el invierno. Eduardo volvía a las ocho o nueve de la mañana, pálido y ojeroso, pero con la mirada resuelta, brillante. A veces, viendo llorar a su madre, le decía:

—No te preocupes. Lo que hago es lo mejor para mí. Yo sé bien lo que me conviene.

Adquirió un aire distinto. Se hizo en poco tiempo más hombre, aunque estaba delgado y pálido. De sus correrías, a menudo volvía con la ropa estropeada.

Sol se apercibió de que, aunque poco, Eduardo llevaba dinero en los bolsillos. Estaba segura de que a su madre no le entregaba ninguna cantidad y no imaginaba de dónde podía sacarlo.

Así, el tiempo pasaba y Elena seguía en su esperanza de una inmediata paz. Al oírla, Sol experimentaba una angustia honda, terrible. La abrazaba y procuraba consolarla como a una niña pequeña. Dentro de ella, una voz le decía que aquello sólo era el principio de un tiempo, largo y desconocido. Que el mundo que añoraba su madre estaba definitivamente muerto. Algo en su vida había terminado para siempre.

El piso se llenó de una paz gris, antinatural.

Eduardo apenas aparecía por él. Elena y Sol casi podría decirse que vivían solas, con María.

También la ciudad parecía más sosegada. Nadie venía ya a preguntar por Luis Roda —como aún sucedió dos veces, después de su muerte—. Los incendios morían, y el sol se iba bebiendo el rojo de las banderas.

En las tardes grises, llenas de un frío húmedo, Elena se sentaba junto a la ventana. Llamaba a Sol a su lado y, le retenía una mano entre las suyas. En aquellos momentos, sentía un gran desfallecimiento. Perdió, en año y medio, a su marido a su hijo y su seguridad. Aquella seguridad forjada año tras año, minuto a minuto, desde sus abuelos.

Sólo sentía cercana la enorme y casi incomprensible fidelidad de una vieja criada, y aquella hija de ojos insistentes, silenciosa, que, a veces, le parecía desconocida.

Elena envejeció de un modo rápido, cruel. Seguía los pasos de la guerra en un mapa de España erizado de alfileres, en el que clavaba y desclavaba su esperanza, aplazada día a día. Sus hijos eran el presente, ineludible y vivo. Crecían, crecían. Se le antojaba que de un modo monstruoso. Se apartaban de su vida, sin aguardar a nada ni a nadie. Eduardo huía, Sol callaba y miraba al cielo, al suelo o a algo dentro de sus ojos. No le pertenecían ya sus pensamientos, sus deseos. Apenas habían dejado de ser niños y ya ella creía descubrirles un anticipado instante de vejez en la mirada. Apretaba con más fuerza la mano de Sol entre las suyas, como si deseara decirle: No me dejes, no te apartes de mí. El tiempo nos aleja. El tiempo nos separa y no tiene piedad de nada.

Por entonces empezaba a hacerse preciso salir fuera de la ciudad, a los pueblecillos, en busca de alimentos, conseguidos casi al asalto. La ciudad era pobre, estaba despojada. El hambre iba dejando su sombra viscosa, más ancha a medida que pasaban los días, como una gran mancha siniestra. Elena aprendió a cambiar, por un saco de garbanzos, objetos de valor y mérito. Una a una sus joyas desaparecían, y cada día el dinero perdía poder adquisitivo.

Era aquél un mal sueño del que no acababa de despertar. Poco a poco fue agotándose su llanto. Ella y María, que, a pesar de no ser retribuida, no la abandonaba, salían de la ciudad en trenes atiborrados.

Ya casi no le importaba viajar en el estribo o en la plataforma, congestionada de seres, ni el peregrinaje de masía en masía. Pero sentía una nueva y rara tristeza viendo cómo se caían las hojas de los árboles.

Solamente a una cosa no sabía acostumbrarse. Y era a las ausencias de Eduardo. Rudamente, con dolor material, sentía clavada en el alma la huida del hijo, su despegue e indiferencia. Por vez primera, se daba cuenta de que, aunque ella le hubiese arrojado a la vida, era un alma fuera de su alma. En los momentos de febril desesperación, en que se despertaba y lo llamaba, asustándose de la propia voz, un triste pensamiento la invadía. Amarles —se decía— es como amar ese viento que parece arrastrar hasta nuestros recuerdos...

Abatida, también, descubrió el vacío que la separaba de Sol, la gran ignorancia que la una tenía de la otra. Era tarde, sin embargo, para empezar de nuevo. A veces, mirando a su hija, pensaba que dio a luz un ángel puro, transparente, y se veía incapaz de hablarle de su dolor oscuro, terreno. Se daba cuenta de que creció lejos de ella, de que otros seres le forjaron una hija desconocida. Otras veces, en cambio, ante su mirar acerado, la suponía, no sin terror, un monstruo de indiferencia, extranjera a su amor y a su vida. En ambos casos, no obstante, se sentía extrañamente responsable, con una confusa sensación de culpabilidad ante aquellos seres que trajo al mundo. Y se repetía, con desaliento: Les he dado instrucción, les he procurado una vida sana, les he alimentado, vestido, enseñado a rezar, he dado fe a sus corazones.... Luis y ella trabajaron y colaboraron por su felicidad. Fueron honrados, buenos.

Procuraron cumplir siempre con los Diez Mandamientos. ¿Por qué, pues, aquel maldito remordimiento, como si hubiera cometido algún crimen del que tuviese que responder ante Dios, implacablemente?

Entonces, se quedaba mirando aquel ser opaco y humilde que era María. La veía a su lado, trajinando en la casa, cocinando, haciendo el trabajo de tres mujeres, silenciosa y obediente. Siguiéndola en su peregrinación de pueblo en pueblo, sin que nadie se lo exigiese, ni siquiera se lo hubiese pedido. A veces, en el tren que las llevaba, Elena bajaba la vista y la encontraba a su lado, agarrada a un asidero, en la plataforma de un viejo vagón y se acrecentaba su amargura, sin saber concretamente por qué, verla allí, fiel, incorruptible. María estaba adherida a un tiempo que huía, como aquel paisaje lleno de invierno que iba derovando el tren. Elena, entonces, sentía más de lleno aún su soledad, y deseaba apretar dentro de la suya la mano de la criada.

La muerte de su marido la obsesionaba. Rara era la noche que no soñaba con él, que no le veía tendido, amontonado entre los cadáveres del Hospital Clínico. Aun despierta, a veces, le parecía que sus ojos la miraban desde algún lugar. Si hubiera podido hablarle, le habría dicho: Ven. Tan sólo eso.

Íntimamente le llamaba, había una voz que siempre le llamaba dentro del pecho. Jamás, hasta entonces se valió por sí misma. Su madre había quedado en Zona Nacional, y no tenía ninguna noticia suya. Sus hermanos vivían en el extranjero. Es grato, cómodo, depender siempre de alguien, aunque sea renunciando a la libertad. Elena creyó siempre que su condición de mujer le daba derecho a esta dependencia, a esa cierta irresponsabilidad. Ahora, sólo podía añorar los bienes perdidos, porque ya era tarde, mucho, para crearse otros.

Y llegaron unos días largos, royendo el tiempo con dura indiferencia. Por vez primera, la palabra hambre tuvo sentido en aquella casa.

Algunas noches, Sol no conseguía dormirse. Se levantaba, iba hacia la ventana y miraba a la noche, con las manos abiertas sobre el cristal. Llegó un invierno mojado, brillando aún en la calle, que nadie tenía tiempo de limpiar. Continuamente, rechinaban las ruedas de los camiones, llevándose hombres a la guerra. Sol no sabía qué pretendían defender aquellos hombres. Sentía una honda indignación por lo que era su propia vida, su juventud. No había derecho —pensaba— a ser engañado año tras año y, un buen día, ser arrojado de frente contra aquella verdad. No había derecho a que la verdad fuese el miedo, la resignación. No se podían tener dieciocho años para ir escondiéndose, escapando a esas balas perdidas en las esquinas, alistándose a la humillación de una cola para poder comer. El temor, siempre el temor. Amanecían unos aviones o unos barcos y dejaban el suelo empapado de muerte. El suelo que aún no se conocía, que aún no se tuvo tiempo de pisar.

La verdad no debía ser el hambre, la agresión y la muerte. No podía serlo.

Un grillo que tenía María en la cocina se quedó cómicamente reseco y encogido, dentro de su jaula de alambres. De un soplo se deshizo, como la ceniza.

Del mismo modo, se deshacían cosas y cosas, dentro del corazón de Sol. Del mismo modo iban desapareciendo, huyendo, como ceniza. Y todas sus preguntas, y hasta su misma rebeldía, había instantes en que se fundían en un solo sentir: el hambre.

Aquella cuchilla invisible, hundiéndose en su cintura.

Nunca la pudo imaginar. Nunca la sospechó, siquiera. Ahora, sí. Se despertaba de noche, y la sentía dentro, arañándole. Era triste y hundía el corazón.

Era humillante y le descubría miserias insospechadas. La pobreza de la condición humana, su inanición ante los árboles y el agua, ante la tierra.

Sol aprendió a sumarse a largas cadenas humanas, en espera de un trozo de pan. María, vieja ya, no llegaba a todo. Era una dura experiencia para Sol.

Pensaba con un nuevo sentimiento en las ásperas manos de la criada, en aquel hijo soldado, muerto, que la llamó madre. Por primera vez tuvo una viva y amarga curiosidad por aquella vida callada, sumisa.

Cuán distintos significados puede tener la vida, para cada criatura, pensaba.

Mientras transcurría el tiempo en las áridas colas, Sol sentía perder allí instantes, tiempo de su vida, y se notaba crecer, crecer inútilmente. A veces, le parecía que la cabeza tendía a separarse del tronco, como si desease vivir otra existencia, separada del corazón. Eso le producía una risa débil y apretaba los pies contra el suelo de la calle, como para fijarse tozudamente en él.

En casa, el piso parecía barrido por un viento despiadado. Cosas y cosas queridas se echaban de menos. Su madre vendió las lámparas de cristal y bronce. Los objetos de metal codiciado, desaparecieron. Sol no podía estar mucho tiempo allí. Las paredes desnudas —entre registros y ventas, los cuadros y objetos de adorno desaparecieron—, el suelo rayado por los clavos de las botas y los bayonetazos de los milicianos, la desolación material, en fin, era aún soportable. Lo que podía con sus fuerzas, con su ánimo, era el clima de miedo constante y de lágrimas que sofocaban la atmósfera. Por otra parte, además, era preciso permanecer horas y horas en la calle para lograr un panecillo o un trozo de jabón, en lucha angustiada, desmesurada, para ir existiendo, simplemente existiendo, y arrastrando los pies.

El hombre no debe vivir para comer, sino comer para vivir, recordaba, con ironía. Qué faltos de sentido los viejos refranes escolares. Recordando los preceptos de Jehová a su pueblo amado, la vida, en aquel tiempo, resultaba absolutamente antibíblica. Qué grato sería —ironizaba— que pudiéramos eliminar de nuestra alimentación los animales impuros, que pudiéramos sacrificarnos por propia voluntad, guardar los domingos...

La necesidad de las colas absorbía horas preciosas. La gente se alistaba ante el reclamo de cualquier cosa, de cualquier sustituto de calorías o vitaminas.

Sobran hombres por todas partes, hombres innecesarios y míseros, que nadie se explicaba por qué crecían y se alistaban en las filas del hambre, con deseos de

continuar viviendo. Pero era humano, simplemente. Tampoco a ella le era posible desentenderse de sus exigencias. Tenía hambre, tenía hambre.

El encadenarse en reatas hambrientas el defender un puesto en ellas contra el tiempo mismo se convertía en un vicio animalescamente rutinario. En su habitación, vacía de objetos de adorno, se vestía un traje azul que iba quedándole estrecho y corto.

Aprendieron a vivir con lo estrictamente indispensable, y todo ahorro parecía pequeño. Una cama, una mesa y una silla, únicamente, en su cuarto, antes cálido y confortable. En un ángulo un espejo le devolvía su propia mirada atenta. A veces, mirándose en él, le gustaba apretarse las orejas contra la cabeza, para sentir su frío pequeño en la tibieza de la piel.

Sonreía. Buscaba siempre pretextos para sonreír y los encontraba en cualquier cosa, como si quisiera olvidarse de la muerte, con patético optimismo.

En la calle, mirando a las gentes, recordaba cómo en el jardín de Saint-Paul las orugas se sucedían en el suelo, una tras otra, entre las hojas caídas de los árboles. Una cola servía para adquirir un número que, a su vez, la alistaría en otra cola. Había que levantarse muy temprano para conseguir una cifra baja. Así, se adquirían trescientos gramos de pan o medio kilo de patatas. Estómagos. En aquello se convertían los hombres. Cada hombre era un estómago, y cada estómago un número en tinta morada, estampado sobre las cartillas, en las listas infinitas. Sol contemplaba las carrocerías de aquellos motores digestivos: carne pálida, ojos pensativos, narices frioleras. Oía sus voces, sus comentarios, su preocupación escuetamente fisiológica. Un viejo escupía en el suelo, sin cuidado de ocultarse, lentamente, como si de este modo pudiera recordar e imponer los derechos de su vejez, tan olvidados. Sus tres hijas, explicaba entre quejas y blasfemias, le abandonaron para ir al frente. Harán más bajas entre los soldados que las balas, decía, rencoroso. A su lado, una mujer hablaba con tímido amor de la creciente anemia de su niño. En ocasiones, un camión lleno de milicianos se paraba frente al establecimiento, requisaban las últimas existencias y se iban. Entonces, el tendero salía a la calle con las manos elocuentemente abiertas, y la cola se disolvía.

A menudo, Sol fue arrojada de su puesto. Era débil, suave y, sobre todo, incapaz de gritar ni discutir.

Una tibia pereza la invadía ante los gritos y abusos, y acababa encogiéndose de hombros, alejándose de allí con las manos en los bolsillos y una triste sonrisa en

los ojos. El viento le acariciaba el cabello, y le gustaba pensar que se trataba de una muestra de afectuosa comprensión. En aquellos días, se dio cuenta de que no tenía, ni tuvo jamás, un amigo.

Sus zapatos estaban destrozados y, ante la imposibilidad de comprarse otros, llevaba unas viejas sandalias veraniegas, inadecuadas a la estación, que le daban un aire infantil, y empezó a sentir cierta vergüenza por sus manos demasiado blancas, que escondía en los bolsillos del abrigo, y por el tono apacible y quedo de su voz. Para vivir era más práctico tener las palmas endurecidas, saber gritar y empujar con los codos. Cuando oía alguna violenta interjección, no podía menos de pensar: Es así como se entiende la gente.

Un día llegó un individuo con una orden firmada por el Comité de la Fundación de Luis Roda. Como el piso era grande y espacioso, demasiado para tres mujeres y un muchacho, se les obligaba a alojar en él a una familia de refugiados madrileños. Elena no emitió una sola queja, pero aquella noche llamó a su lado a Sol y a María, y las tres se recluyeron, con los escasos muebles más apreciados, en las habitaciones posteriores. Era la parte más aislada del piso, donde estaban los dormitorios, el saloncito de Elena, y la que fue pequeña biblioteca de Luis. Sol creyó adivinar en su madre un instintivo deseo de recluirse entre sus recuerdos más íntimos, y allí, junto a ellos, sobrevivir, acompañada de sus fantasmas. Casi insensiblemente, la vieja María y Elena se unían más y más. Sol pensó que se les iba acabando un mundo, únicamente suyo, del que defendían las ruinas, cada una a su modo.

Y llegaron los refugiados. Eran solamente dos mujeres, de momento. Madre e hija. Elena prefirió no asistir a cómo instalaban sus cachivaches en el comedor y en el antiguo despacho de Luis, esas grandes y desoladas habitaciones que despertaban su dolor más amargo. Sol veía cómo su madre cruzaba las manos y las descruzaba, sonriendo con una falta de expresión total. En vano esperó sus lamentaciones, su llanto. Al verla silenciosa, con su vestido negro y el cabello, ya encanecido sencillamente alisado hacia atrás, con un hondo dolor que ya nada ni nadie podría borrarle de los ojos, le llegó una ola de emoción. Era su hija, nació de ella, cuando era una mujer feliz, amada, antes de toda aquella soledad, que la envolvía para siempre. Comprendió su dolor pero inmediatamente algo frío se apoderó de ella.

Era como un filo acerado, que fuera clavándosele muy hondo. Tuvo un instante de rebeldía, y algo nació en su corazón, gritándole que no se dejara vencer. Era un sentimiento defensivo y cruel; deseaba que jamás pudiera alguien infligirle un dolor semejante al que soportaba su madre. Para ello, era preciso que la vida

transcurriese limpia de afectos apegos y nostalgias. Había que desnudarse de todo calor, que fabricarse una existencia nueva, limpia de cosas que luego se pueden añorar. Si amaba algo, sería a algo presente, invulnerable, que acabase con su vida. Luego la invadió de nuevo la desesperanza.

Se sabía sin preparación para esta clase de vida y, lo que era peor, para cualquier otra.

Las dos refugiadas se instalaron ruidosamente.

Gritaban, se decían cosas gritando de una habitación a otra, reían o disputaban. Aunque era de suponer que antes vivieron en un lugar mucho más reducido, se quejaban de falta de espacio. Sol las contemplaba con curiosidad un tanto divertida. Tal vez aquellas mujeres tenían formada de la buena vida una idea distinta, más espaciosa. Es peligroso soñar, pensó Sol. Y se dijo: Acaso la decepción es la única recompensa de los que sufren y sueñan.

De todos modos, una vez instaladas, molestaron mucho menos de lo que imaginaban. Elena comentó:

Yo creo que, después de todo, hemos tenido suerte.

Poco a poco, Sol fue conociendo a las dos refugiadas. La chica tenía diecinueve años. Era una muchacha morena, cetrina, de piel hermosa y facciones vulgares. Vestía generalmente un mono azul, porque estaba empleada en una fábrica de material de guerra. Llevaba el cabello largo hasta los hombros, negro y reluciente. A juzgar por los gritos de la vieja, que salía a aguardarla al rellano las noches que tardaba demasiado, se llamaba Cloti.

Cloti, a menudo, volvía tarde. Incluso, a veces, como Eduardo, no llegaba siquiera. Al día siguiente, explicaba a gritos a su madre que había pasado la noche en el Hotel Colón, con las juventudes, como ella decía. La vieja, pese a tararear, mientras cocinaba, canciones que hablaban de libertad, se intranquilizaba con estas ausencias y despotricaba contra el amor libre que defendía su hija.

Sol necesitaba saber cosas de aquella chica. Era algo que no sintió antes por ninguna compañera de Saint-Paul, cuyas vidas fueron más o menos semejantes a la suya. Cloti pertenecía a un mundo distinto, totalmente desconocido. Parecía una criatura simple pero llena de vida. Su vitalidad desbordante le fascinaba y le atraía, su deseo de beberse las horas a grandes tragos, como si presintiera,

desesperanzadamente, que lo bueno acaba demasiado pronto. Pero, al propio tiempo, y por eso mismo, le inspiraba una rara tristeza, parecida a la que sintió viendo a un miliciano romper una porcelana.

Las vidas de Sol y de Cloti transcurrían separadas, y apenas se cruzaban alguna palabra al encontrarse. Cloti pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas, gracias a lo cual consiguió su empleo y disponía de un nutrido racionamiento que, entre su madre y ella, devoraban ávidamente, cerradas en su habitación. Luego recogían las migajas —Sol no comprendía cómo se las arreglaban para dejar siempre un reguero de desperdicios a su alrededor—, canturreando y con el rostro encendido de satisfacción.

Las miraban, entonces, con ingenuo desafío. Sobre todo, la vieja, cuando veía cocinar a María sus modestas tortas de harina de maíz. Cloti acudía a las clases nocturnas de una Escuela Roja, donde le enseñaban a leer y a escribir. Sol pensó que parecía muy feliz.

Pasó el tiempo. Un mes, dos, y llegó la Navidad.

Una noche fría y quieta. Nadie la celebraba. Elena miraba fijamente tras la ventana. La ciudad surgía negra contra el cielo. Un viento de voz triste sacudía alguna ventana abierta, cerca de allí. Camiones. Hora tras hora, se veían y oían ruedas de camiones y hombres que se llevaba la noche. Hombres que no vuelven.

Era aquélla su segunda Navidad solitaria. Para Elena la Navidad representaba recuerdos, una fecha sagrada. En aquélla, sólo desolación y pobreza la rodeaban. Elena cerró los ojos. Prefería ignorar la suciedad de la vieja refugiada, que en la cercana habitación manchaba incomprensiblemente las paredes y utilizaba muebles queridos para encender el fuego. De la última de las cortinas, Cloti se hizo un abrigo: el terciopelo rojo era el colmo del lujo para ella. Hombres que no vuelven nunca... Elena lloró, silenciosamente. Trataba de sentir un hálito cerca, como, según oyera, a veces, vuelven a nosotros los muertos. Pero nada había en la habitación despojada. Sol, sentada en una butaca baja, leía un periódico. La luz rielaba sobre su cabello, y proyectaba una sombra tenue bajo sus párpados. La vio delgada, y precozmente entristecida. Miró sus largas piernas desnudas, que tenían un brillo mate y sedoso, cruzadas en un gesto descuidado, casi infantil. De pronto, le pareció tan joven, tan tierna y, al propio tiempo, tan amarga, que sintió un miedo súbito y la sensación de que algo oscuro, siniestro, rondaba aquella figura confiada, aún adolescente. Deseó rodearla con sus

brazos, fuertemente, para protegerla de lo desconocido, frío e inmenso, que se abría a su alrededor.

La vieja María aún no había vuelto. Salió en busca de algunos víveres, conseguidos por trámites absurdos e inimaginables. Qué cansada aquella búsqueda, aquella terrible preocupación cotidiana. Elena volvió a cerrar los ojos. Deseaba escuchar algo, pedía una voz amiga que rozara tenuemente su corazón.

Pero nada más le llegaba el eco de algún golpe, en la habitación de la vieja refugiada, sólo el calor de sus propias lágrimas sobre la piel. Como el frío mismo, de pronto, se notó las arrugas, todas, sin engaño. Conservaba aún el reloj de su marido —sería lo último de que se desprendería—, su reloj que no se paraba nunca. Miró las manecillas brillantes, las pequeñas agujas que giraban y giraban como una burla a través de su silencio, de su ausencia. Hombres que no vuelven. Como si no hubieran nacido jamás.

Sol, a su lado mismo, seguía con la cabeza inclinada, leyendo el periódico. Lejana. Hasta indiferente, tal vez. Nadie, ya, podía comprenderla.

Inesperadamente, sonaron detrás de la puerta unos sollozos ahogados. Elena escuchó con sorpresa.

La vieja refugiada se acercó llorando, y estaba tras la puerta entornada, sin atreverse a entrar. Elena se levantó, enjugándose las lágrimas y se acercó a la puerta. Es extraño —pensaba— cómo consuela el dolor de los otros.

La vieja estaba quieta, intimidada, con la cara entre las manos. Hasta aquel momento vivieron distantes, dándose la espalda. Elena se dio cuenta, con angustia, de que deseaba, de que le era preciso, ver llorar a alguien. Y se quedó mirándola. Hasta que la anciana levantó la cabeza.

—Vamos, dígame qué le pasa... —empezó a decir Elena, suavemente.

La vieja, sólo entonces, se aproximó, y empezó a hablar. Nunca hubiese creído Elena que pudiera hablar tanto aquella mujer. Una confusa mezcla de tristezas pasadas, hambres viejas y miedos presentes desbordaba aquella boca reseca, que no conoció nunca la felicidad. Decía, entre lamentos que, siempre, siempre, celebró de alguna manera aquella fecha. Explicaba cosas pasadas y actuales, casi sin ilación. Que tuvo tres hijos, siempre parados, siempre hambrientos. Que vivían en Madrid, en Ventas, donde se masca el polvo y no crece ni la maleza.

Donde se hacinaban los seres en viviendas de adobe y cal. Las cosas no iban bien. La hija, Cloti, siempre delgaducha, trabajaba desde los once años, sin salir de los harapos, y deseándolo todo.

Claro —añadió, con su lenguaje revuelto— es lo que una piensa, ahora, y se explica cosas: ni colonia se podía poner en la cabeza, la pobre hija...

—Sí, sí... comprendo— asintió Elena, tímidamente.

La vieja se revolvió en un relámpago de desprecio.

—¡Bah...! ¿Cómo va a saber de esas cosas?

Luego, volvió a su tono plañidero:

—Y así íbamos, mal, mal... Hasta que vino lo que tenía que venir. Sí, señor, lo justo y lo que debe ser.

Pero... ya ve usted, antes, esta noche, aunque fuese gastando el jornal entero, la celebrábamos... ¡Porque, no vaya a creerse, yo creo en Dios!

Sí, creía en Dios. Se advertía que tenía miedo a algo impalpable, sólo al decirlo. No miedo de los hombres, sino a algo distinto, más grande, más vago.

Creía en Dios, aunque no fuese a Misa. ¿Cómo iba a oír Misa, con el trabajo que tenía? Pero iba por las calles y, a lo mejor, se ponía a rezar, mirando hacia arriba, por encima de los tejados. En los curas no, en éstos no creía. Y volvió a llorar, porque era la Nochebuena, y no lo parece, no lo parece. Bien estaba que los ricos supiesen lo que era pasar hambre. Bien, incluso, que los ricos "cascasen" y que los pobres tuvieran lo que nunca pudieron conseguir, pensaba. Pero... la Nochebuena es la Nochebuena.

Dios es Dios.

Cuando Cloti llegó, poco después, encontró a su madre en plena confesión.

—Pero, ¿qué está usted diciendo? ¡Ande, ande, déjese de monsergas! —se enfadó.

—¡Calla tú! —dijo la vieja, irritada—. Calla tú, que no respetas nada.

Cloti salió, con un encogimiento de hombros, y se encerró en su cuarto, dando un portazo.

La vieja, que de pronto perdió su azoramiento, pidió permiso para sentarse. No puede remediarlo —se dijo Sol—. Tiene, a su pesar, delante de mamá, el mismo aire de una antigua criada de visita. La vieja se dirigía a Elena con un respeto inconsciente.

Sentóse al borde de la silla, con las manos cruzadas sobre la falda de profusos vuelos. Elena la escuchaba en silencio. Sol miraba a su madre, y pensó: Tiene algo, a pesar de todo, que nada ni nadie podrá destruir. Algo que nadie podrá quitarle jamás.

Inesperadamente, Cloti entró en la habitación. Llevaba debajo de cada brazo una botella de champaña.

—¡Hala! —dijo, con su voz dura, fresca— ¡Pa que no gruñan!... Es esto lo que quería, ¿verdá, usté? Pues ahí tiene. A alegrarse.

Una sonrisa, mitad vergonzosa, mitad burlona, vagaba en sus labios. Miró a Sol como si la viese por vez primera.

—Ven, pajarito —le dijo—. Pareces un pajarito.

Siéntate a mi lado.

La vieja dio un chillido de alegría, corrió a por vasos y volvió con ellos, colocándolos alegremente sobre la mesa. Elena seguía de pie, quieta y silenciosa, y Sol notó cómo temblaban sus labios. Se acuerda de papá, pensó. Y ella también sintió aquella ausencia, aquella mirada de niño a cuyo alrededor el mundo creció demasiado deprisa.

A su lado, Cloti hablaba con voz fuerte y brusca.

La alegría de las dos refugiadas parecía que las aislaba aún más, que las recluía en sí mismas, aún con más fuerza. Las risas de Cloti y su madre formaban una barrera a su alrededor, sutil y helada.

Sol se dio cuenta de que Cloti y ella sentían la una por la otra una curiosidad recíproca. Esto la divirtió íntimamente. Cloti sirvió el champaña en grandes vasos de cocina, llenándolos hasta los bordes y a Sol le pareció que era un

champaña distinto al que bebían antes, que no tenía nada que ver con aquél. El gesto de Cloti al servirlo, desbordado, denotaba prisa, una prisa febril y angustiada. Las cosas acaban. Las cosas pasan pronto. Hay que aprovechar el momento bueno. Mañana, tal vez, todo vuelva a ser amargo, duro. Tal vez mañana despertemos de nuevo en el polvo seco, sin una brizna, sin una sonrisa. Sol bebió despacio, con la garganta ligeramente oprimida. Aquella bebida le pareció amarga y excesiva.

No, no tenía nada que ver con el champaña, ligero, dorado, de otros tiempos.

Cloti sonreía, con los labios apretados. Bruscamente, le cogió la muñeca.

—Vente, chica —le dijo—. Deja a las viejas lloronas. Vente y charlaremos.

Se levantó y la arrastró tras sí. Entraron en el cuarto y cerró la puerta con llave. Del armario sacó otra botella, galletas y chocolate, y lo fue poniendo todo encima de la cama.

—Toma, hija —dijo—. Come, criatura. ¡Pobre chavala, qué pena me das, con esa cara de pájaro hambriento! Anda, y come. Yo te tengo que espabilar a ti, muchacha.

Sol obedeció. Primero con timidez, luego, despreocupadamente. Hacía tiempo no gustaba el sabor del chocolate. A medida que comía. Sentía una vergüenza íntima, profunda. No por Cloti, sino por sí misma.

La misma que experimentaba, a veces, enrolada en una cola.

—Eres maja, chica —le dijo Cloti, con la boca llena—. Tú no tienes la culpa de ser hija de quien eres. Me das pena. ¡Ya verás cómo te espabilo! Hazme caso y verás.

Cloti calló, mirándola. Su curiosidad podía más que su protesta.

Luego, empezó a contar cosas. Parecía que quisiera deslumbrarla o hacerle sufrir un poco, hablándole de todo lo que ahora disfrutaba. A menudo, iba al Hotel Colón. Cuántas cosas descubrió Cloti en él, paseándose por sus largos pasillos con un pijama de seda. Al decírselo a Sol, la miraba a través, sonriendo con cierta malignidad. Hablaba con dejes extraños, con terminaciones breves y desvaídas. El gesto, sobre todo, expresaba más que sus palabras. Pasearse con un pijama de seda, fumar cigarrillos egipcios, bañarse en un cuarto de baño, con

muchos espejos, con colonia y jabón de olor, era, al parecer, fabuloso, delirante, un sueño hecho realidad.

Sol la escuchaba atentamente, absorbía sus gestos, la veía expulsar humo por la nariz, cruzar trabajosamente una pierna sobre otra. El pantalón del mono acentuaba la anchura de sus caderas. Había huellas infantiles en su rostro, pero el cuerpo parecía estallar demasiado pronto, como si tuviera también prisa, consciente del curso vertiginoso de las horas. Los buenos tiempos acaban. Eso decía cada poro de su piel, cada uno de sus ademanes. Las cosas agradables pasan pronto. A veces, Cloti se apartaba un mechón de cabello, que le estorbaba sobre la frente, con gesto rápido. —No tenía ni colonia para echarse en la cabeza..., dijo la vieja. Flotaba en el cuarto, entre ellas, una tristeza vaga.

—Quiero dejar la fábrica —dijo Cloti, mirando al suelo. Tenía el vaso en la mano, ahora lleno de vino.

Y lo derramaba lentamente, como si lo estuviera desangrando. Los dedos le temblaban un poco—. Unos camaradas van a buscarme un empleo en un garaje...

—¿Por qué? —preguntó Sol.

—Tengo... tengo miedo de los bombardeos —dijo—.

Es peligroso. Se fabrica material de guerra, ¿sabes?

Yo no soy cobarde. Cuando se echaron mis hermanos a la calle, yo iba con ellos, pero tengo miedo de los aviones.

En aquel momento, Cloti se parecía a su madre.

Hablaba de los aviones con el mismo acento con que la vieja decía: Dios.

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntó Sol.

Estaban en el frente. Al hablar de ellos, volvían a brillarle los ojos.

—¡Te digo que yo salí con ellos, como un hombre!...

¡Qué buenos días aquellos! Nunca, pase lo que pase, los podremos olvidar... Tenían muchas cosas que vengar, ¿sabes?... ¡Y yo les ayudé!

De pronto, la miró con fijeza, con una risa breve y áspera.

—Tú eres una inocente, chavala. Una desgraciada.

¿Qué sabes de la vida? ¡Nada! A tu edad, nadie me la daba a mí.

Acercó su mano al cuello de Sol y su risa creció violentamente. No sabía por qué, a Sol le complacía imaginar el corazón de Cloti, ancho y grande como un fuelle de fragua.

—Todo esto del hambre te toca ahora a ti —añadió Cloti, pensativa—. Antes la pasé yo. Es justo.

Tal vez, se dijo Sol. Pero todo era mucho menos sencillo de lo que parecía. Mucho más complicado de como lo veía Cloti. Sol no estaba segura de nada.

Desde aquella noche, nació entre Cloti y Sol una extraña amistad. Cloti no podía evitar su simpatía hacia la muchacha. Le hablaba con un airecillo protector, lleno de áspera ternura. Sol no sentía por ella cariño, pero sí una gran curiosidad y una cierta compasión inexplicable. No tengo razón para compadecerla —se decía—. Es mucho más feliz que yo.

Y, sin embargo, qué rara piedad le inspiraban a veces sus ojos ávidos, su risa, su modo de comer, a dos carrillos, como si siempre fuese el último bocado de su vida el que se llevaba a la boca.

Muchas noches, cuando Sol ya estaba acostada, llegaba Cloti de la calle y entraba en su cuarto. A pesar de su cansancio, se quedaba allí hablando, hablando... Alguna vez, Sol sentía se notaba vencida por el sueño, pero la escuchaba.

Cloti logró su empleo en el garaje y llevaba unas altas botas negras, que se quitaba gruñendo de satisfacción. Se sentaba al borde de la cama y ponía los pies sobre la silla. Contaba cosas, contaba cosas.

Era como si diera rienda suelta a todo lo que se le apretaba en el corazón. Recuerdos amargos, embrollados pensamientos. Tal vez se liberaba así, en voz alta, de confusos fantasmas que la atormentaban.

Cloti era un retazo de vida apurada, febril. Explicaba su vida a borbotones, violentamente. Su madre era lavandera. No fue a la escuela, no tuvo tiempo. Prefería ganar unos céntimos por las calles de la ciudad, porque desde muy niña aprendió a conocer el valor del dinero. Además, nadie la obligaba. Crecía sola, como un perro. Resultaba chocante ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas acordándose de Madrid. Sol se complacía imaginándola niña, con los brazos y las piernas renegridos y secos, tendiendo a los transeúntes las cajas de fósforos. Sentada en los quicios, amontonando calderilla, con sus pequeños dedos sucios y ambiciosos. Vivían en lo que ella llamaba, con agria ternura, su corral, en un rincón miserable de Las Ventas. No tenía padre. Sus hermanos eran, el uno peón de albañil, y el otro, nada. Intentó varios oficios, pero resultó golfante, como decía la madre. El otro, el mayor, estaba casado y tenía dos niños. Vivían todos juntos, en el mismo agujero, dentro de aquel círculo de viviendas oscuras y mal encaladas, con un patio de tierra seca en el centro, donde los niños jugaban y las vecinas solían pelearse. Algunas noches, cuando el hermano mayor estaba sin trabajo, procuraba olvidarlo emborrachándose y pegando a su mujer. Hacían hijos, en un derroche de amargura, hijos de la desesperación. No podían portarse sensatamente, todo era absurdo y desmesurado en sus vidas, inadecuado y desastroso. Al fin, el hermano menor consiguió un empleo en una imprenta. Apenas ganaba quince pesetas a la semana, pero no era eso lo que más le importaba. El dinero lo tendría por otros procedimientos, como una restitución, que le decía a Cloti.

Hablaba de cosas extrañas, de sueños locos. Esperaba la revolución. El mundo parecía suyo cuando hablaba. Cloti amaba a aquel hermano con pasión.

Era un amor fanático, lo amaba como puede amarse un símbolo, una esperanza. La atmósfera de su adolescencia estaba cargada de sed, como las noches que amenazan tormenta. Impaciente, desde su ventanuco mal velado por un jirón de tela roja, Cloti veía el contorno de la gran ciudad. El hálito amarillento del anochecer, tras los cables negros y los postes.

Cloti tenía recogidos tres gatos, flacos y hambrientos como su infancia. Durante el día se acurrucaban bajo la cama, que compartía con su madre, y por las noches salían por el hueco de la puerta. Cloti les veía pasearse por la barandilla de la galería, sobre el patio. Escuchaba sus maullidos, con los ojos abiertos y fijos, y soñaba en voz alta. El cuartucho estaba mal ventilado y apenas si cabía en él la cama.

Cloti crecía, pasaban los años. A los once años, entró de aprendiz en un taller de modista. Barría el suelo, espolvoreando aserrín. La echaron por ladrona Sus

gatos continuaban paseándose por las cornisas en las noches ardientes del verano. Alguien los apedreó, y ella les curó las heridas con un trapo mojado en vinagre. Crecía, crecía. Enfermó, y por las mañanas aguardaba su vez en la antesala de un Dispensario. El hermano mayor seguía peleándose con su mujer, tras el tabique. Temporadas sin trabajo, temporadas de hambre. Encarcelaron y libertaron al hermano menor, hasta tres veces. El hermano menor reía, hablaba, soñaba. Todos creían tener cosas que vengar: una sonrisa, una noche de frío, una cicatriz, su envidia, su descontento, su odio. Su ignorancia, su lenguaje, su hambre y su sed, sin ellos mismos saberlo. También su pena, sus tristezas, su miedo. Y su paciencia, podrida de rencor. Tenían que vengar haber nacido fruto de la desesperación o la casualidad. No fueron deseados y lo sabían. Algo se lo advertía desde el fondo de sus conciencias. No fueron deseados, no nacieron del amor. Mientras, a su lado, los niños seguían creciendo, también. Fumaban colillas recogidas del suelo, amontonaban calderilla. Juntaban en círculo sus cabezas grandes y rapadas, o cubiertas de una pelambreira piojosa, mientras jugaban sobre la acera con unos naipes resobados. Cloti sujetó sus cabellos con una cinta de bordes deshilachados. Cloti, cierta mañana, arrancó, para adornarse, un geranio florecido, como una estrella en tierra gris, dentro de un cajón.

Un día la Gallega le habló. La Gallega era la viuda de un marmolista que murió tísico de tanto tragar polvo, y que se pasó los últimos años de su vida renqueando por las tabernas del barrio. Su última obra fue una lápida, conmemorativa de no se sabía qué fiesta, para la Confraternidad. Y de esa renta vivió, el tiempo que le quedaba, arrastrando un tufillo de vino blanco y una alegría secreta, casi pudorosa.

Al morir, la Gallega tuvo que espabilarse, pues de la renta de esa lápida no le tocaba a ella nada. Comenzó a tratar con lo que tenía más a mano: con ella misma. Aún estaba de buen ver, a sus treinta y cinco años. Y siempre había, el sábado, algún albañil o fumista, con la paga recién cobrada, que quería echar una cana al aire y se iba a su casa, a tomar media botella y algo más. Luego, con el tiempo, cuando el trato de sí misma se hizo más difícil, pensó en ampliar el negocio. Vivía casi en descampado, en una casucha de madera, con huertecillo. Empezó a echar el ojo a las muchachitas de la barriada. Clientes, no le faltaban. Sin grandes fatigas, no había semana que no ingresase algo en la Caja de Ahorros.

Cuando caía una menor, el saldo crecía vertiginosamente.

A Cloti hacía tiempo que la llevaba en el magín.

Le fue algo difícil convencerla, pero bien pudo serlo más. A los catorce años, todas tienen escrúpulos.

¡Como si no fuese eso cosa de la vida, y no pasase al fin, siempre igual! El señor Paco, cincuentón y rijoso, propietario de granos, la tenía vista. Que tuviese hijas de su edad, poco se le importaba. Él no sabía de melindres, ni la conocía la paga era un peso.

Además, con los años, el paladar se le hacía más fino como él decía. Cuando alguna vez Cloti pasaba delante de su almacén y él estaba ocupado vigilando la carga o descarga de algún camión, sus ojillos pequeños, redondos, rodeados de grasa, brillaban, húmedos. Cloti los sentía sobre su piel, resbalando viscosamente, como dos lentos caracoles.

La Gallega hizo lo que faltaba y Cloti se encontró, de un solo golpe, como si lo hubiera soñado en una noche de hambre, metida en una vida extraña, que fatalmente, fue haciéndose regular. Cuando había trabajo, la Gallega buscaba el modo de encontrarse con ella, y la citaba a hora fija. En el comedorcito de la viuda del marmolista se entraba en relación delante de una botella y de unos vasos. Unos hombres decían unas cosas. Otros hombres, otras. Pero luego, siempre era igual. Algo absurdo, que ella no comprendía fuese tan importante como para valer tanto dinero. Cloti procuró ocultar aquellos encuentros a su familia. No le fue difícil, porque todos estaban demasiado preocupados con sus propios asuntos. La madre salía temprano de casa, comía fuera su bocadillo y volvía ya muy tarde. Lavaba y hacía de asistenta en varias casas de la ciudad. Llegaba rendida de cansancio y en casa la esperaban un montón de quehaceres. La cuñada tenía el cuidado de sus cinco hijos y del marido. Si sospechó algo, nada dijo. A los hermanos les veía poquísimo. Su vida transcurría en completa libertad, vendiendo periódicos. Así, a lo largo de tres años, una o dos veces al mes —a veces más—, Cloti pudo creer que el amor era otra estupidez humana.

Pero el amor, o algo que se acercaba a la idea que de él pudo tener antes, rozó un día su corazón.

Cuando menos, el amor podía ser algo distinto de aquel habitual entregarse a la pasión de los otros.

Conoció a un muchacho, aprendiz de tornero, muy joven todavía, que se llamaba Pedro. Pedro iba limpio, con un mono azul bien planchado. Solía esperarla en un bar, cerca de su corral. Alguna vez ella le mandaba recado: No puedo ir. Tengo trabajo.

Señal que la Gallega la había citado. Pedro se iba, dócilmente. Pedro vivía mejor que Cloti, en una casita aseada, con su madre y un hermano pequeño.

Inexplicablemente, junto al cariño, surgió en el corazón de Cloti un raro resentimiento hacia el chico, hacia su vida limpia, sin zozobras. En ocasiones, creyó odiarle salvajemente. Luego un sentimiento dulce la invadía, y besaba su boca joven, tan distinta a todas. Pero, oscuramente, le nacieron sentimientos de odio, de amargura, de venganza. Al conocer aquel amor tierno, desinteresado, aparecieron las inquietudes, el miedo y la desesperanza. Cloti, entonces, buscaba el campo, o algo que se pareciera. Algún lugar donde creciera un árbol, donde ofrecer al sol sus grandes mejillas descoloridas, el azul de sus suaves ojeras.

Poco antes del dieciocho de julio, la policía acabó con lo de la Gallega. Tras un escándalo demasiado sonado, la encerraron para un tiempo. Cloti iba a cumplir los diecisiete años. Un hervidero de rencores, de cosas, frustradas, de amor enfermo, le llenaba el pecho. Tenía deseos de luchar por el sol, por la luz. Cuando mis hermanos se echaron a la calle yo les acompañé.

Ahora, mirando a Sol, a sus ojos claros, algo doloroso se distendía en el corazón de Cloti. Era una envidia que podría llamarse dulce, sin culpa. Y algo se le rompía dentro, como un grito sofocado, cuando le cogía la mano diciéndole:

—¡Menuda inocente estás hecha, so panoli! ¡A ti te tengo que espabilar yo!

Poco tiempo después, Elena y Sol supieron que la cuñada y los sobrinos de Cloti llegarían en breve.

Cloti lo dijo con una risita expresiva:

—También se han quedado sin casa, por culpa de los obuses.

—¿Y dónde van a alojarse? —preguntó Sol, intencionadamente.

—Aquí mismo. ¿Adónde te crees tú que iban a ir?

La cosa está clara.

—Pero, ¿dónde van a meterse? Estamos aquí ya muy apretados...

—¡Ah, claro! —dijo Cloti, con rabia—. ¡Tú estás muy bien acostumbrada! Todavía serás capaz de decir que el piso es chico. Si hubieras vivido amontonada, sabrías lo que es un cuarto pequeño. —Y añadió—: Vosotros, entre vosotros, no sabéis haceros favores. Todo lo complicáis por nada. Pero nosotros siempre estamos dispuestos a acogernos, aunque no tengamos donde caernos muertos: eso ya sé que es nuevo para ti.

A pesar de todo —pensó Sol—, Cloti no puede dejar de hacer distinciones entre "vosotros" y "nosotros", ¿por qué...? Cuando Sol oía a Cloti hablar de su infancia, se acordaba de Jesucristo. Pero después, cuando, por ejemplo, la veía con una lata de conservas sobre las rodillas, comiendo glotonamente, Jesucristo se alejaba insensiblemente de aquel lugar.

Y Sol se preguntaba por qué nos crearon con narices rojas, ojos lacrimosos y bocas voraces.

Al cabo de unos días llegó la cuñada con sus hijos. Su entrada fue ruidosa, llena de gritos. El niño más pequeño lloraba con fuerza, agarrado a su cuello. Ella era una mujer alta, delgada, de boca amarga y ojos muy negros. Cuando se sacó el pecho para tapar la boca del niño, Sol vio una forma flácida, con la punta color cuero reseco. Como una bolsa medio deshinchada, alargada y colgante. Una vena muy azul lo surcaba dándole un aire de sufrimiento palpable vivo. La vieja los recibió con chillidos de cariño y besos resonantes. Los chiquillos se colgaron de su cuello, gritando: ¡Agüela! ¡Agüela! El mayor, que tendría unos doce años, llevaba un gorro de miliciano y un fusil de juguete, roto, colgado de la espalda.

Pero poco después la casa se llenaba de disputas insultos y riñas. Se instalaron amontonadamente, todos, excepto Cloti, en la habitación de la vieja. Parecía que fuese ya una costumbre de la que no sabían prescindir. Los niños corrían, persiguiéndose, por las habitaciones. Entraban sin cuidado en las de Sol y su madre, y, especialmente, se enamoraron del cuarto de baño. Posiblemente, era la primera vez que veían uno. Rompieron el espejo grande, llenaban el suelo de charcos y, luego, se presentaban con las manos y la cara llenos de churres, pero con los cabellos repeinados y chorreando agua. La madre sacó a uno de los dos pequeños, medio ahogado, de la bañera.

Esto, hasta cierto punto, divertía a Sol. Pero cuando oía cómo la cuñada de Cloti —La Margarita— pegaba salvajemente a sus hijos, sentía que no podía soportarlo. Inútilmente se tapaban los oídos ella y su madre, al oír los gritos de los niños. La Margarita los zurraba con el cinturón o con cualquier objeto que tuviera a mano. ¡Te mataré!, gritaba, a quien fuese. Había una desesperación

sorda, en aquella mujer. Nada de lo que ocurriera en el mundo, fuera de su vida podía afectarla. Un día le oyó decir a su suegra:

—¿Revolución, mejoramiento, igualdad de clases?

¡Pamemas! ¿Qué me importa a mí? A mí no me toca nada de eso. Mi vida siempre ha sido y será la misma.

Yo no he tenido juventud. ¡El Manolo, que chille, que grite! Ahí lo tienes, marchándose al frente, voluntario. Y aquí, que me arregle yo con los críos y con la casa deshecha. ¿Qué es mi vida? ¿En qué ha cambiado mi vida? ¡En nada! Siempre una arrastrada, con estos demonios encima, que me consumen la sangre. Arrastrada, hecha una esclava, siempre. ¡No, no! La vida, pase lo que pase, no cambia pa mí.

La Margarita, Cloti y la abuela disputaban por cualquier cosa. Pero luego, casi sin transición, reían y comentaban el menor suceso.

Un buen día, la Margarita anunció que iba a llevar a los niños a una Guardería infantil. La abuela empezó a llorar, diciendo que no.

—¡Calle usted, madre! —dijo Cloti ¿Pero qué se creerá? ¡Si han de estar la mar de bien! ¡Mejor que aquí!

Los niños se fueron, rapadas las cabezas y marcados con un número, excepto el menor, todavía de pecho. La abuela, lloriqueando, guardó en el baúl el gorro de miliciano y el fusil roto.

Pero no cesó la barahúnda del piso. Aún resonaba con más frecuencia, se diría, la amarga retahíla de quejas de la Margarita. Su voz ácida, sus reproches al mundo y a sí misma, por haber escogido semejante suerte, se convirtieron en una música desconcertada y monótona. Llegó un momento en el que a Sol se le hacía imposible quedarse en el piso, estando ella. Muy a menudo, siguiendo el ejemplo de Eduardo, comenzó a salir de casa, en cuanto se vestía. Cuando se hallaba en la calle, ancha y fría, respiraba hondo y caminaba, sin rumbo, por los alrededores.

Una tarde de aquellas en que huía de casa para no oír los gritos domésticos, un atardecer suave en que se abandonaba calle abajo, con la angustia consciente de su inutilidad, se encontró inesperadamente con su hermano.

Eduardo se detuvo, mirándola como si la viese por vez primera. Nunca se vieron fuera de casa, de improviso, y parecía como si se descorriese un velo ante sus ojos, y por vez primera se contemplasen tal como eran.

—¡Hola! —dijo Eduardo—. ¿Adónde vas?

A Sol le pareció que hacía tiempo, años tal vez, que no se veían. Cuando Eduardo iba a casa, era para cenar o comer la frugal ración que le correspondía, o para dormir. Su madre ya no tenía fuerzas para decirle nada. En alguna ocasión, Eduardo le dio una lata de conservas o algún otro alimento. Cuando Elena le preguntaba dónde lo había conseguido, él se encogía de hombros, como toda respuesta.

—No sé a dónde —respondió Sol—. A ninguna parte. Doy vueltas por ahí, porque no puedo resistir quedarme en casa.

Contempló el rostro de Eduardo. Estaba más delgado y sus facciones se habían agudizado. Una leve pelusa rubia le poblaba las mejillas, sobre el labio.

Daba la impresión de que el frío se le había metido en las manos, en la nariz y al borde de los ojos. La cogió por el brazo y avanzó a su lado. Su mano estaba encallecida, estropeada, con las uñas rotas. Llevaba, desde hacía tiempo, una cazadora de cuero, muy rozada, que nadie sabía de dónde sacó, y unas botas de soldado. El cabello le había crecido, cayéndole por detrás de las orejas en largos mechones rubios.

—¿Adónde me llevas? —dijo Sol.

Eduardo se encogió de hombros.

—A ninguna parte —dijo Es que... iba a casa.

—¿Ahora? —se extrañó ella.

La tarde era húmeda, llena de neblina. Sol tuvo un estremecimiento.

Eduardo la miró.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Nada. Tengo frío.

—Es que tienes hambre —dijo él, entonces—. Por eso cualquier cosa te pone medio enferma.

Sol no respondió. Se pararon frente a una tienda en cuyo escaparate se exhibían paquetes de aserrín y añil. Nada más. Casi dos años duraba la guerra para ella perdidos irremisiblemente. En aquel momento hubiera querido desentenderse de todo, de todos, hasta de las propias exigencias. Pero el hambre es cruel, pesa de un modo material y terrible, recordándonos que estamos vivos.

Un perro esquelético empezó a dar vueltas lastimeras en torno a ellos. Oyeron un conocido redoble, calle abajo. Un pelotón de hombres descendían por la calzada, resonaban sus botas sobre el asfalto. La bandera pendía con un gesto cansado, inmensamente triste. Sol se aproximó más a Eduardo y apretó su cuerpo contra el de él. Por vez primera percibió los golpes de su corazón y súbitamente tuvo deseos de acosarlo a preguntas. ¿Por qué, casi, abandonó a su madre, en el momento en que habría representado su mayor apoyo? De niños les inculcaron que los hijos están siempre en deuda con los padres. Deseó hablarle de la injusticia cometida con ellos, con su tiempo, arrojados de un mundo muelle e ignorante a una realidad desconocida, cruel, viviendo una existencia que no sabía ni podía emplear dignamente, pero de la que era pecado maldecir. Tal vez lo anormal e inaudito era vivir en paz y alegre, con proyectos y esperanzas que fueran más allá del problema de comer. El suelo aparecía viscoso, bajo aquel cielo que amenazaba deshacerse en niebla sobre sus cabezas.

Eduardo le rodeó los hombros con el brazo y volvió a preguntarle:

—Sol... ¿Tienes mucha hambre?

Un hombre rebuscaba entre la basura, amontonada al final de las calles, en los solares, despidiendo un olor acre y nauseabundo. Una mujer de melena mitad negra mitad amarilla, tal vez joven, que tal vez fue hermosa y coqueta, cruzaba la calle cansadamente arrastrando de la mano a un niño de grandes orejas. Hambre. Hambre, en todas partes donde mirase.

Sol apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, y sintió una lágrima inesperada resbalándole hacia la sien. Eduardo la miró de frente y la abrazó con fuerza. Era la primera vez que lo sentía humano, próximo.

—Anda, no llores. Ven conmigo. Te llevaré a un sitio donde podré darte algo de comer.

La llevó ciudad arriba, hacia el Tibidabo. A medida que se acercaban a la montaña, la ciudad, tras ellos, parecía huir rozadamente, dulcemente, como si no existiese la guerra. Tal vez fue aquélla la primera vez que Eduardo la trató como hermano.

Durante el camino le iba hablando de un modo desconocido, confidencial. En la calle, fuera del piso y de su clima invadido, se sentían más cerca uno del otro, las palabras brotaban con menos esfuerzo.

—En este tiempo he aprendido muchas cosas, Sol —dijo él Te aseguro que ahora entiendo la vida.

—¿Adónde vamos?

—A una barraca.

—¿Y por qué?

—Ya verás. Es una especie de refugio. Mío y de mis amigos.

Le explicó, entonces, que tenían su guarida, con provisiones, en una barraca de la ladera de la montaña. En ella, además de ser el punto de reunión, vivía un muchacho, llamado Chano. En improvisadas cuevas, en el Tibidabo vivían gentes que huían de los bombardeos, anidadas como animales, resguardándose con jirones de estera y cañas secas.

Cuando llegaron, la noche estaba ya muy próxima, pero una claridad azul bañaba los salientes de la roca, las cañas y las barracas. Alguna que otra hoguera enrojecía levemente el paisaje, desnudo y mísero. Del humo tenue de aquellas fogatas, Sol creyó oír brotar una agria sinfonía de quejas, riñas y desolación.

Nunca antes pisó aquellos parajes. La hierba aparecía rapada y seca, y la tierra polvorienta, muy pisoteada. La silueta de las montañas despedía una extraña luminosidad lechosa. Muchos de los árboles fueron talados para hacer leña. Una estrella, solitaria, parpadeaba lejos.

La barraca era pequeña y frágil, construida con ladrillos viejos, latas oxidadas y cañas. Eduardo apartó los maderos que protegían el agujero de la puerta, y entraron. Olía a suciedad, a frío y a hierbas mustias. En una esquina un colchón, mugriento y aplastado, despedía un hedor dulzón.

—Siéntate —dijo Eduardo.

Obedeció, no sin cierta repugnancia. Eduardo encendió un candil de aceite y el interior de la barraca se llenó de una claridad amarilla, espesa. Una columna de humo, delgado y negro, ascendía al techo.

Sol apretó los brazos contra el cuerpo. El viento soplaba por entre las cañas y los ladrillos mal ajustados.

Eduardo manipuló entre los sacos y los cajones, que casi llenaban todo el reducido espacio. De pequeñas trampas y lugares muy ocultos, sacó chocolate, pan y una lata de carne en conserva. Abrió la lata y colocó un trozo, rojo y gelatinoso, en un plato de aluminio, como los que usan los soldados. Luego desdobló la navaja y le entregó ambas cosas.

Con el plato en las rodillas, Sol comió ávidamente.

La carne estaba fría y tenía un gusto fuerte e insípido a la vez. Sin embargo, todo su ser parecía renovarse. Mientras comía, no se atrevía siquiera a mirar a su hermano, sentado en un cajón, frente a ella. Lo natural era preguntarle cómo llegó hasta allí, interesarse por el modo en que parecía resolver su vida.

No obstante, las palabras se le detenían en la garganta. Sentía una especie de miedo, injustificado y extraño, ante la vida desconocida de su hermano. Un miedo absurdo, un presentimiento de saber cosas que le harían daño, que la iban a llenar de frío y desesperanza. Como si temiera que Eduardo, con sus explicaciones, matara las reservas de esperanza que aún invadían aquella dulce ignorancia que aún la salvaba de las últimas decepciones.

Cuando acabó de comer, miró a Eduardo, que quieto, mascaba un trozo de chocolate, y recogió su navaja, limpiándola con un papel. Masticaba lentamente, con las rubias pestañas medio velándole los ojos. Parecía tranquilo, reposado, lleno, incluso, de seguridad. Sólo se oían los quejidos del viento.

—¿Cómo has conseguido tantas cosas? —preguntó, al fin ¡María hubiese tardado un mes en reunir la mitad!

—Es natural —respondió Eduardo, pensativamente. Luego, levantó los ojos mirándola—. Esto —dijo— se consigue saqueando los almacenes de víveres.

Sol le miró, perpleja.

—¿Tú solo? ¿Tú sabes...?

—No, solo no. Tengo amigos. He aprendido mucho de ellos.

—¿Tienes amigos? Antes no te gustaban. Siempre estabas solo. Yo creía que ibas a ser jesuita.

Eduardo sonrió.

—Tal vez —dijo—. Tal vez, si esto no hubiera sucedido. Pero estos amigos de ahora no se parecen en nada a los de entonces. Con éstos todo es diferente.

—¿Con Chano?

—Sí, por ejemplo, y con otros.

—¿También él abandonó su casa?

—Él no ha tenido nunca casa.

Sol cogió su mano, fría y dura.

—Dime cómo le conociste —preguntó con vehemencia. Luego, se quedó quieta, con un raro abatimiento. Si, hacía unos momentos, temía conocer algo relacionado con su vida, ¿por qué ahora deseaba con tanto afán que Eduardo hablase?

—Es largo —dijo Eduardo—. Pero te lo diré.

—Cambió el tono, y dijo, con una rabia extraña—:

¡No sé cómo puedes vivir allí dentro!... A mí me hundía aquello. Hay que amoldarse a las circunstancias.

La vida cambia, las cosas se vuelven del revés.

¡Bueno, pues cambiemos nosotros, volvámonos del revés si es preciso!... La pobre mamá no sabe vivir.

No ha sabido nunca. Y hay cosas que nunca, tampoco, sabrá comprender. Por eso, yo prescindo de lo que ella diga o piense. Por eso, no puedo vivir allí.

Sol descubrió en sus ojos, en su boca, una frialdad acerada. Con los párpados casi cerrados, adquiría una expresión amuñecada, rígida. Apenas tendría diecisiete años, pero su rostro le recordaba las caras de los enanos, en su angustiosa mezcla de infancia y vejez.

—Cuéntame— insistió Sol.

Eduardo se inclinó hacia ella. Y, por vez primera, habló largamente con su hermana.

Las primeras veces que Eduardo salió a la calle, tiempo después de la muerte de su padre, una ciudad nueva, desconocida, se alzó ante sus ojos.

Hasta entonces, interno en los Jesuitas, durante casi todo el año, apenas si tenía de su ciudad una visión rápida, superficial. A través de la ventanilla del coche, desfilaba clara, ordenada, limpia. Por las noches, el asfalto brillaba, negro, reflejando las luces de las grandes farolas donde silbaba el gas. Las altas siluetas de las casas, con sus cien ventanas encendidas, sus amplios portales llenos de luz, daban una sensación de paz y de seguridad incommovibles.

Los edificios altos, macizos, las anchas avenidas como la Diagonal y el Paseo de Gracia, se le antojaban símbolos de una firmeza indestructible, conseguida, año tras año, por generaciones de hombres continuándose en un mismo empeño.

Los seres que transitaban por las calles, los automóviles que rodaban suavemente por la calzada, los restaurantes, los bares y los teatros que conoció, le daban idea de un mundo hermoso confortable, firmemente consolidado. Alguna vez le asaltó el pensamiento de que ya todo estaba hecho, resuelto y conseguido, de que era difícil encontrar un objeto con que llenar la vida.

Durante las últimas vacaciones de Pascua, su propio padre fue a recogerlo al Colegio. Había comprado un Ford de nuevo modelo, y estaba orgulloso de él como un niño. Lleno de entusiasmo le llevó a dar una vuelta por la ciudad, para luego cenar juntos en un viejo restaurante de la Plaza Real, donde, le dijo, hablarían como dos hombres, seriamente.

Eduardo recordaba palabras de su padre: Aquí venía muy a menudo el abuelo. Al decirlo, parecía lleno de emoción. Hablaremos mucho esta noche Eduardo —

añadió—. Ya tienes catorce años, y desde hoy te considero como un hombre, en quien puedo confiar. Tú serás mi mejor amigo.

El restaurante daba por un lado a los arcos de la plaza, y por el otro, a las Ramblas. Dentro reinaba una atmósfera tibia, algo melancólica. El maitre conocía a su padre, y se acercó solícito. Era un anciano de cabellos blancos, con un frac de corte antiguo, pulcro y no demasiado nuevo. Luis Roda le presentó a su hijo, con orgullo. Le trataba con gran familiaridad. También me conoció de muchacho —le explicó, mientras subían a un comedorcito privado—. Tenía tu edad cuando el abuelo me trajo aquí, por primera vez. Eduardo se dio cuenta de que para su padre aquellos momentos tenían importancia, continuaban algo, cerraban algo en su vida, a la vez que la abrían a algo nuevo.

Casi todos los camareros eran de edad avanzada.

Olía a caoba, a vieja madera. En las paredes había espejos ya un tanto picados, con marcos dorados, plafones decorados en oro, con pinturas oscurecidas por el tiempo. Eduardo se sintió molesto, incómodo. Su padre, en cambio, rebotaba satisfacción. Escogió los vinos cuidadosamente, fingiendo, incluso, consultar su opinión. Bebieron Cote du Rhone y un vino blanco de Coblenza. En el transcurso de la cena, Luis llenó varias veces las copas de su hijo. Eduardo contemplaba, pensativo, turbado, el líquido claro, brillando dentro del cristal. Se sentía ajeno, azorado por aquella solicitud, que no pedía, que le sacaba forzosamente de una ignorancia cómoda, apática. Luis Roda le habló largamente del abuelo. Allí, con él, cenó muchas veces. Allí, asimismo, se reunía con hombres de negocios: Ahora, tú eres para mí como uno de ellos. Pero, además, un gran amigo. En una mesita supletoria calentaban los platos en un viejo hornillo de alcohol, con las patas curvadas. Luis Roda hablaba del trabajo, de los talleres fundados por su abuelo. De un tiempo huido, que defendía firmemente. Eduardo se dio cuenta, de pronto, de que allí dentro del comedorcito, el tiempo se había detenido milagrosamente. Parecían hallarse en pleno siglo XIX, aun afuera en la paz de la Plaza Real, el murmullo apacible y tierno de la fuente, las viejas tiendas, el Museo—Almacén de Historia Natural. Su padre empezó a hablar como obedeciendo a la misma sugestión. Por un instante, Eduardo creyó descubrir un temblor en los labios de su padre y algo como un miedo fugaz, en el brillo de sus ojos. Le hablaba de unos hombres muertos, inexorablemente continuados a través de sus hijos y sus nietos. Alargó una mano y le apretó la muñeca con fuerza: Hoy más que nunca, debemos defender todo esto. Quiero que sepas que esto no debe morir. Eduardo, al oírle aún se encogió más y más en sí mismo. Vagamente pasaron por su imaginación los viejos almacenes de maderas de Guinea, la tiendecilla del herbolario, los amarillentos retratos de

hombres con barba en punta y quevedos reverberantes. Cada vez que su padre nombraba al abuelo, luego a sí mismo, luego a él, le parecía que unas tenazas le oprimían. Se sabía incompatible, lejano a todo aquello.

Le invadía una enorme pereza oyéndole hablar de aquella cadena humana, tendida hacia un mismo fin. Y con cierta estupefacción, por no habérselo planteado hasta entonces, llegó a la conclusión de que no le amaba realmente. Sentía hacia él un gran temor admirativo pero se sabía incapaz de imitarle en nada. La vida que con tanta emoción le describía, a él le repugnaba. La familia, que tanta importancia tenía para su padre, no significaba nada para él. En el colegio alguien le habló ya, largamente, de las deleznable ligaduras humanas. Por aquel tiempo dudó si inclinarse hacia el estado religioso. Pero se daba cuenta de que para ello le faltaba el impulso, el fuego, la generosidad y la fe, la capacidad de amor y de renuncia, que, según oía, debía aceptar. Lo que él sentía era distinto. Le empujaba únicamente un recelo del mundo y de los hombres. La familia se le antojaba un peso aplastante. No tenía amigos, y su única distracción consistía en los deportes y en leer y leer tumbado en la cama. Muchas veces leía vidas de santos y de Cristo, algunas prohibidas por la Iglesia. Una abulia, una pereza inmensas le dominaban, le vedaban toda amistad. Tampoco se esforzaba en los estudios. Todo está hecho ya, se decía con frecuencia.

Las perspectivas de vivir continuando a su padre le aterraban.

Días después de aquella cena, le llevó a los talleres. Los hombres trabajaban ordenadamente. Una gran disciplina reinaba, desde el despacho de su padre hasta la última de las dependencias. Entonces, el desaliento le invadía. Luis le presentó a los principales empleados, con el mismo orgullo que al maitre del restaurante. Eduardo sentía crecer su lejanía, su descontento. Le pesaba, sobre todo, la rutina de aquella vida, aquel tremendo e inalterable orden de cosas y jerarquías. Y, a su vez, él, Eduardo, llevaría allí a su hijo... Hoy, más que nunca, debemos defender todo esto..., recordaba. No. Se sabía incapaz.

Se ahogaba. Sintió aversión por aquellos talleres, por aquellos hombres disciplinados, por aquel trabajo.

Sucedíéndose, sucedíéndose todo. Y, sin embargo, también se sabía incapaz de rebelarse.

Un día inesperado y violento, de la noche a la mañana, todas las cosas, hasta los mismo seres, cambiaron repentinamente. Aquellos hombres, antes grises y disciplinados, mataron a su padre. Fue al Clínico, con su madre, en busca del

cadáver. Le habían recogido de la cuneta, en la carretera de la Rabassada. Tenía la cara deshecha, a balazos saltaron sus facciones, y, en la nariz y la boca, grandes coágulos de sangre negruzca resbalaban viscosamente.

Sólo sus ojos abiertos, desesperadamente abiertos, le miraban. Eduardo sintió fijas en su carne aquellas pupilas, como un grito. Y un sacudimiento profundo, un horror inmenso ante el mundo, ante los hombres, se apoderó de él. No estaba todo conseguido. No estaba todo hecho. Una turba de gritos sordos, de cosas ignoradas y ocultas, surgía de la sombra. Y negros abortos, monstruosos, implacables, se alzaban del fondo de las cosas. Un mundo crudo, salvaje, se abría paso ante él. Apretado a su madre, sintió flaquearle las piernas. Todo se tambaleaba a su alrededor. Y, absurdamente, le vinieron a la memoria los viejos camareros, la llamita azul del hornillo de alcohol, que calentaba los platos, el olor a caoba, la sonrisa del viejo maitre, los espejos de marco dorado... Hoy, más que nunca, dijo su padre. Bruscamente, la cuerda se rompía. La cadena saltaba hecha pedazos.

La ciudad era ahora una ciudad distinta. Por las calles, antes limpias, se amontonaba la basura. Las gentes iban mal vestidas. Casi ningún hombre llevaba corbata. Los primeros días en que se aventuró a salir, Eduardo avanzaba tímidamente, mirando ávido a un lado y otro. Los edificios que creyó seguros, inmovibles, parecían llenarse de un temblor irreal, fantástico. En los balcones, grandes carteles y banderas, hombres con fusiles y ametralladoras.

Por las calles, hombres vestidos con mono azul o con el torso desnudo, con rojos pañuelos al cuello, desfilaban puño en alto. Camiones y coches, atiborrados de hombres y mujeres, huían vertiginosamente, llenos de voces roncas, de armas amenazantes. Los bares, los teatros, los restaurantes, tampoco eran los mismos. Turbas de gentes desarrapadas los invadían, sentándose con los pies sobre la mesa, escupiendo al suelo. Una risa larga, bronca y baja, parecía recorrer aquellos lugares. Por las noches y en el atardecer, grandes resplandores rojizos lamían las paredes de las casas. Alguna campana, insólita, terrible llamaba a quién sabe qué, o quién, antes de caer entre los escombros. Una nube de ceniza surgía de las ventanas quemadas. Los perros, exasperados, se reunían a ladrar en torno, con las cabezas alzadas. Luego, huían juntos, hacia otro lugar. Los perros, de pronto, se llenaron de una piedad salvaje, terrible. La única piedad que quedaba en la tierra, se diría.

Los niños, renegridos, medio desnudos, con sus vientres hinchados y sus cabezas grandes, apedreaban las vidrieras de colores.

En los locales públicos había espejos y cristales con las iniciales de partidos políticos. CNT, UGT, FAI, que también gritaban desde la panza roja y negra de los tranvías, las traseras de los coches, las paredes de las casas. En los quioscos de periódicos, revistas y libros de llamativas portadas atrajeron la atención de Eduardo. Sacó de su alcancía todo su dinero, y adquirió algunos de ellos, y cigarrillos.

Aquellas lecturas le descubrieron un aspecto distinto de la vida. Cosas que creía sólidas, inmutables, se le presentaban como viejos prejuicios, se deshacían ante él. Oscuros secretos se presentaban ante sus ojos de adolescente, de un modo descarnado y cruel.

Poco a poco, con el tiempo, se atrevió a entrar en algún bar. En torno a las mesas, los hombres se amontonaban. Mujeres vestidas medio de soldado, medio de bailarina, se mezclaban con ellos. Sus brazos desnudos, gruesos, marcados por la vacuna, rodeaban los cuellos peludos de los hombres.

Tímidamente, Eduardo pedía un vaso de vino. Los vinos que su padre escogía con cuidado, atentamente, corrían de mano en mano, estrelladas por el suelo las botellas vacías, y los bebían directamente del gollete. Nada era importante, inviolable. Tonterías. Todas las cosas son iguales. Eduardo sentía un raro alivio, en medio de su repugnancia. Y ésta era cada vez más débil.

Entre la barahúnda solía pasar inadvertido. No era otra cosa que un muchacho con el cuello de la camisa desabrochado, con botas de colegial, despeinado, curioso. Alguna vez se dejó arrastrar por la turba, que recorría las calles gritando. Entonces, gritaba como ellos, gritaba y levantaba el puño, sin saber del todo el porqué. De este modo, un mundo nuevo se abría ante sus ojos. Poco a poco se veía impelido hacia aquellos seres, hacia aquel vivir al día que le agradaba. Una a una, las ideas del mundo que intentó inculcarle su padre se desprendían, saltaban y caían como la corteza seca. Surgía en él un ser nuevo, vagabundo, indolente, incapaz de sentir ni amor ni odio. Aquella vida a la deriva, sin porvenir ni pasado, le atraía porque no exigía nada a cambio. Sabía que no podría luchar contra aquello y ni se lo proponía. No le importaban los motivos de la revolución, ni se sentía solidarizado, ideológicamente, con aquellos hombres. Veía cómo se emborrachaban, cómo requisaban los víveres de las tiendas, cómo desvalijaban las viviendas. Todo era en ese mundo caótico, primario, de quien alargaba primero la mano. Alguna vez pasó frente a la casa de un antiguo condiscípulo. Asomados a las ventanas, vio varios hombres en camiseta, con un fusil ametrallador, mirando hacia la calle. Pero no le inquietó

lo que pudiera haberle sucedido a su amigo y sus familiares. Si acaso, pensó que la vida era del que sabía defenderla.

Si tenía dinero, iba al teatro. O, con las manos en los bolsillos y una leve sonrisa en los labios, recorría las calles. Pronto se acostumbró a las violencias, hasta no afectarle. Fríamente, pudo contemplar cómo unas mujeres desgredadas arrastraban a un hombre, escupiéndole e insultándole, cerca de la Barceloneta. En el barrio familiar, donde se alzaban las casas más hermosas, vio arder, impasible, en medio de la calle, muebles de valor, cuadros y objetos que simbolizaban un mundo, que para alguien eran algo vivo, entrañable, pero no para él.

En ocasiones entabló fugaces amistades con muchachos de su edad o algo mayores. Eran, por lo general, golfillos, muchachos sin profesión ni techo seguro. Se sentía atraído por aquellas vidas al asalto por aquella indiferencia sonriente que les caracterizaba. Le parecían hombres en pequeño, ladronzuelos, que le mostraron nuevos aspectos de la ciudad.

Un día, en el grupo que rodeaba a un charlatán, entabló conversación con un muchacho delgado, cetrino, de largos cabellos negros. Una criatura de edad imprecisa, con un raído traje azul oscuro, camisa abierta y alpargatas. A pesar de su aire sucio y desastrado, Eduardo creyó descubrir en él un algo distinto, que lo diferenciaba de cualquier golfo o ratero.

Los ojos del muchacho, de un negro intenso, bizqueaban al mirar de frente. Una sonrisa afilada, ligeramente dolorida, ensanchaba continuamente sus labios.

Al cabo de un rato caminaban juntos, uno al lado del otro, Ramblas abajo.

—Anda, te convido a un blanco, y luego echaremos otro a suerte—dijo el chico moreno. Eduardo aceptó.

Entraron por la calle del Buensuceso, hasta la plaza y se arrimaron al mostrador de mármol de un bar viejo y destartado. Fuera había dos mesas y butacas de mimbre donde se sentaban milicianos y soldados. Enfrente, una iglesia, convertida en cuartel.

—El charlatán era algo distraído—dijo de pronto el chico, con una risita aguda. Y, ante los ojos asombrados de Eduardo, sacó del bolsillo una mugrienta cartera. Dentro había cincuenta duros, la cédula personal y un certificado de vacunación

antivariólica, entre otros papeles. Para no ser menos que el otro, rió a su vez. Luego, el chico bizco le miró con fijeza.

—Vente—le dijo. Y añadió por lo bajo, insinuante, algo que Eduardo no entendió. Pero siguió a su nuevo amigo, dándose por enterado.

En la Plaza del Teatro, una larga cola de hombres se apiñaban en la embocadura del Arco.

El chico moreno se dio cuenta de la perplejidad de Eduardo, y le arrastró a la cola, tras de sí. Estaba bien enterado de todo aquello.

Inesperadamente llegaron dos soldados, haciendo mucho ruido con las botas. Al verlos, comenzaron a insultarles. Olían a vino y se tambaleaban ligeramente. El bizco encogió los hombros, sin abandonar su sonrisa.

—¡Largo de aquí, chavales!—dijo uno de los dos hombres. Y, cogiéndolos por un brazo, les expulsaron de la cola—. ¡A... vuestra madre!

Eduardo forcejeó. Pero al instante vio rodar por el suelo al pelinegro bizco, que era quien le daba valor con su sola presencia y en quien confiaba. Y de pronto, se dio cuenta de que no era más que un muchacho, solamente un muchacho como él, sólo que más delgado y raquítico. Tuvo un instintivo deseo de ir en su ayuda, y ya iba a hacerlo cuando el otro se levantó echando a correr sin volverse ni sacudirse siquiera el polvo del traje.

Cuando Eduardo quiso seguirle, había desaparecido. Lo buscó por el Arco de Cirés, las calles de Guardia y Montserrat, hasta salir al mercadillo de Santa Mónica, pero fue inútil. Entonces se sentó en el quicio de una puerta, pensativo. Aquel muchacho le despertaba un interés nuevo, una zozobra desconocida. Días después, en casa, en la calle, le recordaba aún.

Ni siquiera sé su nombre —pensaba—. Y no era como los otros. No hablaba como los otros... Pero tampoco era como yo.

Pasó el tiempo. Día tras día, la ciudad fue apagándose. Un nuevo aspecto, sucio y miserable, se descubría ante los ojos de Eduardo. Una ciudad despojada, herida. Las tiendas pequeñas, vacías, los almacenes cerrados, los hombres en el frente. Ya no se veían desfilar paño en alto mujeres vestidas de soldado.

El Ejército se ajustó a una disciplina, y sus columnas uniformadas, sombrías, nada tenían que ver con las patrullas de los primeros tiempos. Una sombra triste, húmeda, iba cubriendo la ciudad. Los edificios oficiales tenían ahora un aire siniestro. Las matanzas acrecían, pero sistematizadas, bajo un barniz de legalidad. No se traslucía una gota de sangre, un incendio. Un silencio cruel, opresor. Como producido por golpes sin ruido.

Únicamente los bombardeos rompían aquella gris monotonía, sórdida y temerosa. Cada vez más frecuentes, desataban de tarde en tarde el histerismo colectivo. Un anochecer, Eduardo, protegido débilmente por el quicio de una puerta, vio derrumbarse ante sus ojos una casa, arder sus vigas y sus ventanas, cayendo con estrépito llameante, como un frágil juguete. Luego, los heridos gemían en el suelo, hasta que llegaban las ambulancias. Un griterío enorme y débil a un tiempo, taladraba sus oídos.

Echó a correr, y, sin saber cómo, encontró el paso cerrado por una pared. En el suelo, el cadáver de un hombre le descubría la masa viscosa de los sesos, sangrante aún. Un grueso moscardón azul zumbaba sobre ella trazando breves círculos. Una náusea profunda, terrible, le invadió. Y acudió a su mente el recuerdo de su padre. Imaginó su cabeza, abierta también, con la masa encefálica ensangrentada, resbalando fuera del cráneo, acechada por mil voraces insectos. Allí, en ella, con la inánime desnudez de la muerte, sus pensamientos, sus deseos, sus ambiciones. Lleno de pánico, retrocedió de espaldas.

Luego echó a correr. Corrió hasta que el cansancio le rindió, respirando agónicamente. Le parecía estar perseguido por un olor dulce, espantoso. Extendió sus manos, que temblaban, mirándolas intensamente. Se miró las venas de los brazos. Allí estaba su vida. Lo único importante para él. Lo único defendible, para él. Amaba su cuerpo, lo amó aquel día sobre todas las cosas de la tierra.

Cuando llegó el hambre, Eduardo se dijo que para él aquello no podía existir. La idea del hambre le torturaba, le desesperaba. Noches enteras pasadas en la cama, insomne, revolviéndose como una fiera. Y pensaba:

Hay quien no pasa hambre. Hay quien no sufre, quien se da la gran vida. Yo he de encontrar la manera de ser como ellos.

Sabía que existían, y dónde estaban, algunos depósitos de víveres, formados por las organizaciones militares y sindicales. Su plan era arriesgado, había mucha vigilancia. Pero un día se atrevió.

Rondando por la izquierda del Ensanche descubrió uno de esos almacenes, perteneciente a la Comisaría de Armamentos. Era una pequeña capilla con ventanas rotas, mal tapadas con maderas. Merodeó por los alrededores toda la tarde, con las manos en los bolsillos, mirando hacia las más altas ventanas que no estaban obstruidas. Una, especialmente, abierta en el pequeño ábside, atraía su atención, y empezó a idear el modo de colarse por ella aprovechando la noche. Los guardianes, dos carabineros, paraban en un pabelloncito, casi una barraca, adosada al almacén. Lo que más le animaba era comprobar que estos dos hombres bebían sin parar del gollete de una botella de coñac, sentados ante el fuego, que ardía dentro de un cubo. Eduardo se acercó a ellos y les pidió un trago. Se lo dieron bromeando. Estaban somnolientos y les pidió un cigarrillo.

—¡Anda, toma y lárgate, muchacho!

Reconfortado por el coñac, caminó unos pasos, hasta situarse en la parte trasera de la capilla. Desde allí veía parte de la barraca, y oía las voces de los carabineros. Ya había oscurecido.

Una glicina rastreaba pared arriba, hasta la ventana del ábside. Agarrándose a su tronco, emprendió una penosa ascensión, apuntalando sus pies entre los intersticios de las dovelas. Al cabo de unos minutos, sentía los músculos tensos, doloridos, y gruesas gotas de sudor le empapaban. Recordó la atención prestada a la agilidad de su cuerpo, a los deportes y al puchingball. Su cuerpo, aunque delgado, era ágil, elástico. Algún momento su pie resbaló y, con el corazón suspenso, tanteó el saliente de la piedra. El tronco de la glicina, sujeto a la pared por escarpas, crujía de un modo alarmante.

Hasta él llegaban las voces de la barraca.

Cuando alcanzó la ventana, sus manos se asieron con fuerza a los bordes. Unas cristaleras empolvadas, de colores, entorpecían su paso. Sin pensarlo más cerró los ojos, y volviendo la cabeza hacia otro lado, dio un fuerte codazo. Sobresaltado, oyó romperse el cristal. Le pareció que aquello levantaba un ruido monstruoso, el más grande que oyera en su vida. Impelido por el propio pánico, penetró por el agujero, sujetándose con las manos al quicio de la ventana. Ya dentro, tanteó de nuevo con los pies, y con terror, los sintió en el vacío. Luego pudo comprobar que hasta el suelo apenas habría cuatro metros y, para más facilidad, unos cajones se apilaban cerca, acortando la distancia. Se dejó caer sobre ellos y, luego, saltó al suelo. Miró en torno. Se encontraba detrás del altar. Nada se oía.

Las cajas de madera, los sacos y los bidones de aceite se apilaban profusamente. El brazo le dolía, por el codazo que dio a la vidriera, y tenía la manga de la cazadora cortada por los cristales. En la sombra, con los ojos ya hechos a la oscuridad, descubrió unas escalerillas, que bajaban a una especie de cripta. Con sigilo emprendió el descenso. Pero a medio camino se detuvo, con el corazón vacilante. Del fondo de la cripta surgía un débil resplandor y unas voces apagadas.

Pegándose a la pared, bajó el resto de los escalones, y al llegar a la cripta, agachándose, se ocultó tras un montón de cajas. Desde allí pudo atisbar lo que sucedía. Dos muchachos, algo mayores que él, metían apresuradamente en un saco el contenido de una caja abierta, alumbrándose con una linterna de bolsillo. Parecían tener mucha prisa. Tal vez, se dijo, oyeron el ruido de los cristales. En el suelo, a su lado, tenían una botella, de la que de vez en cuando echaban un trago. Se fijó en la etiqueta y su forma. Era whisky escocés, del que bebía su padre.

Los chicos metían en el saco latas de conservas.

Cuando estuvo más que mediado, lo cerraron con una cuerda. Apagaron la linterna, y se dispusieron a salir.

Uno de ellos tropezó con el cuerpo de Eduardo.

Él estaba tendido, entorpeciendo la salida, al pie de la escalerilla. Inmediatamente empezó a llover sobre él una lluvia de golpes. Los sentía como mazazos en la cara, en el pecho. Pero no ofreció ninguna resistencia.

No se oía una voz. Sólo una respiración poderosa agitada, sobre él. De pronto, los golpes cesaron, las manos se aflojaron sobre su cuello, y escuchó más cerca el jadeo de su agresor.

—Está muerto —dijo una voz, temerosa y torpe.

Y otra, aguda, raramente familiar a Eduardo:

—¡Dale más, idiota! ¡Dale fuerte!

Unas manos grandes, poderosas, le sujetaron con fuerza. Por otra parte, se sentía débil, hambriento y aturdido, sin ánimo ni posibilidad de resistir. Tras un cuchicheo, encendieron de nuevo la linterna.

Era aquél un lugar sin ventilación, y, tras los golpes, Eduardo creía ahogarse. El que lo sujetaba se inclinó hacia él, mirándole. Tendría dieciséis años y era robusto, de cara ancha y pómulos poderosos.

Una gran simpleza asomaba a su rostro, a sus ojos separados, de mirada fija y lenta.

—¡Duro con él! —dijo de nuevo la voz del otro, que permanecía en la sombra—. No te fíes... ¡Dale fuerte Chano!

Los ojos del llamado Chano se fijaron en algo que brillaba sobre el pecho de Eduardo. Era la medalla de nacimiento, que le colgaron al cuello el día del bautizo, y que no se quitó jamás, siquiera por costumbre, que se salvó de malvender, como el reloj de Luis, por respeto a su madre. Y en aquel momento, se dio cuenta de que la llevaba como parte de su cuerpo, sin saberlo él mismo, de un modo involuntariamente significativo, superior a lo rutinario. De un golpe, le vinieron cosas y cosas a la mente. Cosas en que no quería pensar, que quería apartar de sí, para no ser débil, para no inclinarse ante la vida, que acechaba despiadada. La vida, esa vida que quería defender, le amenazaba ahora.

La medalla, para Chano, fue un descubrimiento.

—Es de oro... —dijo a media voz.

—Pues, quítasela... —dijo el otro, impaciente.

Chano acercó su mano a la medalla y enredó la cadena a sus dedos, dando un fuerte tirón. La débil cadena saltó y Eduardo no pudo evitar un gemido, no supo si de dolor o de qué otra cosa.

—¡Patéale el hocico! —dijo el otro—. Y quítale la ropa.

Chano aparecía raído y roto, por lo que Eduardo podía ver. Del otro, supuso que no iría mejor. Repentinamente intuyó un instante de abandono en Chano, confiado en su pasividad. No podía desperdiciar la ocasión. Incorporándose violentamente, agarró por el cuello al chico. Desconcertado, Chano no se movió. Eduardo le apretaba el cuello vigorosamente, hundía en él las yemas de sus dedos con una rabia exaltada, frenética.

El otro chico, que seguía en la sombra, empezó a maldecir. Con sorpresa, Eduardo vio que no le atacaba. Al contrario, retrocedía más. En la semioscuridad, Eduardo pudo distinguir su cuerpo raquítico, delgado. De nuevo, como antes, la voz, algo vagamente familiar se desprendía de él.

Envalentonado, Eduardo apretaba más y más aquel cuello que se le rendía. Chano clavaba en él unos ojos congestionados. De un solo empujón el muchacho se habría podido desprender, pero algo le retenía parado, estupefacto. En el puño, cerrado, guardaba la medalla. La cadena, rota, le caía por entre los dedos, como la baba por la boca.

Inesperadamente, el otro chico atacó a Eduardo por la espalda, golpeándole torpemente. Unos puños nerviosos, pero débiles, sacudían su nuca y sus hombros, haciéndoles rodar a los tres por el suelo. El cuerpo de Chano derribó una pila de bidones, que cayeron con estrépito. Eduardo sintió en la espalda el frío de las baldosas.

Arriba, en la nave, se oyó algo. Eran voces y pisadas de los carabineros, alarmados por el barullo de la cripta. Como por encanto, quedaron los tres en silencio, encogidos.

Les descubrieron enseguida. A empujones, les sacaron de allí. Entonces, Eduardo pudo ver la cara de aquel muchacho moreno, de largos cabellos negros y mirada estrábica, que conoció una tarde en el grupo de un charlatán.

Junto a la barraca había un pequeño patio, al que les llevaron los guardianes.

—¡Hijos de perra! —dijeron—. ¡Os vais a acordar de ésta!

Les vaciaron los bolsillos y, al encontrar la medalla que Chano retenía obstinadamente en el puño, uno de ellos le preguntó dónde la había encontrado.

—La requisé —dijo Chano.

Los carabineros rieron a gusto. No eran tontos aquellos chicos, sabían adaptarse al momento. Pero la orden era la orden.

Les ataron las muñecas entre sí y les hicieron volverse de espaldas. Luego, quitándose el cinturón les zurraron de lo lindo, como quien no tiene una cosa mejor que hacer. A cada golpe, les sacudía el dolor y la rabia. Casi enseguida

cayó al suelo el bizco, arrastrando a los otros dos. Aún en el suelo, los guardianes siguieron pegándoles.

—Para que no os olvidéis —decían—. Y dad gracias que no os detengamos. Lo ibais a pasar mal.

¡Esto os servirá de escarmiento, golfos, hijos de puta... !

El cielo aparecía negro, atravesado por un frío cortante. El fulgor de las linternas y el de la fogata encendida en un cubo, daba en el rostro de los muchachos. Las hebillas de los cinturones relampagueaban al caer. Nunca le pegó nadie a Eduardo.

Cada golpe le estremecía y le arrancaba un dolor profundo, ardiente. Chano y el otro no se quejaban. Eran de otra carne, al parecer.

Después Eduardo recordaba vagamente lo sucedido. Les sacaron a rastras hasta la callejuela vecina, solitaria y triste, en cuya esquina había una fuente, y les desataron las manos.

Aún en el suelo, los tres respiraban fuerte. Chano se levantó el primero y, acercándose al bizco, le zarandó. Era débil, raquítico y parecía estar casi inconsciente.

Eduardo levantó la cabeza.

—¡Échale agua, para reanimarle! —dijo.

Chano no pareció prestarle atención. Eduardo se incorporó, fue hacia la fuente y se mojó la cabeza.

Luego, arrastró al Bizco hasta el caño y, a su vez, le echó agua en la cara. El chico rechinaba los dientes.

—¡Daniel! —llamó Chano, sacudiéndole fuertemente por los hombros.

Y empezó a maldecir. El llamado Daniel estaba delgadísimo. Al cogerlo, Eduardo creyó sostener un manojito de huesos.

—¡Ahora escupirá sangre! —dijo Chano—. Por lo menos tendrá que estarse tres días en cama. Pero es muy listo. Vale mucho.

En silencio, miraban la cara pálida y cetrina de Daniel, que seguía con los ojos semicerrados, mudo, respirando fatigosamente.

—¿Dónde vive?

—Por la calle Ancha.

—Vamos a llevarle... A ver, cógele tú por debajo del brazo..., así...

Entre los dos lo cargaron, como un fardo. Daniel respiraba como un fuelle y murmuraba algo ininteligible. Tenía la boca llena de espuma.

Nos han pegado a los tres juntos se decía Eduardo. Aquello les acercaba. Se sentían unidos compañeros, sin detenerse a pensarlo siquiera.

Cuando llegaron frente a la casa de Daniel —vieja de muros verduscos y sombríos, con amplio portal de madera— eran ya cerca de las diez. Chano se volvió a Eduardo.

—Espérate ahí. No subas. Vive en la buhardilla.

Daniel apoyaba trabajosamente los pies en el suelo.

De pronto, empezó a toser, convulso, y sus hombros temblaron. Con cuidado, Chano le pasó el brazo por la espalda, ayudándole a subir la escalera.

El portal era oscuro, el suelo enlosado de piedra ennegrecida. Los muros olían a humedad.

Al fondo, tras una puerta cochera, se divisaba un patio en sombras. Eduardo se sentó en un peldaño y vio cómo subían trabajosamente el primer tramo.

Pasó bastante rato antes de que Chano bajase.

Eduardo se puso a su lado y salieron juntos.

La calle era angosta, sin luz, y desembocaba en el Paseo de Colón. Eduardo reconoció el salobre del mar frío y mohoso, y lo aspiró con incierta melancolía. Los muros de las casas, altos y sombríos, deslizaban el cielo sobre sus cabezas, como un río negro.

Chano avanzaba con aire preocupado, las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

—¿Qué le pasa a ése? —preguntó Eduardo.

—Está enfermo. —Se notaba pena en su voz.

—¿Y qué tiene? ¿Por qué no está en cama?

—¡Psch!... A veces, sí, se queda. ¡Qué remedio!

—Tras unos pasos, más amistoso, añadió—: ¡Pero es muy listo! Muy listo... Él no hubiera entrado nunca haciendo ruido, como tú. ¡Lo que él sabe!

—¿Qué hubiera hecho?

—Se pega masilla de carpintero en el cristal.

Luego, se corta con el diamante, se saca sin ruido... y ya está.

Sentados en el bordillo de la acera, Chano fue animándose. Intentaba comunicar a los oídos atentos de Eduardo un resquicio de la sabiduría de Daniel.

Al cabo de un rato, bostezó. Se puso en pie, hizo un gesto de adiós con la mano. Eduardo movió la cabeza levemente. Chano desapareció en el fondo oscuro de la calle. A su vez, Eduardo se levantó y se fue a su casa.

Durante toda la noche tuvo pesadillas referentes a Daniel y a Chano. Estaba inquieto, desasosegado de ánimo y de cuerpo. Las marcas de las correas se inflamaban en su espalda y tuvo que dormir boca abajo para no lastimarse con la sábana.

Al día siguiente, se levantó muy temprano. Mientras se vestía daba vueltas a una idea fija. Enseguida se encaminó a casa de Daniel. Tardó en encontrarla.

La mañana gris y los muros de las calles le parecían más sucios y más viejos, más tristes que la noche anterior. Al fondo de la calle se veía una palmera amarillenta del Paseo de Colón y los tinglados de la Aduana.

La escalera de la casa donde vivía Daniel era angosta, de peldaños altos y estrechos. Cuando llegó a la buhardilla, el corazón le latía rápidamente. Golpeó la puerta con una pequeña aldaba que prefiguraba una manita de hierro. No tardaron mucho en abrir. Un hombre muy viejo, flaco y menudo, de aire distraído estaba al otro lado de la puerta. Llevaba gruesos lentes y un raído batín de lana gris.

—¿Está Daniel? —preguntó Eduardo.

El anciano le miró vagamente, como sin comprender.

—¿No vive aquí Daniel? —insistió.

—¡Ah, Daniel!... Entra, hijo mío. Por ahí andará.

Y con la cabeza le indicó una puerta al extremo del pasillo. Luego, volviéndole la espalda, se fue a sus cosas.

Eduardo entró en la habitación indicada. Era una pieza pequeña con una ventana al patio. En una cama de hierro negro yacía Daniel, vestido, con una bufanda al cuello. La ventana estaba cerrada.

Un olor peculiar y la espesura de la atmósfera daban a entender que aquella pieza no era ventilada con frecuencia. En las paredes, se abrían grandes manchas de humedad nerveadas por grietas profundas.

Daniel volvió la cara hacia Eduardo y la sorpresa se reflejó en sus ojos. Tenía los labios de un rojo excesivo, y sus negras pupilas brillaban de fiebre. No sin cierto estupor, Eduardo comprobó que Daniel se entretenía con un Meccano. Construía una pequeña torre Eiffel.

Daniel abrió levemente los labios, sin decir nada y enrojeció de pronto hasta las orejas. Eduardo observó que los pequeños tornillos temblaban entre sus dedos.

—¿Cómo te encuentras? —Se sentía raramente intimidado ante aquellas pupilas, como cabezas de alfileres negros, que se desviaban inquietantes.

Daniel apretó la bufanda contra sus labios y empezó a toser. En la bufanda, Eduardo creyó advertir grandes manchas húmedas.

—¿Qué vienes a buscar aquí? —El acceso cedió, pero aún jadeaba.

Antes de hablar, Eduardo se sentó en una silla que había junto a la cama.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó. Creía que era lo mejor no contestar directamente.

Daniel hizo un gesto vago.

—Puede ser...

Eduardo presentía que nacía en el otro un punto de cordialidad.

—¡Cuánto alcohol había allí dentro! —dijo, para decir algo—. ¡Y cuánto de todo! Mala pata que nos oyeran... Si no hubiésemos peleado...

—A ti te falta experiencia —le interrumpió Daniel—. Lo que hiciste, lo hiciste mal. Chano y yo, solos, salimos con bien siempre. Tú trajiste la negra.

—¿Tenéis herramientas?

—¿Te importan mucho nuestros asuntos? —La pregunta tenía algo de desafío.

Eduardo creyó que lo mejor era dar la cara, decididamente. Había enrojecido con vergüenza más que con miedo, pero se atrevió a preguntar:

—Y... ¿no necesitaríais un tercero?

Daniel volvió a toser y apartó su torre Eiffel de un empujón. Cayeron al suelo muchas piezas, que Eduardo se agachó a recoger. Daniel se encogió de hombros y volviéndose hacia la ventana, inmediata al lecho, miró hacia el patio, abstraído.

Eduardo jugueteaba con las piezas del Meccano.

Luego, intentó reanudar el trabajo de la torre con los menudos alicates y tornillos que Daniel dejó caer.

Daniel le miró con atención. Parecía como avergonzado de que Eduardo le hubiese sorprendido entreteniéndose con aquello.

—Eso, te advierto, ayuda a pensar, a calcular posibilidades... Y templea los nervios.

—Sí, eso me parece —contestó Eduardo.

Al cabo de media hora, a Eduardo le pareció oportuno retirarse. Cuando iba a cruzar la puerta, Daniel lo llamó:

—¡Oye...!

Volvió a su lado. Daniel se quitó la chaqueta y la camisa y, dándose la vuelta, le mostró la espalda cruzada por los cintarazos de los carabineros.

—¿Entiendes tú de esto?

Eduardo no dijo nada, estremeciéndose. Nunca vio un cuerpo tan flaco. Junto a las marcas recientes había otras oscuras, amoratadas.

—Te han pegado antes de anoche... —No pudo evitar decirlo. La vista de aquella espalda casi le mareaba.

Daniel lanzó una media risa dura incisiva.

—Sí. —Lo dijo con afectada naturalidad. Y añadió—: Mi hermano Pablo se divierte a veces con mis costillas. Si estuviese Cristián, me habría curado.

Yo no puedo hacerlo, y mi padre es un viejo loco.

Pero, en fin, tendré que esperar a que venga Chano.

Lo malo es que duele y se me pega la camisa a la espalda.

—¿Quién es Cristián? —Eduardo sentía repugnancia de tocar aquel cuerpo maltratado.

—Otro hermano. Pero ahora está en la cárcel.

—Hizo una pausa. Prosiguió—: No es muy listo, que digamos... Pero es cosa sabida que Pablo lo sacará de allí.

Eduardo se sentía fuertemente atraído por aquellas criaturas totalmente nuevas para él. Curioseó:

—Ese Pabló, hermano tuyo, debe ser alguien importante.

—Es comisario político. Pero, para mí, como si fuese fascista. No sacaría más de él. ¡Puerco!

Daniel se volvió impaciente.

—Bueno, ¿me curas o no?

Eduardo tragó saliva.

—Claro —dijo—. ¿Tienes aceite y un trapo?

—Aceite no hay. Ponme vinagre y sal. Lo encontrarás en la cocina. Toma mi pañuelo.

En la cocina, renegrida y oscura, con rimeros de platos sucios, dio con el vinagre y un paquete de sal, por verdadera casualidad. Volvió al cuarto y siguiendo las instrucciones de Daniel, le aplicó la mezcla en los zurriagazos, inflamados y con despellejamientos. El muchacho soportaba bien el fuerte escozor apretando los dientes.

Cuando Eduardo concluyó, Daniel se puso con cuidado la camisa. Luego, le dijo:

—Enséñame ahora tu espalda.

Daniel mojó a su vez el pañuelo en el vinagre y le humedeció las huellas de las correas. Luego, le aplicó sal. Eduardo se mordía la lengua para no gritar. Daniel rió entre dientes.

—Tienes carne de burro —comentó.

Desde aquel instante, se inició entre Eduardo, Daniel y Chano una amistad o, mejor, sociedad, capitaneada con indiscutible acierto por Daniel, comúnmente llamado el Bizco. Tenía apenas dieciséis años, pero su astucia y habilidad superaban la experiencia de otros mayores. El grupo dedicábase a toda clase de raterías. Con el producto de las ventas, Daniel llevaba una vida revuelta, que arrastró inmediatamente a Eduardo. La salud del Bizco, de suyo débil sufría grandes depresiones. Vivía atropelladamente, mordía la existencia con una amargura precoz, desesperada e inconsciente a la vez.

Vivía como si le esperase la muerte al filo de cada hora. Cuando celebraba algún triunfo, su frase predilecta era: Todo eso nos llevamos por delante.

Chano, fuerte y simple, le adoraba como a un dios, y Daniel se aprovechaba de su fuerza y fidelidad.

La familia de Daniel despertaba la curiosidad de Eduardo. Daniel era el menor de los tres hermanos.

No conocía, a Pablo, el mayor, pero le intrigaba.

Cuando el Bizco bebía, lo nombraba a menudo, llenándole de insultos. Parecía odiarle con toda el alma.

—¡Cerdo sucia bestia! —decía—. Me apalea como a un perro, pero algún día me las pagará.

Por lo que se desprendía de sus incoherentes insultos y quejas, Pablo se enfurecía cada vez que Daniel robaba a su padre las medicinas y alimentos que él procuraba al viejo, para venderlos o devorarlos.

—Mi padre es un viejo chalado —explicaba el Bizco cuando, borracho, le daba por hablar de los suyos, cosa que sereno no hacía jamás—. Era profesor de latín, pero enfermó y le dieron la excedencia.

Se pasa la vida hurgando en librotes que a nadie le importan, como una vieja polilla. ¡Da asco y risa, verle! ¡No se entera, yo creo, ni de que hay guerra!

A quien sí conoció Eduardo fue a Cristián cuando Pablo lo sacó de la cárcel. Cristián, el segundo de los hermanos, era un muchacho alto, de ojos grandes, oscuros y cabello rizado. Su mirada, triste y ardiente, impresionó a Eduardo, que se sentía incómodo ante él. Daniel le enteró de que Cristián, hasta la revolución, estudió Medicina.

—Ahora sólo es una rata cobarde —seguía explicando, estimulado por los vapores alcohólicos—.

Anda siempre escondiéndose para no ir al frente.

¡No entenderé nunca a mis dos hermanos mayores!

Por un lado, parecen enemigos rabiosos, tienen ideas completamente distintas y diría que se aborrecen.

Por otro, andan amparándose y protegiéndose, ayudándose a la primera. ¡Bah, asco y risa, digo que dan!

El único que sabe lo que se hace soy yo. Yo a quien nunca han hecho maldito el caso. Yo, que les doy a todos cien mil vueltas...

Daniel estaba poseído de su sabiduría. La incondicional admiración de Chano le halagaba.

Los tres muchachos se reunían, a planear los golpes en la barraca de Chano. Allí guardaban parte de su botín, en el suelo, en una pequeña trampa oculta bajo el colchón. Pero su más frecuente punto de reunión eran los billares Esquerra, de la calle de Aribau, a la altura de la de Diputación. Eduardo iba allí a ver a Daniel, seguro de encontrarlo a determinadas horas. De ir, a su vez, se aficionó al lugar. A la entrada, quedaba el bar, poco frecuentado por ellos, y, al fondo, los billares. Discos de luz iluminaban los tapetes verdes, y en la zona de sombra flotaba el humo densamente. Daniel, en mangas de camisa, jugaba y apostaba incansable. Perdía y ganaba, perdía y ganaba con pasión. La mayor parte de los clientes eran muchachos de catorce a dieciocho años que ponían en el juego la misma pasión que Daniel.

Los mayores estaban en el frente. A Eduardo le atraía la atmósfera, espesa y adormecedora. Apoyado en la pared, seguía el juego de su amigo. Con las manos en los bolsillos y los ojos entornados, se dejaba arrastrar por un sentimiento turbio envuelto en un adormecimiento perezoso. Se alegraba en aquellos momentos, con alegría punzante, de que los talleres de su padre no pudieran pertenecerle, de que nadie le exigiese defender nada, de que todo lo pasado hubiera muerto. De no tener que continuar algo, ni pensar, ni esforzarse. ¿Para qué le sirvió a mi padre toda su vida? ¿Para qué su trabajo, sus proyectos y sus mismos hijos?, se decía. Dejarse llevar, abandonarse al curso de los acontecimientos, no pensar.

Sacar de la vida el máximo posible, con el menor esfuerzo. Y, después... Todo era igual. Unas paletadas de cemento para todo el mundo, y terminaban todas las cosas. Eduardo aspiraba el humo de su cigarrillo con delectación. Nada me importa, nada es importante, se repetía. Su cuerpo era joven, hermoso. Lo único que le interesaba. Resonaban en sus oídos, secamente, las palabras concretas:

chapó carambola, ligar... Alguna vez, grandes exclamaciones de los muchachos: alguien hizo una serie americana de treinta o treinta y cinco carambolas...

Tac, tac, resonaban los tacos sobre las bolas. Como un seco entrechocar de huesos. A veces, Daniel le hacía una seña y él le seguía.

Entre el bar y los billares, unas escalerillas descendían a los sótanos, habilitados para sala de baile y salón de té. Por módico precio se adquirían tickets para bailar con las taxi—girls. Daniel tenía allí una novia, delgada y hambrienta, de cabello rojo, que bebía melancólicamente piper mint. El Baile—Taxi estaba casi siempre invadido por soldados que venían de permiso o muchachos ya incorporados a filas, próximos a partir al frente. Las chicas se volcaban en estos muchachos, porque se dejaban hasta el último duro. Los víveres y la ginebra que Daniel ofrecía lograban también lo suyo. Eduardo, más por cobardía y abulia que por deseos verdaderos, le seguía en esos pasos. Aquellas mujeres flacas o de fofa gordura, vestidas con sedas brillantes, repintadas y tristísimas, le repugnaban íntimamente.

Pero no hubiera soportado las burlas y el desprecio de Daniel, de no seguirle en su juego.

Chano, en cambio, despreciaba olímpicamente aquel lugar. Únicamente frecuentaba los billares para ver jugar a su ídolo, Daniel, o porque éste le citó. A pesar de su brutalidad, poseía una extraña inocencia, casi pureza, para ciertas cosas. Era de cortos alcances, pero de sentimientos nobles. Sin vacilación, habría dado su vida por Daniel, de éste pedírselo o necesitarlo. Contra lo que se suponía, por más alto y robusto, era el menor de los tres, apenas con quince años. No tenía familia, casa, ni trabajo.

Desconocía su origen o prefería ignorarlo. Vivió siempre como un perro vagabundo, ignorante, simple, salvándole esa misma simplicidad de muchas cosas. No tenía el fondo sucio, maligno, que Daniel el Bizco. Tampoco tenía su tristeza, la oscura melancolía que a veces asomaba a sus ojos. Pero una larga amistad unía, profunda y extrañamente, a aquellas criaturas tan distintas. Un día, Daniel llamó a Eduardo y le enseñó un billete de mil pesetas.

—Mira. Vamos a cenar por ahí, como no tienes idea. Pero tiene que ser con chicas.

Eduardo asintió. Daniel le habló de un restaurante frecuentado por su hermano Pablo, que no quería morir sin conocer. Una extraña sombra, húmeda y brillante, llenaba sus ojos al decirlo. Y añadió, con rara seriedad:

—Quién sabe lo que va a durar uno.

A Eduardo le pareció que la sonrisa del Bizco tenía un quiebro trágico.

—¿De dónde has sacado eso? —dijo Eduardo.

—Pablo se descuidó. Si se da cuenta, me deshará.

Pero no me importa. Yo quiero ir allí. Tú vendrás también. A Chano no se le puede llevar.

Aquella noche, acompañados de la Peli Lola —el rojo de sus cabellos todo el mundo lo conocía— y de Marina, con sus diecinueve años y sus anchos pómulos, fueron al Boston, un bar que en tiempos sería lujoso, en la calle Aribau. Lo frecuentaban ahora comisarios, carabineros, oficiales del C.A.S.E. Detrás del mostrador había un alto anaquel de madera tallada con las filigranas astilladas, y enmarcando espejos, ya opacos, como bañados por luz de gas. Grandes globos de cristal blanquecino iluminaban el local, con mesas de hierro y mármol, alineadas junto a la pared.

Cuando entraron, frente a la puerta, había dos coches del Ejército con camuflaje. Estaba lleno. Hombres con cazadoras de cuero y gorro de pico hablaban alto, bebían y comían, con el rostro brillante. Alguna mujer les acompañaba.

Lola y Marina reventaban de satisfacción. Lola se quitó el abrigo y apareció una blusa de raso rojo.

El escote, en punta, mostraba un triángulo de carne blanca y azulosa. Tenía un granito junto al cuello, con la cabeza madura, pero no lo debía saber. Lola sonreía, mostrando sus dientes grandes, levemente oscurecidos. Marina, más melancólica, apoyaba la cabeza en el hombro de Eduardo. Un olor espeso, a brillantina barata, llegó a la nariz del chico.

—Tú eres un señorito —dijo de pronto, con voz baja y hueca. Y le acarició el cabello. Eduardo la apartó con fastidio.

—Anda, déjate de pamplinas. —Procuró dar a sus palabras un tono parecido al de Daniel, pero no quedó muy satisfecho.

Comieron platos extraordinarios en aquellos días.

Eduardo no daba crédito a sus ojos. El propio Daniel, con su suficiencia, con su desprecio, parecía impresionado. Huevos fritos con patatas, bistec, pan blanco, licores y vino en abundancia. Eduardo comía con voracidad y miraba a sus compañeros. Un instante, algo le encogió levemente el ánimo. Daniel, quieto, con el tenedor en la mano, miraba el mantel.

Sus ojos negros, desviados, se teñían de una angustia infinita. De repente, se le apareció en un nuevo aspecto. Daniel el Bizco era casi un niño. Había en su boca, raramente seria, en las comisuras caídas, un algo infantil, infinitamente desolado. Daniel pensaba, sin duda en aquellos momentos en algo terrible, irreparable. Algo como la muerte, como el vacío. Eduardo intentó alejar de sí esta idea, fastidiosa en aquel momento, y apartó sus ojos de Daniel. Las chicas charlaban y reían en voz alta y comían a dos carrillos. A Marina le salieron dos rosetones en sus pómulos de gato.

Bebieron mucho. Daniel anunció que quería emborracharse. Una alegría desaforada le invadía. Una alegría angustiada, excesiva. Bromeaba a voces exaltado, y Lola, oyéndole, reía hasta llorar. Un mechón de cabello, negro y lacio, le resbalaba sobre la frente.

Eduardo miraba sus hombros estrechos, su pecho hundido, su tensa sonrisa, inquietante, mantenida aun comiendo. A medio bocado, empezó a toser. Las chicas pararon de reír, como si algo sonara a muerto.

Daniel apretó la servilleta contra sus labios, intentando sofocar aquella tos violenta, ridícula. Eduardo, incómodo, intentó atraer la atención de las chicas.

Lola estaba un poco bebida. Se levantó y fue a sentarse al lado de Eduardo. Daniel seguía tosiendo, sordamente, escudado tras la servilleta.

La chica le pasó a Eduardo el brazo por el cuello, riendo.

—Tú sí que eres guapo —le dijo—. Anda, dame un beso, muñequito de bosque. —Le acercó la boca, pintada de un rojo violento. Eduardo se apartó—. ¡Mira, la florecita tierna! —rió burlona. Olía a alcohol—.

¿Estará pensando en su mamá, el niño bonito?

Eduardo llenó de nuevo las copas. Todo cuanto les rodeaba temblaba de un modo especial ante sus ojos.

Sentía la garganta seca y la boca llena del rouge barato de Lola y Marina. Una a cada lado, se lo disputaban entre risas. Lola, excitada, le clavaba los dientes con fuerza en el pabellón de las orejas. Su aliento espeso, sus manos apetentes, le rodeaban. Un vaho ardoroso le invadía. No sabía qué boca besaba, qué cuerpo apretaba contra el suyo. Aun en la bamboleada visión que tenía de las cosas, se daba cuenta de que les miraban y se reían de ellos. Alguna palabra brutal llegaba a sus oídos. A Daniel lo tenían olvidado.

—¡Anda, muñeco, levántate! Vamos a jugar un rato los tres.

Hizo una pausa. La voz de Lola era insegura.

—Si no te asustas, ¿eh? ¿O prefieres jugar a la oca?

Tropezando, salieron del local. El aire de la noche le provocó a Eduardo un mareo más fuerte y se agarró a las chicas para no caerse. Bajaron por la calle de Aribau hasta la plaza de la Universidad. El monumento al doctor Robert, de sólido granito y mármol entre la niebla húmeda, parecía un blanco cendal, diluido y flotante, detenido así, para siempre, en un aire milagrosamente quieto. La humedad mojaba el enlosado y el asfalto, y resbalaban alguna vez. Cualquier ruido sonaba con distancia y misterio. Confusamente, Eduardo vio los plátanos de la calle Cortes.

Los árboles avanzaban, avanzaban, hasta perderse en la bruma. Al llegar a Muntaner doblaron hacia abajo. Lola y Marina vivían realquiladas en un piso de la calle de Sepúlveda, algo más allá de la Casa de Socorro. Luego, recordó el globo de luz con su cruz roja pintada.

Despertó con una sed espantosa. Medio inconsciente aún, se levantó y tambaleándose, buscó el lavabo. Acercó los labios al grifo y el agua helada, con una felicidad aguda y pueril, inundó su paladar y la lengua. Hasta entonces, no abrió los ojos. La habitación estaba medio a oscuras. Apenas se filtró una luz gris por el postigo entornado. Sobre la cama, entre las ropas revueltas, se confundían los cuerpos de las mujeres. Un brazo, en gris muerto, caía hacia el suelo. Apartó la vista con un poso amargo y una terrible sensación de vacío. A los pies del lecho, sobre la silla, la ropa interior de las chicas se esparcía en

desorden. Un olor agrio, denso, llenaba la habitación. Sus ojos tropezaron con una media rota.

Temblando de frío y sin hacer ruido, se vistió rápidamente. Las chicas dormían, extenuadas, con algo animal. Un asco profundo, recóndito, le subía a la garganta. Apartaba fantasmas, espesas imágenes en que la carne le oprimía, asfixiándole. No tengo dinero, pensaba, y vagamente recordó que se lo pidieron, que les prometió cosas y cosas. Tuvo miedo, un miedo frío y mezquino del que quería liberarse cuanto antes. Con los zapatos en la mano salió al pasillo. Buscó la puerta y salió. Bajó las escaleras con prisa, temiendo que alguien saliese al rellano, llamándole.

En la calle, la ciudad ya estaba despierta. Gente desconocida iba a sus quehaceres, pasaba a su lado sin fijarse en él. Eduardo veía sus rostros, ateridos de frío, sus ojos preocupados. Un pensamiento cruel le martirizaba: Daniel me matará. Tenía miedo de verle, ahora. ¿Cómo le pudo olvidar? Lo recordaba con la servilleta apretada a los labios, sacudiendo los hombros. Un escalofrío le impedía acercarse a los lugares en que podía encontrarlo.

Fue a su casa, a comer. Su madre le reprendió, dócilmente cansada. Comió trozos de calabaza hervida y tortas de maíz. Luego, se tendió en la cama. Durmió con un sueño pesado, en el que, de nuevo, los brazos de Lola y Marina le estrechaban como tentáculos, y sus bocas, viscosas como sellos de goma, se derretían en su carne.

Hacia las cinco despertó. Se lavó y se vistió despacio. En su cerebro dolorido sólo cabía una idea que le espantaba y le atraía a un tiempo: ver a Daniel. Tenía la imperiosa necesidad de verle, de hablarle. ¿Cómo le recibiría? ¿Qué iba a decirle? Le quitó a Lola en las propias narices. Si bien él no quiso, no tuvo la culpa. Lola, como Marina, le repugnaban. No deseó aquello, se lo encontró hecho, simplemente. Pero se olvidó de Daniel, que tosía, convulso, con la servilleta apretada a los labios y el billete de mil pesetas en el bolsillo.

Fue, inevitablemente, a los billares, arrastrado por algo más fuerte que su miedo. Todo estaba igual. Habló con algunos conocidos. Ninguno había visto a Daniel.

A las ocho y cuarto entró Chano. Enseguida se dio cuenta de su gesto hosco, el de los malos momentos.

Dejó que se le acercase, con el corazón palpitante y el cigarrillo en los labios, contra la pared.

Chano se apoyó a su lado. Durante unos minutos, estuvieron callados, como si escuchasen el seco golpear de los tacos.

—Está enfermo —dijo Chano lacónicamente.

—¿Enfermo?

—Ya sabes. Lo de siempre.

Eduardo movió la cabeza.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, aparentando no darle importancia.

—¡Psch! Nada. Ya sabes cómo es. Aguanta bien el dolor no es un blanco. Pero tiene cara de muerto.

Eduardo arrojó el cigarrillo y lo aplastó bajo el tacón.

—Voy a verle —dijo.

Pero no tuvo valor. Fue a su casa de nuevo. Se acostó y durmió hasta la mañana siguiente.

Pasó el otro día vagabundeando de un lado para otro. Jugó en los billares y, luego, a la tarde, se encaminó a la calle Ancha. Sus pies le guiaron, casi inconscientemente, hasta la calle en que Daniel vivía.

Como el primer día que le visitó, Daniel estaba en la cama de hierro. Pero, ahora, cubierto por la sábana, con los ojos cerrados. Al oírle, los abrió y, como siempre, una ancha sonrisa llenó su cara.

—Hola —dijo. Nada más. Como si no le importase nada. Como si no recordase nada. Tal vez fue aquélla una noche ilusionada para él. Tal vez, se dijo con angustia Eduardo, fue la última noche de su vida. De nuevo, el miedo le invadía.

Pero Daniel no aludió para nada a las chicas. Su risa, amarga, falsa, martilleaba los oídos de Eduardo.

Hablaron de cosas corrientes, de nuevos proyectos...

—Esto pasará pronto —dijo el Bizco, cuando Eduardo se disponía a irse. Dentro de tres días como nuevo otra vez.

Pero aquellos tres días pasaron y, en lugar de mejorar, Daniel empeoraba.

Al cuarto día, Eduardo, con el alma encogida por un presentimiento, abandonó a Daniel. Preocupado, inquieto, se dirigía a su casa. Entonces, inesperadamente, al doblar una esquina, encontró a Sol.

Llegó la noche. Sol apoyó la mano sobre el hombro inclinado de Eduardo.

—Se morirá—dijo él. Estoy seguro de que se morirá.

—Comprendo que te duela su muerte.

—¿Dolerme?... Bah, no es eso. Es una mala raza la suya. Pero me hace falta. Chano tenía razón: es listo. Más de lo que pude suponer. Sin él nos vamos a ver mal. Al principio, cuando menos...

Sol le miró. Sentía por él, tras su largo relato, un acercamiento, una comprensión que antes nunca se había producido. Aquello, que les acercó en medio de la calle se le heló dentro. Insensiblemente, antes de oírle hablar de su padre, del mundo huido, algo cálido la envolvió como una ola de recuerdos insospechadamente vivos. No podía aún discriminar si lo que decía Eduardo era justo o no. Es más, no le importaba que tuviese razón o no. Lo único cierto era que, al evocar aquel tiempo, aquel hombre que hablaba de princesas y de viejas ciudades con olor a caoba, que pedía a sus hijos continuidad, no se le podía dejar solo, colgado en un tiempo perdido, cuyo polvo quema, apaga, vacía. Si me hubiera llevado con él, si me hubiese dicho las cosas que a Eduardo, yo no le habría dejado morir solo. Me hubiera abrazado a su cuerpo hasta el último instante. Pero Luis sólo hablaba con ella de cosas pueriles, sin descubrirle nunca sus sentimientos, sus deseos. Ni siquiera quería saber nada de ella, al parecer, después del primer baile de sus dieciocho años que ya nunca podría ver.

Eduardo se levantó para avivar el pabito mortecino del candil. El cabello se arracimaba junto a las sienes en anchas anillas de un oro vivo, sedoso. Pese a sus manos encallecidas, sus ojeras y su estropeado atuendo, se desprendía de él un hálito indeterminable distinto. Como la abuela, era uno de esos seres que la naturaleza crea casi perfectos, altos, fríos, con una piel y una sangre distintas, se diría. Odiosos en su belleza, a veces en su inmutabilidad, en su profundo egoísmo, qué les hace comenzar y concluir en sí mismos.

Sol recordó el tiempo en que creía en un mundo peligroso, pero no temido, como ahora, con las ciudades rotas, sucias, hambrientas, con innumerables seres inclinados al suelo para recoger desperdicios.

En Saint-Paul los peligros que acechaban a las almas eran suaves, dulzones. Incluso parecía fácil despreciarles.

—Pareces culpar a papá de lo ocurrido —dijo Sol.

—¿Culparle?... Bueno. No es eso, exactamente. Ni tiene culpa ni la deja de tener. Él, como todos los que eran como él. Mira, una cosa te digo: las revoluciones no se hacen por nada. No sé yo en ésta quién tiene razón, ni me importa tampoco. Pero ya he dejado de sentirme su víctima. Prefiero considerarme una de sus consecuencias. Vino lo que tenía que venir. No he nacido para continuarle el mundo a nadie. Mi mundo empieza y termina en mi piel.

—Hablas como si fueras hijo de nadie.

—Papá no escogió el color de mi pelo. No eligió mi sexo. El bien y el mal estaban dentro de mí antes de nacer, sin que él tuviese parte en ello. ¿Por qué había de elegir él mi profesión, mi vida, casi? Tal vez me deseó muy distinto. No. Yo no tengo padres, tú lo has dicho. Nadie los tiene.

—Entonces, ¿crees ser un pequeño dios? Si eres hijo de nadie, crearás ser el principio de todo... No te importas más que a ti mismo, pero ¿no piensas en la enorme soledad que te espera, sin que alguien crea en ti, sin que tú no le importes a alguien nunca?

—No, de nadie necesito, en particular. Todos son lo mismo. No hay quien no pueda suplantar a otro a mi lado. Se trata de ser más listo que los demás.

De ver quién sirve y quién no sirve. Y de saber utilizar su energía, su entusiasmo, su fe. O su tristeza, su asco. Si Daniel se muere, no habré de quedarme parado. No voy a asustarme como un pajarillo, desde luego. Hay muchos Danieles esperando que yo les llame por su nombre. A mí, lo mismo me da éste que aquél. No creo en su amistad, creo en su utilidad.

—Pero Dios dice...

Eduardo la cortó con un gesto de fastidio.

—Dios no dice nada. Yo no le he oído nunca.

—¿Tampoco crees en Dios?

—Te diré... La vida tiene sentido desde el momento en que se prescinde de Dios. Si no pensamos que hay alguien que valora nuestras acciones, vivir tiene un sabor distinto, más completo... El único pecado en que yo creo es traicionar esta vida nuestra. ¿Por qué he de aceptar las ideas de mis padres? ¿Sólo porque ellos las aceptaron antes?... ¡Bah! Vive todos tus minutos antes de que sea tarde. Y, sobre todo, no pienses nunca en el mañana. No existe una edad concreta y definitiva a alcanzar. No está la felicidad a los veinte, a los treinta o a los cincuenta años. Todas las edades pasan, huyen sin detenerse... No, no. El mañana es otra mentira. Ni siquiera sabes si vivirás esta noche... —y señaló la techumbre de la barraca, amenazada por el fuego de los bombardeos—. Sólo una cosa conozco, una cosa amo: el cuerpo. Este cuerpo de hombre que tengo, que es algo cierto, demostrado.

¡Mírate, acerca una mano a tus ojos y dime si es una mentira! Sé que he de terminarme, que mi cuerpo durará un número limitado de años. Pero no me importa. Si hay algo detrás, no me impacienta conocerlo. Y si no lo hay, mejor... Mira: a veces contemplo a esa gente que vive por ahí, amontonada en cuevas.

No lo pasan bien, desde luego. Pero nadie se recrea recordando y lamentando bienes perdidos, como mamá... Tampoco esperan nada. Y te advierto que ya no creen en la revolución, si es que alguna vez la han comprendido. Pero se beben los minutos, no dejan escapar ni uno. Porque han visto que la vida camina y no se detiene... Y no ha vuelto ninguno de sus muertos Sol.

Sol le miraba en silencio, con las manos cruzadas.

De pronto, algo despertó en ella. No sabía bien que era. Dijo:

—No recuerdo cuándo comencé a ser yo misma y quisiera continuar, cuando ya no sepa mi nombre.

Su voz temblaba y cerró los ojos. En lo alto, no podía precisar dónde, se le abría una herida dulce y confortante. Y se veía sumida en ella misma con una nueva luz. Pequeña, pasando, pasando. Como un trozo de río por un paisaje constante que daba a su paso recíproca inalterabilidad. Ella estaba allí desde antes y hasta

después. Ella pasaba, pero iba quedándose. Ella llegaba, pero se reconocía. Ni ella ni nada limitaba. Todo estaba, todo continuaba. El cauce el río, la sombra. Todo se alargaba, avanzaba, dulce y cruel. Vivía entre las cosas, amaba, pensaba, podía gritar, gritar hasta que se le rompiera la voz, podía llamar nombres y estaba sola, íntegramente sola.

Como si la última soledad se le hubiera anticipado.

Pero en esta soledad de más allá, de después de ese final que Eduardo quería dar a la vida.

La voz de Eduardo rompió aquel instante.

—Es muy tarde. Vamos a casa.

Sol se puso de pie. Su hermano le entregó un pequeño paquete, y supuso que sería una porción de sus tesoros. Debía agradecerle aquel gesto y le besó en la mejilla.

Eduardo apagó el candil. Salieron y cerró la puerta con un pasador de hierro. La humedad del suelo y el frío de la noche la hicieron estremecer. Eduardo le pasó el brazo por los hombros y, nuevamente, juntos, descendieron. Él sacó su linterna de bolsillo para iluminar el camino.

Era oscuro cuando de nuevo pisaron el asfalto. La calle de Muntaner, larga y negra, con su doble hilera de faroles apagados, se perdía en declive hacia el mar, que no podía verse.

En casa, Elena estaba inquieta por su tardanza.

Se extrañó y, a un tiempo, tuvo cierta alegría de ver a los dos hermanos juntos.

—Me ha llevado al cine —dijo Sol. No quería verla intranquila y le pareció mejor no explicarle nada referente al muchacho.

Los días siguientes, Eduardo estuvo ausente. Sol prefería no verle, ni oír su voz. Creía recordar cosas que jamás conoció y se acercaba a su madre con un amor nuevo, casi pueril, por lo que tenía de descubrimiento.

La situación económica se hacía insostenible. Los viejos amigos, su mundo, lo que fue su vida, desaparecían, se diluían lenta e inexorablemente dentro de una

ancha sombra. Los pocos que, como ellos, no habían muerto o huido, se frecuentaban y ayudaban en lo posible. Pero su ayuda era ya insuficiente, sin contar con que la mutua ayuda se estancaba en un círculo vicioso. Sol adivinaba el aislamiento de su madre. Vivía apartada, aun de las escasas amistades que le quedaban. Silencio en torno a ella, sólo silencio en los recuerdos, cuando avanzaba la mano en busca de una sombra. Y sólo voces nuevas, crueles y heladas, naciendo a su alrededor. Voces que no tenían nada que decirle. Para su madre acabaron los amigos, los hermanos. Sol la veía cada vez más hundida en el pasado. Temía que viviese siempre así cauterizada al dolor, en la distancia del recuerdo, sin conciencia de las horas de cada día y sin apetito de futuro. Ella no quería embebecerse en el tiempo presente, como su madre, aislarse en él. Algo en lo más profundo, la hacía reaccionar, defenderse de aquella amenaza de laxitud, de resignación. Hubiera querido comunicar su fuerza a aquella mujer que íntimamente reconocía débil en su aparente fortaleza.

Un día, cuando oyó a Cloti regresar del trabajo, fue a su habitación. La chica gritó alegremente:

—¡Entra! ¡Déjate de melindres, mujer!

Cloti estaba en la cama, descalza. Respiraba fuertemente y movía los pies en alto.

—¡Hola, chicuza! —le dijo—. Siéntate ahí. ¡Estoy reventada!

Sol se acercó con cierta timidez. Su voz sonó raramente suave:

—Cloti, querría hablarte de una cosa que para mí es importante.

Cloti la miró vivamente.

—Pues desembucha.

Sol se acercó más y tragó saliva.

—Cloti... Yo necesito trabajar. Aunque sea por ejemplo, en la misma fábrica donde tú dejaste el empleo. A mí no me dan miedo los aviones.

Cloti se incorporó y quedó un instante pensativa.

Sol, con cierta inquietud, vio su ceño levemente fruncido.

—Pues no es nada fácil —dijo bruscamente—. ¡Si por lo menos pertenecieses a las Juventudes!

—Y eso... ¿no podría arreglarse? —insistió tímidamente.

Ante aquella pregunta, Cloti pareció ofenderse:

—¡Ah, miren la niña!... ¡Haberlo pensado cuando era yo la que pasaba los malos tragos!

Sol salió silenciosamente de la habitación. En su cuarto, sentada en la pequeña cama, blanca y absurdamente apacible en aquel mundo amargo que la rodeaba, repasó con desaliento sus posibilidades. No había trabajado nunca. Es más, ¿para qué engañarse?, no le gustaba el trabajo, ni le gustaría jamás.

Pero debía mendigarlo ahora, porque, si no, era evidente, no se podía vivir. Con una pereza desfallecida, laxa, se tendió sobre las sábanas. Demasiado complicada la vida. Pero debía ser importante, para que se luchase tan desesperadamente por ella. Nadie parecía saber de estas cosas en Saint-Paul. ¿A qué clase de mundo se las destinaba?, pensó. Desde luego, no al que Dios tuvo a bien enviarla.

Una noche, a la vuelta del garaje, Cloti la llamó:

—Oye, tú —le dijo, casi sin mirarla, como si se avergonzase de algo. He pensado en que debo ayudarte.

Eres buena chica... Mucho mejor que todas las de tu ralea. Vales más que tu misma madre... Pero tú no servirías para trabajar en una fábrica. ¡Mírate esas manos, criatura! ¡Manos de mantequilla que no sirven para nada!

Llevaba un cubo de agua caliente y lo dejó en el suelo. Le añadió agua fría y allí mismo se quitó las botas, empezando a restregarse los pies con viva satisfacción. Al cabo de un instante, continuó:

—No creas a los que dicen que es bueno el trabajo. No lo es. No lo será nunca... ¡Pamemas! ¡Cómo se engañan los hombres unos a otros!... No te fíes de nadie. Todo el mundo querrá siempre engañarte, ¿sabes, chavalita?

Su voz tenía una rara ternura. Hablaba bajo, sentenciosa y aun triste, lo que sorprendió a Sol.

—¿Por qué me hablas así?

De repente, Cloti adquirió un aire melancólico, tan profundamente desencantado, que parecía vieja.

—Nadie ayuda a nadie —dijo—. ¿Crearás tú que yo debo hacerlo contigo? ¿Por qué? ¿Por qué he de ser buena yo?

Sol no respondió. Cloti levantó la cabeza y rió de nuevo. En su risa había un punto forzado que Sol no dejó de advertir.

—Anda, no pongas cara de pájaro asustao. Entérate de una vez: te he encontrado algo. Mira: en la Escuela a la que voy yo por las noches hacen falta maestros. Ya sabes, todos se van al frente. Faltan hombres... ¿Quieres tú enseñar a escribir a gente como yo?... ¡Bueno!, ¿no me vendrás ahora con melindres? ¡No vayas a creerte que no me ha costado conseguírtelo!

Sol la miró, perpleja.

—Pero yo no soy maestra... No poseo ningún título...

—¡Nosotros te damos ese título! ¿Qué más da, nazguata? —Y añadió—: El director es amigo mío.

Había una amarga ironía en su voz.

—Además —dijo—, me apuesto algo a que tú te tomas más interés que todos ellos. Tienes buena voluntad. Eso es bien cierto. A cada cual, lo suyo.

Recordaba cómo, alguna vez, Sol la ayudó, repasando sus cuadernos.

—No ganarás mucho. Pero te darán un carnet y unos vales para que vayas a un comedor gratis.

—No sabía que eras amiga del director... Ni siquiera que allí hubiera un director —dijo Sol tontamente, por decir algo, entre desconcertada y alegre.

La noticia la satisfacía y, al propio tiempo, la llenaba de un vago temor.

—De algún modo hay que llamarle —dijo. Dobló sus labios con cierto desprecio—. Es un mutilado de guerra.

—¿Cuándo empezaré?

—Me ha dicho que vayamos a verle la semana que viene.

Los días restantes Cloti estuvo preocupada, meditabunda. Empalideció, como falta de sueño, y hablaba ásperamente, con monosílabos.

Una noche después de varias de espera, al concluir de cenar, llamó a Sol:

—Ven —le dijo—. Nos espera el director.

—¿Ahora mismo?

—Si. Date prisa, no estoy para perder tiempo.

Sol fue a decírselo a su madre. Elena estaba preocupada por el paso que su hija iba a dar y del que ya tenía noticias. Se acercó y le acarició el cabello, las mejillas, como cuando era niña.

—Ten cuidado, Sol —le dijo—. Te metes entre gente indeseable. Piensa bien lo que haces, antes de decidirte.

—Bah, no tengas miedo —quiso tranquilizarla, ahogando sus propios temores—. Nadie me va a comer, y esto nos puede ayudar mucho. Ya tengo casi dieciocho años. No puedo estar de manos cruzadas.

Debes comprenderlo, mamá. Los tiempos han cambiado.

Elena la besó en la mejilla. Parecía despedirla como cuando llegaba el primer día de curso y se iba al colegio.

Cloti, a pesar de sus prisas, estaba aún sentada en la cama pensativa. Levantó la cabeza y miró a Sol con ojos brillantes. A su lado, sobre una silla, había una botella y un vaso, de los que estuvo bebiendo. Desconcertada, Sol aguardó en silencio.

—Espera un poco... —dijo Cloti con voz temblorosa.

Y empezó a llorar con fuertes sollozos ahogados.

Sol se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué te pasa?

Cloti se cogió con fuerza a su muñeca. Tenía las mejillas encendidas y un hipo fuerte contraía su cuello.

—Yo no quería esto..., yo no quería esto... —dijo—.

Mi hermano estaba loco... Todo el mundo engaña. Mi hermano estaba engañado y yo también... Yo no quería esto, lo juro..., lo juro...

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó Sol. De nuevo, se sentía ganada por aquella melancolía que a veces le inspiraba Cloti.

Las palabras de Cloti brotaron confusas, roncadas.

Tenía miedo, mucho miedo. De los muertos a balazos de las iglesias quemadas, de los obuses, de los escombros, de los gritos de alegría, de la lluvia que caía en los solares, sobre las caras ensangrentadas de los muertos. Tenía miedo de lo vengado, era una pobre víctima de lo vengado. Tenía de los hombres y de las mujeres, de los ojos de los niños, de los aullidos de los perros. La vida era una mentira inmensa, monstruosa. Nadie ayuda a nadie, nadie lucha por nadie.

Sus manos estaban desnudas y solas, eternamente despojadas. Tenía miedo, y ya no podía creer en nada...

—¡Ay, chavala! No te fíes de nadie te lo digo yo. Se acercó a la ventana, seguida de Sol. Tras los cristales contemplaron en silencio la borrosa silueta de la ciudad, el presentido brillo del mar, la opaca negrura de las calles... Y aquella masa nebulosa que aparecía sobre los tejados y azoteas, desflecándose negroazulada.

—No soy más que una infeliz —dijo Cloti, dando pequeños sorbetones con la nariz. Una idiota..., una pobre chica entre todo, entre todos...

Acercó el dedo al tenue vaho de los cristales y empezó a dibujar estrellas, distraídamente.

—¡Qué pobre soy, qué pobre soy! —repetía—. Siempre seré pobre, siempre.

Bruscamente, cambió de tono. Se echó hacia atrás los cabellos y volviéndose a Sol dijo, casi con fiereza:

—¿Sabes qué me pasa?

—No. ¿Cómo voy a saberlo?

La voz de Cloti creció, indignada. Apretó los puños y los dientes.

—¡El muy puerco!... ¡El muy puerco!... ¿Cómo pudo hacerme esto?...

Sol creyó adivinar. Sintió una rara vergüenza, inexplicable, aunque aquello nada tuviese que ver con ella. Asomarse al alma de los otros, escuchar confesiones, le producía siempre una sensación turbadora, un raro pudor que, íntimamente, la replegaba en sí misma, deseando hacerse sorda, ciega, ignorante.

—Pues sí, eso es: un crío. ¡Asqueroso!... ¿Cómo pudo, el cerdo?... ¡Se ha vaciado en mí como un perro! ¡No tiene perdón! Yo tengo que trabajar... Yo no puedo... Y él, haciéndose el longuis, dice que es cosa mía, que me las apañe como pueda.

—¿Qué vas a hacer? Ya no tiene remedio.

El rostro de Cloti se ensombreció. Adquirió un tinte terroso.

—Me ha hablado una compañera del trabajo... Dice que conoce a una vieja...

Pero Cloti tenía miedo. La vieja ésa podía ser tan inexperta como la mala bruja que destrozó a Lidia, una muchachita de Las Ventas, llamada la Negrita, que murió en medio de un charco de sangre, dando gritos. Cloti lo sabía muy bien.

—Cloti —dijo Sol apretando su mano con angustia—. Dime, ¿no podrías..., no podrías querer al niño?

—No puedo quererlo —dijo con voz desesperada, baja—. No puedo, me es imposible.

Bajó los ojos, que de nuevo se llenaron de lágrimas. Intentó borrarlas, con rabia, apretándose los párpados con el puño. Sol sentía el corazón pequeño, encogido. Un gusto amargo invadía su boca. Luego, Cloti añadió con voz raramente humilde que a Sol le llenó de frío:

—¿No te das cuenta, mujer? A pesar de todo lo que yo grazne, lo bueno, lo grande, no puede ser para mí. Yo siempre seré de los de abajo. Antes, ahora y siempre.

Sol cerró los ojos. Una frase oscura, triste, vagaba en sus pensamientos. Nosotros no fuimos deseados.

Nosotros no hemos nacido del amor...

Cloti se apartó de la ventana, secándose las mejillas.

—Anda, no perdamos tiempo. Ése está esperando.

Se lavó la cara en un santiamén, se empolvó las mejillas y se puso el abrigo de terciopelo rojo, en el que nadie se preocupaba ya de reconocer las cortinas del living. A su lado, con el antiguo abrigo azul de colegiala, alargado en lo posible y cien veces cepillado, Sol tenía un aire entre monacal e infantil.

Cloti, al verla así, con su rostro blanco, fino, sus ojos largos y quietos, su cuerpo delgado, pensó vagamente que se desprendía de ella una pureza perversa, exasperante.

Salieron. El frío las rodeó, casi agradable. Los altos tacones de Cloti resonaban en la acera. La tomó por el brazo.

—Te dará, seguramente, un carnet sindical —dijo—. Él tiene facilidad para estas cosas. Fue voluntario al frente y perdió allí las piernas. Pero eso le ha arreglado la vida: tiene buen puesto y no le falta nada. Es vivo, se hace valer y saca lo que necesita de donde sea.

La Escuela Roja estaba cerca de la calle de Muntaner en lo que antes fue un chalet particular. Cloti acudía allí, junto a otros obreros, de diez a once de la noche.

—¿Es joven?—preguntó Sol.

—No, ¡qué va! Ramón Boloix tiene más de cuarenta años.

Ramón Boloix vivía en el piso alto de la escuela.

Se arrastraba sobre dos muletas y llevaba prendidos sobre la cazadora de cuero sus insignias y distintivos de combatiente.

Fumaba cigarros habanos, y se pasaba el día entre libros y papeles estudiando. La dirección de la Escuela Roja le fue confiada, al salir del hospital, en premio a su comportamiento en el frente.

Todo esto le explicó Cloti durante el breve trayecto.

Le habló también de las clases. A veces, Boloix, a media lección, nos da una rebanadita de pan blanco, tan blanco que hace daño a los ojos. Sol, al saber su nombre, sentía una impaciencia exaltada, no sabía aún si temerosa.

—Y Ramón, ¿da clases también?

—Sí, desde luego. Sobre todo ahora, que faltan maestros. Tiene mucho trabajo. ¡Siempre está escribiendo!

—¿Hay muchos alumnos?

—Sí, muchos.

—¿Algún niño?

—No. Todos mayores de dieciocho años. Obreros, naturalmente.

Subieron la escalera. Todas las luces estaban encendidas y se oía un mosconeo de voces tras las puertas acristaladas, algunas entreabiertas. Sol entrevió las aulas improvisadas, con mesas largas a las que se acodaban hombres y mujeres, más o menos interesados en su tarea. El corazón que tan fuerte le golpeó hacía un instante, apenas lo sentía ahora.

—Cloti, ¿dices que le hablaste de mí?

—Claro, mujer.

—¿Y le dijiste mi nombre?

—Sí, no tengas miedo. Es cosa resuelta. Se quedará contigo, le conozco bien.

No se atrevió a preguntar más. No se atrevía ni a pensar, casi, y, de pronto, sintió deseos de taparse los oídos para no enterarse de nada. Las paredes estaban cubiertas de carteles. En una puerta, uno muy grande presentaba a un soldado caído en tierra, ensangrentado y señalando con el dedo al espectador.

Debajo, una gran pregunta, en letras rojas: Y tú, ¿qué has hecho por la Victoria?....

Ramón Boloix estaba solo en su despacho. Al entrar, lo vieron inclinado a la mesa. La luz de una lámpara caía de lleno en sus manos, extendidas sobre el tablero. Sol se aproximó a él. Ramón levantó la cabeza y la miró.

—Sol —dijo con sonrisa dulce—. Sol, supongo que te acuerdas de mí.

Asintió. Un instante estuvieron mirándose, callados. Ramón conservaba su tristeza desvaída, la intensidad de sus ojos negros —nunca, hasta aquel momento, se dio cuenta de lo pequeños y juntos que tenía los ojos—, aquella voz suave y tranquila. Boloix seguía sentado. Sol vio unas muletas apoyadas contra el respaldo de la silla.

—Me dijo Cloti que querías trabajar —dijo él rompiendo aquel silencio difícil. Aquí encontraré algo para ti. Ya verás.

—Me es absolutamente necesario trabajar.

Era preciso decirlo así, no podía ser de otra manera.

En realidad, sólo pensaba: Tenemos hambre, tenemos hambre. ¡De tantas cosas! No quiero, no puedo morir.

—¿Y tu padre, Sol? —preguntó inesperadamente.

En su voz creyó Sol adivinar un raro paladeo, como si se recreara en aquella pregunta. Guardó silencio.

¿Qué iba decir?

—Ah, bien, bien. —Ramón cerró el libro, sin abandonar su sonrisa, y, pensativo, se pasó el dedo índice por el borde de las cejas.

—¡Vete! —dijo con voz seca. Sol le miró, extrañada.

Pero la orden iba dirigida a Cloti, que a sus espaldas aguardaba, taciturna. Sol desconocía el tono seco, duro, de aquella voz.

Cloti salió sin decir nada, con rara humildad, cerrando la puerta.

Ramón le ofreció una silla con gesto afable.

—Cuéntame —dijo—. Háblame de ti. ¿Qué haces, cómo vives...? Te he recordado muchas veces.

—Mataron a mi padre —dijo Sol. No podía evitar violencia en su voz, al decir esto. Siempre le dolerían estas palabras como una herida fresca, sangrante—. Mi hermano... no es una gran ayuda. He de trabajar. No tenemos dinero.

Ramón jugaba distraídamente con una regla.

Luego, la miró de frente con aquella sonrisa que le rejuvenecía, blanca, bella, que a Sol, tiempo atrás, le gustaba contemplar. Aquella sonrisa abierta, sincera, que parecía pertenecer a un hombre distinto.

—He recordado a veces el bosque, aquel día de lluvia... Y a tu abuela. Era una hermosa loba. Imagino que continuará guardando la vigilia con glotonería y asomándose a la ventana con una escopeta cargada... Las cosas no cambian para seres así.

Sol no dijo nada. Alguna vez lo pensó. La abuela, en su montaña, seguiría la misma vida, ignorante de todo.

Ramón comenzó a hablar de aquellos días que pasaron juntos. Su voz se hacía amiga, melancólica. Sol se sintió ganada por ella. Le provocaba una tibia esperanza de no sabía qué. Llevaba mucho tiempo sin experimentar un sentimiento parecido. Otra vez, como años atrás, sentía cerca la amistad de aquel hombre, su confianza. Pero no sabía ni alegrarse. Tenía miedo. ¿Qué podía esperar de él? ¿No sería mejor apartarlo totalmente de su vida?

Luego, Boloix habló de su trabajo.

—Necesito un ayudante —dijo—. He pensado que tú podrías desempeñar este cargo. No tendrás mucho trabajo, verás.

Se miró las uñas, pensativo.

—Te daré un carnet sindical, en el que constarán algunos años más de los que tienes. También te daré vales para un comedor.

Sol parpadeó, con cierta angustia. No podía evitar una extraña humillación, como si recibiese una limosna.

Ramón extendió los brazos hacia las muletas y se incorporó pesadamente.

La habitación resultaba fría, aunque los muebles fuesen de buena madera, casi lujosos. Se notaba que estaban allí de aluvión, tras alguna requisa, que no fueron pensados para aquella pieza.

—Vivo aquí mismo —le explicó Ramón—. Ven, si quieres, guardo alguna cosa que quizá te guste ver.

Sus muletas chocaban desagradablemente contra el suelo. Sol le miró, no sin sorpresa. ¡Qué viejo estaba! Al salir del aro luminoso de la pantalla notó cerca aquella vida en declive, triste mutilada. Era un inválido para siempre. Y, como en un sueño, recordó aquel tiempo en que sintió por él un amor vago, ligero, inconcreto. Repentinamente notó el vacío de este sentimiento, como no sintió nunca el amor. Intentó recuperar el recuerdo, revivir en su memoria la amistad dulce el afecto de sus quince años. Le dolía ser ella la que cambió, la que perdió cosas en el tiempo pasado. Hubiese preferido culparle a él de este olvido. Culparle de los años vencidos, de su cuerpo mutilado, del ruido desagradable de sus muletas.

Ramón se aproximó a una puertecilla cercana.

Como distraído en otra cosa, despacio, sacó de su bolsillo una llave.

—Fui voluntario al frente —dijo sin mirarla. Se diría que adivinaba lo que pensaba Sol y que quería dárselo a entender. Luego, añadió, inesperadamente—: Perderemos esta guerra. La hemos perdido ya.

Sol se volvió hacia él con gesto cansado. Y evocó un mundo huido en el que los suelos y las paredes no estaban desnudos.

Entraron en la pieza contigua.

—He reunido aquí tantas cosas como tu abuela.

Pero, con seguridad, no tengo tantas indulgencias almacenadas.

Como en el dormitorio de la abuela, hacía allí calor. La misma atmósfera recargada, el mismo abigarramiento de objetos.

Ramón al parecer, sintió preferencia por las viejas iglesias pueblerinas. Tenía un fragmento de retablo antiquísimo y figuras de santos ángeles y dragones llenos de repliegues y purpurina. La mayoría de las tallas eran una exaltación de costras, heridas, mutilaciones... ¡Qué extraña afición a venerar llagas, goterones de sangre!, pensaba Sol. Y un raro temor se apoderó de ella. Algo terrible subyacía en aquellas figuras, en sus ojos de vidrio pintado que miraban con fijeza obsesiva a lo largo de los siglos. Un hálito mágico, casi insano, se desprendía de ellas.

Sol miró a Ramón, que, quieto, contemplaba sus tesoros. ¡Qué extraña afición por los siglos pasados la de aquel hombre que fue a la guerra acuciado por el presente! Algo había allí, en aquellos objetos, en lo profundo de aquel hombre, que atravesaba el tiempo, que taladraba los días y los años, impalpable. Algo a lo que no se podía escapar, que apresaba y retenía, sin libertad posible.

Ramón tenía los hombros levantados a causa de las muletas, lo que le hundía la cabeza, vencida como por una fuerza arrolladora. Al verle allí, junto a aquella angustiosa aglomeración de años, Sol intuyó la encarnación de veinte siglos de fracaso. Y le invadió una desgana, incierta, no sabía exactamente ante qué.

—Vuelve pasado mañana —dijo Ramón, con una sonrisa—. Para entonces ya estará lo tuyo arreglado.

—¿Tan pronto?

—Sí. Y espero que serás un buen auxiliar.

Ramón se le acercó. Sol se fijó en sus ojos pequeños, redondos. Boloix avanzó una mano y la dejó caer suavemente sobre su hombro. Luego, la apartó, blanda, cansada. A su contacto, Sol sintió una escondida ternura.

—Adiós —le dijo. Y añadió—: Gracias por todo lo que haces.

Ramón se encogió levemente de hombros. Sol salió de allí y se dirigió hacia su casa. Una alegría pequeña, tenue como una lucecilla, se encendía dentro de su pecho. Ramón Boloix era su único amigo, el único que se interesó una vez por su corazón y por sus pensamientos. No lo podía olvidar.

A los dos días, Ramón le entregó el carnet sindical y un taco de tickets para un comedor público.

Hubo de entregar tres fotografías y firmar varios papeles, al pie de su filiación, en la que constaban tres años más de los verdaderos. Un papel, otros, otros...

Sellos. Firmas. Sol pensó en cuántos números, letras y papeles se necesitaban para justificar su presencia entre los hombres y mujeres que nutrían la sociedad. Cuando Luis y Elena se casaron, seguramente no pensaban en aquellos carnets. Ni, sobre todo, en aquellos tickets amarillos que controlaban y satisfacían el hambre.

Noche tras noche, Sol fue a la escuela. Su trabajo era sencillo y monótono. Corregía cuadernos, llevaba al día las listas de los alumnos o preparaba cuestionarios. Ramón la trataba con deferencia y dulzura, como en los tiempos en que le conoció, y ella sentía hacia él un agradecimiento un tanto amargo, inexplicablemente doloroso.

A veces, al repasar los cuadernos de los obreros, imaginaba las manos de los hombres y mujeres que los llenaban. Manos toscas, de uñas negras y roídas que, por lo general, manchaban el papel. Ramón le contó el caso de hombres de más de treinta años que aprendieron a leer y a escribir en pocos meses.

Se comparaba con ellos y se sentía insatisfecha. Debió hacer más, mucho más en la vida. ¿Podría, aún, subsanarlo cuando llegara la paz? Ilusionada, creía que sí.

El comedor al que acudía era un antiguo restaurante de la calle Muntaner. Las vidrieras y los espejos estaban materialmente cubiertos de carteles.

El primer día se sentó junto a un gran ventanal abierto a la calle. Le sirvieron un plato de legumbres cocidas, un panecillo y un vaso de vino. Comió sin gusto, automáticamente. A través del cristal empañado de frío, las formas y los colores tenían algo de acuarela deshilachada.

Contempló los cuerpos inclinados preocupadamente sobre los platos, entre un vaho espeso y cargado de olores. Una joven, acompañada de un hombre, se sentó a la mesa vecina. Hacía un calor raro que dejaba heladas las manos y los pies y que, por otra parte, obligaba a desprenderse de los abrigos. La recién llegada se quitó la chaqueta y quedó en jersey blanco, tan ceñido a su cuerpo opulento que Sol, sin querer, se encogió más en su delgadez.

La mujer abría y cerraba los labios pintados, incansable. El tenedor entraba y salía de su boca una y otra vez. Sol se sintió extrañamente obsesionada. Hacía tiempo que no comía tanto. El plato era tan abundante como insípido. Bebió el vino con avidez. Luego, miró a su alrededor, sobresaltada, como si todos la estuviesen mirando. La sangre le golpeaba en las venas. Las mejillas le quemaban. Mecánicamente, repetía el gesto colectivo de llevarse el tenedor a la boca y tragar. Hasta entonces nunca se dio cuenta de la realidad de aquel gesto. A su alrededor, las voces crecían mezcladas, vacías de significado. Nada importaba lo que dijeran, lo que pensasen. No eran más que hombres y mujeres comiendo, entregados a la cotidiana esclavitud de alimentarse. Si al hombre le falta su comida, pensaba Sol, acaba borrando de sus pensamientos toda idea que no sea llenar su estómago. Sólo una cosa le preocupaba: roer un trozo de cuero, mascar virutas de madera. Su inteligencia quedaba, entonces, reducida a esta sola preocupación. A veces, hasta devorar los cadáveres de sus hermanos.

Sol se estremeció. Una mosca, atontada de frío, empezó a pasearse por el borde de su vaso, y luego sobre las manchas del mantel. En el mantel se veían oscuras islas de vino seco, de comidas anteriores, de otros que allí calmaron su apetito. Las manos de Sol temblaban ligeramente. Los camareros, todos muy viejos, cortaban con gesto adusto el ticket y arrojaban sobre la mesa el plato, más que dejarlo.

Qué repugnante gesto, se le antojaba a Sol ahora aquel de ingerir los alimentos. Frente a ella, la muchacha del jersey blanco se abultaba y crecía por segundos. La pintura de sus labios se corría lastimosamente formando pequeñas grietas rojas en torno a la boca. Su acompañante y ella, no obstante, charlaban con toda naturalidad. Aproximaban sus rostros y mezclaban palabras y trozos de comida sin orden ni concierto, como si todo fuera igualmente necesario al organismo. Tal vez, pensó, era así realmente. ¡Qué pobre cosa el cuerpo humano! Y, según

Eduardo, era lo único que poseíamos. Inútilmente intentó comprenderlo. Las confianzas que el chico le hizo, lo que de él supuso, le parecían de una monstruosa imbecilidad. Había, si era preciso, que inventar otra vida nueva... De pronto, sintió náuseas. El hambre se transformó en unas horribles ganas de vomitar. Tal vez el hambre era eso únicamente: una inmensa náusea incontenible. Allí estaba su cuerpo, delgado y frágil. Tenía ante los ojos la visión de sus manos, de sus dedos blancos y temblorosos, como gusanos delicadísimos. Dentro de las sienes percibía la vibración sutil de la sangre. No estaba reducida a esto únicamente. Mil voces en ella le gritaban cosas alegres y horribles, tiernas y misteriosas, pasadas, futuras. Pero, ¿por qué no le había explicado nadie que el ser humano está esclavizado a las exigencias de su cuerpo? ¿Por qué no le advirtieron que, ante todo, para amar, para perdonar, para comprender, para ser bueno, se necesita comer? El hambre debería ser cosa resuelta. Sobraban hombres y mujeres. ¡Cómo la anonadaba este pensamiento! Se sentía de los que sobran. ¡Qué horror ir por el mundo simplemente arrastrando el nacimiento, estampando sellos y aumentándose la edad, corrigiendo las faltas de ortografía de seres que se entienden con interjecciones brevísimas, que saben insultarse con un solo gesto!

Inclinó la cabeza y trató de ahuyentar la avalancha de su amargura, de su repugnancia. Pero contra el asco no se puede luchar. Le asqueaba hasta el rumor de su propia respiración. Maquinalmente fue a beber. Pero el vaso estaba vacío y su fondo manchado por unos posos negruzcos que le recordaron los polvos de hacer tinta que usaban en el colegio.

Se sirvió agua y bebió para borrar el gusto áspero que inundaba su paladar. La garganta le dolía, igual que de niña, al aguantarse las ganas de llorar. Se sabía sin preparación para vivir. Ella y los que la rodeaban, seguramente, tenían que romper una corteza de recuerdos, de ideas, antes de florecer en un ser distinto. Se veía como una larva lastimosa luchando desesperadamente por conseguir su verdadera forma. La mosca quieta, la miraba. ¿Quién sabía, al cabo de los siglos, la evolución de aquel ser pequeño y repugnante? Y la miró, como supuso la mirarían a ella en aquel instante las estrellas.

Volvió a pensar en Eduardo, en la sensación de frío que emanaba. Aquel frío tal vez le liberaba de incomodidades, de escrúpulos. Sumergido en un mundo blanco, sin amor, sin odio, sin esperanzas ni recuerdos. No, no. Ella no podría ser jamás como su hermano.

Se levantó de la mesa, guardando el panecillo para su madre, que la esperaba impaciente, raramente ilusionada por la novedad.

Ramón Boloix seguía siendo el amigo bondadoso y comprensivo de aquel verano que ahora parecía tan lejano. Muchas noches, después de que los alumnos se marchaban, la retenía con cualquier pretexto.

Pasaban a la habitación contigua al despacho y, tras concluir el trabajo, el propio Ramón, con ilusión pueril, preparaba unas tazas de té. Junto a la chimenea encendida, charlaban largamente.

Poco a poco, Sol fue liberando sus pensamientos ante aquel hombre que la miraba comprensivo. Le habló de sus decepciones, de su miedo, de su hermano y de su madre. De su vida, que creía sin sentido ni objeto. A veces, al hablar con Ramón, Sol se aclaraba a sí misma ideas aún confusas. Estas conversaciones la ayudaban, incluso la liberaban de la creciente angustia que iba dominándola últimamente.

La habitación en que charlaban, abigarrada de tallas, fragmentos de retablos y Cristos medievales, iluminada apenas por una lámpara de sobremesa o por las llamas de la chimenea, despertaba en Sol una mezcla de bienestar e inquietud indefinibles. A veces, cuando más cómodamente se sentía, algo, como un viento frío, como un brillo de ojos siniestros, la sobresaltaba. Las manos vueltas de un Cristo, en madera ennegrecida, con las palmas rígidas y desoladas, golpeaban de pronto sus pupilas, encogiéndole el corazón. Dos grandes ventanas daban al jardín.

Ramón no cerraba casi nunca los postigos y hasta ellos llegaba el fulgor pálido de la noche. Otras veces, era su negrura entera la que parecía llenar la pieza, sobrecogiéndoles.

Un día, se dio cuenta de que Ramón no le hablaba nunca de sí mismo. La escuchaba comentaba más o menos lo que ella le decía, pero jamás le abría su corazón. Sol ya casi le consideraba como la única persona en quien podía confiar, y, sin embargo, nada sabía de él. Ni siquiera sé qué sentimientos le inspiro, se dijo con perplejidad. En alguna ocasión, mientras ella hablaba, él acercó su mano hasta la suya, oprimiéndosela. Parecía una mano colgada en el aire, floja, blanda. Poco a poco, de nuevo, Sol sentía nacerle una esperanza o un dolor indefinible. Algo pequeño y vivo, como una de esas lucecillas que, a veces, bordean los caminos en la noche. Intentaba avivar aquella luz, revivir aquel día en que corrieron juntos, de la mano, bajo la lluvia. También ahora le parecía correr con él para que no les sorprendiera la tormenta, hacia un refugio lejano, inalcanzable.

Una noche, encontró a Ramón triste y silencioso.

Creyó ver en sus ojos una angustia sorda y callada.

Como si un río oculto y envenenado corriera socavadamente por su cuerpo. Sin embargo, sus palabras eran las mismas de siempre, suaves, tranquilas

Cuando acabaron las lecciones, no sabía si marcharse o esperar a que él le dijese algo.

Al quedarse solos, Ramón se dirigió hacia la puerta, del gabinete contiguo sin pretextar algún trabajo para retenerla a su lado, como solía hacer y sin mediar palabra apenas sin darse cuenta, le siguió.

Sol, Levantó la cabeza y halló fijos en ella los ojos negros, pequeños y brillantes, de Ramón Boloix. Indecisa, optó por recoger sus cosas. Ya se disponía a irse cuando Ramón se volvió hacia ella

—¿Por qué te vas?

Ramón, con gran naturalidad, encendió el hornillo de alcohol y preparó el té. Se movía torpemente sobre las muletas, pero ella no se atrevía a ayudarle.

Sol encogió levemente los hombros y le miró, interrogándole. Ramón le habló con una voz distinta, extrañamente burlona.

—Bueno, bueno, no te preocupes. Ya comprendo

Se levantó, acercándose a la ventana.

El cielo estaba lívido y frío. En el jardín, las copas de los árboles aparecían mutiladas y desnudas, ateridas de inviernos y de podas. Todo vestigio de luz fue borrado temerosamente. Barcelona se apagaba.

Sé que no puedo obligarte a la compañía de un hombre inválido y aburrido.

Hoy, verdaderamente, sólo quería hablar un poco contigo, sentirte cerca de mí, ver tus ojos y oír tu voz. No, hoy no necesito dictarte ningún trabajo. Tienes derecho a irte.

Sol se acercó a él impulsivamente y apoyó una mano en su hombro.

—No sé cómo puedes decir eso. Me duele oírte hablar así.

En los ojos de Ramón creyó descubrir cierta dureza. Pero, de nuevo, una sonrisa entreabría sus labios.

—Bah, no te preocupes. Hasta mañana, Sol

Y añadió, en voz baja:

—Los dos estamos cansados.

Ramón cerró la puerta con sequedad. Sol oyó el golpe inquieta.

Sol se fue con el ánimo un tanto oprimido. Algo nuevo surgía de pronto entre los dos pero era algo triste.

De nuevo se veía sola, sin nadie a quien confiar aquel pequeño y cálido sentimiento que brotó en ella, se escondía.

El miedo amenazaba desde aquel cielo impávido, vigilado sin cesar. En los sótanos de la gran ciudad, el miedo se almacenaba codo a codo de cada hombre, de cada mujer, de cada niño. Miedo, hambre. No, pensó. No podía limitarse a eso la vida.

Sol sintió que su pequeña luz crecía. Luego, le pareció extraño, absolutamente nuevo y extraño, que alguien pudiese amarla.

Recordó una vez más los papeles y carnets que llevaba en el bolsillo, la fotografía pegada a ellos.

¡Si el amor compensase de aquello, si el amor mereciese la pena de todo aquello..!

Oyó hablar mucho del amor, pero no había amado nunca. ¡Si justificase la lucha opresora de todos los días! ¿Por qué no habría de ser así?

Soy egoísta —pensó—. Sólo pienso en mí, sólo le hablo de mí. Pero, ¿qué hago por él? ¿De qué modo respondo a su afecto, a su comprensión? Jamás le he

preguntado nada, jamás me he interesado por su vida, por lo que puede hacerle sufrir

A la noche siguiente, sintió una extraña timidez frente al fuego. Las llamas, bajas, despedían reflejos verdosos. De un modo casi físico notaba la sombra de Ramón cayendo sobre su espalda. Lo sintió inclinarse, torpe, añadir leña. Luego notó su mano, acariciándole el cabello, suave. Después, aquella mano se detuvo en su hombro.

Ramón aparecía como siempre, cordial, afectuoso, pero Sol presentía que algo comenzaba a resquebrajarse en aquella amistad. Y esto le dolió.

Se volvió hacia Ramón y se encontró con su mirada fija, dura. Ninguna sonrisa iluminaba su rostro, hundido en la sombra, oscuro. Sol se arrodilló ante él.

Sol contempló aquella mano y súbita, inesperadamente, su visión le produjo repugnancia, al tiempo que una rara ternura intentaba abrirse paso. De un modo extrañamente lejano, Sol miraba la mano quieta, demasiado blanca. Sobre los dedos tenía una suave pelusa que, al resplandor del fuego, brillaba húmedamente. Su piel tenía un calor nuevo, un peso extraño sobre su hombro. Sol continuaba en silencio y no se atrevía a mirarle. Temía, de encontrarse con sus ojos, con su mirada triste y negra, destruir aquel vago amor que procuraba mantener dentro de sí. Aquella mano, caliente y húmeda, la obsesionaba.

Parecía que se le hubiese pegado a la piel y que ya nunca podría despegársela. Este pensamiento, que la dominaba a su pesar, le producía una angustia creciente.

Volvió la cabeza hacia él. Los ojos de Ramón estaban quietos, sin brillo. Sin que tuviera tiempo de apercibirse, Ramón inclinó su cabeza besándola.

Con aversión profunda, intentó eludir su lengua viscosa, su saliva. Sentía resbalar sobre su cuerpo aquella mano y le pareció que crecía, que crecía monstruosamente en peso, en calor, envolviéndola totalmente.

Brusca, se apartó de él cuanto pudo. Se oyó el golpe seco de una muleta al caer. Un temblor frío llenaba sus labios. Sentía su boca liberada de un dolor pequeño, opresor. Los ojos de Ramón, opacos y velados, parecían comunicarle la misma odiosa sensación de calor, de humedad, que aquella mano blanda, acrecida. Ramón dejaba caer sobre ella el peso de su cuerpo, rígido y torpe. De nuevo, la

mano se acercó, buscándola. Sol se incorporó, rápida. Los ojos y la boca entreabierta de Ramón le repelían.

Algo dulce y hermoso, que quiso mantener hasta entonces, se apagó en ella. ¿Qué tenía que ver con el amor aquel manoseo pesado, grotesco? Le parecía de una terrible torpeza e incomodidad. ¡Qué pobre, qué limitado y vacío! Tal vez, en aquellos momentos, pensó vagamente, él luchaba, deseaba convertirse en un ser superior, transformarse en un ser nuevo. Vagamente, pensó en las crisálidas debatiéndose en el misterio de su caperuza de seda.

—No tengas miedo. No quiero sino...

Hablaba con una sonrisa que de pronto se le antojó cobarde. ¡Qué extraño que hablase de amor con aquella boca seca, triste! Portarse bien. No tener miedo... Sol no entendía aquellas palabras. No podía entender aquella voz. De pronto, una imagen se alzó ante sus pensamientos. Cloti la miraba. Sentía sus ojos, los veía. Cloti la miraba desde el pozo negro de sus pupilas. Un raro instinto le dijo que él era el culpable. Supo que era él el hombre torpe de que ella le hablaba. De nuevo, su mano blanca se tendía hacia ella. Se aproximó y, con los hombros sobre las muletas, parecía un muñeco colgado, espantosamente risible.

Sol se volvió hacia la ventana, para no verle. A través del cristal, los troncos de los árboles parecían barnizados de plata. ¿De dónde llegaría aquella magia, aquel ensueño? Hasta ella no llegaba nada cálido ni hermoso, no había ninguna luz dentro de su pecho. Todo era pobre y oscuro a su alrededor, mezquino e insuficiente. Un enorme desprecio fue ganándola a grandes oleadas. No escuchaba la voz de él, no sabía lo que le decía. Nada de lo que dijera o pensase tenía que ver con ella. Estaba sola, profundamente sola, lejana. No tenía nada que ver con él ni con el mundo, siquiera. ¿Dónde habrá un lugar para mí? , se dijo con vaga melancolía. Su lugar parecía estar en sí misma, su refugio en su propia conciencia. Lo sabía desde aquel momento de un modo lúcido, indudable.

Se dirigió a la puerta. Al salir, notó materialmente sobre su nuca el espesor del silencio que dejaba tras de sí. Parecía quemar sin llamas, sin fuego. Era peor que su voz, que su mirada. El recuerdo de su mano blanca, con su vello sudoroso, la estremecía aún. En el silencio que dejaba en aquella habitación, en aquel hombre mutilado, había una desesperación sorda, extenuante y se sentía culpable de algo que no atinaba a definir. Sol cerró los ojos y de nuevo recordó la mirada de Cloti. Eran sus ojos los que la miraban desde el fondo de una sima oscura, desde una soledad sin remedio. Nosotros no hemos sido deseados no hemos nacido del amor... Eran los mismos ojos de Ramón Boloix sus ojos perdidos asomándose a

los bordes de la vida. Y, súbitamente, algo parecido a un doloroso arrepentimiento la invadió: He sido estúpida y cruel. Pues, ¿qué esperaba, qué buscaba?

El amor es esto y no otra cosa. Tenía miedo. Miedo y frío por todo lo que la rodeaba. Nunca más volveré. No volveré a verlo, decidió. Precipitó el paso, bajó las escaleras y salió a la calle.

Afuera, el frío mordiente la envolvió. Su corazón parecía tranquilo, casi apacible. Se acercó la mano al pecho, para sentirlo. Dios—se dijo—, no me gusta vivir.

A Pablo, Cristián y Daniel Borrero, siendo todavía niños, la madre les abandonó para seguir a cierto viajante de una fábrica de perfumes. En realidad, su ausencia sólo se notó por el desacostumbrado silencio que llenaba la casa. Un silencio que parecía un enorme bostezo de alivio, rebotando blandamente contra los muros, sobre la vieja alfombra apolillada.

En la ventana posterior, que el sol llenaba hasta muy tarde una maceta de geranios se fue muriendo ante la mirada indiferente de los chicos.

Pablo tenía entonces trece años. Era un muchacho alto y pálido con oscuros ojos azules y los hombros estrechos. Creció como empujado por el estribillo monótono de una voz incesante. La voz machacona de su madre, rota siempre en quejas amargas e insultantes. Pablo era dócil, tímido, bondadoso.

Su madre le enviaba a la tienda de comestibles, a por el periódico, a la mercería, donde él, ruborizándose, preguntaba el precio de las agujas y del hilo de zurcir.

El verano, la primavera o el frío llamaban a las ventanas de la buhardilla con nudillos de niño, con prisa impaciente y tal vez alegre. La roja melena de los meses que mueren sacudían en el cristal mil reflejos, con tintineo de lluvias impalpables. Pablo estudiaba en la vieja mesa del comedor, bajo la bombilla amarillenta, con una puerta a su espalda abriéndose al oscuro pasillo. ¡Qué noche más tibia le llegaba a veces! Allí donde nacen las sonrisas tontas, los sueños que no tienen objeto ni razón. Qué noches, a veces, tan dulcemente negras.

Cristián era un muchachito inquieto, rechinante de vida, que a la salida de la academia daba patadas a una pelota por las calles, con los rizos revueltos y la garganta ronca de tanto gritar. Una vez llegó a casa temblando, porque dejó para

jugar el abrigo abandonado sobre la acera, junto a los libros, y alguien se lo robó. Su madre le dio de cachetes y aprovechó la ocasión —una vez más— para quejarse de la mísera existencia que llevaban.

Pablo no sentía amor hacia su madre. Contemplaba sus flácidas mejillas blancas, sus párpados azules y su pelo teñido de un negro pegajoso. Se levantaba tarde, decía que estaba cansada de ser la criada de la familia y hablaba de los hombres con que, según ella, hubiera podido casarse y disfrutar de un hogar decente, de no ser una criatura soñadora y romántica. La vida la trató mal aseguraba.

Y rompía en sollozos tras la puerta de la cocina, donde su mal humor llenaba de abolladuras los menguados cacharros de aluminio. Nadie en la casa la comprendía. Regaba su maceta tarareando un antiguo cuplé y escondía en el interior de una vieja tetera un paquete de cigarrillos. Pablo recordaba el collar de gruesas perlas falsas que jamás se quitaba, ni aun para dormir. Y, también, aquellos mechones de cabello muerto que le quedaban entre las púas del peine.

El pequeño Daniel iba siempre con las rodillas sucias. El pantalón excesivamente corto dejaba al descubierto sus piernas flacas y amoratadas. Bajaba a jugar con los chicos de la calle y no quería estudiar, por más que en la Academia donde daba clases su padre, tenía la matrícula gratuita. A los siete años, era un golfillo ladrón y malicioso. Pablo sufría contemplándolo, sin saber exactamente por qué, porque tampoco sentía cariño hacia él. Inútilmente intentaba enseñarle a leer. Su madre se lo arrancaba de las manos con una amarga sonrisa.

—¿Querrás convertirlo en un pozo de ciencia, como tu padre? —decía—. Pues me río yo de toda su sabiduría. ¡Para lo que sirve! Para que nos muramos de asco en este mal agujero...

Y se perdía en una sarta de lamentaciones. Decía que prefería ver a su hijo convertido en un analfabeto, con la seguridad de que se ganaría mejor la vida aprendiendo a robar con la mano izquierda que a escribir con la derecha. Ponía el ejemplo de conocidos suyos, listos y astutos, que sin saber leer, como quien dice, amasaron una fortuna. Daniel, oyendo esto, reía y daba tirones a la falda de su madre. Sus ojos necesitaban lentes, pero nadie se ocupaba de eso.

Pablo se levantaba muy temprano. Aún con los ojos cerrados, saltaba de la cama quedándose un instante sentado, frotándose los párpados. La primera imagen con que tropezaba su mirada era la de sus propios pies temblando sobre los mosaicos del suelo.

Despertaba luego a Cristián, que dormía a su lado, con el brillante cabello enredado, la boca entreabierta y los brazos confiadamente en cruz. Pablo entraba después en la habitación de sus padres. La madre descansaba en la azulosa pereza de su carne, de un blanco pastoso, denso, con fofos repliegues.

Las perlas falsas parecían nacidas de la piel misma, como fundidas en aquella tibieza malsana. Dominando un extraño ahogo Pablo despertaba a su padre. Ellos mismos encendían el hornillo de alcohol y se preparaban el desayuno. Pablo sentía el corazón estrujado, al contemplar a su padre, que raspaba torpemente las cerillas y dejaba hervir el café. Luego, bajo la lluvia, el sol o la luz gris de la mañana, corrían hacia la Academia. Corrían siempre, como perseguidos eternamente por el tiempo, por la vida misma. Pablo sentía una inmensa compasión por su padre, nacida de infinitas escenas de familia, de burlas escolares, de cuantas charlas amistosas casi fraternas, sostuvo con él. Pablo creía que su padre vivía en un mundo distinto al de los demás seres. Parecía entregado a otros siglos, bordeaba la vida como un sonámbulo. Los gruesos cristales de sus lentes le achicaban los ojos. A veces, Pablo hablaba con él del porvenir.

Un día, Pablo descubrió que su padre había robado un libro de una Biblioteca. Sintió los ojos húmedos de rabia, una rabia llena de piedad y de dolor, y se prometió: Algún día le follaré de libros una habitación entera.

El viejo Borrero iba a sus clases con los hombros salpicados de caspa y un sombrero abollado en la cabeza. A fuerza de pólizas, instancias y tiempo consiguió que el Estado becase la carrera a uno de sus tres hijos. Pensó en Pablo. Desde que nació, había soñado para él aquella beca, para que le sucediese en las aulas. Incluso forjaron planes juntos. Pero cuando Pablo estuvo en edad no se la concedieron.

Por entonces, además, la existencia se hizo más penosa cada día. El viejo sufrió fuertes ataques de reuma y hubo de abandonar las clases. Los chicos crecían, crecían. Pablo tuvo necesidad de buscarse un empleo con el que ayudar a la familia y, cuando por fin, la beca llegó, cedió su oportunidad a Cristián, un muchacho de grandes ojos asombrados. Pablo encontró trabajo en la oficina del Matadero.

En sus ratos libres, por las noches, estudiaba. Ya que no otra cosa, pensaba ser maestro. Cristián estudiaba Medicina, si bien la carrera parecía tener para él

menos importancia que otras cosas. La beca cedida por su hermano le pesaba, a veces, aunque nada decía.

El día en que el anciano Borrero comprendió que no podría volver a dar clases en la Academia, Pablo no se apartó de su lado. El anciano tomó su café lentamente. Fue, luego, a mirarse al espejo, con curiosidad. Pablo supo entonces que su padre era verdaderamente viejo. Casi como un muerto colgado de su brazo, apoyándose en su vida. Y una gran angustia se apoderó de él. Aquel anciano era el único ser a quien quiso y quería.

Pero, ni de esto ni de todo lo que ocurrió después, sabía nada Eduardo, cuando hablaba a su hermana de Daniel.

La primera vez que Eduardo y Daniel se hablaron, era éste una criatura raquítica, de ojos bizcos y largos cabellos negros que le poblaban suciamente el cogote. Creció débil y astuto, con una larga sonrisa entre los labios, como de eterno regocijo, aun en los momentos en que recibía golpes e insultos.

Daniel recordaba ahora, tendido en la cama, su primer encuentro con Eduardo. Algo frío, torpe, le agarrotaba el pecho y, sin embargo, conservaba su sonrisa de siempre, como un constante encogerse de hombros. Nunca quiso a nadie, ni siquiera a Chano, y Eduardo no era una excepción. Decía la palabra amigo, pero esa palabra tenía para él una acidez irremediable. La misma sensación helada, seca, que rodeaba todos sus actos. No sufro, pensaba, envanecido de su distancia, de su no aceptar ningún compromiso. No tenía tiempo para esas cosas. Ni creía en los otros, sólo en sí mismo. Una risita aguda se le escapó, entre dientes, pensándolo.

La tarde entraba para Daniel llena de un frío mojado, destilando manchas parduscas en las paredes.

Escupía sangre. Cuesta caro trampear con la miseria año tras año y permitirse de vez en cuando desaforados mordiscos a la vida. Pero tiene gracia vivir —se dijo—. Tiene gracia vivir. Siempre pensó que había de aprender a estrujar lo pequeño, lo ínfimo y arrancarle una gota de provecho.

Una luz blanca bailoteaba como una risa en la pared. Daniel escondía las dos manos en el cabello para calentarlas en la propia fiebre. Desde la cama, extendiendo la mano podía rozar el cristal de la ventana. Estaba empañado y lo frotó con los dedos, como buscando un trozo de cielo. De todos modos yo tengo suerte. Siempre he tenido mucha suerte, se repitió. Empezaba a pesarle la

cabeza, las ideas se agarrotaban en su cerebro. Sintió de pronto una especie de impulso, algo parecido a un anhelo hondo y desconocido. Procuró coordinar sus pensamientos, aferrarse a una idea. Recordaba algo, pero, inmediatamente, otra imagen se interpuso, cambiando el curso de sus ideas. En algún rincón de sí mismo, en el corazón tal vez, persistía un pequeño dolor, incomprensible. El deseo que le dominaba era triste y extrañamente dulce. ¿Por qué se acordaba de Chano?

¿Por qué se acordaba de Lola, de Marina, de Eduardo, de su ataque de tos? Algo que descubría en sí mismo algo íntimo, recóndito, temblaba. ¡Qué extraño era todo! Procuró sonreír. Procuraba notar, de un modo físico, su sonrisa, fijarla en sus mejillas. Un extraño pudor, como si temiese que, de un momento a otro su pecho fuera a abrirse de par en par y todos pudieran ver su dolor inexplicable aquel dolor que también él se contemplaba confusamente le invadió.

¿De qué?, ¿de qué?, se repitió en voz alta. Cerró los ojos. Le dolía el pecho entero, le dolía la garganta, el fondo de los ojos, las muñecas... Sus dedos estaban fríos y, al acercárselos a la cabeza, los sentía como ajenos, helados, entre la maraña de su pelo sudoroso.

Porque, eso sí —y respiró hondo, cuanto pudo—, yo tengo muchos amigos. De nuevo volvió la cabeza hacia el cristal gris y empañado, en el que no había cielo alguno. ¿De qué?, ¿de qué?, se repitió. De algo procedía indudablemente aquel dolor pero no sabía qué era. ¡Qué torpe se iba volviendo por momentos!

Esto le trajo un súbito, desconocido miedo, que le obligó a cerrar los ojos. No quería cerrarlos. Sólo tenía miedo de quedarse a oscuras dentro de sí mismo.

De vez en cuando oía los pasos de Cristián, que entraba en el cuarto y se acercaba al lecho, mirándole. Cristián tenía los ojos hundidos. No salía de casa, porque andaban patrullas por las calles enrolando hombres para el frente. Pero no le quedaba más solución que estar allí, en la buhardilla, prisionero de la impotencia, del miedo. Muriéndose un poco cada minuto, inútilmente.

—¿Cómo estás? —preguntó Cristián, por milésima vez.

Daniel estaba ya cansado de oír la misma pregunta desde hacía dos semanas. No podía levantarse, no tenía fuerzas. Solamente Cristián se acercaba, a veces, le cogía la mano. ¿Cómo estás?...

—Ya pasará—dijo débilmente.

No podía durar mucho. Siempre, al fin y al cabo, pasaba. Luego, un buen día, se vestía y se echaba a la calle. Tenía muchas cosas en que pensar.

Sonó un portazo en el extremo del corredor. El viento entraba por las rendijas, como un mal amigo.

Hay puertas que se cierran solas, de golpe, pensó Daniel. De nuevo, notó algo, como un frío aleteo. Miró a Cristián. Su hermano seguía de pie, junto a la cama.

Lo veía de abajo arriba y, de improvviso, le parecía que tenía las piernas enormes y la cabeza lejana, como si fuese a aplastársele contra el techo. Es mi hermano, se dijo. Algo extraño había en aquella palabra. En cierto modo, pensó, él y Cristián se sentían unidos contra Pablo. A los dos les humillaba la generosidad del hermano mayor, exclusivamente reservada para el anciano. Medicamentos y víveres, libros ropas, dinero... Daniel le robaba a veces. Si Pablo se enteraba, le buscaba para apalearle. La brutalidad de Pablo era fría, sin cólera. Le cogía por el cuello y le llenaba la espalda de golpes, sin que le conmovieran los huesos salientes de su espina dorsal tras la piel pálida. No me pegues —decía Daniel entonces, con su voz más implorante—. No me pegues, estoy enfermo... Me matarás, estoy enfermo. Pablo no le escuchaba. No estás enfermo para golpear, decía. Si algo odiaba Pablo era la resignación, la cobardía. Sois jóvenes. Procuraos un modo de vivir. Cristián se apartó de la cama y Daniel lo vio alejarse de nuevo. No cerraré los ojos, se dijo. Sudaba fríamente. Cogió el borde de la sábana con las manos. Es fundamental que no cierre los ojos...

Súbitamente, deseó tener cerca a Cristián. Con esfuerzo volvió la cabeza hacia la puerta. Pero Cristián ya no estaba allí.

Daniel se quedó quieto, mirando las manchas del techo. Le daba vergüenza llamarle. Tampoco tenía fuerzas siquiera para levantar la voz y decir:

—Cristián, acércate...

Cristián avanzó por el oscuro pasillo. Al fondo, estaba el comedor con sus muebles rozados, las sillas de sucia tapicería, la gastada alfombra de pájaros y flores trenzadas. El patio aparecía verdoso tras el cristal. Se está acabando. De ésta no saldrá, pensó.

Algo como un humo gris y transparente flotaba entre las paredes del patio. Cristián se sentía aplastado, hundido. Deambulaba por la casa, mal afeitado, sin

un mal pitillo que encender. Tenía hambre. Notaba cómo su cuerpo se debilitaba, al mismo tiempo que su corazón. Sentíase como prisionero entre las vidas de sus dos hermanos, obsesionado por ellos.

Se acaba. Concluyeron sus raterías, sus pequeñas astucias, su sonrisa burlona. De ésta no saldrá... Pensaba en él, ya, con tanto dolor como nostalgia.

Se apartó de la ventana y fue a sentarse, con la cabeza entre las manos.

Tal vez Pablo llegue a verlo. Y, si lo ve, ¿qué puede pensar?...

Sabía que Pablo vivía en una pequeña torre, en las afueras de la ciudad. La casa perteneció a un coronel. Pablo llevaba su vida aparte totalmente ajena a la de ellos, enigmático y silencioso. Es egoísta y ruin. Aprovecha las ventajas de su cargo y rehuye con habilidad las obligaciones...

Que estaba bien situado, era indudable. Gozaba de una cierta aureola admirativa y temerosa, a partes iguales. Él solo, cuando era un pobre maestrillo, en una escuela de suburbio, libertó a doce presidiarios..., decían de él. Bueno, ¿y qué? Otros hicieron lo mismo. Otros hicieron mucho más. Pero también había quien no hizo nada. Yo no he hecho nada. ¿Seré yo un cobarde?... ¿Qué soy yo?. En poco tiempo, ¡cuántas cosas se deshicieron como la espuma dentro de él!

¡Cuántas cosas no podían regresar jamás, no se esperaban ya, pasase lo que pasase!

Sin saber cómo, le pareció escuchar, lejana y terriblemente presente a un tiempo, la inconfundible voz de Pablo, alucinada, delirante. Cuando Pablo hablaba, su voz decía más que sus palabras. Lo que no decía, lo que no explicaba, se filtraba en su acento bajo, profundo, a través de la piel. Su voz era como una droga, ganando el cansancio de los hombres.

Pablo lo sabe. Siempre lo supo...

Cristián oyó las pisadas torpes de su padre en la contigua habitación. Una irónica sonrisa le nació, involuntaria. Pablo venía a menudo, por las noches, para conversar plácidamente, casi ingenuamente, con el pobre anciano. Había algo, como el espectro de una infancia frustrada de infancia marchita y apolillada, en todo aquello. A Cristián le admiraba el amor de Pablo por su padre viejo y medio chiflado.

A veces, les oía hablar en la habitación inmediata.

Resonaban las mismas inflexiones tras el tabique que, cuando muchos años atrás, hablaban del futuro de Pablo. A Cristián se le antojaba que su padre y su hermano, en aquellas charlas, andaban enterrando a un niño muerto, o a uno de esos juguetes olvidados, rígidos y descoloridos. A veces, a medio diálogo, Pablo leía en voz alta extrañas arengas repletas de citas bíblicas. Cristián le escuchaba como si aquella voz fuera música más que palabras.

Entró la noche y se levantó de nuevo para acudir junto a Daniel.

Serían cerca de las doce, cuando alguien llamó a la puerta. Cristián se adelantó a abrir. En el quicio aparecían Eduardo y una muchacha ¡Vaya! ¡Conque es ese marica amigo de Daniel! No sé si sabrá que...

—¿Y Daniel?... ¿Cómo se encuentra? —Eduardo habló con cierta vacilación. A la claridad nocturna, quizá dorada, que se filtraba por la claraboya, las cosas adquirían ante los ojos deslumbrados de Cristián un algo hermoso, irreal.

—Muriéndose—respondió bruscamente. Y les volvió la espalda.

Sol avanzó por la calle, oscura hacia su casa. Detrás quedaba la Escuela Roja, con el hombre de las piernas partidas, con su silencio humillante.

Al entrar en el piso vio luz en la habitación de Eduardo, lo que le extrañó. Tal vez esté enfermo.

Inesperada, la puerta se abrió y Eduardo se adelantó a llamarla.

Sol se alegró. Necesitaba estar con alguien, hablar con alguien. El recuerdo de Ramón la hostigaba, desagradable. Con Cloti, menos que con nadie, hubiese podido hablar aquella noche.

Eduardo se sentó al borde de la cama, muy pálido.

—¿Qué te pasa?

Parecía no atreverse a hablar. La miró con ojos indecisos.

—¿Sabes? Aquel amigo del que te hablé, Daniel...

Me temo que haya muerto. O quizá esté en las últimas.

Sol le miró en silencio. Se dio cuenta de que Eduardo estaba agitado por un sentimiento desconocido que le torturaba.

—Y eso, ¿te importa mucho?

Eduardo hizo un gesto impaciente.

—¡Importarme! Bueno, como quieras llamarle...

Imagínate, yo...

Se levantó y le cogió la mano.

—¡No puedo evitarlo! No puedo. Tengo miedo, un miedo espantoso de la muerte. Procuero ocultarlo, no enterarme yo mismo. Pero tengo miedo, Sol un miedo horrible. Cuando alguien muere cerca de mí siento que me persigue la muerte..., como si la notara en mi cuerpo... ¡Yo no quiero enterarme de la muerte, no quiero saber nada de la muerte!... Y Daniel se muere. Tal vez ya no sea nada, ahora. Tal vez empiece ahora a pudrirse su cuerpo. Imagino su olor, sus ojos, su cerebro en descomposición... ¡Cuando mataron a papá, cuando lo vi tendido, y aquella mirada...!

—Cállate, cállate —dijo Sol. No podía soportar oír hablar de su padre, de su asesinato, y menos a su hermano.

—Pero me atrae. No puedo remediarlo.. Tengo que verle, tengo que convencerme de que es cierto que ha dejado de existir, que ya no es amigo de nadie y que nada importa lo que pensase o lo que hiciese...

¡No puedo vivir así, con esta duda! Chano ha venido tres veces a decirme que vaya a verle. Y yo no me atrevo. Tengo miedo y siento... siento que no puedo dejar de ir... ¡Es horrible! No puedo comer ni pensar. Siempre veo sus ojos. Me miran desde todas partes. No puedo luchar contra eso. No se puede...

Sol se apoyó contra la pared, pensativa y cansada.

—Es extraño —dijo—. Hemos vivido distantes durante años. No sabíamos nada el uno del otro. Yo te cogía la mano y tú la rechazabas... No sé por qué, de

pronto, es como si un muro se hubiera derrumbado entre tú y yo. No creo que nos queramos más que antes. Algo ocurre, algo ha ocurrido en nosotros.

No sé qué puede ser. Porque también yo quisiera decirte cosas esta noche... Cosas que no sé cómo nombrar. Quizá que quisiera irme a un lugar donde no existiese nada conocido, donde no tropezase con recuerdos...

Súbitamente, Eduardo la cogió por los hombros.

—Ven conmigo, Sol... Acompáñame...

—No puedo... Yo no tengo nada que hacer allí. Ni siquiera les conozco.

—Te lo suplico... Sólo si tú vienes, tendré valor para verle. Solamente tú sabes lo que me pasa. Te lo ruego, ven conmigo... ¡Chano no sirve para estas cosas!

Sol asintió.

—Bien. Si es tan importante para ti... Pero no comprendo de qué puede servirte mi compañía.

Eduardo la cogió del brazo. Vio sus párpados, oscuros, sombríos. La voz de Sol llegó hasta él llena de cansancio.

Salieron en silencio. Durante el trayecto, Eduardo no dijo nada. Las calles estaban a oscuras y no funcionaban los tranvías. Descendían por Muntaner cogidos del brazo. Sol sentía la mano de él extrañamente apretada.

Cerca de las doce llegaron a la calle en que vivía Daniel, en una parte de la ciudad desconocida para Sol. Los altos muros de las casas se alzaban opacos y llenos de silencio. El olor del mar se adhería a ellos con un regusto de podredumbre. Le pareció que en el cielo, en el estrecho y largo cielo aprisionado, había un tinte lúgubre, como un presagio. Subieron la escalera en silencio. En lo alto había una claridad lechosa, más intensa cuanto más se acercaban a ella.

Un muchacho abrió la puerta. Era delgado y llevaba un jersey de cuello alto. Sol vio su silueta oscura, su cabello despeinado y lleno de anillas. Los ojos del chico brillaban en la sombra con un fulgor quieto, intenso. Eduardo cambió unas palabras con él. El chico habló con voz seca y les volvió la espalda.

Eduardo no se atrevía a entrar. Por un momento, Sol creyó que retrocedería. Le miró y oprimió su mano.

—Entra a verle—murmuró en su oído. Eduardo asintió y, sin soltarla del brazo, avanzó tras Cristián por el oscuro corredor. Al llegar frente a una puerta Eduardo se detuvo. Sol vio cómo el otro seguía hacia el fondo del pasillo, donde se abría una puerta apenas iluminada.

Eduardo entró en la habitación de Daniel. Sol le siguió.

—Hola...

Daniel estaba cubierto por una sábana y una manta sucias. Hundido en la almohada con la ancha boca como partiéndole la cara. Miraba al techo con una mirada demasiado abierta, que parecía escapar de sus ojos, patética e inexpresiva. No contestó al saludo de Eduardo ni volvió hacia él sus ojos. Respiraba con gran fatiga y tenía alrededor de los labios unas manchas oscuras, viscosas, igual que en el embozo de la sábana.

Eduardo se inclinó hacia él. El corazón le golpeaba el pecho. Un miedo terroso; húmedo, le invadía a grandes oleadas. No era posible, no era posible que así, tras la esquina de un día cualquiera, desapareciesen para siempre la descarada sonrisa de Daniel sus palabras, sus deseos... Imaginó las venas azules las rojas venas, las venas amoratadas de Daniel. Imagino las anchas praderas de su sangre, con un rumor secreto y escondido. De nuevo, ante sus ojos, en su cerebro mismo, un moscardón azul y brillante zumbaba siniestramente trazando torpes círculos Un grito pequeño, duro, se le agolpó en la garganta retenido, punzante. Una náusea le subía del pecho le vaciaba el cerebro mismo. Hubiese deseado vomitar su miedo de un modo físico y violento. Procuró distraerse, fijar su atención en cosas menudas y ajenas. En el colchón de Daniel apenas quedaba lana:

No hacía mucho casi lo vació para vendérsela. Tenía sed de dinero. Tal vez aún ahora, en estos momentos, pensaba en el dinero. Daniel, a veces, decía divertirse mucho. Ayer lo pasé de miedo. Figúrate que... Un zumbido, repugnante, crecía dentro del pecho de Eduardo. Un moscardón verde y dorado, negro acechaba su corazón. Se incorporó bruscamente y dio un paso atrás. De nuevo un vaho dulce, terrible, le invadía, taponándole los oídos, la boca, la conciencia.

En aquel momento, Daniel habló. Su voz sonaba trabajosa, raramente espesada:

—Chano... ¿Dónde está Chano?

—No está aquí. Soy Eduardo, Daniel. ¿Es que no me ves?

Daniel sonrió de un modo que angustió a Sol.

—Claro que sí... Pero busca a Chano. Busca a Chano y tráelo...

Eduardo parecía no entender. Daniel respiraba con fatiga. De pronto, se enfureció. Intentó incorporarse.

—¡Busca a Chano y tráelo!...

Eduardo intentó decir algo, pero la voz se le rompía. Estaba pálido, con los labios abiertos y la frente húmeda. Sol sacudió levemente su hombro.

—¿Es que no oyes? Te pide que busques a Chano.

¡No puedes estarte ahí quieto mirándole! Haz lo que te pide.

Eduardo la miró con ojos ausentes.

—¡Vete a buscarle!... ¡Rápido! No le queda mucho tiempo, me parece. Vete y no temas; yo te esperaré aquí.

Como un autómatas Eduardo dio la vuelta y salió de la habitación. Sol le siguió. Al llegar a la escalera, estaba poseído de un ataque de miedo. Se precipitó hacia abajo de tal modo que Sol, asomada al pasamanos, temió verle rodar. Una piedad triste se apoderó de ella. Su hermano parecía sentir sobre su espalda, como un azote, la muerte de su amigo.

Sol volvió a entrar. Frente al cuarto de Daniel se paró un instante. Le dejaron morir solo. ¿Es que tan poco importa su muerte? ¿Tan poco como su vida?... ¡Pobre Daniel!...

En aquel instante, Cristián entraba en la habitación. Se acercó al lecho de Daniel.

—¿Cómo estás?...

Daniel no dijo nada.

Cristián se volvió y vio a la muchacha junto a él.

—¿Quién eres...?—empezó. Pero se interrumpió, mirándola. Los ojos de Sol eran claros y brillaban transparentes. El cabello le caía lacio hasta los hombros. Era una criatura delgada, flexible, de largo cuello y labios anchos, extrañamente dulces. No era bella, pero había algo en su mirada, en la expresión de su boca, que transparentaba una soledad casi dolorosa. En toda ella había un leve desamparo y, a un tiempo, un raro poder voluntarioso casi alucinado. A Cristián le desagradó su mirada. No le gustaba sentir fijos, lentos, aquellos ojos sobre los suyos.

Las muñecas de la chica, tan finas, le angustiaron de pronto, como si temiese verlas romperse con un chasquido de cristal. ¿Qué me importa quién sea, qué me importa qué hace aquí?, se dijo. Nada debía importarle ya, ni siquiera la presencia de aquella criatura tenue y silenciosa que apareció inexplicablemente junto al lecho de muerte de su hermano. Algo flotaba en el ambiente, irreal y eléctrico, que le mantenía en tensión.

Hacía días que apenas comía nada. Daniel se alimentaba de sus raterías y su padre de los víveres que Pablo le procuraba. El apenas podía coger alguna cosa del uno o del otro. Se sentía débil, cobarde humillado, lleno de dolor y de rabia. Se despreciaba y a un tiempo se amaba terriblemente, hasta amagarse en su escondite como una bestia acorralada Daniel se muere. Definitivamente, esta vez se muere Debo avisar al viejo. Procuró que esta idea lo llenase todo. Que no cupiera en él otro pensamiento que el de avisar a su padre.

El anciano latinista pasaba sus horas, ajeno completamente a cuanto le rodeaba, en una pequeña habitación llena de libros. Cristián abrió la puerta y se quedó mirándole.

El anciano, penosamente agachado, avivaba el brasero. Le pareció en aquel momento más irritante, más absurdo que nunca. Cristián sentía una ronca indignación contra su padre, a quien no comprendía. Allí estaba entre sus libros, escribiendo un fabuloso tratado sobre Patrística, con sus ojos miopes y distraídos. Sin enterarse de que la vida se sucedía, violenta, olvidada de un ayer que pasaba rápidamente eliminado. ¡Que se acercase al lecho y viese morir a Daniel poco a poco, igual que él lo veía desde hacía dos semanas! Pero era inútil. Aún esperaba oírle:

—Daniel, muchacho, tú que eres joven, haz esto y lo otro...

Cristián pensaba decirle, alguna vez:

—Hace tiempo que Daniel no es joven. Daniel está más muerto que los Padres de tus cuartillas.

Sacudió la cabeza y se le acercó. No sabía cómo empezar a hablar. No se atrevía a decírselo. Se inclinó hacia su padre y sintió que en los ojos le escocían las lágrimas. Con el puño cerrado se frotó los párpados. Una rabia sorda le invadió. ¡Aquella maldita debilidad! ¡Ah, si hubiese podido comer, si estuviera bien alimentado, a buena hora lloraría así, como un pobre niño! No, y mil veces no, aunque se le partiera el corazón. Sintió muy cerca de la suya la cabeza de su padre. Suavemente, acercó los labios a su oído y, en voz baja, le habló:

—Padre, Daniel se muere. No llegará a mañana.

Se muere ahora mismo.

El anciano le miró, estupefacto. Cristián repitió sus palabras. El viejo se asustó. Era lo que Cristián esperaba. Lo único que, a su juicio, hizo el viejo durante toda su vida: asustarse y no llegar nunca a tiempo.

—¡Que se muere!... El muchacho..., ¿estás seguro?

¿Cómo, cómo no me has avisado, hijo?

Se incorporó con gesto tembloroso, sacudiéndose el polvo de las rodillas. Luego, bruscamente, con rara energía, salió de la habitación. Como si de pronto tuviese prisa por recuperar algo inconcreto, pero absolutamente necesario.

Poco después, Cristián le oyó hablando con Daniel.

No supuso qué podría decirle.

Cristián miró a su alrededor. En aquella pieza trabajó su padre durante muchos años. Era como un bloque de luz amarillenta incrustado en la oscuridad de la buhardilla. Pablo le forró las paredes con libros obtenidos quién sabía dónde, largamente codiciados por el viejo.

Cristián dejó caer la cabeza, abatido. No tenía fuerzas para desear nada. Y sonrió, recordando que en un tiempo aún no lejano pensó en curar la locura.

Las cenizas del orujo, encendidas y chispeantes, sugerían un mundo lleno de luces. De repente, notó una mano sobre su hombro. Se volvió, sobresaltado.

La chica aquella de la puerta estaba junto a él y le miraba con dulzura, inquietante.

Intentaba consolarle de algo. Tal vez, de la muerte de Daniel. Este pensamiento le irritó. Intentó sonreír, apartar aquella mano de sí. Señaló el brasero y dijo, torpe:

—Mira..., estaba pensando... ¿No te recuerda algo, eso?

Su propia voz le pareció lejana y absurda.

—Es una ciudad, como las de antes —dijo ella entonces, sin sorprenderse. Había una tenue sonrisa en los bordes de sus labios. Cristián luchó con una congoja interna, y miró de nuevo las rojas lucecillas.

Sí, era una ciudad grande, de noche, iluminada.

Los dos —ella también, tal vez —oyeron hablar de una época despreocupada. Vieron revistas pasadas de moda, con fotografías. Calles, tiendas con escaparates llenos de objetos que la gente no precisaba escuetamente para vivir. Algo debía brillar entonces en las esquinas, como si existiesen realmente las estrellas... Cristián sacudió la cabeza, reteniendo un suspiro. Se volvió de nuevo y encontró los ojos de Sol. Dentro de sus pupilas, claras, brillantes, había también como una pequeña ciudad encendida en la noche. Apenas tendría dieciocho años. El aún no cumplió los veinte. Como él, no sabía nada de aquel tiempo pasado y espléndido; no lo alcanzó. ¿Existió realmente? ¿Existió la vida fácil, la tranquilidad, la libertad, la despreocupación? Las gentes de aquellas ciudades trabajaban, se divertían. También sucedían desgracias, desde luego. A veces raptaban a un niño. Todos los periódicos del mundo publicaban su fotografía y el mundo se indignaba. Había tiempo para indignarse, para discutir, para burlarse, para suicidarse por amor. Alguna vez, un buque se hundía cargado de gentes que celebraban fiestas a bordo y morían de rodillas. También esto conmovía al mundo entero, entonces, entonces...

Sol acercó una mano abierta al resplandor de aquella imaginaria ciudad, que se encendía y se apagaba continuamente. ¡Qué desnuda estaba aquella mano, qué desnuda y sola, cobrando transparencias rojas en la penumbra! Cristián se

levantó bruscamente apartándose. ¿Qué le importaban, pensó, las ciudades llenas de luces? ¿Qué les podían importar a ninguno de los dos? Sus ciudades debían apagarse, pasar inadvertidas. Debían borrarse y esconderse.

Ellos no se divertían. No sabrían nunca divertirse, quizá tampoco podía ya interesarles. Porque no sabían, ya, qué quería decir esta palabra.

La chica estaba ahora frente a él. Contraía los labios. Tal vez sufría. ¿Qué sabía él de ella? ¿Qué sabía de su juventud desolada? Esa juventud que para Cristián se llenó de tristeza, de cosas muertas prematuramente. Contempló aquel rostro afinado, aquellos pómulos salientes. Aquel cuello largo curvándose con una gracia extraña. Seguramente alguien le dijo que se parecía a la reina Nefertiti. Sí, seguramente se lo dijeron. Cristián sentía la cabeza pesada, los ojos turbios. Se le hacía insoportable su presencia, su juventud, aquel gesto replegado, de animal dócil y salvaje a un tiempo. Bajo el resplandor rojizo las pestañas, como sombras, acariciaban levemente su perfil. Era indudable, sí, que estaba triste. Y no era bonita, ni lo sería nunca —se repetía con rabia, como una venganza de no sabía qué ni hacia qué—. ¿Quién le mandó entrar allí? ¿Para qué fue con sus ojos brillantes a reavivar su dolor de cosas perdidas o no encontradas? ¿Quién era?... Cristián sentía crecer su agitación, casi su locura. Debería echarla de aquí —se dijo—. Decirle que se marche, que no tuvo que venir nunca.

¿Por qué llegó hasta su soledad, con su soledad, con sus labios cálidos, a decirle que la ceniza ardiente le recordaba una ciudad? ¿Qué ciudades pudo ella conocer? Súbitamente le pareció verla próxima, angustiosamente próxima a él, huérfana también, como él. No sabía quién era. No necesitaba saberlo. Tenía casi su misma edad. Tuvo que pisar en silencio, cobardemente, con un brazo como escudo sobre la cabeza.

Algo vibraba en su dolor, como diciéndole: los hombres no se apagan. Era preciso nacer un poco en cada instante, hallar un rincón donde no existiesen patrullas a la caza de muchachos que aún tienen que vivir. Si ese lugar no existía, era necesario crearlo, ser de los que amasan una época que no tuviese nada que ver con las ciudades encendidas ni con las ciudades que se esconden en la noche. Debía acabarse la cobardía, el languidecer. Antes prefería que le hundiesen un trozo de plomo en la nuca, como a un perro. Todo, menos llorar sobre la ceniza, menos deambular encerrado, como una fiera inútil, fracasado, sin lucha. Los pilletes mueren creyéndose jefes de gang, los comisarios inspiran sus arengas en la Biblia, las chicas tienen a veces los ojos de cristal. Pero los hombres no se apagan. Notó que deliraba, que un sudor frío se apoderaba de él, y tuvo miedo, otra vez.

Le estremeció su propia rebeldía doblegada, y deseaba con toda su fuerza, toda su rabia reprimida, romper el tiempo, hacerse con un trozo de tierra donde tumbarse cara al cielo, silbando, pensando en el mar. Sin miedo. Sin hambre.

Pero, de nuevo, algo grande, pesado, cayó sobre su corazón. Se daba cuenta de que hacía tiempo vivía disparatadas pesadillas de hambrientos, de los que se esconden para que no les claven un balazo entre los hombros.

Cristián se volvió hacia la muchacha:

—¿Por qué te trajo aquí, ese...?

—Es mi hermano —le interrumpió ella.

—Bien, sea como sea..., ¿qué quieres?

Ella sonrió tenuemente.

—Nada. Le acompañaba, nada más. No se atrevía a ver él solo cómo moría su amigo. Eduardo le quería mucho... Lo siento. Lo siento de veras. Supongo que es hermano tuyo...

Al oírla, le invadió una insospechada sensación de calma, de suavidad.

—Sí—dijo—. Es hermano mío.

Le pareció que la muchacha iniciaba un gesto de marcharse y la retuvo.

—Espera...

Se miraron de frente, otra vez. En aquella palabra dicha casi con timidez, le pareció a Cristián que estaba contenida toda su hambre. Hambre, desde su nacimiento hasta su muerte. Le martilleaba en las sienes esta palabra, triste y sórdida. No se le ocurría nada para retenerla. Pero no quería verla marchar. De pronto se le hacía insoportable dejar de verla. Aquella mirada límpida le parecía insoportable y dulce a un tiempo.

¡ Es horrible ser joven, limpio, inocente!, pensó. Él lo sabía bien.

—Quédate aquí hasta... el final. Hazme este favor.

Te lo ruego.

Sol asintió, con un gesto.

—Gracias —dijo él, casi en voz baja.

Quedó un momento pensativo.

—Ven conmigo ahí fuera, al rellano de la escalera.

No quiero que Daniel nos oiga hablar. No quisiera estar aquí dentro cuando él..., ya sabes.

—Sí —dijo ella—. Te comprendo.

Cristián trepó a la estantería de los libros y la madera crujió bajo sus rodillas. Su corazón saltaba, temblaba quizá como un animalito a la espera de un golpe, encogido y sumiso. ¿Cuánto tiempo hace —se dijo— que no veo a una chica?... Buscó algo tras los libros, donde Daniel acostumbraba a guardar el coñac. Sacó una botella y bajó de allí con la sensación de robar a un muerto. Miró los libros, tan apreciados por su padre y se dijo con amarga ironía: Tenemos la casa forrada de otras épocas, mientras nosotros no sobreviviremos a esta.

Salieron al rellano de la escalera, bajo la claridad casi espectral de la claraboya. La atmósfera era allí extraña, como dentro de sueño. Se sentaron en los escalones, muy juntos, de modo que sus rodillas se tocaban. Cristián bebió directamente del gollete de la botella, produciendo un barboteo que resonó de un modo ronco. Luego, miró a la chica.

—¿Te gusta el coñac?

—No sé. No he bebido nunca.

—¡Ah, vaya! —Cristián limpió sumariamente el cuello de la botella con la manga—. Toma, es lo único que puedo hacer por ti.

Extrañamente intimidados, bebieron en silencio, por turno. No se decían nada.

A Sol, el primer sorbo de coñac le pareció un vaho reseco, extendiéndose dentro, como si hubiese ingerido una respiración ajena. Le miró detenidamente.

Vio sus ojos brillantes, el cabello negro y suave rizándosele junto a las sienes. Algo cálido le acercaba a él, poco a poco. No sabían ninguno de los dos, al mirarse en silencio bajo aquella claridad blanquecina, qué clase de ángel se les acercó, inesperadamente. El alcohol provocaba en sus cuerpos débiles un creciente enervamiento. Su silencio era superior a cualquier palabra. Algo había cambiado, de pronto.

Sol sentía que algo iba envolviéndola, como un soplo tenue, intenso. La proximidad de aquel muchacho, la soledad que emanaba su cuerpo, le atraían de un modo desconocido. Apenas hacía unas horas se ignoraban y, ahora, estaban desesperadamente cerca, sacudidos por la misma angustia de no poder vivir. Sol lo sabía. Sentía por él la misma piedad y desesperanza que por sí misma, dominada por un gran cansancio. Le bastaban su proximidad, aquel silencio junto al suyo, para no desear nada. A veces, de niña, sentía también este deseo de abandonarme al cauce de un río, o de lanzarme rodando montaña abajo, sin pensar en la muerte, se dijo.

Cristián escondió la frente entre las manos.

—Daniel —dijo—. ¡Vete de una vez!

Sol deseó acariciar su cabeza.

—Tal vez es mejor... Es mejor así —habló lo más suavemente que pudo.

Cristián levantó la cabeza. Sus ojos tenían una dureza súbita.

—Naturalmente—dijo—. No sabes lo que quería decir.

—Quizá sí... Tal vez únicamente yo puedo saberlo.

Pude sentir lo mismo, hace un momento. Viendo a mi hermano, corriendo escaleras abajo...

Se detuvo, sorprendida. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué motivo deseaba descargar sus sentimientos, deshacer su angustia en palabras para aquel desconocido?

Pero se daba cuenta de que le era preciso hablarle, aunque, probablemente, no le vería nunca más. Como quien arroja una carta a un buzón perdido y sin destino. Él la miraba ahora con nuevo interés. Veía sus ojos clavados en los de ella con una atención ávida, que en otro momento, en otro ser, le hubiese extrañado,

replegándola incluso. Pero él era débil, estaba lleno de dolor, tenía los ojos invadidos de miedo y de furia a la vez. Sol adivinó su desesperada cobardía, aquel saberse inútil y vencido, aquella sangre triste que se quemaba, minuto a minuto, junto a ella.

Y deseó decirle cosas tontamente recordadas, absurdas cosas de niña de un tiempo huido. Hablarle de su pequeño mundo destrozado, contarle con qué desesperanza iba creciendo. Pero las palabras eran torpes. Siempre le resultaban insuficientes las palabras.

—¿Quién eres? —preguntó él de nuevo, con un extraño anhelo. Y, antes de que le respondiese, añadió—: Sí, la hermana de Eduardo. Ya lo has dicho. Y dime, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Adónde vas a ir?...

Por raro que le pareciese, sus precipitadas preguntas no le parecieron absurdas. Un resplandor azuloso caía sobre ellos. Las sombras marcaban un oscuro temblor sobre los ojos de Cristián.

—No lo sé—dijo Sol—. No sé lo que voy a hacer.

Preguntas lo que yo me estaba preguntando. Supongo que volver a casa. Pero eso no quiere decir nada.

—Ah, sí, tu casa. Ya entiendo. Imagino qué casa será.

Lo dijo en un tono burlón y amargado. Sol se sintió sacudida por una ola de rebeldía. Le habló de su madre, de su padre, de los años distantes, hermosos. También de aquel tiempo duro. Sus palabras eran atropelladas, llenas de angustia. Le habló de Cloti, de Ramón Boloix y de su escuela. No quisiera volver ni ver a nadie. Tenía un deseo grande, terrible, de borrar los recuerdos, lo vencido. Sufría recordando a su padre, le desazonaba oír los pasos de Cloti, su voz chillona y sus sollozos de miedo. No quería ver jamás a Ramón Boloix con sus piernas rotas.

Temía volver a hablar con Eduardo no saber afrontar su temor a la muerte, su apego a las cosas de la tierra, con la esperanza que tanto necesitaba para sí misma.

Cristián la escuchaba atento, con mirada fija y un tanto dura. A Sol le agradaba aquella dureza tanto como su atención. Sus palabras, aunque torpes, vacilantes,

se unían como en una red sutil y fuerte, acercándoles impalpablemente. Él la comprendía.

Sol se dio cuenta. ¡Era necesario tan poco para que él entendiese! Siguieron bebiendo, por riguroso turno, sería y tozudamente, sin ninguna alegría. Al mirarle, le parecía tan joven y tan incapacitado como ella. Aún intentó burlarse nuevamente de algo que recordaba, por ver si podía comunicarle una sonrisa.

Pero él estaba serio, con la boca dura y cerrada mirando obstinadamente al suelo. Callaron. Sol escuchaba su respiración agitada.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó inesperadamente.

—Sol —dijo.

—Yo me llamo Cristián.

A Sol le pareció que con intercambiar los nombres sellaron su amistad definitivamente. Aunque no volvieran a verse nunca. Estaban ya ganados por una extraña complicidad, por una difícil paz descendida de no sabían qué cielo. Cristián cogió su mano y la apretó entre las suyas. Eran unas manos cálidas y tersas, de largos dedos.

—Te agradezco que hayas querido acompañarme —dijo—. No sabes cuánto lo necesitaba. Todo esto es extraño. Y te agradezco que me hayas hablado.

No sé qué hubiese hecho esta noche, de continuar solo, al lado de Daniel y de mi padre. No sé aún lo que voy a hacer...

Su voz se llenó de energía. Sol sintió la fuerza súbita de sus dedos clavándose en sus manos.

—¡Cuántas veces pensé en la cárcel! —dijo Cristián—. Me hablaron muchas veces de ella. Acabé imaginándola casi exactamente como era. Pero llegó un día y me encerraron: me convertí en un preso.

No fue a la cárcel donde me llevaron. Hay muchas cárceles sin rejas, ahora. Era una habitación cualquiera, no estaba sucia ni era húmeda, pero ¿qué más daba? No podía moverme, salir. Es tremendo. Te quedas solo. Solo, frente a ti mismo. Frente a tu pobreza, a la inutilidad de tus manos y de tus pensamientos.

Solo con tus exigencias, con tu miseria, tus buenas y tus malas acciones, ya inútiles. Solo con tu sórdida realidad. Únicamente entonces conoces tus límites y piensas: toda mi vida era únicamente un gran deseo de romperlos, de traspasarlos... No, no. La cárcel la llevaba yo mismo, la cárcel soy yo. Creo que me entiendes tan bien como yo te he comprendido a ti. ¡Para qué luchar, para qué esforzarse en algo, para qué vivir y apetecer, si primero no nos liberamos de nosotros mismos, de nuestra cobardía, de nuestras claudicaciones! Pero, a pesar de saberlo, hay algo que me desespera: ¡yo no quiero morir! ¿Entiendes tú esto? Yo no quiero, no quiero morir...

Sol estaba quieta, mirando sus manos enlazadas.

No, ella no lo entendía tampoco.

—Dime —pidió—. ¿En qué creías tú?

Cristián acabó la botella. Su lengua se hizo más pesada.

—Ya no lo sé no lo recuerdo. Sólo quiero vivir... Y no quiero matar a nadie. Hizo una pausa imprevista. Su voz se dobló, definitivamente rota.

—¿Por qué lloras?

Cristián sacudió la cabeza con rabia.

—¿Llorar? ¡Qué tonterías dices!

Se tapó los ojos con las manos. No lloraba, no podía llorar. Mil cosas pueden ocurrir cuando se llevan seis meses encerrado en una buhardilla, cuando se tiene la vida cercada por unas sucias paredes que no se aman. Mil cosas, menos llorar. El curso de las horas se convierte en caravana sin fin, los minutos golpean dentro de los oídos y se odia cada fragmento, cada milímetro del muro que nos niega el horizonte.

De nuevo los días pasados volvían a él. Antes, de estudiante, apenas volvió allí más que lo indispensable. Consideraba la casa paterna como una pensión extraordinariamente económica; un lugar adonde se va a comer y a dormir gratuitamente. Ahora, en cambio, en aquellos meses la vivió hasta la extenuación.

Pudo darse cuenta de las goteras del techo, de los mosaicos desprendidos, del polvo acumulado en la alfombra, de la vejez de los muebles. Sentía asco y piedad al comprobar cómo vivieron sus padres, igual que tantos otros seres. Seres anodinos mal retribuidos, obligados a ir con corbata y zapatos, consumidos en su paciencia. Sentía la vergüenza de su pobreza. Aquella pobreza que a su padre no le dio tiempo siquiera para enfrentarse a solas consigo mismo. Careció de todo, el viejo. Su máxima, tal vez única ambición, fue tener una pequeña biblioteca.

Pero no la tuvo hasta que Pablo la requisó para él.

Todo contacto con las cosas bellas y agradables debió considerarlo extraordinario. Sus días se llenaban con las horas de clase, únicamente. Lecciones por la mañana, por la tarde por la noche... Podría leerse su biografía en la pequeña agenda que llevaba en el bolsillo: De 8 a 9, Sr. X; de 10 a 12, Sr. Z; de 2 a 4, Sr. D.... Clases en la academia, clases particulares, clases en vacaciones para alumnos retrasados...

Hasta que le fue imposible mantenerse en pie por la calle. Enfermo, viejo, casi inútil, apenas veía, cuando alguien le encargó un libro sobre Patrística, un trabajo que lo entusiasmaba. El anciano trabajaba en él con fe y con prisa, con un entusiasmo que le daba vida, diríase. Para no hundirlo, no le dijeron que su libro ya no lo esperaba nadie, que quien se lo encargó había muerto con la cabeza aplastada por la culata de un fusil. Su memoria era frágil y dolorosa. Había en él un trágico y torpe retorno a la infancia. Todavía corría, tenía prisa, como toda su vida.

Y, ¿para qué?, se preguntaba Cristián. ¿Para qué corrió tanto su padre, si lo perdió todo o nada tuvo?

Su mujer le abandonó. No quiso aceptar más tiempo el regateo cotidiano, los trajes cien veces cepillados, la preocupación de los fines de mes. Y Cristián pensó en los hombres como su padre, que no tienen derecho a disponer de unas horas diarias para pensar y olvidarse de su tragedia, para gozar o lamentar la oscura poesía de existir, para escuchar una canción o no hacer nada...

No lloraba. Pero no podía eliminar de su memoria a su padre, afanoso y medio ciego, inclinado sobre las cuartillas, ajeno a su época, perseguido por el fantasma grotesco del hambre y de la muerte. Vio la infancia abandonada de Daniel, sus míseras raterías, sus sueños de poder. Daniel solía desaparecer durante días enteros, durante semanas, acaso para llegar de improviso a una hora

intempestiva, lavarse precipitadamente dejando el suelo lleno de charcos y marcharse de nuevo. Apenas contaba dieciséis años y estaba muriéndose allí al lado, casi irremediablemente.

Durante aquellos meses de encierro, Cristián fue a menudo a refugiarse en su cuarto, que años atrás compartió con Pablo, al otro extremo de la casa. Tal vez en aquel instante dos moscas zumbaban sobre sus cuartillas en blanco de estudiante. Las cuartillas le desesperaban por su blancura, por su vacío, como sus mismas horas. Pero Cristián se resistía a salir a la calle, no quería ser enrolado hacia la muerte. Asomado a la ventana, veía la aglomeración gris y rojiza de las azoteas y el humo, la ropa tendida y los palomares. Alguna vez, un gato saltaba de tejado en tejado, seguido por alguien que hacía equilibrios sobre las frágiles vertientes. ¿Quién podía saber el valor de un hombre, de una vida viendo aquella caza patética, desesperada? Desde su altura contemplaba las casas, azules pardas, amarillas, las piedras. Y al fondo, como una llamada, vibrando como un metal pulido, el mar.

Igual que una fiera enjaulada, Cristián acababa recorriendo la buhardilla de punta a punta. Una vez, dos, cincuenta. Los dibujos de la alfombra, a veces le parecían pájaros, a veces hombres, a veces islas.

Después, rendido, apoyaba la frente en la pared, hasta que, de nuevo, le parecía que iban a estallarle las venas. Olvidaba a los hombres, se olvidaba a sí mismo, a todo lo que llenó sus sueños para únicamente estrangular su sombra reflejada en el muro.

Pero, ¿llorar?, ¿llorar?... ¿Qué estupidez dijo aquella chica?

Sin embargo, Sol rozó su cara con la mano y sintió sus lágrimas silenciosas. La cabeza de Cristián se apoyaba en la suya, quieta. Había en los dos una respiración contenida, idéntica. Sol sintió cerca aquellos ojos grandes. Parecían escuchar a la vez el rumor de una misma sangre, el curso de aquellos ríos cálidos y escondidos.

Ninguno de los dos hubiese podido decir cuánto tiempo estuvieron así, apoyados el uno en el otro, silenciosos. Y tuvieron miedo de romper aquel momento, como si fuese lo único que les quedara, lo único que ya les importase.

Daniel se acababa.

La luz huyó hacía rato y las sombras se ensanchaban en las paredes.

Nadie estaba con él, más que su padre, llorando cerca de su rostro. Hubiese querido oír pasos cerca, el sonido de unos pasos acercándosele... ¿Por qué no llegaba nadie? Esperaba a alguien que no podía precisar exactamente. ¡Se volvió tan pesada, tan enorme, su cabeza! Pero esperaba a alguien. Algún amigo, tal vez. Porque era cierto que tenía muchos amigos. Todo el mundo lo sabía, todos lo decían. Muchos amigos, más de los que él creía, incluso.

Cerrando los ojos, le pareció que surgían de los rincones y que, por fin llegaban. Pero pasaban de largo, atravesando la habitación. Sentía trepar sus pies por la cama y cruzarle el pecho, indiferentes.

¡No creía que fuesen tantos! Le ahogaban. Sentía el dolor de sus innumerables pisadas aplastándole. Era un largo cortejo de lisiados, mendigos, perros, mujeres mal pintadas, soldados... Y no se detenían. Ni le hablaban, tampoco. ¿Hacia dónde iban? ¡Cómo le dolía su peso en el pecho!

Pero no llegaban sus amigos, sus grandes amigos, los verdaderos. Se notaba zarandeado por ataques de tos, como si no tuviese voluntad que oponer. Su padre trataba de sujetarle por los hombros. Daniel deseó decirle que se apartase, porque no quería mancharle las manos.

Por lo menos, que viniese Chano, pensó. ¡Ninguno sabía dar un paso sin Daniel, les era imprescindible! Estaba seguro de que nació para mandar, como estaba seguro de que llegaría a millonario, de que, algún día, viviría en una casa con suelos brillantes y columnas de mármol, como vio en el cine.

Montaría un fastuoso club nocturno, con grandes luminarias en la fachada, inmensos espejos, renombradas orquestas y un garito para el juego convenientemente disimulado. Le guardarían las espaldas brutos fieles y simples como Chano. Todo sería grande, muy grande y brillante. Se sentiría ahogar arrastrado en un río de dinero. Perder y ganar. Perder y ganar fabulosas sumas. Sí, verdaderamente, vivir es maravilloso, alucinante... Un frío traidor iba ganándole. Ni siquiera podía ya frotar el cristal de la ventana. Tampoco podría ya acabar su torre Eiffel, escondida debajo de la cama. ¿Por qué sentía, al pensar esto, una rara contracción en la garganta?

A veces, pensó en Dios. De niño, oyó decir que era un triángulo. Tuvo miedo. Un miedo desconocido e inquieto, como si un agua helada le gotease por dentro, más allá del corazón.

¿Por qué no llegaba Eduardo?... Aunque sólo fuese Eduardo.

Todo podría sufrirlo, menos aquel silencio en torno, aquella cada vez más concreta soledad. De pronto, pensó que siempre estuvo solo. Nunca se había dado cuenta. Únicamente ahora. Y sufría por ello sin que su cuerpo participase de este sufrimiento.

Contempló su ropa, amontonada en una silla. Las mangas de la chaqueta, vacías, le angustiaron hasta el terror. Deseó levantarse, lo deseó salvajemente.

Hubiese querido llenar con su vida aquel fantasma lacio y raído. Los zapatos tenían las puntas vueltas hacia arriba, y por primera vez se avergonzó de ellos... ¿Qué era aquel redoble que llenaba su cuarto?

¿Por qué aquel monótono y desesperante redoble?

Ah, sí: los hombres iban en masa al matadero. Los hombres iban en busca de la muerte. Los tambores resonaban en las calles estrechas y su eco iba subiendo, subiendo, pegándose como niebla a los muros de las casas. No existe nadie que escape a la muerte. Parecía que el pecho y la espalda fueran a pegársele... ¿Qué era aquel rumor? ¿Qué, aquellas voces? ¿Qué decían, qué gritaban? Querría apedrearles insultarles con desprecio. Le parecía inconcebible cómo podían escapársele sus años, sentirlos así, resbalar por la barbilla, derramados en su propia sangre. Es cierto que la gente se olvida de rezar, pero es posible que la gente rece siempre. Que la gente rece siempre.... ¿Por qué, por qué no venía nadie?

Ni Chano, ni Eduardo. No llegaban. Nada había sobre la pared desnuda. Ni siquiera podía distinguir las manchas de humedad. Tan empañado estaba el cristal de la ventana como los lentes de su padre.

¿Por qué le abrazaba, ahora? ¿Por qué le agobiaba con esas cosas, ahora, precisamente...? Él podría jurarlo, nunca estuvo triste. No podía asomarse a la ventana y ver la niebla. ¿Cuántas, cuántas cosas quedaban aún por hacer, por lograr? Es fácil, intenso, es hermoso vivir cuando se tienen dieciséis años. Se sueña, se ambiciona. Pero, ahora, ¡estaba todo tan quieto, tan horriblemente quieto! Aunque sólo viniese Eduardo... Sobre la mesilla había un viejo reloj, indiferente y tozudo. Siempre, siempre falta un minuto. Y se muere uno sin saber que se muere. A veces, vivir no tiene ninguna gracia.

No eran tambores creciendo hasta el estruendo lo que oyó Daniel y que hacía temblar el espacio. Era un alarido punzante, que se diría sin principio ni fin, que desde siempre hubiese existido latente en la atmósfera y que, de improviso, ganase la atención, sobre todo rumor o voz. Reseguía las calles y dejaba en suspenso una estela de silencio miedoso, como la cola de un perro mojado. Otra vez, bombardeo.

Las paredes parecían contagiadas de miedo y los objetos, hasta los más fríos e inanimados, cobraban una vibratibilidad humana. De repente hasta las ventanas de la buhardilla, llegó un soplo rojizo. Luego, tras un instante de silencio, estallaron dos bombas cerca de allí.

El anciano lloraba, con la frente apoyada en la mano del chico muerto. En su llanto había un desconsuelo infinito, como si una voz le gritase que él había dejado morir a Daniel, él tan sólo. Le parecía que algo —¿quién?, ¿por qué?, no podía saberlo— le reprochaba íntimamente aquella muerte. Miró al muchacho y acarició su cabeza. Daniel, sus pobres restos, significaban un cerebro, una voz, una voluntad. Por primera vez lo pensaba. Aquello que acababa de apagarse era la vida. Y, precisamente, surgida de su propia vida. Con súbita claridad, el anciano se dijo que el simple hecho de existir se merecía más, mucho más, que lo que rodeaba a Daniel y que, ahora, pudo él darle.

Se oían las descargas de los antiaéreos y el zumbido de los motores sobre la ciudad. A veces, la blanca caricia de un reflector, resbalando por la ventana, iluminaba fugazmente la habitación. Temblaban los cristales y un bronco y sordo rumor, como de voces perdidas, se alejaba formando una rara masa en el espacio. Lo que realmente le llenaba de angustia era la desnudez de aquellas paredes estrechas y llenas de humedad, el suelo desportillado, el frío total del cuarto de Daniel. Dios mío, Dios mío —se dijo—.

Daniel, pobre muchacho, se merecía vivir mejor...

Y brotaron sus lágrimas con una congoja desesperada, impotente. ¿Qué es lo mejor? ¿Qué es lo más bello? ¿Es mármol, acaso? Pues eso debe cobijar a un hombre. Lo más hermoso, sí. Una gran pena se le clavaba, atravesándole. ¡Cuántos, cuántos hombres! Demasiados hombres... ¿Es que no van a acabar nunca? Trató de serenarse, se dijo que acaso desvariaba. ¿Había sido toda su vida un desvarío?

Su cabeza huía a veces, como un globo, a zonas en que el olvido era largo y dulce. Lo que en aquel momento le dolía, aquellas preguntas sin respuesta, eran

sólo recuerdos. Retazos de los sueños de cuando Pablo aún era niño. El recuerdo de Pablo le llenó de un suave calor. Era su hijo predilecto y le dolía, con dolor físico, su fracaso. Porque intuía que era un fracasado, despertaba, paradójicamente, su orgullo y su dolor más grandes. Más que verle, cuando llegaba a su lado, lo imaginaba. Fuerte, alto y poderoso.

Otra vez extendió la mano hacia la frente de aquel otro hijo que ya no existía. Le tocó la cabeza, la boca horriblemente muda, las mejillas demacradas. Entonces, su amargura se desbordó, con todo el viejo dolor largamente guardado, repentinamente descubierto. Fue recordándose a sí mismo, contemplando sus propias heridas, como un perro que huye lamiéndose sus llagas, entre aullidos lastimeros. Recordaba que el primer hijo fue esperado con alegría, con esperanza. Sin embargo, el segundo lo fue con temor, con preocupación y miedo. Y el último, Daniel, con disgusto y resignación, como una nueva contrariedad.

En Pablo naufragaron sus tímidas y modestas esperanzas. No pudo conseguirle nada de todo lo que desearon, soñaron y forjaron juntos. Y no es que fuese muy ambicioso, Señor —se decía ahora con dolida queja, con lastimosa conciencia de su humildad—. No es que fuese exigente. No pidió más que lo que otros hombres disfrutaban sin esfuerzo, por derecho natural, parecía. Incluso, tal vez, pedía mucho menos. Pero todo le fue negado siempre. Y ya estaba cansado de esperar, porque la vida, precisamente, no espera. El cuerpo se arruina, los seres y las horas se alejan, huyen de nuestro lado, el alma se apaga.

Un rumor de voces, procedente de la escalera, llegó hasta sus oídos. La puerta del piso, cercana al cuarto de Daniel, debía estar abierta. Reconoció la voz de Cristián. Algo ocurría allí, en el rellano de la escalera. Tal vez Cristián volvió a emborracharse. Cristián le apenaba, a su vez. Pudo recoger algo de lo destinado a Pablo, pero se le dio con desgana, sin entusiasmo, incompleto y tardío. No esperó nada de él nunca. No se interesó por sus proyectos, como antes por los de su hermano. Le parecía que Cristián hablaba demasiado de la Humanidad y se desentendía de los problemas de su vecino o los de sus propios allegados.

Una gran explosión, muy cercana, hizo vibrar los muebles. El cuerpo de Daniel pareció moverse. Su cabeza se dobló ligeramente, como mirándole. El anciano se inclinó, besándole por primera vez. Su piel era áspera fría. Nadie le cerró los ojos. Abiertos, miraban al techo o quién sabe a qué cosas. Perdí a Daniel casi desde el primer instante en que nació, se dijo. Y un pensamiento le invadía: que él se había extinguido en aquella criatura. El cuerpo muerto de Daniel era él

mismo. ¿Para qué —pensó con desaliento— aquella habitación forrada de libros?

¿Para qué sus cuartillas hurgando en vidas que no volverían, si la vida de Daniel no podía encontrar su peso, si la dejó huir sin conocerla? Le acudieron escenas distantes, imágenes confusas, sin clara relación con él. Veía a un muchacho que le mostraba unas monedas, diciéndole: Es mi asignación semanal. ¿Quién te la dio? Mi padre. Y volvía a oír, una vez y otra: Mi padre. Mi padre. Pero Daniel no tuvo nunca asignación semanal, ni padre siquiera, puede decirse. Como él mismo, en su lejana y gris infancia, medio borrada por los años. Otra vez el llanto le ahogó, un llanto de viejo. Y era la voz de Pablo la que decía: ¿No existen cosas hermosas y buenas en el mundo? Pues, si existen al mismo tiempo que yo, es preciso que yo las conozca, que las toque con mis manos y las contemple con mis ojos... . Ah, los tiernos años, los años encendidos. El eterno pedir y el eterno esperar. Pablo, siendo niño hablaba de los grandes barcos que desaparecen, de los aviones que se hunden en el cielo, de las fábricas de automóviles, de los lejanos países, de los árboles, de los insectos, de los libros, de las aves que emigran y de los hombres que todos los días van y vienen de su trabajo. Dios mío, dijo el anciano, como rezando. Rezaba siempre cuando le mordía el recuerdo de aquel hijo, flaco y desgarbado, que con voz de adolescente le hablaba de cosas y de sueños que para él no existirían, no serían verdad.

Temblaban los cristales otra vez. Al extremo de la casa algo se rompió. La lámpara comenzó a oscilar.

Alguien entró en la habitación y encendió una cerilla. Sobre la cabecera de la cama una mosca quieta y negra proyectaba su sombra en la pared. Deseó ser tan pequeño, tan indiferente a la vida de los hombres, como aquel insecto pegado a un muro, ajeno al mundo, absorto en su egoísta insignificancia. No vio a nadie, pero notó la presencia de Pablo. Lo sentía a su lado, allí mismo, como un rudo arcángel, para él, surgiendo de la noche.

Pablo encendió una vela. Se acercó y, suavemente le tomó por los hombros y le apartó del cuerpo de Daniel. A un tiempo, algo se derrumbaba con estrépito, muy cerca. Grandes lenguas lívidas, casi blancas, lamieron las ventanas. Los cristales saltaron hechos pedazos y cayeron con estrépito sobre los tejados y la calle.

—Está muerto —dijo el anciano con voz débil—.

Está muerto..., sin remedio.

Pablo se inclinó sobre el cuerpo de su hermano y, en silencio, le tocó el cuello, los brazos.

—Sin remedio —repitió—. Es verdad.

Pablo entró en el portal cuando las sirenas daban la alarma.

La casa tenía una de esas fachadas verde sucio que parecen gotear constantemente. Casi naciendo del suelo, se abrían las ventanas del sótano, protegidas con mohosas rejas, cuyos vidrios, salpicados de barro, apenas dejaban paso a la luz. Antes hubo en los sótanos una bodega, más tarde un almacén de granos y, últimamente, debido a su humedad, no se utilizaban más que para trastero, sirviendo también de refugio a los vecinos durante los bombardeos.

A los cinco años, Pablo se asomó a una de aquellas ventanas. El país que descubrió, lleno de sombras y contornos amenazadores, pobló sus sueños durante varias noches. Mucho tiempo después aún vivía con el temor de que se abriese de repente el suelo bajo sus plantas, y el mundo que descubrió en las profundidades de la casa se lo tragase para siempre. Ya hombre, cada vez que subía la escalera, no podía evitar la visión de sus pies infantiles, con los cordones de los zapatos mal anudados, subiendo de dos en dos los peldaños. Era un constante y doliente recuerdo el de sus pies vacilantes y temerosos, siempre como perseguidos o amenazados. Los pies torpes de un muchacho tímido y desgarrado, tal como él era entonces. Oía de nuevo sus pisadas, aquella presurosa carrera esclava de las horas, empujado violentamente tras la vida, cuando aún cifraba sus sueños en una cajita de madera donde guardaba raros insectos.

Tal vez por esos recuerdos odiaba la escalera de la casa donde nació. Tal vez por la misma razón, se fue de allí: para huir del fantasma de su infancia.

Pocas veces un hombre vive tan herido y maltratado por los recuerdos de la niñez y adolescencia, como Pablo Borrero.

Cuando su padre quedó casi inútil para el trabajo y tuvo que pensar en un sueldo con el que ayudar a la casa, se empleó en el matadero. Con ello, enterraba su infancia: aquel chico larguirucho y torpe, de espalda precozmente curvada y cabeza con tendencia a doblarse hacia un hombro, fue un niño vergonzoso. Sólo

se exaltaba, curioso, hablando con su padre de las distintas familias de hexápodos. El domingo por la mañana, en primavera, muy temprano, iban al campo, con su cajita de madera y su cazamariposas, aprovechando aquellas horas con avaricia.

Pablo recordaba la actitud concentrada y ausente de su padre, un libro al brazo, tropezando en las piedras y las jaras. Alguna vez sacaba el pañuelo, lo estiraba con cuidado sobre la tierra, y se sentaba encima.

Abajo, ante sus ojos, quedaba la ciudad, difusamente dorada y azul, extendida y como velada tras un constante ensueño. Aquellos instantes tan breves, las mañanas tibias de la ladera del Tibidabo, o de Valvidrera, sentados uno junto a otro, en silencio, o hablando con voz confidencial, de mutuos proyectos, de insectos azules y dorados, de los pequeños mundos maravillosos de la creación le costaban a su padre una semana de trabajo continuo, gris y monótono en horas enlazadas con el rigor de una cadena. Poco tiempo duraba esa paz, ese olvido. Sonaba una campana, lejos, dando la hora, y el viejo se sobresaltaba con prisa, y sacudía el pañuelo en sus rodillas. Bajaba la pendiente con un trotecillo inhábil angustiado por el tiempo. Pablo le seguía. Frente él veía los hombros estrechos y vencidos de su padre, aún más desnudos dentro de la raída chaqueta que cuidaba y cepillaba tanto, a la que el sol, cruelmente, no perdonaba su brillo verdoso, sus grandes manchas oscuras de tinta. En los interiores, con luz eléctrica, no se ve —decía el viejo, mientras la limpiaba con gasolina—. Hay que presentarse bien ante los alumnos... A Pablo le dolían estas pequeñas cosas, se le clavaban estas palabras, como expresión de un mundo pobre, conformado. Viéndole bajar torpe y envejecido, algo muy íntimo y callado parecía rasgársele en el centro del pecho. Apretaba la cajita donde encerró alas de oro, alas verdes y cuernecillos eléctricos, ojos diminutos y brillantes como rocío, y notaba una opresión creciente en la garganta. Es tarde, muchacho, date prisa... Tras los gruesos cristales, los ojos miopes buscaban a través de la niebla, a través del tiempo. Luego, el anciano hablaría con el recuerdo de la voz de su hijo.

A veces, escuchándole así, se sonreía, procurando que nadie lo viese.

La tarde del domingo era una tarde sin relieve, lenta y opaca, falsamente apacible, como todos los días. El corazón se iba secando lentamente. A Pablo le dolían y enternecían aquellas fugaces escapadas matinales, y, aún luego, recordándolas, no podía eludir el malestar.

Pablo heredó de su padre la afición por los mundos quietos y lejanos, por el polvo del tiempo, sin principio ni fin, por las cosas que los hombres vivos y

exigentes desprecian o ignoran. El latín, las vidas diminutas, las estrellas... Sus notas en la Academia no fueron nunca demasiado brillantes. Consiguió aprobar los cinco cursos de bachillerato sin retraso alguno pero sin lucimiento. A los quince años era una criatura miedosa y soñadora, que coleccionaba cuerpecillos misteriosos. Luego, de la noche a la mañana, cambió todo, hasta él mismo. Su habitación de estudiante en la que vivió, casi todas las horas, entregado a la lectura o clavando pequeñas vidas con un alfiler, seleccionando colores y formas, fue desplazada por el matadero municipal, irreconciliablemente. A la semana de trabajar, tiró la caja de los insectos, su caja encantada, al patio vecinal, agredido de basuras. Como si quisiera unir la inutilidad de sus sueños con los despojos de la vida. Su padre consideraba aquel empleo como impropio de él. No me gusta eso, muchacho, le decía. Pablo sonreía débilmente. No le hubiese entendido, tal vez, de decirle que no encontró nada mejor. Aquello, además, les solucionaba muchas cosas.

—Es provisional... —le consolaba.

Poco después, gracias al director de la Academia donde tantos años explicó latín su padre, consiguió algunas lecciones particulares. Sus cinco años de estudio, entre noches de insomnio, esperaba que, cuando menos, le ayudasen a seguir estudiando, como era su idea. Sabía, tristemente, que la carrera de Ciencias era cara y larga para sus posibilidades.

Pero había otras, no tan costosas y de menos años, en las que se atrevía a pensar. La de Maestro Normal fue la que eligió.

Las privaciones a que se vio forzado para alternar los estudios y el trabajo, mal remunerado y fatigoso, le llenaban de rencor hacia sus compañeros de clase. Le parecía que sus vidas eran demasiado fáciles, que recibían el porvenir de manos de sus padres. Trabajar como lo hacen ellos, no es trabajar, pensaba. No tenían que inventarse la vida, como él, ni tenían que ayudar a comer a nadie. Les separaba un mundo de grandes baches oscuros, donde resonaban voces perdidas y desesperadas. Sí, tal vez trabajan. Pero ninguno considera un triste beso matinal como la recompensa al esfuerzo de todos los días de todas las horas, de todos los minutos... Les evitaba. Huía de ellos. Nada tenían que decirse, nada poseían en común. Entonces, por vez primera conoció la envidia, el rencor, la piedad. Envidia por lo que deseaba, lo que únicamente conocía de nombre y no podría poseer. Rencor por lo negado, lo imposible. Piedad por su vida y por la vida de su padre, por la de todos aquellos que se cruzaban, tristes y cansados, hundidos en un trabajo que no enorgullece ni interesa, aquellos que se veían obligados a decir:

He de presentarme decente delante de.... Que ni siquiera podían ir con la camisa desabrochada y alpargatas. Un mundo mezquino y maloliente, de corbatas únicas, cuyo nudo no puede deshacerse, de cuellos duros que cubren zurcidos, de camisas sin puños, de pantalones con rodilleras y bajos deshilachados, de chaquetas raídas y endurecidas, le oprimía más y más. Dentro de los zapatos se ponía pedazos de cartón, para que no calase la lluvia por los agujeros. Tenía posturas estudiadas para que, al sentarse, no se le vieran los rotos y el brillo de los codos, las humillantes, terribles suelas de los zapatos. Hacía dos años que su madre les abandonó.

Al principio, el olor rojo y espeso del matadero le obligaba a apretar los dientes para evitar una náusea. Los cuerpos partidos, los enormes costillares, le parecían monstruosas sonrisas. Reinaba allí una muerte caliente, un último instante de la vida, sin agonía, intenso y brutal, mantenido como una tempestad contenida y silenciosa. Pablo se sentía poseído, empapado todo él, por aquel trance. Le parecía la vida frágil y fuerte, preciosa y absurda. Pensaba en su vida, que no amaba y que, sin embargo, defendía a dentelladas, de forma tal vez excesiva, necia.

Pensaba en los millones y millones de dientes humanos que se clavaban en aquellos grandes cuerpos muertos, destrozándolos, y experimentó una repugnancia nueva y concreta por los hombres que devoran sin cesar, materia reproduciéndose, la sangre que alimenta a la sangre. Veía cómo transportaban en baldes las rojas, las verdes y azules entrañas animales, con todo su misterio de vida, ya inútil. Pasó sobre surcos de cemento, como fabulosas arterias, por los que circulaba la sangre de las reses muertas. Un día vio a un perro flaco lamer ávidamente un goterón aún fresco, en el suelo, y le dio un puntapié, con rabia. Fue su primer gesto de odio, de confusa rebeldía. El perro desapareció, aullando de susto y de dolor, sin que Pablo sintiese lástima alguna por su hambre ni por sus quejidos.

Trabajó, también, por las tardes, en el despacho de un pequeño bazar, donde se hartó de copiar cartas, facturas, pedidos de cosas que él no compraba jamás. Por las noches, en casa, llevaba los libros de dos o tres comercios del barrio: una o dos horas, casi cada día, de sumar cifras a cifras, columnas a columnas, aparentemente idénticas, que había que precisar leyéndolas una y otra vez, de arriba abajo y de abajo arriba. Sumar y sumar, en fin, donde fuese, lo que fuese. Amontonar cosas, siempre. Sumar tiempo al tiempo también, hasta quemarlo todo.

Así, poco a poco, privándose de muchas cosas para conseguir lo indispensable, logró costear sus estudios.

A veces, un velo de ilusión se le abría para el porvenir, pensando en el día en que se graduase. Ser maestro, en ocasiones, le parecía incluso ser un pequeño héroe. Otras, por el contrario, le rozaba un amargo soplo, que tambaleaba su frágil optimismo.

Pensaba en los seres grises y raídos, amargados, con la corbata llena de manchas, que malvivían en las escuelas públicas que pudo conocer, devorados por la ciudad. Pero luego, buscando en sí mismo las fuerzas, pensaba en los maestros rurales, alejados de la ciudad, y se dejaba dominar por su deseo de naturaleza viva, por su deseo de huir del asfalto, de las calles duras y polvorientas, a las que le parecía fue arrojado, despiadadamente, cuando aún era una débil criatura que se podía romper. Soñaba con un pequeño paraíso nunca conocido, de aire frío y puro, hierba azulada y altos árboles. Una extraña paz le ganaba, al pensarlo: Iremos allí mi padre y yo—se decía—. Viviremos tranquilos.

Habían pasado muchos años desde entonces. Muchos hechos que cambiaron el curso de las cosas.

Todo era distinto. Duro y tangible, ahora. Todo está en su sitio, todo cumple su cometido, todo rueda sin interrupción, tal como está previsto. Sí, todo, todo, menos el corazón.

Ahora, mientras subía la escalera de la casa de su padre, la sirena de alarma se perdía en las esquinas.

Había empezado el bombardeo, y muy cerca se oyeron dos explosiones que hicieron retemblar la calle rompiendo cristales en el patio. El estampido de las bombas apenas le afectaba. Sin embargo, el aullido de la sirena, prolongado y como lleno de miedo le era hondamente desagradable. Como si una lengua viscosa le recorriese la espalda.

Apenas hacía unos minutos, antes de entrar en el portal, miró al cielo. Y le pareció puro y diáfano, como si de un momento a otro fuese a translucirse en él una tierra largamente soñada, esperada con ansia inútilmente. Apenas apartados los ojos del cielo, se oyeron los aviones sobre la ciudad.

Mientras subía despacio, pesadamente, tropezó con algún vecino que bajaba al refugio. Otros preferían asomarse y contemplar el juego de los antiaéreos, como un espectáculo excitante. Ni ante la muerte somos iguales, pensó.

Al llegar al último rellano bajo la claridad verdosa de la claraboya, distinguió dos cuerpos. No le oyeron subir, y súbitamente los tuvo a sus pies. Reconoció a Cristián, y distinguió una muchacha desconocida, con un abrigo azul. Estaban quietos, con las manos unidas y las cabezas juntas, reclinadas una en la otra.

Cristián levantó la cabeza y, al verle, se apartó bruscamente.

Un violento desprecio se apoderó de Pablo.

Niños babosos —dijo, entre dientes—. Llorad. Es lo único que sabéis hacer.

Sin embargo, se sintió como avergonzado de haberles sorprendido. Miró a la muchacha con detenimiento, pero sin ternura. Era una criatura delgada, pálida. Niña de mantequilla y jabón —se dijo—. Parece que se deshará al primer roce con el mundo de los seres vivos. ¿De dónde la habrá sacado este...?

Parece una hija de mamá. Es muy posible que lo sea.

Sol pertenecía a un tipo de criaturas que le inquietaban e irritaban, a un tiempo. Viéndola, sin saber por qué, se sintió quemado en su rencor, en sus mil fracasos de antes y de siempre. Como si la guerra, que cambió para él tantas cosas, no hubiese podido cambiar algo demasiado profundo, delicado dentro de él.

Se apartó de ellos y miró hacia la claraboya, teñida de una luz hermosa, casi irreal. Hay aquí una luz especial, esta noche —pensó. Arriba, tras aquella luz, los motores de los aviones zumbaban muy cerca, demasiado cerca. Pablo rechinó los dientes.

Por un momento deseó que acabase todo, que acabasen todos, por fin, allí mismo, en aquel instante.

Alargó la mano y la apoyó en la pared. Una sensación de vértigo se había apoderado de él. Cerró los ojos y apretó las mandíbulas. Cómo le pesaban las humillaciones, las decepciones, las íntimas derrotas.

A lo largo de su vida contó demasiadas veces sus ahorros, guardados en una caja de latón. Llevó demasiado tiempo la misma corbata. Fue demasiadas veces a contemplar, con envidia, los barcos que llegaban y que se iban. A veces se

emborrachó, gastando apenas dos pesetas, vaso tras vaso, en el mostrador de una taberna, encerrado en su soledad. Se conmovió demasiadas veces con la vulgar historia de amor y de hambre de alguna prostituta. Cosas y cosas que llevaba para siempre, como cicatrices sin heroísmo: de ésas que se hace uno al partir pan o con un abrelatas.

Intentó burlarse de sus recuerdos. Una mueca podía parecerse a una sonrisa. ¿Por qué no se puede olvidar? Hacía dos años que se vengaba del pasado, de sí mismo. La venganza es como una droga. Llega a hacerse imprescindible, cada vez más preciosa pero menos satisfactoria. Mató con sus propias manos de coleccionista de mariposas a más de un hombre odiado. Pero ¡qué insuficiente, qué pobre resulta todo, al fin!

Como meteoros, los recuerdos cruzaban a veces, rápidos y violentos, manteniéndole quieto, apoyado en un muro, como ahora, temeroso de algo incierto se diría. Encogido y con los ojos cerrados, como quien espera un golpe, de un momento a otro, y no sabe cómo evitarlo ni de quién proviene.

Sobre su cabeza, los vidrios de la claraboya temblaron.

El lugar a donde fue destinado por vez primera, al salir de la Normal, era un pueblo desolado y pequeño, hundido entre montañas y rodeado de bosques y de niebla. Los aldeanos eran recelosos, poco hospitalarios y amigos de peleas. Ninguno vio el mar, y hablaban de él como de algo fabuloso, inexistente.

La escuela era pequeña, húmeda, cubierta de tejas ruinosas por donde se filtraban la lluvia y la nieve. Pablo exigía a los muchachos que trajesen un tronco para alimentar el fuego de la estufa. El Ayuntamiento no le suministraba leña. El muchacho que no lo traía, ocupaba el último lugar. Por el contrario, el que traía el mejor leño disfrutaba de un puesto junto a la estufa, a los pies del maestro. De este modo organizó un sistema de jerarquías escolares. En verano el sol entraba por las ventanas y ponía grandes manchas amarillas en el suelo. Si se pisaba encima, con el pie desnudo, la madera casi quemaba, como si hubiese caído una moneda caliente. Los muchachos despedían un olor agreste, ácido. Iban a la escuela en invierno con altas botas y mantas de lana, y medio desnudos en verano. Eran en general torpes, malignos y rencorosos. Miraban aviesamente con sus ojillos huidizos y sonreían con una mezcla de estupidez y socarronería. Alguna vez, desde la ventana, los vio junto a la fuente, en el desamparado terreno que rodeaba la escuela, dedicados a primitivos placeres, en corro, alrededor del cano borboteando agua.

De la aldea toda, de sus hombres y mujeres, emanaba un angustiado clima sexual, un vaho de pasiones retenidas, en exasperada mezcla de miedo y de superstición. No había peor castigo que el infligido a los pecadores descubiertos, y allí solamente se conocía una clase de pecado. La muerte dejaba pesar sobre los aldeanos una ancha sombra de temor continuo, acatado. La muerte y el deseo iban unidos, en ellos, de un modo inconfundible, asomado a sus ojos, a sus palabras. El tiempo parecía inmutable. Así vivieron cuatro siglos antes, así vivirían años y años después. Eran gentes sin pasado ni futuro, como seres eternos. Poco a poco, ese clima agobiante fue ganando a Pablo, anulándole, hundiéndole en un fatalismo irremediable, en una lenta asfixia, implacable. Perdido y solitario, sumido en sí mismo, el tiempo le iba devorando.

Casi desde el día de su llegada, la mujer del herrero rondó la escuela. El nuevo maestrillo tiene la piel blanca, decía. En las ventanas de la fragua, situada al borde del sendero de la escuela, había siempre un rojo y candente resplandor.

La mujer del herrero tenía un hijo tonto, que a nadie mostraba por vergüenza. En la aldea decían que era el castigo de malos deseos. Ella, con su miedo de mil años de pecado y castigo lo creía también.

Cuando Pablo pasaba frente a la fragua, muy temprano, ella golpeaba los cristales con los nudillos.

El, de reojo, miraba a la ventana y escuchaba el crujido que arrancaba de sus pies, en la nieve. Los labios de la mujer, en el rojo resplandor, moldeaban palabras: Mi hijo... Mi hijo. Esto era todo lo que él entendía. Envuelta en un gran chal de lana áspera, con las gruesas piernas enfundadas en medias de canalé, a veces le esperaba tras la esquina y salía a su encuentro, violentamente, provocando el choque de sus cuerpos. Se reía, sujetándose el chal con una mano, brillantes los dientes, como de loba, y le decía, siempre igual: Mi hijo necesita aprender a hablar, maestrillo... Tú podrías enseñar a hablar a mi hijo, maestrillo. Sus ojos negros despertaban un aleteo desapacible en el alma de Pablo. Su nariz era ancha y corta, sensual, como sus pequeñas manos morenas y llenas de hoyuelos. Déjame—le decía Pablo, temblando también Déjame. Me están esperando los muchachos en la escuela. Otro día hablaré con tu marido. La lluvia caía sobre la nieve sucia, y por la puerta de la fragua se oía el golpear en el yunque. Hasta la calle salían alientos rojos y pequeñas centellas luminosas. El herrero tenía las cejas juntas y el pecho robusto, pero sus piernas eran cortas y arqueadas. Andaba como un sapo, y sus ojos eran tristes, muy azules. Miraba a Pablo en silencio y, a veces, interrumpía su trabajo al verle pasar. Pero nunca le dirigió palabra alguna.

Despechada, un día la herrera le buscó, agitada para decirle: ¿Ves tú que mi marido se parece al mono que llevan los húngaros?... ¡Ah, pues si tú supieras...! ¡Si tú crees que él es siempre igual que cuando golpea el yunque... ! ¡ Si tú crees que sólo sabe herrar caballerías...! Pues no no. Cuando de mí se trata, se vuelve como la miel más pura. En la aldea la miel era un manjar muy apreciado. Pues si crees —continuaba ella, mirándole oblicuamente—, si crees que él puede ser dulce como la miel, no te equivocas. ¿Ves sus manos gordas y peludas...? ¡Con qué sabiduría pueden acariciar!

Luego, en tres días no le dirigió palabra, ni una sola mirada. Pablo se veía obligado a pasar por aquel camino, frente a la fragua, día tras día, como adormecido. Daba patadas en la nieve y se frotaba las manos. ¡Qué frío del demonio!, decía, con una sonrisa de circunstancias, si sentía fija en él la mirada del párroco, observándole desde la ventana de la rectoría.

¡Qué asco! También a él llegó a parecerle la miel un manjar precioso, casi divino. Alguna vez mordió con delicia un pedacito de panal, y se le clavó en la lengua un agujón, o escupió una abeja con la cera mascada. Qué buena miel, qué buena, comentaba, moviendo la cabeza en señal de aprobación. Lo menos tenía mil años, le respondían. Y, aunque notase que se burlaban un poco de él, seguía encomiándola.

Solamente así podía hablar con alguien, de vez en cuando. La nieve, el frío, el fuego, le iban sumiendo poco a poco en un letargo animal, espeso.

Un día, al pasar frente a la fragua, vio apagadas las ventanas. Sin saber por qué, se acercó. Una fuerza ajena le empujaba. Antes de llamar, la mujer abrió la puerta.

—¿Qué hay de ese niño? —preguntó. Se odiaba en aquel momento, se tenía asco.

—¡Oh, pobre niño! Hay que enseñarle a hablar —respondió ella—. Ahora no está mi marido. Fue a la ciudad. Y el niño, pobre hijo mío, está mudo y quieto, mirando a todas las cosas. Ha de aprender a hablar. Tú sabrás enseñarle, maestríto...

Fue a por el niño. Lo trajo en brazos, envuelto en una manta. Tenía siete años, por lo menos, y un hilillo de saliva le caía de la boca. Pablo le acercó a los ojos una cerilla encendida y ni siquiera parpadeó.

Arrojó el fósforo a un rincón y gritó, estúpidamente furioso:

—¡Es ciego tu hijo!

—Sí—dijo ella, bajando los ojos con un dolor apático—. Pero, de todas maneras, debe aprender a hablar... ¿Quién mejor que tú...?

Viendo que Pablo se dirigía hacia la puerta, como si se arrepintiese de haber entrado, se arrodilló y, sujetándole por las piernas, empezó a llorar y gemir. Pablo, con las rodillas atenzadas por aquellos brazos gruesos, fuertes, sentía que algo le clavaba, le arrastraba tierra adentro, como la muerte. La cogió, levantándola del suelo, brusco. Ella aprovechó el momento para besarle vorazmente. Sus besos hacían el mismo ruido que el perro comiendo arroz en una marmita debajo de la mesa.

Salió de allí con una mezcla de asco y desesperanza. Pero volvió otra vez, y otra, y muchas más veces. Lo que más le aterraba: acostumbrarse, acabar no sintiendo asco, ni vacío siquiera. A todo se hace uno, oía decir. Pensarlo le arrancaba un grito de angustia. Se debatía por salir de aquel mundo asfixiante, embotado, sin ayer ni mañana, sin tiempo.

Empezó a beber, a emborracharse con frecuencia.

Pero eso no era motivo de escándalo en la aldea, donde todo el mundo se emborrachaba en el largo invierno, en el amoratado invierno que parecía sin fin. Alguna vez, cuando estaba muy borracho, iba en busca del párroco, y le gritaba:

Dígame, explíqueme usted, viejo farsante, ¿quién tentó al diablo cuando era un ángel bueno, quién lo tentó a él y quién me envió a mí a este mundo maldito, y me obligó a nacer entre estos hombres?... El cura le hacía la señal de la cruz en la frente, por tres veces: Lee los Evangelios, pobre oveja perdida, le decía. Luego, cerraba la puerta. Subía a su vivienda y se asomaba a la ventana. Pablo se quedaba, respirando como un toro, allá abajo, en la nieve manchada.

Al acabar el deshielo, con la primavera, Pablo se quitó las prendas de lana áspera, que le escocían en la piel. Como si con ello cambiase en otro ser, se animó, y pensó en preparar unas oposiciones que le permitiesen salir de allí. Luego llegó el verano, con su sol implacable, con sus repentinas tormentas, esperadas por la tierra con sed. Con el verano llegó la fiesta del pueblo. El día antes la campana tocaba a Vísperas. En la antigua ermita,alzada sobre un cerro,

sobre la piña terrosa de los tejados, las gentes se congregaban. En los muros de la ermita, junto a la puerta claveteada, había unas patéticas cabezas de piedra, representando santos, ángeles y demonios.

La primera vez que Pablo acudió a Vísperas fue una tarde que amenazaba tormenta, con negros nubarrones en lo alto. La puerta abierta de par en par dejaba ver las llamas amarillas de los cirios que arrancaban destellos al viejo retablo. Todo, dentro, parecía arder, en su corteza de piedra. Las imágenes, toscamente talladas en madera de roble, apolillada por los años, mostraban los nudos del tronco, como llagas. Se oía un cántico monótono, lento, cargado de siglos. En la puerta, una mujer daba a mamar a su hijo, arrodillada en el suelo. Un viejo se desmayó, entre el calor de las gentes sudorosas y apretadas. Lo sacaron casi a rastras llevándose lo en hombros cuesta abajo, como si lo fuesen a enterrar.

Por encima de los picos, blancas sacudidas de relámpagos cargaban la atmósfera reseca, tensa. Todo parecía latente en una callada amenaza. Dentro, seguía el cántico, lúgubre, entre hedores. Mañana fiesta, se decía Pablo, con el alma encogida. Fiesta popular, alegría obligada, ritual. La mujer del herrero también estaba allí, junto a la puerta, arrodillada sobre la piedra. Cada vez que inclinaba el cuerpo, como doblada por un gran arrepentimiento, sus grandes rosarios de madera sonaban contra las losas, con un tableteo de huesos. Al día siguiente, fiesta. Fiesta, como vino robado. En la fachada sobre el último remozo de cal nueva, las calvas cabezas de piedra sonreían.

De pronto cruzó el cielo un avión, raramente puro y frío como el viento, con su estela de ruido, agujereando las nubes. Pablo notó un raro dolor. Bajó por fin, la lluvia, brusca y copiosa. Retumbó un trueno.

El niño que mamaba soltó el pecho y empezó a llorar a gritos. El cántico sonámbulo, asfixiante, seguía.

Celebran Vísperas de fiesta, indiferentes a todo.

Mientras cruzan aviones, mientras hay hombres que van por la tierra arrastrando los zapatos, mirándose las manos. Como siglos atrás. Como siempre. El tiempo no cuenta para ellos.

Y volvió el invierno. Pablo no pudo presentarse a las oposiciones. A veces se despertaba, inquieto.

¿Qué veneno hay aquí, que me ha trastornado? ¿Qué veneno hay en esta paz, en esta comida cotidiana, en estas horas quietas? Comer era fácil, dormir era fácil, vivir era fácil. Todo era espantoso y continuo, tranquilo y monstruoso. El tiempo, que no se sentía, que no se veía, que no se sabía, pasaba, a pesar de todo. El tiempo huía, inflexible, solapado. Pablo se veía engordar como un buey. Dormía, torpemente, después de comer, y bebía, bebía. Una tarde encontró una Biblia. La tenía el droguero de la aldea, manchada de grasa. Se la llevó a su habitación y la cogía a veces, con dedos temblorosos. Verás la tierra que yo daré a los hijos de Israel, y no entrarás en ella.

Pablo cerraba el libro, lo guardaba debajo de su almohada, donde no pudiera verlo. Y no entrarás en ella. Iba, con el corazón quemado, hacia la herrería. No sentía asco. No sentía desprecio. No sentía nada. Sólo a veces, de noche, se encendía una luz lejana, en alguna parte. Una luz absurda que se filtraba por las rendijas de la puerta y venía a despertarle con un sobresalto de angustia. Se sentaba en la cama. Escuchaba. Y no entrarás en ella. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?

Arrastraba los pies, miraba al suelo, al cielo. Pasaba horas y horas en la taberna. ¿Por qué siempre falta algo? ¿Por qué le falta algo al hombre, siempre, siempre?...

Y otra vez pasaron el invierno, la primavera, el verano. Llegaban otoños húmedos y embarrados, enrojecía el cielo, los bordes de los montes se nimbaban de fuego. Tiempo. No sabía cuánto, no sabía dónde, no sabía nada. Tiempo.

Una tarde—helaba en los cristales, no se veía volar ningún pájaro—leyó algo en la Gaceta. Se anunciaba un concurso de traslado, con varias plazas vacantes. Entre ellas, sin saber por qué, se fijó en una. La población era cabeza de partido y pertenecía a la provincia de Badajoz. Cerró el boletín.

Luego volvió a abrirlo, a leerlo. El nombre de aquella población se le quedó grabado. No tenía ningún motivo para ello. No oyó nunca hablar de ella. Sin embargo, estuvo soñando toda la noche con sus calles, con su cielo, con sus gentes. Una paz extraña le invadía. Despertó con una sensación alegre. Se miró al espejo. Últimamente había engordado. Su piel era blanca, tensa y mustia a un tiempo, sobre la carne blanda. El traje raído y sucio. Pablo notó un estallido dentro del pecho. Algo se rompía en él, como una corteza ya seca, largo tiempo adherida.

Se presentó al concurso y, más rápidamente de lo que pudo imaginar, se hizo con la vacante deseada.

De nuevo se veía empujado por las horas, azuzado por ellas, dentro de ellas.

Salió de la aldea a últimos de agosto. La mujer del herrero le seguía de lejos, amparándose tras las esquinas. Sentía en todo su cuerpo la mirada de sus ojos negros, brillantes, febriles. Si te marchas, haré un muñeco de cera, con tu rostro, con tu cuerpo, y le clavaré alfileres negros, todas las noches, todas las noches. Pablo escupió al suelo. Nunca vivirás en paz. Nunca vivirás en paz. Llenaré de alfileres tu corazón...

Bajo un cielo plomizo y denso se extendía una pequeña ciudad de casas viejas. Grandes nubes de polvo se levantaban del suelo reseco, golpeado por el viento. No muy distante, había un bosquecillo de alcornoques que llenaba de verde los ojos. Pablo, desde su ventana de recién llegado, contemplaba aquella ilusión de sombra y frescor, con reconocida ternura. Pensó en su padre, en sus paseos matinales por la ladera del Tibidabo. Recordó las mariposas doradas de su infancia, con los cuerpecillos rayados.

Convertidas en polvo ya. Plateado, tal vez, hermoso y huido, lejano, como todas las cosas. Traeré aquí al viejo, en cuanto pueda instalarme un poco mejor, pensó.

La vivienda destinada al maestro era una casita de una sola planta, casi en descampado, cerca de una fábrica de conservas y a medio kilómetro de la cárcel lugareña. Su padre no estaría mal allí, con sus libros. Cerca de su casa vivían los jornaleros de una de las principales fincas de la provincia, propiedad de un conde que apenas la visitaba, y de la que estaba al cuidado el gerente de la fábrica de conservas. Las viviendas, pegadas las unas a las otras con adobe, parecían más corralizas que habitaciones humanas. Los predios apenas distaban dos kilómetros, que cubrían cada mañana y cada noche. Pablo los veía ir y volver, entre el polvo, con sus rostros de grandes pómulos, terrosos. Vestían pobremente y sus hijos eran duros de crecer. Pablo contemplaba sus pasos lentos, sus pies calzados con alpargatas, hollando el polvo del camino. Su mirada era huidiza.

Un hambre salvaje invadía aquel pequeño mundo.

De noche, Pablo oía sus gritos, sus voces, que parecían sin eco, como clamando en un vacío total. Las voces de las mujeres, de los niños, de los hombres, confundiéndose con el ladrido de los perros. Tenían sangre en la voz, en los

ojos. Trabajaban de la mañana a la noche y apenas ganaban para mantenerse en la miseria. Pablo, en la cercana taberna, los miraba mientras bebía. Imaginaba sus corazones, quemados por una paciencia extraña y tenebrosa. Un frío lacerado se abría paso en él, y pensaba en sí mismo, en su infancia, en su soledad. En su padre inútilmente sabio, entre sueños de mundos muertos, deshechos como polvo de alas plateadas. Una rabia soterrada le hervía dentro. Bebía más aún más. Volvía a casa, se aflojaba la corbata y el cuello de la camisa y se echaba en la cama, con los ojos abiertos. Un pedacito de cielo entraba por la ventana, de anchos muros enjalbegados. Aún guardaba su Biblia, con antiguas manchas que traspasaban las páginas, las palabras, que parecían crecer ante sus ojos. Le parecía que allí, a su alrededor, en aquellos hombres pegados a la tierra, encontraba por vez primera seres de su raza, de su triste condición humana. Hermanos, hijos de Caín, se decía en su delirio de vino, soledad y silencio.

Los chicos de la escuela lanzaban a su cara bolas de papel mascado, silbidos y blasfemias. No tenía ningún amigo. Ningún corazón cerca de su corazón.

Casi echaba de menos la voz enronquecida, los labios voraces y calientes de la mujer del herrero, las lágrimas de su adiós. Entonces, se llenaba de miedo, de desesperación. ¿Cómo puede un hombre sentir estas cosas? ¿Cómo puedo yo sentir estas cosas?

Su sueldo era escaso, su vida insuficiente, su sed, sin principio ni fin. Con la camisa sucia y el traje arrugado, iba a la escuela. La barba le crecía descuidada. Como los obreros y los peones, únicamente los sábados iba a la barbería.

Casa Antón, la taberna y casa de comidas, se encontraba al extremo de las viviendas obreras. Sus clientes eran, en mayoría, los hombres de la fábrica de conservas y los jornaleros de la finca, que se reunían allí ciertas noches determinadas y todos los domingos. Pablo observó que estas reuniones solían tener lugar en una habitación situada en la planta superior, donde había un comedor grande, casi siempre cerrado.

Antón, el dueño, era un hombre alto y cetrino de mejillas hundidas y parco de palabras. Parecía de continuo mal humor y jamás tenía una frase amable para nadie. No obstante, su taberna estaba siempre llena. El mismo se ocupaba del servicio y podía vérselo tras el mostrador, secando vasos con un trapo no precisamente immaculado, y con una colilla medio apagada en el extremo de la boca, la mirada entreabierta, brillante y fija, clavada en un punto lejano. Los que entraban le hacían un simple gesto de cabeza, y subían las escaleras. Antón seguía quieto y fijo, como si no les viera.

Pese a su hosquedad, Pablo logró entablar amistad con él. Desde el primer momento, sus ojos se encontraron. Muchos días, muchas noches, Pablo fue allí y bebió, lentamente, en silencio. Antón le servía, vaso tras vaso, y no decía nada. Pero, a menudo si Pablo levantaba la cabeza, se encontraba con su mirada.

No recordaba la primera vez que cambiaron unas palabras. Como una gota, que cae lenta y segura, nació aquella amistad, apretada y silenciosa, que tenía que unirles de un modo fatal.

Antón fue soldado en la guerra de África. Ya licenciado, trasladose a Casablanca, se asoció con un almeriense, emigrado de hacia tiempo, que tenía una taberna. La sociedad duró cuatro o cinco años, al cabo de los cuales, y por malas avenencias, se deshizo como se hiciera. Con dinero ahorrado, Antón abrió por su cuenta un despacho de vinos. En él empezaron a reunirse un grupo de españoles, levantinos, emigrados más o menos forzosos, y de antiguos desertores del Ejército español en Marruecos.

Hombres callados, sombríos y vehementes, que le atraieron enseguida, no sabía si por su soledad, su forma de llevar la miseria, casi con orgullo, o si por aquel brillo iluminado que parecía alimentarles. Hablaban de Italia, del hombre, de la libertad. Un día oyó un nombre casi prohibido en su niñez: Mateo Morral. De eso y de frases sueltas, dedujo que eran anarquistas. La cosa le interesó. Él también creía en el hombre, en la libertad; también soñaba en romper moldes, en una vida nueva. Poco más tarde, cerró la puerta de su comercio y se unió a ellos, a su incertidumbre, a su afán, a su hambre, y a su huida sempiterna. Estuvo en Francia, donde la policía le hizo una ficha que no le permitiría volver; en Suiza, en Bélgica. Se cansó de pasar hambre y relentes, de probar suerte en trabajos para los que no servía y de ser lanzado como algo inútil de aquí para allá. Se desengañó de la solidaridad humana, aunque quiso seguir pensando, creyendo que el fallo se debía a la persecución de que se les hacía objeto. Pablo, yo te digo que llegará el día que triunfemos. Ahora no queda más que esperar.

Pero no hemos de cejar... Así, contaba, embarcó una mañana, desde el puerto de Amberes, en un carguero español. A los doce días desembarcaba en el puerto de Vigo. En la travesía se mareó. Al pisar tierra firme y adentrarse en ella, lo primero que se le vino a las mientes fue asegurarse el presente y el porvenir, lamentando haber dejado su negocio de vinos y encontrarse de nuevo con la vida en blanco. Con la experiencia adquirida y el cierto brillo que le daba haber vivido en el extranjero, no le fue difícil emplearse en un bar de la capital. En diez años consiguió apartar un rincón y se estableció en su ciudad.

Los años de alejamiento activo del anarquismo no lograron apagar el ardor mesiánico de su juventud.

Por el contrario, día a día, se le hicieron hueso, esqueleto.

Pablo escuchaba. Veía brillar sus ojos no sabía si con odio o con afán redentor. Los obreros y jornaleros tenían en Antón una fe alucinada, contagiosa, que poco a poco fue ganando el corazón de Pablo.

Antón le había dado un libro, cuyo autor, Pedro Kropotkine, era un dios para él. Una edición barata, que no faltaba a ninguno de aquellos hombres, aun de los que —y eran mayoría— no sabían leer. Ciertas noches y las tardes del domingo asistía a las reuniones del comedor alto.

Por primera vez, Pablo se sentía volcado, unido a alguien en un afán. Sus palabras tomaban forma para otros hombres que las esperaban, su voz arrollaba, arrastraba. Bebía, hablaba. Leía su Biblia. Alucinado, como un actor loco, paseaba por su pobre habitación, leyendo: ... Y Yahvé le mostró toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalé la tierra de Efraim y Manasés, y toda la tierra de Judá hasta el mar último; el Negueb, la llanura, la vega de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Soar... Ésta es la tierra por la cual juré a Abraham.... Leía a Kropotkine, inventaba, recordaba, recordaba, recreaba...

Su cuerpo era torpe, sin gracia. El cabello le caía en tiras rubias sobre la frente; sus ojos parecían dos espesas gotas de vino... Pero su voz era un río sin freno, una insospechada voz que incluso mantenía en suspenso a Antón, con un vaso a medio secar en la mano, un río de protestas y rebeldías de rencor de dolor, de miedo oculto y apretado. Allí estaban los más jóvenes, los mejores. Sus primeros amigos, ignorantes y confiados, alzando los ojos hacia él. Los mejores, entre los hombres endurecidos y comidos de odio. Los crédulos, casi niños, con toda su capacidad de fe extendida, dispuesta a darse. Quimo el Gayo, Nin, el hijo de la Margarita, Pedro Molinero, Elías de Herrería... Los cuatro, escuchándole. Algo le remordía, a veces, mirando sus ojos. Algo que le dolía más que todas las cosas. Era su poca fe, su vacío, su terrible vacío, que se iba ensanchando, a pesar de todo, a pesar de todos. Pues yo voy a morir en este país, sin atravesar el Jordán.

Pablo entró en sus casas. Conoció sus mujeres, sus hermanas, sus hijos. Por las noches, junto al fuego, a las mujeres les brillaban los ojos con más ferocidad que a cualquier hombre. Las mujeres gastadas, enflaquecidas, resacas, de belleza

perdida, de juventud perdida, de vida perdida. Su odio era el más violento y ensañado, el que no perdonaba. Sin fondo, como su amargura. Trabajaban como bestias desde niñas, y parían hijos flacos, hambrientos, bajo el sol implacable, el cielo implacable, el polvo implacable.

Una mujer llegaba a menudo, por el polvoriento camino, hasta las casas de sus compañeras. Era la de Tristán, el Grandote, jornalero despedido por Pascual Menéndez, el gerente de la fábrica y administrador del conde. Tristán el Grandote había sido alto y forzado. De él se decía que mató a un hombre de un manotazo. Sin querer, decía él. Ahora, Tristán se consumía de fiebres, en una chabola armada por él junto al bosque de alcornoques. La mujer iba a las barracas mendigando un trozo de pan, con una lata vacía en la mano y su hijo colgado de la espalda.

Sus pies eran una costra sobre el polvo. Alguna vez, Tristán tenía fuerza para levantarse, y se acercaba a la taberna de Antón. Bebía y vociferaba, hasta que caía al suelo. Entre su mujer y algún amigo lo volvían a casa.

Un día, al fin, estalló la tensión. En la fábrica hubo un plante bajo la directa instigación de Antón. Aduciendo unas reformas pedidas y no logradas, por considerarse excesivas y propuestas de manera impropia, los seis u ocho elementos activos de la Federación, empleados en la conservera, llevaron a la huelga a la totalidad del personal. Conminados a volver al trabajo, incluso con requisitoria de la fuerza pública, se negaron a acatar la orden. Fueron despedidos, sin más.

Durante varios días intentaron cuanto pudieron.

Finalmente, la persona, aborrecida ya, de Pascual Menéndez se constituyó en directo responsable de lo sucedido.

Pablo recordaba aquellos días de hambre y de odio encendiendo el clima de las viviendas obreras. Los jornaleros se solidarizaron con los de la fábrica, y hubo un hervor de desesperación, bajo el cielo frío y alto, en las largas veladas.

Pascual Menéndez vivía en un hotelito, casi en descampado, poco más allá de la fábrica. Se prepara, todo concienzudamente. Pablo sabía la noche y la hora, conocía los hombres. Bebió bajo la mirada impasible de Antón, que secaba los vasos maquinal y sombrío, la colilla en la comisura del labio, la mirada húmeda y fija, reluciente. Por la puerta abierta, entraba la noche caliente de julio. Pablo miraba de cuando en cuando afuera, donde había un raro resplandor de luna,

rojizo y sensual. Las siluetas oscuras del bloque obrero se recortaban netamente. A lo lejos, tras los postes y el largo alejarse de los cables, la llanura, inmensa y ardiente, se perdía bajo las estrellas y el vuelo silencioso, invisible, de los insectos.

Pascual Menéndez amaneció entre el lívido color rosa del alba, bajo el rocío, atado en un poste junto al camino. Un mendrugo de pan duro y ensangrentado le llenaba la boca.

La Guardia Civil, sin necesidad de muchas averiguaciones, detuvo a los culpables, entre ellos a Tristán el Grandote, que fue tras la pareja arrastrando su fiebre y su borrachera. Eran doce, entre sospechosos y culpables. Pablo los vio marchar como las reses al Matadero.

La cárcel estaba cerca, y allí fueron a parar, entre los gritos e insultos que las mujeres lanzaban a los guardias. Mientras el juez local y el cabo de la Benemérita instruyeran los autos del proceso, quedarían allí.

Era la noche del 17 de julio de 1936. Pablo bebía lentamente. Junto a él, la pequeña y destartalada radio de Antón emitía extraños ruidos, como de brujas o de aviones. De pronto, le llegó una voz, unas palabras. El Ejército español de Marruecos acababa de alzarse contra el Gobierno de la República, y era de suponer que secundasen su movimiento muchas guarniciones peninsulares.

Pablo se levantó, alucinado, y se encaminó hacia la escuela. Hay horas mágicas, quietas y plenas en que un hombre se siente henchido y como fuera de la tierra, en que la vida debe volcarse, perderse o ganarse, para siempre, en que todo guía, todo empuja, todo arrastra. Una fuerza desconocida, una intuición de más allá de lo humano, mueve los hilos, y el hombre queda suspendido en el vacío. Sus manos y sus pies, sus ojos, sus palabras, se mueven conducidos desde no se sabe dónde como un trágico muñeco, perdido y brillante como una estrella. Pablo vivía en esa hora, grande y desesperada, en que cada ser se juega su tierra, su pasado y su futuro.

Dios, yo quiero atravesar mi Jordán, pensó. Ya sabía lo que iba a hacer. Antón lo vio salir, en silencio.

Quimo el Gayo, Nin, el hijo de la Margarita, Pedro Molinero y Elías de Herrería eran casi unos niños.

Vivían cerca el uno del otro, dormían con los oídos alerta, junto al ventanuco abierto, con la mirada fija en un cielo duro y ardiente. Los buscó, uno a uno, y fueron de nuevo en busca de Antón. En la bodega habían reunido un pequeño depósito de armas.

Carretera adelante se hundían sus pasos en el polvo. Pablo y los cuatro muchachos avanzaban hacia la prisión. Pablo tenía los ojos muy abiertos y en las sienes, redoblando, diminuto y terrible, el pulso de su sangre, de toda su vida. Yahvé, no estoy borracho... Yo quiero atravesar mi Jordán...

La prisión formaba ángulo con dos callejas oscuras de la última estribación urbana. Poco más allá se abría el campo, cerrado en la noche, gravitando en una extraña densidad de silencio. En un farol parpadeaba una luz diminuta y amarillenta, estrellada en la sombra. El piso de las calles, de grava y tierra endurecida, se bebía el ruido de las pisadas. A la cabeza de los cuatro muchachos, Pablo avanzaba, con fría seguridad de alucinado. No reflexionaba en lo que iban a hacer, pero sabía que tenían que hacerlo.

Unos pasos más y se hallarían junto a los viejos paredones de piedra, remendados a trechos con ladrillo. Las ventanas de la parte baja estaban tapiadas.

Las del primer piso tenían grandes barrotes de hierro, anudados entre sí. El único punto vulnerable era la puerta principal. Había que jugarse el todo por el todo, había que entrar, y que entrar por allí.

Las noches de verano, la pareja de civiles encargada de la vigilancia jugaba a la brisca en el amplio zaguán de lo que fue casa solariega, tras la puerta entreabierta, para que entrase algo del frescor nocturno. En una pieza contigua al zaguán dormían el cabo y los dos guardias que harían el relevo a las seis de la mañana. A veces el cabo se quedaba un rato a ver cómo iba la partida o terciar en ella, pero, por lo general, se retiraba pronto a descansar.

Aquella noche era de suponer que el cabo durmiera y que los números, como era habitual, estuviesen más al tanto del juego que de otra cosa, confiados en la paz de siempre. Aquella noche, para ellos, era una noche más, una noche cualquiera de servicio, monótona, larga, desagradecida.

Los pasos de Pablo se grababan en el polvo, camino adelante, adelante, cada vez más cerca. Sólo cruzar aquel dintel iluminado por un rayo de luz tenue, y doce hombres saltarían al campo, debajo del cielo.

Doce cabezas, doce corazones, atentos al menor crujido en un duermevela anhelante atentos al chirriar de los grillos, al crujir de las maderas, al vibrar sordo de los pasos en las grandes losas de piedra. De cada ruido podía llegar lo imprevisto: una esperanza o una desesperanza. Sólo cruzar aquel dintel y la vida irrumpiría ciega, brutal, como un trallazo. Aquellas almas colgadas del tiempo volverían a vivir su hora, su minuto. Aquellas manos quietas, crispadas, volverían a encontrar su objeto, su despiadada razón.

Aquellos hombres doblados sobre su miedo, bascularían sobre sus plantas duras, para saltar sobre la tierra como una bandada de grajos. Hombres allí obedientes, ahora, que en un instante se olvidarían de todo.

En el zaguán los guardias seguían la partida con la guerrera desabrochada. Por un pequeño ventanuco, cerrado con una cruz de hierro, que se abría más alta que la estatura de un hombre, vieron sus cuerpos inclinados sobre un taburete, en el que arrojaban las cartas con gesto desmadejado. Apoyados en la pared había dos fusiles. Todo respiraba un cierto relajamiento. Fuera, sobre la tierra, sobre la noche, se esparcían brochazos encendidos, calientes.

Por encima de los hombres, de la vida.

Agazapados contra la pared, avanzaron despacio Quimo, Nin, Pedro y Elías. A Pablo, el frío del acero que llevaba contra el pecho le quemó de pronto, como si estuviera el arma al rojo. Caerían por sorpresa, brutalmente, cara al fuego. Tras sus pasos presentían más pisadas. Hombres y mujeres con hoces, con guadañas, con su desesperación de años, empujándoles. Contra la pared, los cuatro cuerpos campesinos se arrastraban como silbidos de culebras.

Dentro, los guardias estaban despeinados, con la piel sudorosa y el correaje aflojado. Ignorantes. Pensando en otras cosas, lejanas o próximas, menudas, cotidianas. Las cartucheras y las balas estaban lejos de su pensamiento. Pablo avanzaba decidido: Qué indefenso es un hombre cuando está recordando o cuando está riendo.... Qué indefenso es un hombre. El calor era tórrido, feroz, aquella noche. Les caían gotas saladas por las mejillas.

Guiados por Pablo los chicos se lanzaron en la noche. Eran pequeñas alimañas en acecho, que oyeron hablar de la vida. Brillaban las pistolas, en sus manos inexpertas, sabían que la sorpresa era su mejor arma. Lanzarse sobre los guardias, sin miedo, abiertamente, insensatamente, y hundirles el plomo en las

entrañas. Eran jóvenes, rápidos, crédulos. Casi no hubo tiempo de gritar. ¡Qué lejanos parecían, de pronto, los fusiles!

Irrumpieron los cinco hombres en el zaguán silente, alumbrado por una luz alta y pequeña. Sin darles tiempo a reaccionar, se abalanzaron sobre los dos guardias civiles, que cayeron derribados al suelo, entre la batahola de las sillas, las guerreras y el taburete. Quimo el Gayo, con el rostro congestionado súbitamente, sobre su palidez casi pueril, acometió a uno de los guardias que intentaba levantarse abrazándose a él con un estertor casi animal. El guardia intentaba alcanzar la pistola, que pendía del correaje colgado de un clavo en la pared cercana. Pero Quimo, encima de él, le acogotaba con sus manos nerviosas y le clavaba la rodilla en el vientre. rápido, aprovechando un momento en que cedió la tensión, empuñó el arma que llevaba en el cinturón y le disparó dos tiros entre los ojos. En tanto Elías y Pedro Molinero se hicieron cargo del otro número, que se dobló con un solo grito. A un tiempo, Pablo intentaba abrir la puerta que daba paso a la habitación donde descansaban el cabo y los dos guardias del relevo. Nervioso, no acertaba a desatrararla, por más que forcejease con la empuñadura. Al otro lado se oían ruidos, movimientos y voces confusas. Para no perder tiempo y evitar que quien allí estuviese reaccionara de la sorpresa, retrocedió unos pasos y fue a coger una silla con que golpear la puerta hasta que cediera.

En este instante la puerta se abrió Pablo vio a los dos guardias con el fusil empuñado y, pocos pasos delante, al cabo, en briches y camiseta, Astra en mano. En la oscuridad su rostro era una mancha blanca, flotante casi. Pablo se fijó estúpidamente en los tirantes que colgaban, lacios, a los flancos del pantalón. Retrocedió unos pasos y se arrimó a la pared, hurtando el blanco. Secos, simultáneos, se oyeron tres disparos. El cuarto lo hizo Pablo. La figura del cabo cayó con todo el peso de sus cuarenta y tres años, con su rostro espeso, macizo.

Quimo, de bruces sobre las losas de piedra, intentó levantarse tensando los brazos. Estaba herido mortalmente, pero no quería, no quería... No puede ser.

No puede ser. Si hiciera otro esfuerzo... Los dos guardias, protegidos en la oscuridad de la habitación vecina, dispararon de nuevo. Nin el hijo de la Margarita, y Elías, cayeron sobre el cuerpo de uno de los guardias que jugaban a la brisca, arrastrando a Pedro Molinero. Creyendo los guardias que Pedro contaba entre las bajas, salieron del zaguán para hacerse con Pablo, que seguía arrimado a la pared, fuera de su alcance. No habían dado cuatro pasos, cuando uno de ellos cayó herido en el vientre, de un disparo de Pedro, atrincherado tras

el cuerpo de sus camaradas. Pablo aprovechó el momento para, a quemarropa, disparar en los riñones del otro guardia.

Sin perder un minuto entró en el dormitorio y cogió las llaves del calabozo. Una botella de vino, a medio vaciar, cayó al suelo, sobre una revista abierta.

Quimo logró incorporarse. Con miedo se palpaba el pecho, la cintura, los muslos. Notó su calor su propia vida, corriéndole dentro, levantándole desde dentro. No. No podía morir. Tenía dieciséis años y afuera estaba el cielo, el ancho cielo interminable la llanura, rojiza, perdida, por donde escapa la vida, huye la vida, como un potro asustado. Quimo buscó la puerta, buscó el cielo y la tierra. Y, sobre la tierra, se quedó de rodillas, caído como si se hubiese puesto a comerla. (Las balas gritan, gritan como seres muy alegres, aguda, ferozmente. Las balas muerden el aire, obsesivas, con sólo una idea fija. Después se quedan en el suelo, inútiles, deformadas y muertas. Se pueden hacer saltar en el hueco de la mano si se recogen.) Quimo se quejó muy bajo, con un lamento enronquecido. Con las dos manos abiertas, como si fuese a incorporarse, se apretó más a la tierra. Y un solo goterón espeso, muy rojo, le cayó de la boca, despacio, coloreando el polvo.

Hermanos...—pensó Pablo al oír el grito de los presos—. Hermanos todos, hijos de Caín. Su vieja Biblia, estropeada, con sus manchas crecientes, estaba siempre junto a su corazón, amada, presente.

Pero no iba a malgastar su tiempo en palabras. Palabras que no sirven para nada, huecas palabras que sólo saben dorar el corazón. Se lanzó contra la puerta del calabozo. Y así, sin más —qué sencillo todo de pronto, qué fácil todo, de pronto, qué fútil todo, de pronto—, dio la vuelta a la llave y descorrió el cerrojo. Sin un solo chirrido. ¿Cómo puede ser todo tan fácil, tan simple, cómo puede ser tan absurda y limitada la libertad? Mil preguntas oscurecían la alegría, mil llamas sin calor, dolorosas, atraviesan el triunfo. ¿Cómo puede ser todo tan innecesario y tan imposible...? Pablo sentía agarrotarse su cuerpo, su alma. Hermanos todos, hijos de Caín. Pero ya estaban allí los hombres, los doce hombres libres como un grito, desmandados, resacos de larga sed, de vieja, de antigua sed. Estaban allí sus voces crecidas, el seco golpeteo de sus pies. La puerta vomitó doce hombres, distintos, transfigurados, como una esperanza. Como si hubiese cambiado el mundo, la vida, en una hora. Pero todo es igual. Todo es igual... Hombres grises, con las ropas aún desabrochadas o medio desnudos descalzos, en un desvelo violento e inesperado. Congestionados de alegría.

Ha cambiado todo. Han bajado las estrellas y han incendiado el suelo. Ha cambiado la vida. Ha entrado el mar en la llanura, el lejano mar únicamente oído, únicamente soñado. Ha cambiado el hambre, ha cambiado la sed han cambiado las lenguas de los hombres y los ojos de los niños. ¿En qué creen? ¿Qué encuentran? Pablo, en su creciente soledad, lloraba.

Lloraba porque los hombres no acogían su libertad —su extraña, mezquina libertad— en silencio. A su lado, Nin el hijo de la Margarita, estaba muerto. Cara arriba, viéndosele los ojos. Con su última palidez teñida de sangre seca. Pero los hombres eran hombres libres.

En el zaguán, como aullidos de lobo, creció la gritería. Tristán el Grandote pateó los cuerpos de los guardias e inició el despojo de los muertos. Se repartieron las armas, los anillos de boda, los zapatos. La luna resplandecía. Los hombres tenían una risa extraña. Las guerreras de los guardias les cabían a tirones, apretándoles en los sobacos, no se las podían abotonar. Los tricornios brillaban sobre sus cabezas rapadas. Sus voces se levantaban altas, como llamas. Hermanos, hijos de Caín, ¿qué hacéis de vuestra libertad?... En el suelo, caídos sobre sus vidas, Quimo el Gayo y Nin, el hijo de la Margarita, aplastados contra la tierra, con su amor ya inútil, su valor ya inútil, tan torpes, dentro ya de la última sombra. Los hombres libres caminaban, resonaban sus pasos en el zaguán y en la calleja, cara a la noche.

De pronto su libertad le pareció una extraña carnavalada. Hermanos, hijos de Caín. Tristán intentó levantarlo en hombros, llevado de su alegría, su horrible alegría de hombre. La cabeza áspera de Tristán se debatía debajo de su barbilla. Pablo logró apartarse. Tenía vergüenza, una vergüenza dura y dañina, porque no fue herido, porque no le alcanzó ninguna bala. Se veía a sí mismo, se juzgaba. Era Pablo.

Pablo, perdido. Pablo, el inútil. Pablo, el redentor.

Los guardias y el cabo yacían maltratados, rotos.

Sus guerreras ensangrentadas hacían las veces de bandera. En el suelo, cadáveres grises, mezclados a los tricornios. Fusiles que se disputaban, hebillas de metal arrancadas, cinturones chascando como látigos. En tromba, entraron en el zaguán, bajaron al sótano, encontraron una cuba de vino. Tristán, con el traje desgarrado de arriba abajo, sujetaba un cuchillo entre la sonrisa, una sonrisa que ya parecía no se borraría nunca.

Desde la carretera les llegó el rumor de pasos y voces. Antón había armado a los hombres del lugar.

Transfigurado, con los ojos encendidos y las manos gesticulantes, su llamamiento se extendió rápido por las barracas y el bloque obrero, por la población entera. Hombres y mujeres surgían de rincones oscuros, crecían como espuma densa y oscura, avanzando carretera adelante o población adentro.

Pablo los vio llegar, apretados en una fila amenazadora, con sus voces broncas, sus pisadas medio sofocadas por el polvo, armados de hoces y guadañas. Poco a poco fue reconociéndoles. El Chozas, el Brujín, Matías González, Alejandría, y su voz hiriente. Y la Rosa y la Margarita. Se acercaban como una lenta, apretada nube de tormenta. Con sus amenazadores recuerdos de hijos muertos, de desahucios, de pan seco, de préstamos, de ropa insuficiente, de largas hambres. Se acercaban como un rumor profundo, bajo el cielo de la noche, un cielo espléndido, de fiesta rural. Las guadañas y las hoces tenían un raro vencerse hacia el suelo, como hierba tronchada. Tristán el Grandote repartió vino, en un rito casi solemne. El vino tenía un aire bronco de fiesta que empieza, de amarga fiesta demasiado esperada. Los ruidos, eran ecos sordos en la noche, y todo parecía, hasta las risas breves e incisivas, sofocado por el polvo. Bañadas por la luna, las mejillas peludas de Tristán centelleaban. A la nariz de Pablo llegó el olor fuerte, el intenso olor del vino. Sintió cómo sus muñecas temblaban y el paladar se le empapaba de un raro gusto a pólvora, y se acercó a la cuba. El vino caía, vertido por el suelo corría por entre las juntas de las baldosas como burlándose de la sangre. Las voces crecían al ritmo de su deseo de vengar viejos agravios, encallecidas humillaciones, hambres y miserias. De repente, le sorprendió que al otro lado de las voces, de los hombres y las mujeres, frente a él, hubiese una ventana humilde, con una estrella verde. Le llegaba un olor insoportable, a carne sudorosa, a pelo quemado, a ropa quemada. a carne quemada. Salió de allí. Frente a la cárcel, en el polvo, crecía una hoguera purificadora.

La Rosa, la Margarita, intentaban vengar a sus hijos en los cuerpos maltratados de los guardias, una especie de aullido inhumano salía de la garganta de la Margarita. Pablo sintió ganas de vomitar, regresó adentro y hundió la cabeza en el boquete abierto en la cuba por la bayoneta de Tristán. Sorbió, como hacen los perros en los charcos, como aquel perro en el matadero, años atrás. Padre, viejo loco querido; padre, yo te forraré de libros toda una habitación... Sacó la cabeza chorreando de vino. Las gotas le caían por el cuello y se le metían camisa adentro. A su lado, sentado en el suelo, Eugenito el Jorobado se calzaba las botas del cabo. Eugenito rió, parodiándole: ¡Hijo de Caín!

Pablo salió al patio, limpiándose la boca con el antebrazo. Aquella mezcla de alegría agresiva y de odio desatado parecía tener un olor especial, teñir el aire abrasado de la noche. Y creen que el mundo acaba aquí...

La mujer de Tristán, que venía corriendo, gritando, no se sabía si de amor o de rabia, se echó encima de su hombre. Torpes, cayeron al suelo, y en el suelo mismo, rebuscaron con ansia su atropellado y viejo amor. Que el mundo acaba aquí... El calor hacía irresistible la proximidad de la hoguera, su humo cargado de muerte. Había en el aire una macabra mezcla de hedores y allí dentro se había quedado sola la pequeña ventana, con su estrella.

Pablo se volvió a los hombres, les llamaba con angustia, se llamaba a sí mismo, desesperadamente, como si se viese distante, inaccesible, cada vez más lejano y hundido en un pozo sin fondo. Con desengañada pasión les fue hablando: debían caer sobre la población porque el mundo no acababa allí y había llegado su hora, tan esperada... La voz se le quebró.

Carretera adelante inició la marcha, enarbolando un fusil. Nos esperan otros hombres. Antón nos espera con otros hombres, y le seguían y en un avance oscuro sus pisadas resonaban como la honda respiración de la tierra. Le seguían todos, hombres y mujeres. Solamente Tristán y su mujer, ebrios, con el fin y el principio del mundo en sus vidas, se quedaron junto al fuego, panza abajo y panza arriba.

Un viento bajo y abrasado les envolvía en su avance a la población. No eran los únicos, las calles estaban llenas de voces, de hombres, de niños. Ellos directamente, fueron a la colina de la ermita. A culatazos Pablo saltó la puerta. Luego, prendió fuego al oratorio y le pareció abrasar todos los recuerdos que le dolían como heridas. La campana, que tocó a Vísperas, siglo tras siglo, cayó entre las llamas. Las cabezas de piedra, las odiadas cabezas de ángeles y de santos, de diablos y de dragones, seguían sonriendo, enrojecidas por el fuego, con los ojos vacíos.

Una vieja, medrosamente, recogió del suelo una mano de madera, que ocultó en el delantal. Llorando, se fue de allí.

Luego, bajaron hacia las casas donde se abría el silencio. Pablo iba ahora detrás de los gritos, de la violencia desatada, y a su lado, Antón, parecía una sombra larga. Los anchos escalones de acceso a la ermita quedaban atrás, impregnados por el resplandor movedizo del incendio, como una inmensa respiración. Pablo

se tambaleaba ligeramente, descendía taciturno, sin eco, entre la algarabía. La sombra de Antón caía sobre su espalda, la sentía en la nuca como un aleteo. Esperaba aquel momento desde hacía cuantos años.

Cada uno buscó a su hombre, su venganza. Únicamente él estaba solo... porque su venganza era más grande. Hubiese tenido que asesinar a todos los hombres, a todas las mujeres, a todos los niños. Pero estaba solo. En el minuto de la victoria estaba solo como una estrella que cae, que siempre cae, sin lograr el destino. Sube a la cumbre del Pisg, y alza los ojos hacia el poniente, el septentrión, el sur y el oriente, y contempla con tus ojos, pues no has de pasar este Jordán. Dejó un pavor mudo, tórrido, tras sus pasos.

Cuando disparó a la espalda del cura, mató en su corazón al párroco que le hizo tantas veces la señal de la Cruz en la frente, allí en la aldea; cuando mató a la mujer del dueño del molino, de ojos negros y turbios mataba en su corazón a la mujer del herrero; cuando mató al hijo de Lucas Fernán, el alcalde, un muchacho delgado y blanco que estudiaba Filosofía, mató su propia inocencia, su propia juventud.

Como si clavase mariposas, y negros y horribles escarabajos en su corazón.

Al amanecer se extendieron el miedo y las hogueras por toda la cadena de pueblos.

Pablo había sido, en otro tiempo, un muchachito vergonzoso que apretaba los dientes al olor de la sangre para no vomitar.

Los cristales de la claraboya trepidaban sobre la cabeza de Pablo. Levantó la cabeza y miró hacia arriba. Una luz verdiazul, blancuzca, le llenó los ojos.

Hay aquí una luz especial, esta noche...

Volvió la mirada hacia Cristián, que le observaba con dureza, tal vez con dolor. Cogía entre las suyas la mano de la chica.

—Niños babosos —repitió Pablo, ahora en voz más alta, como deseando herirles—. ¿Qué se puede esperar de vosotros, cobardes, escondidos en la escalera, para llorar y...?

La voz de Cristián le cortó:

—Daniel está agonizando. Tal vez ya está muerto.

Apretando los labios, Pablo dio un puntapié a la botella de coñac, ya vacía.

—Y tú —dijo lentamente—ya has comenzado a repartir su botín. ¡Bien! Después de todo, hay que reconocer que Daniel tenía más cojones que tú.

Les volvió la espalda y entró en la buhardilla.

Sol contempló a Pablo. Rubio y alto, con el andar desmadejado, el rostro blanco bajo la lechosa fosforescencia de la claraboya, los pómulos anchos, la nariz corta sobre una boca de labios duros, retraídos.

Todo él teñido de una palidez de tierra yerma. Llevaba una cazadora de cuero y botas enterizas. Para ella, el prototipo del hombre uniforme, constante, que tropezaba por todas partes. Siempre igual, desde hacía tiempo.

—No comprendo cómo puede ser hermano tuyo —dijo sin poderlo evitar, mientras Pablo entraba en el piso.

Cristián reaccionó de pronto, casi colérico.

—¡Qué sabes tú! —dijo.

Volvieron de nuevo al silencio, apoyados contra la pared, muy cercanos uno del otro.

El aroma suave del cabello de Sol, la tibieza de su piel, le despertaba una indignación rabiosa, como sus palabras. Pablo le parece horrible. Odia a Pablo. Tal vez un hombre como él mató a su padre. Tal vez un hombre como él ha destruido su mundo...

¡Bah, qué mundo...! ¡Pablo es un hermano como no tendrás tú nunca! ¡En la vida podrás entender lo que siento ahora! Por más años que vivieras, no lo entenderías. ¿Acaso, si no hubieras sentido miedo, soledad, habrías estado aquí conmigo, habrías escuchado mis palabras, me habrías hablado de ti? No.

No. Eduardo y tú, ¿qué sabéis de todo lo nuestro?

Nunca entenderéis a Pablo, a Daniel, a mí. Nosotros, entre nosotros, podremos odiarnos, quitarnos la piel a tiras, si se nos antoja. Nosotros hemos conocido el

hambre antes que ahora, no nos sorprenden las revoluciones ni la miseria. ¡Nosotros podemos desear, reclamar, porque nunca tuvimos nada...! ¿Y ahora pretendes buscarme, unir tus decepciones a mis decepciones? ¡No, no puede ser! ¡No podemos ser amigos...! Lo sentía con furia y con dolor, desesperadamente.

—Sol, tú y yo no podemos ser amigos. Pablo y yo somos iguales. Sí, te parece raro que sea mi hermano.

Mi mundo no tiene nada que ver con el tuyo. Pero ahora estamos en el mismo barco, lo queramos o no.

El mundo suyo, dolorido, un mundo de hombres y mujeres que ríen y que sufren, que comen y que pierden tiempo y vida, día a día, que luchan y que caen, que se levantan, vuelven a caminar, que caminan siempre, que mueren y engendran hijos, que mueren y ven crecer a los hijos... ¿Quién eres tú —se dijo— para despreciar a Pablo? Pablo es mi hermano ha sufrido a mi lado. En tiempos, dormía junto a mí.

Me despertaba para correr, correr... y juntos corríamos, corríamos, hay una larga calle de piedra en nuestra vida, una dura y fría calle, llena de polvo árida y sin fin, por la que Pablo y yo vamos corriendo uno al lado del otro...

—¿Sabes quién me sacó de la cárcel? —Su voz temblaba en una exaltación creciente—. Fue él. Y ahora, ahora mismo, podría arrancarme de este agujero y enviarme a la guerra. Pero no lo hace...

—¿Por qué? —preguntó Sol. Sus ojos estaban muy cerca. ¡Oh, qué estúpida parecía de pronto, qué blanca, qué lejana!

—Sabe que yo no quiero morir, nadie, que no entiendo ni comparto su vida ni sus ideas, todo lo que para él es importante. ¡Puede despreciarme si quiere, y yo puedo compadecerle, porque conozco el fondo de su corazón! Hay algo que siempre, pase lo que pase, nos ata uno a otro: ahora mismo, ante la muerte de Daniel. Pero tú y Eduardo, ¿qué podéis comprender de todo lo nuestro?

Sol bajó la cabeza para no ver sus ojos. Apenas hacia unos minutos, algo maravillosamente cálido y bueno les acercó. Ahora desde que llegó Pablo, se volvían de nuevo extraños, casi hostiles. Pensó que Cristián era un ser hambriento débil y arisco como ella pero unido fatalmente al mundo ajeno, al de los seres ignorados, entrevistados tras los cristales del balcón.

No había, al parecer, en aquel mundo, un lugar para ella. Sol creyó ver a los hermanos Borrero y a miles y miles de seres semejantes, unidos en un mismo odio, en unas mismas desesperanzas, inquebrantablemente, a pesar de sus desavenencias. Ligados entre sí, como jamás lo estuvieron Eduardo y ella. Recordó a su madre, llorando la ausencia de su marido y el desvío de su hijo, pensó en sí misma. Era el dolor más que la alegría, tal vez, lo que unía a las gentes.

En aquel momento, Pablo llamó a Cristián, el muchacho entró en la buhardilla y Sol quedó de nuevo sola. Tuvo miedo y se supo perdida, pequeña.

Los estampidos se sucedían fuera. Se acercaban cada vez más, estallaban en las calles próximas, una y otra vez, la luz de la claraboya se volvió rosada, casi rojiza, lamida por grandes lenguas ardientes.

¡Qué extraño rosario el del fuego, desgranando una a una sus cuentas, sobre la tierra! ¿Cómo podría creer Eduardo en la seguridad de su cuerpo? ¿Cómo podría amar a su cuerpo sobre todas las cosas? Allí donde rondara la muerte, nada poseían los hombres.

Era la muerte la que vencía, imperaba, mientras los cuerpos se rechazaban, se odiaban o se amaban.

La claraboya tembló de tal modo que, instintivamente, Sol se levantó y fue tras de Cristián. Cuando llegase Eduardo se aferraría a él tozudamente, inventándose un cariño nuevo, una verdad si era preciso. ¿Podría ella defender alguna vez el egoísmo de Eduardo, como Cristián la crueldad de Pablo?

Miró hacia el corredor. No había una sola bombilla encendida, a causa del bombardeo. En la habitación de Daniel, la vela ardía, habían cerrado la ventana y percibió una atmósfera acre, espesa. La puerta estaba abierta y lanzaba sobre el suelo del pasillo un cuadrado amarillento, continuamente manchado por sombras movibles. Siguió sobre los mosaicos el ir y venir de los dos hermanos vistiendo el cadáver de Daniel. Era un juego grotesco de muerte y de vida. Hablaban distintos lenguajes, pero estaban fatalmente confundidos en el suelo, en sus sombras. Tal vez, verdaderamente se amaban. también.

Luego, oyó el golpe de un brazo, como envuelto en trapos contra la pared. El chocar de aquel cuerpo aún tibio le angustió casi tanto como el creciente temblor de todas las cosas. El corazón le golpeaba rápido. Debe de ser difícil y triste vestir a un muerto. ¿Para qué vestir a un muerto? En los movimientos habrá algo

falso, como en los muñecos de guiñol... Aquellos pequeños ruidos, tan pequeños y extraños entre las grandes explosiones, le parecían inhumanos. Recordó, con un estremecimiento, a su abuela, que deseaba ser enterrada con alguna de sus joyas. ¡Qué horrible y extraño espectáculo el de los muertos, con dentaduras postizas, con zapatos, con anillos de oro!

La puerta de entrada estaba entreabierta y de improviso, alguien la empujó, y entró violentamente.

Un cuerpo robusto, achatado, tropezó con ella.

En la penumbra, Sol vio a un chico astroso, con una boina hundida hasta las cejas. Decidido entró en la habitación de Daniel y Sol oyó entonces una especie de gruñido, como de animal herido. Le siguió, parándose en el quicio.

Sobre la cama descansaba Daniel, terroso, vestido con su traje azul marino. Cristián levantó la cabeza y miró al recién llegado.

—Chano —dijo, con voz dulce—. Has llegado tarde.

Te estuvo llamando mucho rato...

Chano se quitó la boina de un manotazo. Tiempo atrás debieron afeitarse la cabeza, y el cabello le crecía tieso y duro, en todas direcciones.

—Muerto —dijo Chano—. Muerto Daniel... ¡Muertos los dos, en tan poco rato!

—¿Qué quieres decir, con los dos? —preguntó Cristián. Miraba compasivamente a Chano, que hacía esfuerzos por no sollozar.

Chano no pudo dominarse más tiempo. Balanceó la cabeza torpemente y su llanto era un brutal estallido, demasiado nuevo, demasiado real. No lo podía evitar, tal vez le sorprendía a él mismo.

—Eduardo se quedó allá abajo... Junto al depósito de gasolina —dijo—. Yo creo que saldrá mal de allí, si es que no ha reventado ya... ¡Pero aunque le hubiese visto destriparse a mi lado, no me sacaría ni una lágrima! ¿Qué se me da a mí de ese blanco...?

Éste sí, es mi amigo, éste era mi amigo... ¿Es que no lo entiendes, o qué?

—Fuera de aquí —cortó la voz de Pablo—. ¡Vamos, rápido!

—¡Yo soy su amigo!

—Aquí no hay amigos. ¡Vete! Ya no te queda aquí nadie.

Chano, atemorizado y dolorido, retrocedió.

Sol estaba quieta, mirando el cuerpo de Daniel.

De pronto, parecía muda, sorda, como si no hubiese oído lo que dijo Chano entre sus lágrimas. Cristián, por ella, preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Eduardo? ¿Dónde está?

—¡Qué sé yo...! Se perdió en el camino, cuando veníamos para acá. Una vez, me volví, y ya no me seguía. Fue donde el depósito de gasolina. ¡Cayó una buena! Corríamos, los dos como podíamos... Le habrá alcanzado la metralla, pensé, porque vi a un hombre en el suelo, pero ¿qué me importa a mí él?

Fue a buscarme para decirme que el Bizco se moría y... ¡Daniel!... ¿Tú sabes? ¡Allá abajo caen como moscas! Están haciéndonos papilla, no sé cómo pude escapar... Pero no me importa. ¡Nada me importa, ahora que el Bizco se ha muerto!

Sol, ahora, contemplaba obstinadamente a Daniel, lo veía dentro de su raída chaqueta, los brazos rígidos a lo largo del cuerpo. Un vacío, una súbita incredulidad la invadía por momentos, un enorme frío ganaba sus brazos, su pecho, su corazón. Pero se daba cuenta de todo lo que ocurría junto a ella, hasta de los más leves movimientos, hasta el más imperceptible parpadeo. y el vacío iba abriéndose a su alrededor, un vacío que la alejaba más y más de los seres y de las cosas, del zumbido de los motores, del trepidar de los cristales, de la muerte, y una tranquilidad pasmosa, horrible, la inmovilizaba. Nada podía arrancarle un sollozo, como a Chano. En cambio, pensaba, minuciosamente, en los millares de cristales que se rompen, en las paredes derrumbadas, en los hombres que disparaban los antiaéreos. Tendrían frío, seguramente, un frío tan grande como el que inmovilizaba sus manos y sus pies, como el que inmovilizaba a Daniel. Únicamente Chano parecía allí una hoguera intempestiva, con sus noticias de metralla, de fuego, de ya inútiles camaraderías.

—¡Vete de una vez! —repitió Pablo, con energía—.

El cuarto es demasiado pequeño. Si quieres verlo enterrar, vuelve mañana. Pero ahora, márchate.

Cristián se acercó a Sol. Algo les unía, algo que ya nada ni nadie podría destruir. Como si hubiese entre ellos el pacto de una extraña, desconocida paz.

Le rodeó los hombros con el brazo y, suavemente, la condujo hacia afuera.

Cristián cerró los ojos. Si quieres verlo enterrar, vuelve mañana... Por un momento le pareció ver a Daniel y Eduardo, vivos aún hacía apenas unas horas. Si quieres verlo enterrar... Qué espantoso y estúpido parecía todo, de pronto. Mañana irían al cementerio, los féretros se alinearían dentro y fuera del depósito, esperando turno, hora tras hora, el viento traería como una inmensa náusea dulzona.

Pablo entregaría víveres o dinero a los enterradores, y el cadáver de Daniel pasaría delante. Tal vez a las cuatro de la tarde ya estaría olvidado en su nicho.

Seguramente su padre echaría de menos los responsos, pero únicamente, aguzando el oído, podría oír el rumor de un mar gris, lamiendo los bordes de la tierra.

Cristián sacudió la cabeza. Retenía entre las suyas la mano de Sol, una mano suave y fría, de una blancura exasperante. Ella continuaba silenciosa y abstraída. Deseaba un gemido, un dolor vivo, real.

Pero casi no sentía pesar, apenas una angustia leve, fría, de cosas que huían irremisiblemente sin que pudiera detenerlas, que pasaban inexorablemente ante su desesperación o su misma indiferencia. Recordaba a su hermano y se decía una y otra vez:

Tal vez ha muerto. Recordaba sus palabras: Acerca la mano a tus ojos, y dime si es una mentira. Tal vez era preferible vivir de mentiras, tal vez, únicamente, se vive de mentiras.

Chano, al oír hablar del entierro, enmudeció también. Un terror nuevo se apoderó de él. Había visto aplastar hombres y mujeres bajo los escombros, recordaba claramente un brazo, un pie, entre los cascotes. Meses antes, subido a la tapia de un solar, había visto cómo unos hombres, armados de naranjeros, ametrallaban en masa a otros hombres apiñados, lívidos. Había visto cómo arrastraban un hombre vivo, ensangrentado, calle abajo, y había contemplado

cómo se derrumbaba más de una casa, como si se tratara de un juguete, y había gritado delante de las turbas que iban a incendiar templos. Había nacido, hacía apenas dieciséis años, bajo un puente próximo a la estación. No recordaba apenas a su madre, no conocía a su padre no tenía hermanos, ni casa, pero nada de esto podía conmoverle demasiado, era lo único que conocía. La única verdad, lo único que había llenado su vida era aquel amigo que tuvo, su único amigo y, ahora, iban a enterrarle.

Mientras le viese allí, serio y mudo con los ojos abiertos hacia ninguna parte, le parecía que aún podía llegarle su voz, alguna orden, alguna confidencia de sus labios... Pero enterrarle, encerrar para siempre, tras unas paletadas de cemento, sus sueños, su inteligencia, la convivencia, la amistad, le secaban el corazón, y el pensamiento. Al pensarlo, al tener conciencia de lo que aquello significaba, su fuerza se desplomaba desde los hombros al suelo.

Se restregó la nariz y pensó en sus proyectos, en sus andanzas. ¡Cuánto, cuánto tiempo hacía que andaban juntos, que juntos participaron en mil peripecias! Nunca pensó en esto como ahora. Daniel le era imprescindible, era su hermano, su padre, su dios. Sin Daniel, nada sería posible. Estaba irremisiblemente ligado a él, a su voz. ¿Quién sabe, pensó confusamente, si la metralla le respetó a él únicamente porque el Bizco le esperaba y le llamaba?

Si a alguien admiró en su vida era a Daniel, si a alguien respetó era a Daniel. Su fuerza nada valía, sin la astucia del otro, entre los dos formaban un todo.

Ahora se quedaba incompleto, como un hombre a quien amputan un brazo o una pierna. Sentía el mismo dolor. Nunca, hasta aquel momento, tuvo aquella sensación de soledad, de insuficiencia, de criatura incompleta y perdida. Parecía mentira. Un golpe de horror, de rabia, le arrastró escaleras abajo, apretando en su pecho, y en su garganta un dolor recién descubierto, demasiado grande para él.

Aturdido, tropezó con Sol y Cristián. Lo vieron correr escaleras abajo, con la misma prisa furiosa que llegó, jadeante y violento.

Fue entonces cuando Sol creyó despertar, y comprendió que no podía dejarle ir, que únicamente él podía decirle dónde estaba su hermano, dónde podría encontrarlo.

Intentó salir detrás de Chano, desprendiéndose de los brazos de Cristián, pero oyó sus pisadas, siguiéndole.

A media escalera comprendió la inutilidad de su persecución. Chano había desaparecido.

Se sentó en un escalón, la cara entre las manos, quieta, sin fuerzas, con un dañino deseo de desaparecer o de no haber nacido. Ser joven, vivir, de pronto le parecía como una enfermedad sin remedio. Como surgiendo de imágenes pasadas, creyó ver a su hermano, tal como se graban los colores y las voces en la mente de los niños. Le veía sobre su brillante bicicleta, entre una doble hilera de árboles, las ruedas giraban, escupiendo chispas de luz, en el suelo había grandes sombras verdes. Eduardo, el cabello rubio y ensortijado, movido por la brisa, soltaba las manos del manillar, para hacer el valiente. Llevaba una camisa azul, ancha y floja, hinchada por el viento cargado de verano y mar. El color verde lo invadía todo, como un fresco perfume.

Y recordó el tomito de Catecismo del padre Ripalda, con sus grabados. En un ángulo de la página cuarenta —con qué exactitud lo recordaba— había una figura, bajo la cual se leía: Enterrad a los muertos. Representaba a un hombre arrojando tierra a gentes y gentes, con la sola ayuda de una pala, como la que utilizaba de niña para levantar castillos en la arena. Algo había que se dolía de todo lo acabado, del tiempo perdido, pero nada tenía ya remedio. No hay tiempo para lamentarse, no hay tiempo para vivir...

Entretanto, un clamor extraño se hacía más ancho, más cercano, algo impalpable y grande se acercaba a ellos. Las manos de Cristián se apretaron sobre sus hombros, oyó su voz cálida, nuevamente:

—¿De verdad era Eduardo tu hermano?...

La palabra hermano, en boca de Cristián, tenía una sonoridad encendida. En aquellas palabras había algo mágico, enorme y terrible, un gran temblor sacudía el mundo, su mundo. Algo que se parecía a una aurora, violenta, se encendió arriba, sobre sus cabezas, prendió en los cristales altos y llegó hasta ellos, derrumbándose por la oscura garganta de la escalera, con una vibración casi humana. Aquella flor de luz, caliente, viva, les hizo estrecharse en un abrazo.

Y lo que presentían sucedió. Una bomba, la última de la noche acaso. estalló al lado mismo, arrancando parte de la casa. La buhardilla y el último piso fueron arrastrados con un estruendo total. Sol y Cristián, brutalmente empujados, rodaron escaleras abajo, dentro de una nube de humo, en la que flotaban, como

en un sueño casi hermoso, infinidad de partículas extrañas. La gran flor roja se había cerrado sobre ellos, el humo era amarillo, sofocante.

Les envolvía una tiniebla lúgubre, llena de crujidos sordos y temblores. Todo parecía inseguro bajo sus cuerpos, todo arrastraba hacia abajo, todo parecía tragar, absorber, para siempre. Hacía, sin embargo, tanto tiempo que lo estruendoso se había confundido con el silencio, que casi no les sorprendía el derrumbarse de las vigas, de las paredes, de toda la parte alta de la casa... Fue el silencio lo que les sorprendió. Un gran silencio caliente, que parecía derretirse sobre la nuca. Nunca sabrían cuánto tiempo pasó, cuántas horas estuvieron en el suelo inconscientes. Hasta sus cuerpos, rodaron infinidad de cosas: ladrillos, trozos de metal y madera, cristales... Y polvo, mucho polvo, de color blanco, de color oro, que no cesaba de bailotear en el aire, como una burla callada.

Alguien gemía rítmicamente, arriba. Por el portal abierto, sobre las casas, aparecía un cielo frío y estrecho. La calle estaba llena de humo. Un perro pasó corriendo, con las orejas hacia atrás y la lengua colgando.

Tenía el traje roto y el cuerpo magullado. A través del polvo extendió los dos brazos y Cristián tuvo ante sí, durante largos minutos, la visión de sus manos abiertas, como grandes y torpes abanicos, sin asumir que le pertenecían. Un peso le oprimía el pecho.

Era la cabeza de Sol.

Sobre ellos seguía oyéndose un gemido regular, constante. Se acordó de su padre y de Pablo. Apartó el cuerpo de Sol a un lado, trató de ponerse en pie y sacudió la cabeza, como si de este modo le fuese posible evadirse del sopor que le clavaba en el suelo.

El polvo danzaba, odioso, formando cintas blancas y retorcidas en el espacio, llenándole los ojos aturdiéndole, sumiéndole de nuevo en un sueño plomizo. Lentamente, con un doloroso esfuerzo de voluntad, recobró su fuerza. Desde la nuca a los pies sentía deslizarse un engañoso bostezo, un largo bostezo de despertar, que le enardeció. Apoyándose en el suelo, primero, luego en el muro, se puso en pie.

Sus dos manos abiertas ante sí, que parecían crecer por momentos, le obsesionaba, acaparaban todo pensamiento.

Una a una, casi, distinguía las partículas del humo.

Su mente estaba lúcida, falsamente lúcida y clara.

A sus pies, el cuerpo de Sol se confundía, aparecía cubierto por la blanca lluvia que uniformizaba personas y objetos. La madera, la piedra y la vida, inmovilizadas, se convertían en formas indistintas. Le vinieron a la memoria las estalactitas de algunas cuevas, tuvo deseos de gritar de rabia, de impotente y confusa rebeldía. Apretó los dientes, tenía que renacer de entre los escombros, y lograr otra vez su cuerpo, su vida, rescatarse de aquel hundimiento, en el que caían tantas cosas, tenía que...

Se inclinó hacia Sol y escuchó su respiración. La muchacha entreabrió los ojos. Cristián la ayudó a levantarse. La fijeza de sus pupilas, el brillo de escarcha que las llenaba, le parecieron como un sorbo de vino.

—¿Estás herida?

No, estaban vivos y algo misterioso, tal vez como el anuncio de algo que no entendía le sorprendía.

Estaban vivos, uno junto a otro, mirándose, con la piel llena de manchas y las ropas desgarradas. Se frotó el cabello para sacudirse la escoria. ¡Cómo le humillaba aquel polvo, que uniformaba lo inánime y lo vivo! Junto a ellos se abría la puerta del sótano, de verduzca humedad. En la negrura del hueco asomó la cabeza de un niño que llamaba a su perro, entrecortadamente, sin atreverse a llorar. Sólo él bajó al refugio y se notaba perdido, con la voz llena de soledad y de miedo. Cristián lo vio correr escaleras arriba, oyó el golpeteo de sus piecitos. Y, luego, sus gritos pequeños, aterrados; ¡Dusco! ¡Dusco!, llamaba.

Repentinamente el recuerdo de su padre, de Pablo, llenó el pensamiento de Cristián. Un miedo lento, frío, se apoderó de él.

—Espera. Espérame, te lo suplico...—dijo.

Sol asintió. Y de pronto él supo que ella ya no le abandonaría, que tampoco ella podía romper aquel delicado hilo que acababa de unirles.

A saltos, torpes y difíciles, Cristián subió hasta donde le fue posible. La escalera se había hundido en su parte superior, y temblaban los ladrillos peligrosamente bajo sus pies. La buhardilla estaba destrozada. Grandes huecos en la pared dejaban ver el cielo nada quedaba del descansillo, de aquella luz espectral y

hermosa bajo la que estuvieron Sol y él minutos antes. Tuvo entonces un solo pensamiento, en medio del angustioso silencio: Nadie necesita ya enterrar a Daniel.... Como un recuerdo le llegaba el estrépito de los últimos cristales cayendo sobre el patio.

La enorme herida de la buhardilla que ahora se ofrecía a sus ojos era de una tristeza vulgar, casi ridícula. No hay derecho a descubrir de esta forma la miseria de la gente... Era todo lo que se le ocurría, era lo único que pensaba en medio de su frío de aquella gran ausencia que le rodeaba. Allí estaba, roto y expuesto a las miradas, al escenario de su niñez, su maltrecha pobreza sobre un fondo de tejados oscuros y de estrellas. Era extraño cómo aparecían a sus pies objetos familiares, cotidianos, terriblemente domésticos. Con súbita furia, dio una patada al hornillo de alcohol donde su padre acostumbraba a calentar el desayuno antes de ir a la Academia, y, ¿dónde había estado durante años, aquel patín de Daniel que ahora se balanceaba en el aire, colgado de sus correas? El suave vaivén del viejo juguete ponía una tibia pincelada sobre el hueco de la noche, y se sintió sin fuerzas para mirar hacia abajo, a la oscuridad que se tragó la cama de Daniel, y a su padre, seguramente. A nadie se oía, a nadie se veía, únicamente aquel hueco como una inmensa dentellada. Sólo silencio y el viento de la noche. Una rata se paseaba despacio, entontecida sobre un saliente, y entre la masa oscura de la ciudad se encendían grandes resplandores que se reflejaban, en el cielo despedazado tras las vigas retorcidas. El cielo sólo sabía reflejar y mirar, era horrible el cielo con su gran bóveda impasible sobre los hombres, la tierra, los antiguos juguetes olvidados. Se goza de la vida, se hunde la vida, se llora o se ríe, y el cielo sigue mirándonos como si nada hubiera ocurrido, agujereado de estrellas amarillas.

En aquel momento, una voz llegó hasta sus oídos.

Escuchó, con el corazón tenso y oyó su nombre, repetidamente, una y otra vez. Alguien le llamaba. Cristián avanzó entre los escombros. Apartó maderas y ladrillos inseguros o desprendidos, que entorpecían su camino, saltó sobre los huecos y el suelo agrietado.

—¿Dónde estás?

Temeroso de que no le respondieran, preguntaba una y otra vez:

—¿Dónde estás, Pablo? ¿Dónde estás?

Una alegría casi brutal le llenó de pronto, algo como una risa salvaje le dolía dentro. Sudoroso, exaltado, Cristián saltaba ahora sobre los cascotes. Omitió el deseo de llamar a su hermano como años atrás, cuando dormían uno junto a otro, cuando corrían uno junto a otro.

Pablo apareció tendido entre los escombros. Cristián se acercó. Se apoderó de él una mudez agarrotada, y una gran opresión contraía su garganta. Se inclinó hacia Pablo y sus ojos le parecieron, más que horrorizados, extrañados. Casi parecía que sonriese, como si incluso se burlara de algo. Cristián se arrodilló a su lado. La rata, seguía paseándose cerca de ellos y chillaba, un viento muy frío azotaba jirones de trapos, innumerables banderas que inesperadamente celebrasen algo. Se inclinó sobre su hermano y de improviso, la noche se volvió hermosa.

Pablo intentó liberarse de aquella viga que le aprisionaba. Tenía las piernas rotas a la altura de la rodilla. Su sangre, negra en la noche, empapaba el polvo, y Cristián intentó levantar la pesada viga con todas sus fuerzas pero las manos resbalaban y notaba pegársele a los dedos el viscoso calor de aquel pequeño arroyo de vida que huía traidoramente.

—Pablo, si tú pudieras..., si te fuera posible ayudarme un poco a sacarte de aquí debajo —se notó la voz ronca—. Te haré una cura y...

Hacía tiempo, al principio de la guerra, le extirpó a Daniel una bala de un hombro. Daniel siempre se metía en líos estúpidos. Pero, ahora... Ahora tenía a Pablo, su hermano más querido, el más cercano a su corazón —ahora se daba cuenta, como una revelación—, tendido entre los escombros, con las piernas aplastadas bajo aquella horrible viga que se le escapaba de las manos, pesada como en un mal sueño.

Pablo se rió de un modo breve y bronco.

Al fin, consiguió levantar la viga y la inclinó sobre el hueco abierto, a su lado mismo, hasta que rodó abajo, perdiéndose entre ruidos y cascotes. Pablo, entonces, le miró. y en aquella mirada la imagen de su padre surgió entre los dos, lejana, perdida, suave y dolorosa.

Cristián se quitó el jersey y rasgó su camisa. Con los jirones empapó la sangre de su hermano, que brotaba sin cesar. Pablo cerró los ojos, respiraba difícilmente, el pelo, rubio y lacio, se le pegaba, húmedo al cráneo. Cuando Pablo cerraba los ojos parecía muerto.

En aquel momento se oyeron, cercanos, los motores. Los aviones volvían. Cristián rechinó los dientes.

—¡Vete! —dijo Pablo en voz baja—. Vete y déjame aquí. Ya no hay remedio.

Pero Cristián le cortó, con súbita furia:

—¡No, no te dejaré! ¡No te dejaré, Pablo, pase lo que pase!

—¡No seas idiota! Han aplastado a casi todos los Borrero... Anda, márchate y escapa tú, por lo menos.

Sálvate tú, por lo menos... Siempre, siempre igual. Aprovecha tú, por lo menos. Ya que no puedo yo, que puedas aprovechar tú... (Pablo, Pablo, hermano. Yo no sé recoger lo que tú me das, yo no sé aprovechar lo que tú me das, hemos vivido siempre así, recogiendo yo cosas que no pedía, que me permitía escoger, he vivido siempre con el peso de lo que tú me dabas. Siempre, a la fuerza, cargando con una vida que no era la mía, que no era para mí.

Pablo, Pablo, hermano, quisiera explicarte tantas cosas ahora, quisiera explicarte toda mi cobardía, la calle por la que avanzamos tú y yo se corta, se rompe, y hay un vacío debajo de mis pies, un enorme hueco por donde tu vida cae, cae, y se pierde. Pablo, Pablo, tu voz está llena de eco. No quiero liberarme así de tu vida, de tu peso...)

—Vete, Cristián, vete, muchacho, lo mío ya no tiene remedio... Baja al refugio o corre, o haz lo que sea...

Pero, ¡sálvate tú! ...

—¡Voy a sacarte de aquí! ¿Oyes? ¡Te llevaré conmigo!

Pablo intentó de nuevo decir algo, pero apretó los dientes como sofocando un gemido. Sólo entonces Cristián se creció de un modo casi mágico, y lloró como invadido de una fuerza salvaje y de un amor inmenso. Pablo sintió sus manos, inesperadamente vigorosas y seguras, sujetándole por debajo de los brazos. Quería llevárselo consigo, fuera de aquellas ruinas, del mundo mismo, de la tristeza del mundo, y le arrastró con toda su fuerza. Las piernas rotas de Pablo, laxas, como de trapo, pesaban levantando polvo. El ruido de los motores seguía trazando círculos anchos, negros. En su espalda desnuda el frío y el esfuerzo le

cubrían con un sudor viscoso, como una enorme y asquerosa lengua. Cristián vaciló pesadamente. Bajo sus pies crecían crujidos, grandes dientes rechinantes y furiosos, el frío mojado le subía piernas arriba. En el cielo un temblor anaranjado, en grandes espasmos, se inflamaba sobre los tejados. ¡Qué poca cosa eran las estrellas sobre él, ahora! Con los dientes apretados, con los hombros sacudidos por un dolor violento, seguía tirando de él, arrastrando aquel cuerpo que parecía contener, de pronto, todo el peso del mundo. Sobre los inseguros peldaños sus pies tanteaban, trataba de amortiguar un temblor creciente. Hubiese cerrado los ojos hubiese gritado, y se hubiera dejado caer en el abismo, pero había una fuerza oscura que tiraba de él hacia abajo, que le hacía arrastrar a su hermano.

Aunque fuese un cadáver lo que llevara, aunque fuese sólo un jirón de hombre aquello que dejaba tras de sí un camino oscuro de sangre, él lo arrastraría consigo y no le abandonaría, no le dejaría. De nuevo, tenía deseos de pronunciar su nombre, lo sentía en la garganta, como un golpe de sangre: Pablo, Pablo. Y no le importaba ahora que él hubiese podido burlarse. Era la carga del hermano una desesperada obsesión de reprimido amor, una loca terquedad de arrebatárselo a algo o alguien. El ronquido de los aviones vibro por un momento sobre la misma casa.

Abajo renacieron gritos impotentes y voces de espanto. El cuerpo de Pablo se le venía encima, ahora, con una fuerza incontenible, sobre el pecho sintió aquella opresión, empujándole. Algo le aplastaba el corazón mismo, como bajo un tacón ensañado. Y de nuevo sus pies buscaron un nuevo peldaño, acaso inexistente. Te sacaré de aquí. Te sacaré de aquí. Tengo que arrastrarte conmigo, pase lo que pase... Conmigo.

Poco a poco, sus pasos avanzaron más seguros.

Ahora, la escalera se deslizaba de nuevo entre paredes, entre sombras concretas, pasado el tramo medio derruido. El vuelo de los aviones se elevaba alejándose. Los pies de Pablo saltaban inertes sobre los escalones, arrastraban polvo, cascotes, extraños pedazos de algo ya irreconocible. El descenso se hacía más rápido, más fácil y Cristián supo que había vencido, por primera vez en su vida.

Al llegar abajo, casi no sintió alivio, sólo un dolor callado, largo, como de vieja herida reavivada. Los brazos, los hombros, las piernas, se rendían a un temblor pequeño y lacerante. En la espalda mojada notó el frío roce de la pared.

La puerta del sótano parecía aguardarles desde hacía muchos años. Se apoyaba en el quicio, como un ángel de yeso, y Pablo abrió los ojos con esfuerzo.

El hueco de la puerta estaba a su lado. No. No..., intentó resistir una voz dentro de él. Entrar allí, en el viejo sótano de sus miedos de niño, le despertaba un grito lejano, largo y lúgubre. Un vaho húmedo le llegó, como si fuese el vaho de la muerte. Vanamente intentó alzar las manos y agarrarse al marco de la puerta por la que Cristián le obligaba a entrar, arrastrándole. Con las piernas rotas y laceradas, como dos juguetes inútiles, cruzó aquel umbral por primera vez.

Estaba oscuro allí dentro, muy oscuro, poblado de indecisas siluetas y terrores infantiles. No había nadie en el sótano, sólo muebles rotos, sillas desfundadas y un maniquí antiguo y apolillado con manchas verdes en el vientre. No era el refugio de nadie, sólo el último refugio de Pablo.

Los pasos de Sol les siguieron. Y Pablo vio su sombra y le pareció extrañamente blanca. Sin saber por qué, ahora se alegraba de su presencia. Cristián le tendió en el suelo tan suavemente como pudo, se echó a su lado, respirando pesadamente, y acercó su mano hasta él. Pablo notó cómo los dedos de Cristián se deslizaban sobre su cara, como para cerciorarse de que estaba vivo, despierto, y se dio cuenta de que tenía miedo de sus heridas, de sus piernas rotas.

Cristián se arrodilló de nuevo, buscó la navaja y cortó la caña de las botas de Pablo. Suavemente oyó que llamaba a Sol, pidiéndole ayuda; hablaban entre sí a media voz, como dos conspiradores. Le parecieron dos aves asustadas trazando círculos sobre su sangre.

A su alrededor, todo estaba muy oscuro y las ventanas del sótano, sucias, encarceladas por rejas, aún le estremecían. A través de ellas le llegaban, llenos de resonancia, los ruidos de la calle, pasos solitarios, precipitados, como de seres antiguos y olvidados que volviesen de un sueño. Los aviones se habían alejado definitivamente.

De nuevo, el agudo chillido de las sirenas, luego, una ambulancia y otra, y otra. Y algún camión que pasaba rápido.

Cerca de la ventana más próxima, casi encima de su cabeza, una sombra se interpuso. Era un perro pequeño, que empezó a llorar, casi como un niño. Pablo distinguió una silueta proyectándose en los cuadros, enlunados, del suelo. Los veía poblarse de sombras, largas piernas, casi gigantescas, de hombres que pasaban y parecía que, de pronto, todos andaban sobre zancos. Seguían pasando

camiones, que imaginaba llenos de cadáveres, porque él los había visto a veces, en idénticas circunstancias, hombres muertos con un peso total y reciente, caídos unos sobre otros. Había visto aquella sangre, y oído aquellas ruedas, y sus conductores, con la ropa salpicada de manchas rojas. Le era conocido e inconfundible el rechinar de las botas de los soldados, de las ruedas, el vibrar de las sirenas. Sabía muchas, demasiadas cosas tristes e inútiles. Arriba, tras los barrotes, el perro dejó de aullar y desapareció.

Algo como una luz potente se abría paso, llenándole de fría lucidez. No recordaba un despertar semejante, y abrió los ojos a un extraño descanso. Paz para él, era el agitarse de los seres, paz, para él, era su propio dolor, que, de improviso, decidía que todo terminaba, al fin. Se alejaba, no había duda, de toda vivencia, de toda rebeldía, de todo amor y de todo odio, de todo recuerdo, de todo deseo. Cuanto mayores fuesen a su alrededor el ruido y la desolación, la angustia y la desesperanza, mayores serían para él la paz, el descanso. Paz era ya la luna en las baldosas del suelo, deformando en trapecios los cuadros de las ventanas. Paz y descanso, la tibia y cercana respiración de su hermano, la mirada de aquella muchacha desconocida que vagamente se esforzaba por ser útil a Cristián.

Dentro de Pablo se extendía una sonrisa ancha, sin amargura, sin ironía. Tal vez ahora era capaz de descubrir un ángulo risueño y cordial a la vidas, a los sucesos, a los objetos. Siempre, siempre, deseó poder mirar la vida al través de una sonrisa, aunque la vida sólo se le ofreció, como mucho, feroz o ridícula. Hundido, por fin, en lo que tanto temió, un polvo plateado, un polvo de pequeñas alas deshechas por el tiempo, de pequeñas alas clavadas por alfileres, se deshacía sobre sus ojos. Tal vez, cuando a los cinco años miró a través de las ventanas del sótano, creyó descubrir en el suelo húmedo a un hombre tendido, con las piernas partidas. Su mismo dolor, aquel lacerante dolor de sus rodillas, le gritaba que Pablo no sería jamás un inválido. Eran sus piernas las partidas, al fin, aquellas piernas que le obsesionaron durante toda su vida, llevándole siempre a donde no deseaba ir, aquellos pies que temblaban desnudos, niños, en las baldosas del suelo, cuando en las frías mañanas saltaba de la cama y llamaba a su hermano.

Los pies que buscaban la hierba, los que pisaban la sangre sucia del matadero, los que hollaban el polvo de la carretera, junto a Quimo el Gayo y Nin, el hijo de la Margarita. Es preciso que mueras sobre la montaña adonde hayas subido. Por fin, la larga carrera quedaba rota, cortada. Nunca como ahora pudo descansar sobre el propio dolor. Había logrado, al fin, el abandono completo, egoísta y feliz.

La estrella roja que llevaba en la frente se perdió en el inmenso vacío, en el interminable eco. Pablo sonrió, con los ojos abiertos. Pues yo voy a morir en este país, sin atravesar el Jordán. Mientras vosotros lo pasaréis y tomaréis posesión de esa hermosa tierra. Cristián se inclinó más hacia su hermano. Los ojos de Pablo tenía una fijeza inhumana, brillante. Y su sonrisa, ¿qué quería decir? La luna arrancó un reflejo violeta a algo que Pablo sostenía en la mano y rápido, Cristián se echó sobre él, sujetándole la muñeca. El cañón de la Unique se volvió hacia el suelo, bajo la presión de sus manos.

—Suelta, estúpido —dijo Pablo. La extraña sonrisa no desaparecía de sus labios.

—¡Estás loco! —Cristián trataba de inmovilizarle cualquier movimiento.

Pablo sudaba y para hablar hacía un gran esfuerzo.

—No seas estúpido, Cristián. No me gustan las reparaciones, no quiero parches ni remiendos de los tuyos... Sí, ya sé que Daniel era diferente: él era capaz de venir a ti corriendo para decirte: Arréglame la cabeza, como quien pide que le cosan un botón...

La mano de Cristián seguía atenazando la suya.

¡Qué grotesco patetismo juvenil! , pensó. Contempló sus dos manos unidas. Parecía como si fuese a estallarle el pulso entre los dedos de su hermano.

Era aquél, quizá, un momento para decirse muchas cosas que no se dijeron antes, qué próximo a él se sentía. De pronto, en un instante, sus vidas se habían acercado, no era preciso mirarse a los ojos, las manos tensas, las muñecas torpemente hermanadas, lo decían todo.

Contempló a Cristián y a la chica, le parecían tan jóvenes y perdidos, confundidos en la vida grande, sin saber qué hacer de sus vidas. Una piedad cansada, antigua, le llenó. Le gustaría hablarles, todo, decirles lo que no podía llevarse con él: a Quimo el Gayo, a Elías de Herrería, a Pedro Molinero y a Nin, el hijo de la Margarita. Se perdía él mismo, ahora, en la llanura seca y rojiza bajo la luz de un cielo duro y abrasado. En la llanura huían los galopes de la prisa y del miedo, de la impaciencia joven, demasiado crédula. Hablarles, hablarles. Y no convencerles. No convencerles nunca...

Cristián levantó la cabeza y gritó:

—¡Suelta ese maldito armatoste o te hundo los dientes!... ¿Es que quieres acabarme la paciencia?..

Pablo, ¿siempre, siempre ha de ser lo mismo entre tú y yo? Siempre lo mismo. El amargo, difícil, oscuro amor de los hombres, en lucha constante y desesperada. Siempre lo mismo... Pablo no aflojó su mano, apretando el arma. Siempre lo mismo. El amor cruje, el amor se parece a un largo lamento que cruje, bajo la seca corteza de esta tierra muda, sorda.

—¡Óyeme, Pablo, óyeme!... ¡Volverás a andar tan bien como antes, sobre tus pies, sobre tus mismas piernas! Si es eso lo que te desespera, ¡no lo hagas, no lo hagas! Confía. ¡Confía en mí!

La sonrisa de Pablo parecía algo que ya nada tuviese que ver con la vida.

—¡Haré lo que sea para conseguirlo! ¿Por qué me miras así, Pablo? ¿Por qué siempre, siempre, me has mirado así? Tú hablabas de valientes y cobardes...

Tú hablabas de... Óyeme, te dedicaré la vida entera, estaré siempre a tu lado, no te dejaré. No te dejaré nunca, mientras viva...

La mano de Pablo, como poseída de una fuerza última, no soltaba la pistola. La voz de Cristián se rompía en una rabia sorda.

—¡Quiero devolvértelo todo!... Pero, ¡maldito!, ¿acaso no quieres escucharme? ¿Qué puedo decirte para que me escuches una sola vez...? ¡No quiero debértelo todo! ¡No quiero agradecértelo todo! Pablo, dame esta oportunidad, es por mí, por mí, que te lo pido, quiero devolverte lo que me has dado... He vivido siempre, siempre, a rastras de lo que me has dado...

Pero Pablo, sin vencer la mano, parecía de piedra sus ojos se enturbiaban y sólo su sonrisa era fría, aguda. De improviso, su voz les llegó de muy lejos y Cristián temía aquella voz, le perseguía la voz de Pablo como en un delirio. Los incomprensibles pasajes bíblicos, hablando con su padre, noches y noches, como si entre los dos enterrasen una infancia vieja, carcomida.

Volvió la cabeza hacia Sol, como si no oyera las súplicas de Cristián, sus amenazas, su desesperación. Pablo respiraba con fatiga:

—Es una lástima que os encontrase allí, sentados en la escalera, acariciándoos como dos niños...

Óyeme, muchacha: dentro de unas horas me cargaran en un camión de esos. Antes, me gustaría hablaros. He de hablaros de otros muchachos parecidos a vosotros. Se llamaban... ¡Qué importaba cómo se llamaban! Ya no están aquí, ya no están en ninguna parte. La tierra se los ha tragado. Ya no están aquí...

Sol se acercó más, envuelta por aquella voz.

—Cómo lamento —dijo Pablo dirigiéndose a ella— que tengas esa cara de asustada o de ángel. ¡Cómo lo lamento! Debería sentir piedad por vosotros. Debería sentir piedad, también, por ellos. Y no es así.

No es así.

Súbitamente, dejó escapar una risa amarga y acercó la mano libre al cuello de la chica.

—¡Qué sucios estáis! —comentó.

Algo minúsculo lucía sobre la garganta de Sol, vibrando al ritmo de su respiración como una estrella tímida. Pablo cogió la pequeña medalla y le dio la vuelta, había allí unas iniciales, una fecha, pero sus ojos no las distinguían. La medalla temblaba entre sus dedos, como si le pesasen en ella muchas cosas.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Y nunca te han hablado de la buena tierra, la tierra prometida, esperada?

Quería burlarse, acaso, pero había en sus palabras una extraña tristeza que no escapó a sus oídos, y asintió, suave:

—Sí. Muchas veces...

Cristián acercó la cabeza al pecho de su hermano, que daba vueltas en los dedos a la pequeña medalla.

La cadena era muy delgada y podía romperse. Sol se la desprendió del cuello y Pablo cerró inmediatamente el puño sobre ella. Siguió hablando con voz declamatoria, como quien va recitando viejas palabras sabidas de memoria, dichas y redichas:

—La tierra pródiga, la tierra buena, la tierra sin rencor... ¿Creéis que las ciudades que se hunden y los campos muertos no preparan vuestro suelo? Tierras prometidas... ¡Qué majadería tan grande! ¿Conoces esto? Porque la tierra que vais a poseer no es como la tierra de donde salisteis... Guardo un pequeño libro, aquí, en el bolsillo de la guerrera.

Debe de ser muy antiguo, está lleno de manchas, y yo, tal vez, lo he estropeado aún más, pero cuando todo acabe, antes de que me lleven, búscalo tú, chica, puedes quedártelo, yo te lo regalo... Asolad todos los lugares en donde las gentes adoraron a sus dioses, sobre los altos montes y a la sombra de todo árbol frondoso... Destruid sus altares y quebrad sus estatuas, entregad al fuego sus bosques, desmenuzad sus ídolos y borrad sus nombres de aquellos lugares...

Sí, eso está subrayado en rojo.

—¡Calla, calla! —dijo Cristián—. Tienes fiebre, no hables...

Pablo perdía sangre, y tenía miedo de verle morir así, de aquel modo. Sol se dejaba inundar por la angustia de aquella vida extinguiéndose, de aquel tono burlesco que disimulaba tanta soledad, acaso miedo.

Lo que ellos sentían, también. ¿Por qué querría en sus últimos momentos hablarles de aquella forma, algo como dictarles el testamento de sus esperanzas y sus fracasos? ¿Hablaban así todos los hombres cuando se tendían a descansar para siempre, abandonándolo todo? ¿Intentaría liberarse en la última hora de sus fracasos, de su pesar, sus errores, reclamando la inocencia de los adolescentes que le seguían, en la rueda de los sueños? Tuvo una súbita piedad por Pablo, le pareció que estaba pidiéndoles algo a ellos dos, a su juventud. ¿Por qué se quería engañar también en su última hora? Iba a morir, era seguro. ¿Por qué deseaba prolongar sus viejas esperanzas en la esperanza de ellos? Ellos no le pidieron nada: ni promesas ni esperanzas. En su voz Sol amaba lo que huía, lo que no regresaría nunca. ¿Por qué luchaba Cristián con aquella muerte si nada podía devolverle? Se acercó a Cristián y sin violencia separó sus manos de las de Pablo. Cristián se volvió a mirarla. Tenía los ojos húmedos, pero no ofreció ninguna resistencia.

—Estáis cansados —dijo Pablo—. Estáis muy cansados...

Con esfuerzo, apoyándose en el codo, se incorporó.

Sus ojos azules, brillantes, parecían llenarlo todo.

Con sus anchos pómulos, era como una máscara de otro tiempo, extrañamente regresada. Ya no sonreía.

—Yo también me cansé de aguardar tierras prometidas... Mi Jordán... ¿Por qué no me escucháis, muchachos...?

Instintivamente, retrocedían, con los cuerpos apretados. El actor loco, el actor fracasado, renacía:

—¡Tierras donde no había tantas cosas pequeñas...!

No es únicamente para evitar que vayan mujeres y niños recogiendo carbón en latas oxidadas a lo largo de la vía del tren... No es únicamente para que no usen los hombres palabras que no entienden... No es por piedad a las uñas carcomidas, no es por piedad de los conventos, ni de los prostíbulos, ni por los hijos de las mujeres, ni por la vergüenza, ni por el amor en voz baja...

—¡Calla, Pablo, calla de una vez! —suplicó Cristián. Pablo le miró con ojos ausentes, hacia dentro:

—¡Qué estupidez! ¡No es eso lo que os ayudará!

No son lecciones. Aunque os dijera: Me equivoqué.

Nunca tuve razón.... Cristián; voy a dejarte algo más... Sí, he de dejarte algo a ti, como siempre.

Cuando esto acabe, busca aquí en el bolsillo. Encontraréis un manojo de llaves. Son las llaves de mi casa.

Cógelas, vete allí y llévatelo todo... Sí, todo es para ti... para ti, si quieres. ¡Esas cosas que hacen felices a los hombres! Mariposas clavadas, escarabajos negros, alas de color de plata, un ruido pequeño... Y vivid tranquilos, es absolutamente preciso vivir tranquilos, tumbados, mirando al cielo, y esperando, esperando, esperando..

Cuando Cristián volvió a coger su mano, con el único objeto de acariciarla, sintió su frío sudor. Cada vez perdía más sangre, se debilitaba por momentos.

En la calle rodaban, de nuevo, las ruedas de un camión. Con ruido apagado, como si toda la capa de la tierra estuviese impregnada de una pátina viscosa, sanguinolenta, Pablo se incorporó con súbito vigor, los labios le temblaban, como si una cólera infinita le dominase. Cristián le llamó, pero sabía que aquel grito ya no era una llamada, era un adiós.

La voz de Pablo era apenas un barboteo, no se le entendía, o no quería decir nada. Acercó el arma a su frente, entre los dos ojos. A este lado del Jordán, en esta tierra que todo lo empapa, que todo lo sume, que todo lo traga; esta tierra que no guarda nada, que todo lo devuelve, que todo lo transforma, que nada puede respetar; esta tierra que soporta ruedas, caballos, hombres; esta tierra encendida de voces, de pompas fúnebres, de cirios amarillos, gruesos, sudorosos, esta tierra ahogada de mujeres con horribles batas de seda brillante, obscena, barata, triste; esta tierra socavada de pólizas, de instancias, de suelas rotas, de calendarios con fiestas a fecha fija; esta tierra herida de bocas, de labios que hablan de Dios y que recitan la tabla de multiplicar; esta tierra llena de gentes que esperan el carnaval para ponerse unos bigotes postizos; esta tierra con fiestas de cumpleaños, con perros, con manzanas, con sueños, con lluvias, que traga muchachos y devuelve campanillas azules, piedras, espinos, agua, árboles; que no conoce a nadie, que no tiene amigos, que no odia, que no olvida, que no pide nada; esta tierra de hambre, de ríos, gritos y de soledad; en esta tierra, el polvo, el tiempo...

Sol cerró los ojos, Cristián la rodeó con el brazo.

Juntos, fueron retrocediendo, hundiéndose en la sombra, de espaldas. Tenían vergüenza de mirarse uno a otro y, por unos instantes, el corazón les latió lento, porque sabían que dejaban a Pablo solo, caminando hacia su última soledad.

La bala, con un olor negro y pequeño, le atravesó la frente, la cintura se dobló sobre la propia sangre, hacia las piernas rotas, con un peso definitivo, inconfundible.

Sol se apretó a Cristián, de pronto inmóvil, como si él también hubiera muerto. Parecía no oírla. Cristián, ¿qué vas a hacer ahora? Comprendía su soledad, no tenía casa, no tenía adónde ir.

Pero Cristián se desprendió de su abrazo y fue hacia el rincón, junto al viejo maniquí de la mancha verdosa. Ocultó la cara entre los brazos, apoyado en la pared. Una gran pausa, diluida en el frío, parecía dividir el tiempo. Cuántas cosas han acabado. Hacía unas horas andaba escondiéndose. Pablo vivía y le despreciaba. Ahora, Pablo ya no era nadie, estaba allí, doblado, derramando una sangre que ya tampoco era nada. Pero en otro tiempo le llevó sobre sus hombros, intervino en su vida, le dio todo lo que poseía, hasta la vida que ahora le parecía inútil y sin objeto, se la debía a él. Fue su peso, su único apoyo. Le he dejado morir, pensaba, y se lo repitió deseando descubrir en aquel hecho un acto propio, independiente. Pero la vida y la muerte de Pablo nada tenían que ver con él, sólo un dolor oscuro, corazón adentro, hacia algún rincón desconocido del ser, donde se posan el miedo, el olvido, la sed, el vértigo.

Una sangre negruzca y espesa caía sobre la guerrera de cuero. Sol apretó los dientes, conteniendo un temblor. La sangre de Pablo se parecía a su voz, a sus palabras. Se arrodilló a su lado, tocó el brazo vacío de fuerza. En la mano aún tenía enredada su medalla, pero no se la quitó. Abrió su cazadora y buscó entre la camisa y el pecho. Sí, allí estaban las llaves de que les habló y el pequeño bulto cuadrado de un libro. Lo sacó, limpiándose luego la mano de sangre con el borde del vestido. La voz de Pablo aún llenaba sus oídos como un mandato ineludible, como una especie de testamento; él lo ordenaba, él deseaba que se llevaran aquello, todo lo que él dijo tenía un raro poder, era como recoger una antorcha en aquellos momentos. Cristián debía ir a su casa, ella debía guardar su libro. Él lo quería, él lo dijo. Él había querido, en cambio, arrancarle su medalla.

Cristián ni siquiera se volvió.

—Cristián... —llamó, suavemente.

Levantó la cabeza.

—¡Vámonos de aquí! —oyó su voz ahogada—.

Vámonos no puedo resistir más, con él al lado.... quiero dejar de verle para siempre, olvidarle, no volver a pensar en él, como si no hubiese nacido.

La abrazó con fuerza y, precipitadamente, corrió arrastrándola hacia arriba, hacia el frío húmedo que se metía dentro de sus huesos. Subieron la pequeña escalera como si les persiguiese algo impalpable y terrible. El portal estaba lleno de polvo y cascotes.

La calle les envolvió en su frío y Cristián se detuvo en la esquina, y se recostó contra la pared, respirando con fuerza. Apretaba la mano de Sol, su pequeño latido se le hacía imprescindible y el cielo palidecía sobre ellos. El canto de un gallo taladró el aire, y oyó el motor de un camión en una calle próxima, acercándose. Se detuvo frente a la casa, bajaron de él varios hombres y entraron. Al cabo de poco salían con un herido. Luego, con el cuerpo grande de Pablo, con los pies colgando. El camión arrancó bajo la luz cada vez más blanca, más rosada.

Dos muchachos pasaron frente a ellos, hablaban con bocas raramente pequeñas, oscuras, decían que alguien vio el cuerpo de un hombre suspendido en los cables eléctricos. Sol y Cristián se sentaron en el borde de la acera, sus manos seguían aferradas una a la otra, como la única compañía, como si estuviesen ligadas definitivamente por una fuerza desconocida.

Sol entregó a Cristián el libro y el manojito de llaves.

Al cabo de unos minutos, él abrió el libro por donde le pareció más usado. Tenía fragmentos subrayados en lápiz rojo y estaba manchado, como Pablo dijo, con grandes y dilatadas ronchas grasosas. Verás de frente la tierra que yo daré a los hijos de Israel, y no entrarás en ella...

Una llama de rabia, un deseo violento de no sabía qué le crecía dentro, notó cómo temblaban sus labios y todo su ser se estremecía en una especie de ráfaga, como regresada a través del tiempo y de muertos, de voces pasadas.

El libro era pequeño y abultado, con las hojas finas como gasa.

V

Apenas había llegado Chano a la esquina de la calle, le detuvo la explosión, justo a tiempo de ver cómo se derrumbaba parte de la casa de Daniel. Bruscamente, se secaron sus lágrimas, y echó de nuevo a correr lleno de miedo.

Luego, volvió poco a poco, temerosamente. La buhardilla de su amigo estaba destrozada y los supuso a todos muertos. Sintió algo parecido a la satisfacción de una venganza. Bien. Muerto Daniel, se alegraba de que con él se hubiese acabado toda la familia, y un escalofrío le erizó la piel.

Rondando la calle, vio a Sol y a Cristián muy juntos. Se detuvo frente a ellos, sin decirles nada. El canto de los gallos anunciaba el alba sobre los tejados. Chano miraba aleladamente, sin curiosidad, sin disimulo.

—¿Está dormido? —preguntó señalando a Cristián, que seguía sentado, con la cara oculta entre las manos. Sol se encogió levemente de hombros. La calle estrecha, de muros desconchados, parecía dormir en un silencio húmedo. Se sentía al respirar que el mar estaba cerca. La tenue claridad del amanecer desvelaba formas y cosas, la tristeza de siempre.

Poco a poco, todo se fue llenando de luz, una claridad sin color definido bañaba las paredes, desde aquel trozo de cielo extendido sobre la línea desigual de los tejados. El humo, la niebla, el polvo, creaban universos microscópicos en la atmósfera iluminada. Nunca olvidaría, pensó, aquel como despertar en la calle junto a aquellos dos seres que apenas conocía y que de pronto sentía como viejos amigos. Le parecía que estaban los tres desnudos despojados de recuerdos, unidos para siempre en la vida por algo aún confuso. Miles y miles de seres semejantes se le aparecieron, como en un sueño, sentados en la acera, también, con las manos en las rodillas y dormidos. Chano se inclinaba sobre unas pieles de naranja. Las manos deformadas del chico avivaron su piedad. Las pieles estaban ennegrecidas y abarquilladas en los bordes y Chano las acercaba con delicia a su nariz. Había un aroma lejano, imaginario entre otros muchos, sugiriendo árboles, luna grande, agua. Tras Chano, en la pared, grandes letras rojas lloraban lágrimas de pintura seca, y era triste contemplar los deseos de los hombres gritando faltas de ortografía en las paredes.

Sol se acercó al muchacho.

—Tú eres Chano —le dijo.

Instintivamente, el chico se echó atrás.

—¿Y a ti, qué?

—Tu amigo Eduardo es mi hermano. ¡Dime dónde lo viste la última vez, por favor!

—¡Qué sé yo...! ¡Para lo que me importa a mí ése!

Ahora que Daniel ha muerto, yo...

Sol le interrumpió:

—¡Tú lo sabes! ¡Te lo oí decir!

—¡Bueno! ¿Y qué sé yo si reventó?... ¡Es mala cosa la metralla!

La miraba atento, receloso, con sus ojillos achinados. Tendría dos o tres años menos que ella.

—¡Quiero saber si mi hermano está vivo! —insistió, angustiada.

Chano lanzó una risa falsa, y entonces Cristián levantó la cabeza.

—¡Dilo, puerco! —gritó con voz ronca, como una amenaza—. ¡Di dónde le viste la última vez!

Chano levantó las manos, súbitamente serio.

—¡Que no lo sé!... No lo sé, lo juro...

Miró de reojo a Sol y su voz se ablandó.

—Yo creo que se salvaría..., ¡digo yo! Mejor es creer que pudo salvarse... ¡Yo no le volví a ver, no lo vi en el suelo! Señal que escapó...

De pronto, algo brilló en sus ojos y se volvió a Cristián, preguntándole en voz baja:

—¿Os salvasteis... todos?

—No —dijo Cristián, despacio, mirando al suelo—.

Solamente yo. Pablo... Pablo y mi padre han muerto.

—¡Basura podrida!

Una alegría dolorosa estallaba en el pecho de Chano. Daniel se ha muerto, pero ¡cómo se limpia esto de basura!

Odiaba profundamente a Pablo, igual que Daniel.

Con la muerte de Pablo parecía que algo vengaba a su amigo.

Cristián, como si no le oyera, parecía ahora concentrado en las llaves que le dio Sol, en la palma de la mano abierta.

Por un momento, los tres se miraron en silencio.

Algo aleteó silenciosamente sobre sus cabezas y se acercaron unos a otros, formando un pequeño círculo en torno a la mano extendida.

—¿Qué es eso? —preguntó Chano.

—Son las llaves de la casa de Pablo.

A Sol la voz de Cristián le pareció indiferente, como si hablase a un ser que no le pudiera oír.

Chano quedó en suspenso. Luego, habló en voz silbante:

—¡Oye tú..., Cristián! Oye: muchas veces, Daniel y yo rondamos la casa de Pablo... Daniel decía: Al muy cabrón no le falta nada ahí dentro. ¡No hubiera estado mal entrar y echar un vistazo! Pero Daniel tenía miedo... Era al único que Daniel temía, que yo sepa... Escucha: ¡Vamos allí! Anda, vamos antes de que nadie se entere y caiga encima, llevándose hasta las cerraduras...

Cristián y Sol parecían no oírle. Se miraban de una forma extraña, que Chano no entendía. Parecen idiotas, pensó.

—Ven conmigo —dijo Cristián a Sol—. No me dejes ahora. No puedes dejarme ya...

Chano se encogió de hombros con impaciencia.

Bueno. La verdad es que Cristián no era mal bicho pero siempre fue un cobarde. Daniel ya lo dijo alguna vez.

—¡Vamos, Cristián! —inquirió Chano, anhelante.

Aquello parecía resucitar a Daniel, sus tiempos, tan cercanos aún. Pero Cristián hablaba con la muchacha de cosas incomprensibles.

—¡Ven conmigo! Pablo dijo: Vivid tranquilos. Lo recuerdo. ¡Tal vez Pablo quería decir lo mismo que yo siento ahora! Sol, no te vayas... Hay un pacto, aunque no lo hayamos dicho, algo como un juramento, entre nosotros... ¿No lo sientes así?

Como en sueños, Sol le seguía, avanzaban lentamente uno al lado del otro. Había algo fatal en sus pasos, los gallos enmudecieron y un viento amarillento barría los papeles sucios, los mil objetos blandos, caídos al suelo. Una estrella, muy pálida temblaba lejos, más alta que todo. Chano corría delante, gritando: ¡De prisa, pasmaos, de prisa! ¡Antes que nadie se entere! ¡Luego será tarde!....

Pero Sol y Cristián caminaban despacio, en silencio. Había algo mágico, en el amanecer. Sol se sentía inmersa en aquella especie de sopor lúcido, que la hacía regresar a un tiempo pasado, a algún desconocido recuerdo. En vez de seguir a Chano, se diría que iban confiadamente a un lugar que les esperaba en un mundo distinto, colgado en el vacío.

Chano llevaba al cuello un gran pañuelo rojo con una sola palabra estampada: Libertad. Parecía flotar entre la neblina.

Iban ascendiendo ciudad arriba y Sol sintió una gran melancolía. Qué inexplicablemente dulce le parecía Barcelona, en suave declive, en su color, rosa y dorado, en aquel despertar, qué dulce y fuerte era el reflejo de su ciudad dentro de ella. Todo estaba aún como temblando a aquella hora. Una pared surgió, rota, negruzca, mirándoles por cien agujeros. Entre escombros, un cuadro, colgado todavía del muro, parecía un milagro.

Caminaron calles y calles que les alejaban del mar.

Tristes calles barridas en su intimidad, carteles rasgados en las fachadas de las casas. En las esquinas se amontonaban basuras y desechos. Cadenas de hombres se dedicaban al desescombro, entre las ruinas.

—¿Dónde es? —preguntó Sol.

—En Sarri.

Chano, al oírla, se volvió.

—Sí, vivía en la torre de un carca que se cargaron al principio —explicó.

¡Crac! ¡Crac! Las botas de los soldados resonaban, cruzándose con ellos. Sol les vio alejarse. Algunos llevaban pasamontañas, otros gorros de pico. Le era imposible verles como una masa obediente, les distinguía uno a uno, con sus ojos azules, pardos, negros, con la distinta expresión de sus hombros y de sus manos. No pisaban igual, ni avanzarían o retrocederían nunca igual. Sólo se alejaban y volvían en un juego monótono y casi monstruoso ¡Qué jóvenes parecían! Y pensó, sin saber por qué, que iban a caer arrodillados en el suelo, de un momento a otro.

Ahora ellos caminaban con más prisa, con la respiración levemente agitada. Cristián temblaba de frío.

A medida que ascendían, Sol se familiarizaba con las calles y las anchas avenidas que le eran habituales, con sus árboles mutilados para hacer leña. No tardarían mucho en bajar de la montaña grupos de gente con brazadas de rama. El Tibidabo, alto y gris recortaba su joroba grande, oscura, en la mañana. No parecía la misma montaña que viera de niña, desde los balcones de su casa. Ahora las gentes que descendían por la ladera extendían sobre las aceras grandes pañolones llenos de algarrobas y raíces más o menos comestibles. Sol recordó las hileras de luces en la noche, las raudas estelas luminosas reflejadas en el asfalto brillante. Eran las noches de sus esperadas vacaciones, pero ya no había vacaciones para ella.

Qué distinta era esta ciudad despojada, cubierta de letreros rojos y verdes, negros, blancos, con signos de exclamación en todas las tapias, con toscos monumentos de cartón despellejados por la lluvia y el viento, con crujidos de pisadas en el asfalto y voces de mando rompiendo el silencio de las plazas. Qué distinta de aquella ciudad, recordada desde la blanca ausencia de Saint-Paul. Espléndida y luminosa, le dolía haberla soñado de otro modo a como ahora la

veía: desmantelada, sucia, pobre, vencida por un enemigo que aún le parecía impreciso, pero cierto.

Deseó reencontrar aquella belleza en su abandono como en su misma vida, y amarla con aquel dolor de manos vacías que hacía tiempo la abatía. Y se contempló a sí misma con una sonrisa: el vestido, estrecho y usado, sus viejas e inadecuadas sandalias veraniegas. Un viento duro, rojo de sangre y de tierra, había arrasado pasados y luces, todo parecía dormido o sumido en la muerte. De ahora en adelante... le pareció que murmuraba todo a su alrededor. Los escaparates vacíos, los cristales rotos, las gentes con ropas insuficientes, que apenas les cubrían los brazos las ramas heridas de los árboles que caían, caían.

—No falta mucho, ya —dijo Cristián, porque la oía respirar fuerte.

La torre era antigua, con un pequeño jardín en torno rodeada de árboles.

El viejo militar que fue su dueño debió amar los castaños. Gracias al invierno, que desnudó sus ramas, podía verse desde la calle la fachada rosada, con ventanas onduladas y marquesina de vidrios sobre la puerta.

Parecía que el cielo, tan ancho, les obligase a hablar en voz baja. Rodeada de aquellos árboles, con ramas grises y desnudas como brazos desesperados, la casa resultaba casi lúgubre.

Chano acortó el paso y se volvió a ellos, sigiloso:

—Oye..., ¿estaría Daniel seguro de que Pablo vivía ahí solo? ¿No habrá gente ahí dentro?... ¡Me parece raro!

—Una vez dentro, lo sabremos —dijo Cristián.

Debemos prolongar este momento, pensó ella.

De pronto comprendía algo que, sin saberlo, buscaba desesperadamente. No recordaba haber sentido nunca una paz semejante, casi inhumana, pero que no deseaba perder. Milagrosamente, el tiempo no existía.

Cristián abrió la verja. Ya no tenían miedo, no pensarían, no pensarían, no se preocuparían por el futuro, por el instante siguiente. El instante siguiente no existía, el tiempo no tenía sentido.

En Chano todo era muy diferente. Miraba temeroso de un lado a otro y hablaba confusamente, excitado por el miedo y por la esperanza de un saqueo.

—Tu hermano era un mal bicho —hablaba como para sí mismo, sin esperar que le escuchasen—. Daniel me contó tantas cosas de él... A veces, llenaba la casa de gentes. Daniel siempre andaba olfateando, a escondidas... ¡Mira, mira los cristales! ¿No ves los agujeros de las balas? Dentro no debe quedar ni un espejo sano... ¡Pablo estaba chalao, la tenía tomada con los espejos! Eso decía Daniel, a veces... ¡El muy cerdo, estaba loco!

Desde el jardín, la calle se perdía brumosamente.

Por un momento, a Sol le pareció llena de una rara, indecisa promesa que no entendía del todo. O quizá era sólo una falta absoluta de deseo, lo que embellecía todo.

La claridad gris de la mañana lo empañaba todo, no llegaban voces ni ruidos. Solamente el viento, arrodillándose sobre la hierba pálida de los solares.

Un angelote de piedra se asomaba al borde de un pequeño estanque vacío.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Cristián inesperadamente. Sol, pensativa, dijo que le parecía el 15 de noviembre de 1938.

—No lo olvides.

Sus ojos se encontraron, y a la luz cruda, implacable, podía verse tal y como eran, sin careta, jóvenes, quizá demasiado jóvenes para cuanto les rodeaba hasta aquel momento, para aquel mundo en que tenían que vivir. Los ojos hundidos, brillantes, con grandes sombras. Sus ropas rotas, sucias de sangre y un polvo denso, pegadizo. Pablo estaba allí, a su lado, otra vez.

Pablo la tenía tomada con los espejos, había dicho Chano. Acaso, se miraría, se hablaría a sí mismo, con su extraña voz histriónica, boca que deliraba sentencias y se avergonzaba de los sueños. Pablo dispararía contra los espejos, como doblando su final anticipadamente; quizá gozaba y sufría a un tiempo con el espectáculo de su destrucción.

Chano se encaramó a una de las ventanas de la planta baja, y rompió el cristal, pero tenía los postigos cerrados.

La llave parecía dorada. Cristián y ella pasaron primero, seguidos de Chano, jadeante.

La puerta se abrió con un chirrido apagado, y Cristián buscó el interruptor de la luz.

—¡No enciendas, no enciendas! —gritó Chano—.

¡Qué ocurrencias tienes!

El interruptor no funcionaba y Cristián estaba harto de oscuridades. Sus meses de cárcel o de encierro, escondido le hacían desear cualquier forma de libertad. Dejaron la puerta abierta para iluminarse, se internaron en la casa, atravesaron puertas al azar, abiertas a habitaciones vulgares, descuidadas, con muebles viejos y cuadros de flores en las paredes. La luz de la mañana no entraba del todo y la casa permanecía en penumbra, sólo con la claridad de las ventanas que entreabrieron.

Al fin llegaron a una pequeña salita, presidida por una chimenea de mármol rosa.

—Haremos un buen fuego, ante todo —dijo Cristián.

—Pero, ¿se puede saber a qué cuernos hemos venido aquí? —se impacientó Chano.

—Está claro: a descansar —dijo Cristián con acento pausado—. Creo que tenemos derecho a tumbarnos junto a un fuego y descansar, ¿no te parece?

Chano iba a decir algo, pero al parecer no encontró las palabras. Mientras, Cristián abría la ventana.

Siempre le gustó abrir las ventanas, que le llegase el viento, el frío, los lejanos rumores y la luz.

—Tal vez lloverá —dijo Sol.

Sobre la fina y borrosa silueta del horizonte, había como un espasmo blanco, entrecortado.

—Sí, tal vez lloverá —repitió él.

Chano le quitó las llaves de un zarpazo, y corrió a la habitación contigua, donde le oyeron abrir cajones, armarios, puertas. Lo revolvía todo con prisa, con miedo, y cualquier crujido le volvía inmóvil, expectante. Después, reanudaba la búsqueda con más afán, las manos como dos pequeños cuervos hambrientos.

Cristián sólo buscaba dos cosas: cigarrillos y coñac. En una vitrina había copas de cristal, la abrió y sacó un par. Golpeó ligeramente con la uña el borde de una de ellas y cerró los ojos. Sol se acercó, mirándole. El pequeño ruido, tembloroso, largo, evocaba lejanas campanadas, tal vez oídas hacía mucho, mucho tiempo, cuando ninguno de los dos había nacido. Cristián sonrió, los ojos impregnados de una luz que parecía brotar de aquel sonido. Sol hubiese querido entrar en aquella especie de burbuja que él creaba, y encontrarse allí. Era cierto que ya no podía dejarle, algún ángel desconocido, alguna fuerza horrible o infinitamente hermosa, los acercaba uno a otro, como jamás lo estuvieron de nadie.

Dos animales anónimos, sin méritos ni heroicidad alguna, dos criaturas, esas que ella vio en el campo al borde de los caminos. Unos, arrastrándose sobre la tierra, otros intentando volar, golpeándose contra las paredes, con la cabeza encendida. Luciérnagas, barcos errantes en la noche. Apenas le conozco, pero cuánto sé ya de nosotros dos, no de él, de nosotros dos. Las copas de cristal, entre sus dedos, retenían aún el temblor brillante. Parecía —pensó— contener entre las manos una galaxia distinta.

—Sonríe— decía ahora Cristián—. Si no nos inventamos motivos para sonreír, te aseguro que nadie nos los regalará... Todo, todo hay que inventarlo de nuevo.

Ella sonrió, débilmente, porque le costaba mucho ese gesto simple, leve como un milagro. Tal vez, hemos de inventarnos las sonrisas, el olvido, la paz, la tierra, el amor. Tal vez hemos de inventarnos a nosotros mismos. Se sentaron sobre la alfombra, junto a la chimenea apagada y vacía, como un agujero de frío. Cristián se frotaba los brazos, un mechón de cabello, muy negro, le caía sobre la frente, y de nuevo su piel blanca, su delgadez, conmovieron a Sol. Aquellos hombros estrechos, las manos duras y raramente dulces tenían para ella un lenguaje hasta aquel momento desconocido.

Cristián llenó las copas y el día entraba por la ventana abierta, silencioso. Poco a poco, bebiendo, les vencía una laxitud reconfortante, les dolían los brazos y las piernas, notaban las magulladuras, el cansancio y sobre todo el polvo, cubriendo sus cuerpos y sus recuerdos. Varias veces llenaron las copas.

—No pienses. —Cristián parecía sobrecogido por algo—. No tienes que pensar, nos lo hemos prometido.

—No. No pienso en nada.

Pero por más que hicieran o quisiesen, allí estaba su infancia, sus viejos sueños, todos sus años. Por un momento, el dolor atravesó, como un relámpago, el estallido estuvo a punto de hundirle. Cristián se vio niño, corriendo tras su hermano y su padre, reconoció las espaldas de su padre y de Pablo, sus raídos abrigos, sus hombros vencidos, y él corría detrás y decía que le esperaran. Los libros, sujetos con una correa, aparecían diezmados, desde que unos golfillos le robaron la mochila. Recordaba a su madre, alta, con la piel blanca y el pelo terriblemente negro. Tenía entonces cinco o seis años y ella lo llevaba de la mano. Una vez entraron en un bar. Su madre llevaba un vestido de seda estampada que olía a sudor por debajo de los brazos, y el hombre aquel llevaba un traje marrón y tenía las yemas de los dedos del color de su traje. El hombre olía a tienda de jabones, pidió un helado grande, la copa era de cristal y el helado una diminuta montaña de hielo que, cosa extraña, a él le quemó en los dientes. Mamá estaba pegajosa y rara, sí, pegajosa, ésa era la palabra, Mamá estaba hecha de chicle, pero de chicle mascado, del que él aplastaba debajo del pupitre cuando ya no sabía a fresa. Mamá pedía silencio: Si te callas, te daré.... Mamá daba cosas pequeñas, dulzonas, que asfixiaban un poco. Un día, Mamá desapareció. No la vieron más.

Fue mucho más tarde, cuando volvió a verla una noche. Estudiaba ya, con la beca que hubiera debido ser para Pablo. Era sábado, al día siguiente no había clase. Al entrar en el Arco del Teatro con un grupo de compañeros, oyeron el bordoneo de una guitarra y chocar de palmas, saliendo de Las Flores. Frente al mostrador, un grupo bebía manzanilla. Dos o tres mujeres con trajes de faralaes, con aire cansado. El guitarrista templaba unas soleares. Un traje amarillo. Bajo la luz potente, excesiva, un traje amarillo, de un amarillo exasperante. Lo vio enseguida. El color en el fondo de los ojos y un leve temblor rezagado en algún lugar del corazón, la del traje amarillo era una mujer avejentada con mechones de pelo pegajoso negro, sin brillo, con suciedad de hollín, sobre las sienes. Miraba al guitarrista fijamente, quieta, con la cintura caída, como aplastada sobre las caderas anchas y huesudas, parecía suspendida de aquella música tenue temblorosa, que se iniciaba en las cuerdas. Cristián sintió en el centro del pecho algo como una ausencia, dilatándose poco a poco. La mujer del traje amarillo parecía ajena a todo. Su piel cubierta de polvos se agrietaba como cal que reverbera al sol. Parecía que si se hubiese quitado aquella máscara, surgiría su cansancio infinito, su indiferencia, su fracaso.

Tuvo miedo, y aún no sabía nada, ningún pensamiento le llegaba, ningún recuerdo. Sólo la miraba y ya no le quedaba de ella más que aquella hilera de perlas ciñéndosele al cuello. La prima rozó otra cuerda y brotó un chasquido roto. La mujer levantó los ojos y le miró, pero sus ojos eran también como dos grumos de hollín, sin vida, sin mirada. Él sintió un tirón en el alma que le empujaba hacia atrás, hacia la puerta. Mamá pedía silencio siempre. Mamá pedía silencio a cambio de cines de barrio, de regaliz que pringaba los dedos y el traje, de un par de botas para jugar al fútbol. Mamá pedía silencio, silencio para alejarse, quizá sólo para llegar a un momento en que se detendría suspensa en un sonido vibrante, extraño, recorriendo como una falsa sangre el camino de sus venas, Mamá estaba toda ella llena de silencio, tórrido y hueco, sin contenido alguno, Mamá era un chorro de silencio ceñido por un aro de perlas falsas, y él retrocedió y apretó el brazo de su amigo. Vámonos, lo repitió dos veces, Vámonos de aquí, sin explicar nada. ¿Para qué servía mentir? Salió arrastrando a su amigo, que protestaba débilmente. Tenía apenas diecisiete años.

—No pienses...

También ella estaba absorta, asaltada por un antiguo dolor, recordaba a su padre, la soledad de su madre, su propia inocencia. Levantó la cabeza y miró a Cristián. Algo extraño, parecido a un envenenamiento, la empujaba a Cristián, tendía a buscar el olvido. Ya sé que esto acabará, pero, entretanto...

Sabía que aquellos minutos eran preciosos, que quizá no volverían nunca. Pero mientras tanto...

El cansancio y el descanso, raramente unidos, se vertían sobre ellos, alguien había dejado de empujar a Cristián, para siempre. Las manos de Pablo estaban ya vencidas. Siempre deseó, ahora se daba cuenta, sentirse así: sin una fuerza ajena que le oprimiese la espalda, sin que nada le persiguiera y sin que él tuviese que perseguir a nadie.

—Sol, estoy decidido a que nada me acose, a no ir a rastras de nadie... Es raro lo que está ocurriendo, ahora, en este momento. Diría que de la muerte de Pablo me ha nacido una vida nueva, como si para eso fuera necesaria su muerte, y no lo siento con dolor, no puedo explicármelo, casi. Apenas hace unas horas, creía que únicamente salvándole a él podría yo ser feliz...

—Tú y yo —dijo Sol, pensativa— hemos sido cobardes.

—Tal vez, incluso, lo somos aún. Pero ahora, en este momento, ya no hay cobardía, ni valor, ni siquiera lucha... Mírame: no sé cuánto hace que nos hemos conocido, no sé cuándo fue la primera vez que te vi, pero sé que estamos juntos, muy juntos.

Sol atrajo su cabeza y la apoyó contra su cuello.

—No quiero culpar a nadie de nada —dijo, quedamente—. Si me equivoco, si pierdo, debo culparme a mí misma únicamente, sé que estamos juntos, que quizá lo estuvimos siempre...

Cristián la abrazaba y en su voz había una alegría casi cortante:

—No tengo nada, nunca fui más pobre que ahora, no deseo esta casa, ni será nuestra jamás, pero, te lo juro, nunca sentí tanta seguridad, tanta fuerza...

Se miraron reconocidos y en todo había algo sin remedio, y bebían, bebían sin dejar de mirarse.

—Si fuese posible... Si fuese posible... —Sol casi no lo dijo para sí misma, despertaban lentamente sus dormidos sueños. Vivir así, imaginar que se puede vivir así, dilatar el instante, dilatar el vacío mismo hasta el infinito. Si fuera verdad, vivir.

Cristián encendió una cerilla, y antes de prender el cigarrillo acercó la llama a los ojos de Sol.

—Parecen de escarcha —decía como hablándose sólo a sí mismo— y me gusta que no tengas las pestañas largas y rizadas. En cambio, parece que alguien haya reseguido el borde de tus párpados con un pincel...

Encendió el pitillo, y se tendió a su lado. Sol acarició su cabello negro, ensortijado. ¡Qué cómoda y amable les parecía la vieja alfombra, con sus trazados de rosas descoloridas! Sobre la chimenea había un retrato de mujer, muy antiguo. La gargantilla de encaje, agujereada por dos balazos, hacia doblemente pensativa su mirada. Cristián fumaba con delectación, bebían en silencio, sólo se comunicaban con la mirada. Ya no existían palabras para ellos dos, no necesitaban palabras, el cansancio de todo lo pasado se desmoronaba. De tarde en tarde, les llegaban los ruidos que producía Chano, rebuscando sin cesar.

Una vez, algo debió de caérsele encima, oyeron un golpe y después sus juramentos. En aquella casa tan temida y codiciada por él, ante los mil objetos que para él valían como tesoros, el chico perdía el miedo, que dio paso a una excitación creciente. Se oyó el ronco jadeo de un disco, Chano había encontrado una gramola y la aguja lanzaba un eco zumbante, como de insecto. Una voz muerta se abría, como una planta extraña. Che papusa, oí... Era un tango, un viejo tango de Carlos Gardel. Entre aquellas paredes, entre una destrucción donde se mezclaba el frío del amanecer, aquel viejo disco revelaba algo de Pablo.

¡Cuántas cosas de Pablo, tristes, pequeñas, deseadas, o conseguidas, no olvidadas jamás, decía de pronto aquel disco rayado! Cristián sacudió la cabeza, algo dolía mucho, en su voz, cuando dijo:

—¡Qué viejo es eso, qué viejo!...

Se levantó, buscó leños con que encender el hogar, y al poco, brotaron las llamas y todo se cubría de un cálido resplandor. Un olor vivo y reconfortante, la mañana naciente y levemente húmeda se esparció.

Se habían acercado al fuego, de rodillas, cuando Chano entró, corriendo. Llevaba una Parabellum y, con sólo mirarle a la cara, podía adivinarse que en su vida había sido más feliz.

—¡Mira lo que he encontrado! Es mía, me la llevo a la barraca. ¡Es mía!, ¿oyes? ¡Es mía!...

Parecía un niño, realmente jugaba, apuntándoles y barriendo a ráfagas imaginadas un ejército de sombras. Luego Chano desapareció, alocado, a continuar en sus pesquisas.

—¿Qué te pasa, Sol? No pienses, te lo suplico.

—Alas de mariposas —dijo—. ¿Te acuerdas? O algo parecido.

—Tal vez. —Cristián tenía los ojos lejanos. Acaso se acordaba de su caja de insectos.

No podían desprenderse de su fantasma, Pablo estaba allí, entre los dos, grande, pesado, blanco, otra vez, cuando tenían un poco de paz, cuando querían olvidar.

Encendieron nuevos cigarrillos. El fuego pequeño, rojo, tenía un encanto recobrado, hacía tanto tiempo que no podían aspirar el humo azul que casi les parecía lograr una auténtica felicidad. Cristián añadió más leña al fuego, y oyeron el leve golpeteo de las primeras gotas de lluvia contra el alféizar de la ventana.

—Tenemos que cuidar este fuego.

Las llamas crecían. El chisporroteo de la lumbre se mezclaba al de la lluvia en el tejado, la piel se caldeaba dulcemente. Perezosos, muy juntos se tendieron en el suelo. ¡Qué paz y qué silencio parecían crecer, aislándoles y uniéndoles! La lluvia arreció entraba por la ventana abierta, salpicaba la alfombra, y empujada por el viento hasta entonces, sólo presentido, llegaba ahora como una voz que les comunicara lejanos secretos. La cortina se hinchaba igual que una vela y parecía que se hubieran tendido en la estiba de una barca. En el techo, grandes manchas de humedad formaban continentes desconocidos, quizá maravillosos, como no vieron nunca en ningún mapa. Juntos, tendidos uno al lado del otro, en el calor amigo, viajaron a través de ríos, de mares y escogieron ciudades, lagos y caminos. Por fin habían entrado en su tierra.

El fuego alcanzó de pronto un esplendor que anegó la habitación y en aquel resplandor enrojecido, Cristián se incorporó inesperadamente.

—Ven, ven aquí —dijo a Sol.

A un lado de la chimenea, estaba aquel espejo de marco dorado donde Pablo se debía mirar, en el que tal vez quiso anticipar su fin. Tenía un agujero de bala, como el corazón de una estrella. Se miraron los dos, muy juntos, como si quisieran grabar aquella imagen en el fondo de sus ojos: Quince de noviembre, recordó Sol. Poco a poco fue llenándola una embriaguez especial como si se hallara sumergida en una hora, en una fecha, en un día distinto marcado. Sentía a Cristián cercano, cómplice, como nunca sintió a nadie, como si estuvieran juntos desde mucho antes de haber nacido.

Chano entró de nuevo, sin que apenas le miraran.

Venía agitado, en busca de la botella de coñac. Se echó un trago y salió raudo, sudoroso.

Entre las rebuscas de Chano, apareció una guerrera cubierta de estrellas, que dejó junto a la puerta.

Cristián se la puso, le venía grande, pero le daba calor y una cierta arrogancia que les hizo sonreír. El viento cerró la puerta de golpe y saltaron de la pared unos fragmentos de yeso resquebrajado. Cristián cogió uno de ellos y trazó un círculo en la alfombra, alrededor de los dos.

—¿No hablabas de ciudades encendidas? —dijo—.

Ésta es nuestra ciudad. Tú y yo no somos un hombre y una mujer, a lo mejor somos dos planetas sin ruta, perdidos en el espacio... ¿Quién será capaz de destruir nuestra ciudad? Hemos de pactar no despertar nunca, nunca...

Y llenaron sus copas una vez y otra, hasta acabar la botella. La luz y el aire tenían un tono distinto, las cosas no eran como antes, nada podía ser ya como antes. Todo podría ser ahora feroz o dulce, bueno o espantoso, pero distinto.

—Cristián... Cristián.. —oyeron.

Agitado, Chano asomaba su cabeza hirsuta por el marco de la puerta, su voz tenía un temblor de angustia y de una felicidad casi dolorosa, un miedo que llevaba en sí desde hacía siglos.

—¿Qué te pasa?

—¡Ven... ven a ver!...

Chano les condujo a un mueblecillo de caoba, y una de las llaves de Pablo abrió sus cajones.

—¡Mira!

Entonces apareció un abigarrado mundo, en confuso desorden. El oro y la plata de los cálices, de las cruces, de los relicarios, brillaban con un pálido centelleo. Como objetos inservibles, se amontonaban joyas y coronas de vírgenes como muñecas, brazaletes, anillos, promesas y exvotos. Todo tenía un aire viejo, de tiempo pasado, cargado de temores y de fe, y Sol pensó que su brillo era implacable, como se imaginaba de niña la mirada de Dios.

Tras Cristián, Chano seguía quieto, mordiéndose los labios. Es extraño —pensó Sol—. Esto es demasiado para él. No puede prescindir de Cristián, ahora.

Hay cosas que él imagina no pueden pertenecerle nunca. Cristián, quieto y ceñudo, tenía ahora una mirada dura, totalmente distinta. Únicamente ella seguía ajena, distante. Mariposas clavadas, escarabajos negros, alas de plata que tienen un chasquido pequeño, pequeño... Las palabras volvían. ¿Todo en la vida regresa siempre?, pensaba.

Cristián cerró el cajón con un ruido seco. Los cristales de las puertecillas temblaron.

—¡Vete!— dijo con una voz que Sol no le conocía ni Chano le oyó jamás.

—¿Quién? —preguntó el chico, aturdido

—Tú. ¡Vete de aquí! ¡Anda, de prisa! Ya has cogido bastantes cosas. ¡Largo!

Chano levantó el puño con una rabia contenida.

—¡No me da la gana! ¿A qué, irme? ¡Yo lo he encontrao! ¡Yo lo he encontrao!... ¡No puedes hacerme esta cabronada! Tú has dicho que busque, tú has dicho que me lleve... Bueno ¡bien que te he llamao! ¡podía irme con todo y té he llamao! Si Daniel viviese...

—¡Basta! Se acabó Daniel, se acabó Pablo. ¡Aquí estoy yo! ¿No te has dado cuenta, imbécil, de que aquí estoy yo?

Chano le miró con ojos deslumbrados, dando un paso atrás. Su voz se hizo más quieta.

—Cristián, no puedes echarme a un lao, ahora...

—suplicó.

Cristián, lentamente, abrió el cajón.

—Toma, tú lo has encontrado, llévatelo... vete de aquí.

Chano cogió ávidamente todo lo que pudo. Se quitó el pañuelo del cuello y envolvió en él las joyas en un gran nudo. Sol miraba a Cristián con curiosidad.

Bastaba la visión de aquellos objetos para que pareciese un ser distinto, no le comprendía, para ella aquel hallazgo no tenía significado, pero para Cristián, se

daba cuenta, de nuevo el tiempo tenía un sentido palpable, concreto. Sabía que había sufrido, que siempre fue pobre, pero no lo comprendía. Apenas hacía un momento, le dijo que eran dos astros perdidos en el espacio, pero ahora, de nuevo él era sólo un hombre un hombre oscuro, agobiado. Criaturas errantes, dando tumbos, chocando contra los muros, la cabeza encendida y murmuró: luciérnagas. Y no por eso dejaba de amarle. No por eso se sentía lejana a él, aún se sabía más inclinada a no abandonarle. Mariposas clavadas... Insectos, insectos, vuelos torpes y errabundos. Vuelos bajos, pequeños, desorientados, insectos. Descubrió entonces una gran piedad, hubiese querido acercarse a él y apretar su cabeza negra contra su pecho, apretar su frente entre las manos, su frente, que guardaba miedo y deseo limitados pensamientos humanos.

Ahora, la lluvia cesaba y el disco rojo del sol avanzaba claramente sobre la montaña. En los bordes de la ventana abierta, las gotas temblaban y caían.

—¿Eres mi amigo? —Chano tenía la voz entre medrosa y dolorida.

—Chano, déjanos.

El chico asintió, y ella se sorprendió de su resignación. Parecía contento y señaló el pañuelo.

—Esto vale mucho —dijo—. ¿Acaso lo habría guardado, si no, tu hermano? ¡Menudo pájaro era él!

Se quedó mirándoles, como esperando una respuesta. Luego, le vieron cruzar el pequeño jardín.

Temblaba, como si tuviese fiebre, y apretaba firmemente el desvaído pañuelo rojo. Ante la verja, se detuvo. Tenía frío.

En lo profundo creía que aquello no le pertenecía, que tenía que entregarlo o compartirlo con alguien, que jamás sería suyo. Tenía miedo, mucho miedo. Intuía que, de un momento a otro, vendrían gentes enemigas y no quería que le pegasen, era la primera vez que se le ocurría que podrían pegarle.

Su destino era huir, continuamente huir. De grandes palizas, mientras fue un niño, de la cárcel o del garrote, cuando fuese hombre.

Los hierros de la verja se ennegrecían en la luz creciente de la mañana. Chano, agazapado, raramente triste, tuvo deseos de volver adentro, y, aunque no les

comprendiese, tumbarse al lado de Cristián y de Sol, mirando el techo y sacando humo por la nariz. Un escalofrío le recorrió y deseó huir de aquel lugar. Por primera vez en su vida, tenía conciencia de su soledad, y recordó a una mosca en el fondo mojado de un vaso, luchando por trepar hasta el borde. Resbalaba y caía, caía siempre: nunca llegó a salir de allí. Intentó llamar a Daniel, para ahuyentar aquella imagen, pero el nombre y la voz, los ojos de su antiguo amigo, ¡estaban tan lejos! ¿Dónde habría ido, dónde habría ido a parar? Un desconocido vértigo le invadió. ¿Cómo era posible que ya no quedase nada, absolutamente nada, de aquella honda amistad, de aquellos proyectos, de aquellas aventuras y aquellas palabras?... Chano apretó el pañuelo contra su pecho.

Junto a la puerta había unas grandes macetas de azulejos blancos y azules. Súbitamente pensó en desprenderse de lo que llevaba. Ya volvería en el momento propicio y vería de llevarse más cosas...

Entretanto, aquello era lo mejor, le daba miedo irse con su botín. Escarbó con los dedos la tierra mojada por la lluvia y enterró en ella su tesoro, mirando a un lado y otro, como perro que entierra un hueso.

Antes de tapanlo con tierra, sus ojos quedaron prendidos en las letras de su pañuelo: Libertad.

Echó a correr hasta uno de los vecinos solares. Allí, agachado, entre latas oxidadas, desperdicios y barro, podía ver las ventanas de la casa. Oculto, con el corazón palpitante. La melancolía y la añoranza, la tristeza y soledad, eran sentimientos desconocidos hasta entonces. Daniel... ¡Si estuviese aquí! Y empezó a golpearse la cabeza con el puño y a lanzar juramentos. Con Daniel, todo habría sido muy distinto.

Cristián se volvió hacia Sol. Su boca, sus dientes hacían daño, sus labios estaban llenos de sed, larga y muy antigua.

—Todo empieza para ti y para mí, tal vez no puedes comprenderlo... ¡Mírame! Tus ojos son demasiado transparentes.

Sol no podía evitar su lejanía, aquella gran distancia que la separaba de todas las cosas, pero no podía abandonarle ni separarse de él. Aunque su alegría fuese algo que no comprendía del todo. Todo empieza para ti y para mí, acababa de decirle.

Con el silencio de la lluvia, cesó el fuego, que habían descuidado. Estaban completamente solos, muy cerca el uno del otro, tanto que sólo se veían las niñas de los ojos, grandes y llenas de color. Sol apretó su cabeza contra el pecho de Cristián, escuchaba la rítmica resonancia de su corazón, le acariciaba despacio, como si llevase oculto en la palma de la mano un poder hondo, mágico, y recién descubierto. La voz de Cristián sonaba dentro de su mismo oído.

—Ya sé lo que piensas, lo que sientes ahora... Pero tú has vivido en un mundo distinto. Recuerda cómo te decía, hace unas horas nada más, que tú y yo no podíamos ser amigos. Tú no has sabido, hasta la guerra, lo que quiere decir la palabra dinero. Ni aun ahora sabes lo que es, realmente. Incluso, puedes no llegar a saberlo. Pero yo lo he sabido siempre y no podré nunca olvidarlo. Hace un momento queríamos olvidarnos de todo, inventarnos una vida en blanco... Y yo sabía que sin dinero, aunque tú no lo creas, no se puede vivir. Acaba incluso con el amor. Por dinero abandonó mi madre a mi padre, por culpa de él mató Pablo, por culpa del dinero he vivido una vida prestada...

El recuerdo le golpeaba como un viento, era él un niño y su madre le llevaba a la tienda del viejo que prestaba dinero. Tenía apenas ocho años, pero ya conocía lo que el dinero significaba. Prestaba dinero, era un sucio avaro, calvo, tenía una tienda de comestibles, solía sentarse a la caja, con su boina puesta, hinchado, grasiento. Prestaba dinero, el maldito.

El dinero no se presta. Levantaba los ojos sobre los lentes y decía: Ah, bien, bien. La última vez.... Siempre tenía algo que decir sobre la última vez. Apoyaba sus dedos como salchichas al borde de la caja, los billetes salían de sus manos, lentos, pringosos, repugnantes. Acariciaba los billetes con gesto aterciopelado, mojaba el pulgar para contarlos. Prestaba dinero. La gente no podía vivir sin ese dinero que el viejo acariciaba. No podía navegar, curarse las heridas, oír música, si sabe que no tiene dinero. Por joven que se sea, por mucho que se amen el mar, las noches rojizas, el olor de la madera, el vuelo de los pájaros. Pronto se deja de existir, si no se tiene dinero, y nadie sabe más de su voz, de sus brazos, de su sonrisa... El viejo contaba despacio los billetes, consciente de su valor, de lo que representaban y daba importancia al dinero, porque sin dinero no se puede vivir. Más tarde, ya hombre, también él fue a la tienda, y el viejo le recordaba de niño, pero su voz cambiaba, se endurecía, cuando pronunciaba la palabra dinero. Por entonces Cristián estudiaba. A su alrededor se encendían y apagaban luces, se fabricaban aviones, se hundían barcos, se contaban chistes, se organizaban procesiones, se celebraban cumpleaños, se enterraban muertos, estallaban guerras, se festejaba el carnaval... El trabajaba, estudiaba, dormía, comía

deprisa, sin tiempo para charlar, para entretenerse, iba a domicilios ajenos, con una maletita.

Clavaba la aguja de la inyección en brazos anónimos.

Inyectaba líquidos extraños en sangres enfermas, líquidos que prolongaban la vida, que deseaban prolongar la vida, retrasar la muerte. Brazos blancos, flacos, gruesos, oscuros, peludos, suaves... Cristián inyectaba sangre, vida falsa, esperanzas falsas. Luego, frotaba el pinchazo con un pedacito de algodón mojado en alcohol. Si por lo menos el tiempo se detuviera... Pero el tiempo huía. ¿Existían para eso? ¿Para ver pasar a las cosas, a los hombres y decirles: Yo no puedo vivir porque no tengo dinero? A veces, sentía una náusea, un vértigo irreprimible. La juventud no es para enmohecerla, no se la puede sacrificar a la vejez. En la buhardilla contigua vivía un joven matrimonio con un niño pequeño, él trabajaba en una fábrica de las afueras y ella estaba enferma, acostada todo el día, muriéndose poco a poco. No tenían dinero. Para ella no existían los árboles ni el aire, ni los alimentos, ni las medicinas que necesitaba. Debían varias mensualidades del piso. Ningún amigo.

No había tiempo de tener amigos. Tampoco tenían tiempo de escuchar preocupaciones ajenas. Cristián, a veces, lo encontraba a él en la tienda del viejo. Papeles. Papeles llenos de palabras, de obligaciones. Plazos fijos, días contados, dinero prestado. Días que avanzan. Se perdía el dinero y, sin embargo, el tiempo avanzaba, implacable, con nuevas exigencias. Nadie huye al tiempo, estamos presos en él. El niño del vecino lloraba por las noches porque tenía sueños de caballos que galopan, se chupaba los dedos, balbuceaba palabras sin sentido. La mujer necesitaba medicinas, necesitaba comer, el niño correteaba con sus piececillos descalzos, sus sueños de caballos, sus ojillos su nombre, su boca ávida, mientras él acudía al viejo usurero, con el corazón empequeñecido. La tienda olía pesadamente. Lo que más le exasperaba eran aquellos absurdos carteles de colores que anunciaban refrescos, galletas, polvos de jabón. Un niño mofletudo decía, con la mano levantada: Estoy tan gordo porque tomo Harina XX... Estar gordo, trágica felicidad humana. Tal vez el vecino llegaba a la tienda del prestamista, sin horas, sin años, pensando en el próximo desahucio, pensando en los brazos delgados del niño, y lo primero que veía siempre era:

Estoy tan gordo porque tomo Harina XX. El viejo inquiría por encima de los lentes: ¿Y bien?. Sentado tras la caja, se hacía suplicar, reclamaba, no cedía. A veces Cristián acarició inconscientemente un cuchillo reluciente que había sobre el mostrador.

No lo sabía, entonces, fue luego, cuando el otro lo hundió en la carne del viejo, se dio cuenta de que, mentalmente, también él le había matado hacía tiempo y no una vez, sino cincuenta. El vecino fue a pedirle dinero, no tenía nada, nada. El viejo se lo negó. Hablaba, moviendo los brazos. Te llevaré a los tribunales. Una espumilla blancuzca se posaba en las comisuras de su boca. Su gran vientre, insolente, casi inmoral, se bamboleaba cerca, lleno de jugos espesos, de fermentos seniles, de horrible vida destilando líquidos negruzcos, blancos, amarillos, hedor y muerte. Aquel vientre, aquella espumilla en torno a la boca menuda, oscura, movable, como un agujero en una masa de goma. No supo cómo fue, el cuchillo se hundió en el gran vientre, a conciencia, como en manteca. No, no quería matarle, decía luego. Era cierto, sólo quería eso, clavarle el cuchillo hasta el mango, para ver si manaba rojo. El dinero. No, Sol no sabía qué quería decir esta palabra.

—Pero también la vida es hermosa. También la vida es hermosa... —dijo Sol.

La vida es hermosa —pensó Cristián—. Tiene una belleza que duele, violenta y fugaz, rodando sin remedio hacia la muerte. La vida es hermosa, tal vez, porque está la muerte, siempre, al final del camino.

Allí mismo, sobre la vieja alfombra, su amor brotó sin miedo, sin querer pensar. Hubo momentos en que creyeron que la sangre estaba hecha de galopes de ciervo: bajo la piel, en los azules caminos de la vida.

Se durmieron cuando la sangre corría en sus venas como plata fundida. Alas aterciopeladas golpeaban en su nuca. Uno junto al otro, dormidos, en la encendida pereza de sus labios descansaban, por fin.

Muy entrado el día, tal vez a las once de la mañana, oyeron detenerse un coche frente a la casa.

Poco después sonó el timbre de la puerta.

Sol, que se despertó primero, jugueteaba distraídamente con un brazalete, o una coronita de Virgen no lo sabía bien. A su lado, tendido, Cristián respiraba suavemente. Le acarició. Su palidez, la aterciopelada sombra de sus párpados, tenían ahora una profunda significación para ella. Cuando abriese los ojos y la mirase, habría entre ellos una especial comprensión, que ahorraría para siempre palabras, las burdas e insuficientes palabras de los hombres. Se abrigó y a su vez abrigó a Cristián con la guerrera condecorada que había encontrado Chano. Llamaban de nuevo, con insistencia, una y otra vez. Sol cruzó las manos bajo la

nuca y esperó, mirando rígidamente al techo. Al cabo de unos minutos el motor del coche se ponía en marcha, alejándose.

A la media hora estaban los dos despiertos.

—¿Conoces la barraca de Chano?... —preguntó Cristián.

—Sí.

—Me gustaría —añadió despacio suavemente— me gustaría tanto echarme allí dentro, con la espalda tocando la tierra, y mirar las estrellas por entre las cañas. ¡Debe ser bonito, eso!

—Sí, debe ser bonito.

Volvían a llamar a la puerta de entrada, ahora con grandes golpes. Tal vez reclamaban a Pablo. Se oían pisadas fuertes de hombres, botas rechinantes sobre la grava del suelo. Las gotas de lluvia se deslizaban como pequeños ríos a lo largo de los bordes de la ventana. Al poco rato, se alejaron las voces y las pisadas.

—Defenderé nuestras vidas. No voy a dejar que nadie nos destruya...

Ella sonrió, únicamente. Tal vez amaba a Cristián pensó, por su fragilidad.

Los días siguientes les parecieron uno solo. Sol no supo nunca cuántos pasaron allí. Nada cortaba la sucesión de las horas, el tiempo no tenía sentido. La luz nacía y moría a su alrededor, la luz y la sombra eran todo su paisaje, difuso, lejano. Nada existía fuera de ellos, de sus vidas aferradas, tenaces. Era como si una lucha dulce y extenuante persiguiese alguna forma maravillosa de vivir. Solitarios, desprendidos del mundo, su amor se mantenía como un fuego en el silencio, consciente de todas las amenazas, del final de todas las cosas. Sabían que también Pablo como ellos ahora, pasó allí largas temporadas, lobo solitario, perseguido por recuerdos, quemándose en el tiempo pasado o presente, negando cosas, queriendo crear cosas. Su sótano estaba repleto de víveres y toda la casa parecía como preparada para resistir un largo sitio. ¿Para qué querría esto?, se preguntaron Sol y Cristián más de una vez.

Pablo había acumulado, atesorado, con la avaricia candorosa de un niño o de un salvaje.

Encontró entonces un collar muy complicado y, al parecer, de factura antigua, recargado y valioso, con el que rodeó el cuello desnudo y blanco de Sol.

Con un frío estremecimiento, notó ella aquel peso en su garganta. Oprimiéndole, con una sensación parecida a la de la noche en que besó por última vez la mano de su padre. No se atrevió a tocarlo, y le dijo sólo:

—Quítamelo,...

Él lo tiró a un rincón riéndose.

Un día —nunca sabrían al cabo de cuántos— se detuvo un automóvil frente a la casa. Era una mañana húmeda y fría y estaban sentados frente al fuego. A poco, crujió la grava del jardín, y llamaron a la puerta, reciamente.

Cristián y Sol no se movieron, pero los recién llegados no desistieron.

—Echarán la puerta abajo...

Cristián se levantó al fin, lento y sombrío Sol le miró alejarse. Oyó cómo abría la puerta y, luego, las voces y las pisadas de Cristián y de los otros hombres.

Tras unos momentos de diálogo, que no pudo entender, las pisadas se acercaron. En el suelo, frente a la puerta, unas sombras avanzaban, alargándose, hasta romperse de un golpe.

Cristián entró seguido de tres hombres.

—Vienen a hacerse cargo de la casa.

Cristián cogió su mano, sonriendo. En su sonrisa había una íntima, larga, llamada. El tiempo giraba de nuevo, comprendió, y ellos seguían bamboleándose rodando, rodando, dentro de él, irremediabilmente.

Algo ha terminado No sabía nada concreto. No sabía qué podían hacer o decir aquellos hombres. Algo ha terminado se repitió. Pero en su misma angustia había una alegría escondida, tímida. No me arrepiento de nada —se dijo—. Por vez primera en mi vida, no me arrepiento de mi tiempo, de mis horas, de mí.

Cristián tenía los labios levemente temblorosos.

—Son un oficial del SIM y dos agentes —explicó rápido, mientras los dos hombres removían muebles y abrían cajones—. Saben que Pablo se suicidó, después del bombardeo. Se han enterado de que vivía aquí y vienen a hacerse cargo de esta casa.

Sol dobló la cabeza y apoyó la mejilla en las manos de Cristián.

El oficial encendió un cigarrillo y le ofreció otro.

Su pregunta brotó junto a una bocanada de humo:

—¿Cómo no estás en el frente?

Cristián levantó la cabeza y sostuvo su mirada, pero no contestó.

El oficial ensanchó una sonrisa, irónica.

—¿Eres otro emboscado...? Seguramente, pero no te ilusiones. Aún tienes tiempo de matar a muchos de los tuyos. Más tiempo del que te imaginas.

Sus ojos se volvieron hacia Sol.

—Y tú, ¿quién eres?

Sol le miró silenciosa, apática, lejana. Como si nada le importase aquello, y no fuera con ella. Cuando las cosas acaban, no pueden reconstruirse, pensó.

—Bien, bien. No hay prisa. Ya tendrás tiempo de explicarlo todo.

Sol sintió los brazos de Cristián alrededor de su cintura, los dos tenían los labios cerrados, como si hubiesen huido todas las palabras: las torpes, vacías palabras. Cristián apoyó su frente en la de la muchacha. No tenemos ningún carnet, no pertenecemos a ningún Partido ni Sindicato, no vivimos en ninguna parte. No dispararé un solo tiro, ni avanzaré, ni desertaré siquiera. No conozco "míos" ni "tuyos". No pienso defenderme, porque ya nada ni nadie puede hacerme daño.

El oficial se volvió a los agentes, ordenándoles un registro y estuvieron bastante tiempo, los tres, quietos. El silencio los envolvía, nada hubiese podido separar su abrazo. Por dos veces, un dorado aliento, un sol fugaz y muy lejano, penetró en la habitación arrancando un súbito brillo a los objetos. Luego, otra vez la neblina gris, la luz opaca y fría de la mañana.

El oficial se levantó, paseándose con las manos a la espalda. De cuando en cuando fumaba y dejaba tras sus pasos una nube aromática y blanquecina.

Entraron los agentes con las joyas que Chano no se había quedado. El oficial las examinó con cierta lentitud. Sus manos finas, suaves, acariciaron los objetos.

—¿De dónde ha salido esto?

—Era de mi hermano Pablo...

La risa del oficial era suave, ondulante.

—¿Tu hermano? No he visto tu documentación. No sé quién eres. En cuanto a esto, pertenece al pueblo.

Los sacaron fuera, a empellones. Frente a la verja había un coche camuflado con grandes manchas marrones y verdosas. Subieron, y la ciudad, como una vieja película, pasaba de nuevo ante los ojos de Sol.

Otra vez las calles, las casas, las gentes, el ancho cielo triste. Un frío cortante entraba por la ventanilla. Cerró los ojos. Junto a ella Cristián le daba el único calor de la tierra, como si tuviese que morir al dejar de sentirlo.

Se detuvieron frente al edificio del SIM. Custodiados por los dos agentes y el oficial, subieron al segundo piso y les hicieron esperar más de media hora, sin decirles nada. Luego, pasaron a un despacho, y se les tomó la filiación. Dijeron sus nombres, su edad, los nombres de sus padres. ¡Qué cruel burla flotaba en todo aquello!

—Ya se os llamará.

Por última vez, sus manos, con tenacidad inútil se aferraron. Al separarse, un frío nuevo y cortante pareció lamer la mano de Sol. Cristián desapareció tras una puerta, y ella llevada hacia otro lado.

Entró en una pieza oscura y alargada, con un ventanuco alto. Junto a la pared había una larga tabla sobre dos caballetes de madera, y allí Sol vio dos mujeres sentadas. Una de ellas, de cabello gris, y con los codos en las rodillas, curvada y pensativa, ni siquiera se movió. La otra, más joven, estaba llorando.

Sol avanzó hasta el amarillo resplandor que entraba por el ventanuco. La puerta lenta, pesada, se cerró a su espalda con un ruido metálico.

El veintitrés de enero de mil novecientos treinta y nueve, Sol se vio de nuevo en libertad.

Al encontrarse en la calle entrecerró los ojos y se apoyó en un muro. Desesperadamente sola, desde hacía un tiempo que le parecía enorme, nadie le habló de Cristián nada sabía de su madre ni de su hermano. Se sentía perdida, extraña a sí misma.

Miró turbadamente en derredor y reconoció la Vía Layetana. Allá abajo está el mar, y un deseo de ir hacia él la llenó, vivificándola, como si la vista del mar de su infancia, de un tiempo lejano, fuese a devolverle aquella niña que no murió ni estaba en ninguna parte. Como en sueños. Desde que la separaron de Cristián, había vivido dentro de una pesadilla. Buscó el mar, alguna abertura o camino que la llevase a él. Instintivamente, como un animalillo.

Sin saber cómo se encontró en la Barceloneta, entre paredes sucias o arruinadas, mujerucas trasegando extraños bultos, chiquillos que hurgaban en los escombros buscando tesoros inexistentes y luego, por fin, el mar.

Una barca muy vieja dormía abandonada en la orilla. Subía la marea. Si se tendiese en la barca, podría cerrar los ojos y esperar, esperar. El mundo que alboreaba, el mundo muerto y el mundo presente de casas quemadas y chiquillos bronceados, harapientos, desaparecería. La arena gruesa hería sus pies, aún calzados con sandalias. Era una arena amarillenta, llena de inmundicias. Aquí y allá aparecían trozos de metralla y trapos rojos y negros, descoloridos por el agua. Respiró una mezcla de salobre y podredumbre, un olor que penetraba en los poros.

Sobre las olas flotaban cortezas de naranja, corchos objetos indefinibles, bajo el gran peso de un cielo verdoso. Más allá, a los bordes de la tierra la ciudad se le ofrecía, emborronada de humo con manchas de un sol triste. La niebla, sutil y pegajosa, la empapaba piel adentro. El rompiente de las olas, en ascenso, ya alcanzaba la barca recostada en la arena.

Sol se acercó, y la espuma, espesa y amarilla, le mojó los pies. El viento agitaba su cabello, la falda de su vestido, parecía que su cuerpo entero se hubiese puesto de pronto a decir adiós. Las olas se hinchaban y curvaban en una gran respiración.

Un grupo de muchachos correteaba. Olvidados de todo, se arrojaban unos sobre otros, forcejeando, sus risas le llegaban como con un eco. Uno de ellos pasó por su lado corriendo, gritando algo y Sol oyó el leve ruido de la arena que se levantaba y caía tras sus pisadas. Era un chiquillo de unos nueve años, de piel quemada, sucia. Le miró pasar enajenada y, súbitamente, Madre. Qué nueva, y qué vieja, esta palabra. Pensó en su casa, como antes en el mar.

La Plaza de Cataluña, barrida por un viento que levantaba nubes de polvo, aparecía solitaria, como desnuda. Tiempo atrás, recordaba, en el centro había un monumento al soldado desconocido, en cartón piedra, pronto convertido en una masa confusa y pastosa de colores mezclados por las lluvias. Ahora era algo infinitamente triste, todo a su alrededor, la plaza, la ciudad, eran como una gran ruina expuesta a la mirada. Mientras caminaba hacia su casa, se notaba tremendamente ajena a todo y, al propio tiempo, condenada a cuanto la rodeaba.

Durante las semanas de cárcel, más de una vez recordó la descripción que de ella le hizo Cristián.

Echada en su camastro con las manos cruzadas bajo la nuca, contó una y mil veces los barrotes de la ventana. A veces se levantaba para vomitar, en un rincón, un jugo viscoso y amarillento. Apartaba de sí el recuerdo de su madre, quería pensar sólo en el momento inmediato, en la simplicidad de los instantes. Una de sus compañeras de celda era la viuda de un militar, a quien mataron a sus dos hijos, en el frente al principio. Yo amaba a mis hijos —exclamaba sin cesar, como una letanía—. Eran para mí todo lo de la tierra. La otra compañera de prisión, una acaparadora de víveres, también tuvo un hijo, muerto en la campaña del Ebro. No tenía aún dieciocho años cuando se escapó voluntario... Y, ahora, ni siquiera sé dónde está enterrado...

Sus hijos, sus hijos, reflexionó Sol. Ésas eran las conversaciones habituales entre aquellas mujeres. Hijos, hombres que se pudren sobre los campos, siempre cuerpos debatiéndose, ojos girando en las órbitas para ver, manos agitándose en el vacío, luchando desproporcionadamente, para existir, simplemente existir. No vale la pena de luchar. Sol recordó la cortina que se hinchaba como una vela, en la torre de Pablo. Los hijos, la comida, ganar o perder guerras, todo era excesivo, atroz, no estaba preparada para ello, no era sino un débil embrión incompleto, dando tumbos en el vacío. Cayendo, cayendo siempre sin chocar, siquiera, sin estrellarse, en un final. Cayendo en el vértigo, tras una parpadeante esperanza. Luciérnagas —recordaba—, pobres luciérnagas.

En la calle, fuera de aquellas rejas y de aquellos muros, caminaba ahora sin prisa, casi arrastrando los pies. Pero había otros muros y otras rejas, a su alrededor. Los propios límites —le había dicho Cristián Toda nuestra vida es únicamente un gran deseo de atravesar nuestros límites.

El recuerdo de su madre se hacía cada vez más vivo. Imaginaba su desasosiego, y una atracción oculta como de raíces, o encadenadas razones a través del tiempo, la conducían a ella. Era como un dolor que recorriera su cintura, un viejo dolor, venía de muy lejos, a través de su madre, de la madre de su madre, de la primera madre. Necesito saber que vive.

La ciudad se revolvía como en un último estertor, las gentes huían presurosas ante el avance del ejército de Franco, y en las calles se palpaba la pena y la angustia, mal veladas. Coches y camiones atiborrados con colchones atados en la trasera o en la baca, camiones que se llevaban hombres, o los devolvían, en una pavorosa y confusa retirada. Francia avanzaba, avanzaba, y Sol lo supo por el clima miedoso, por un lado, y lleno de esperanzas por el otro, que se advertía en el corazón de la ciudad. Una febril agitación se advertía frente a los centros oficiales, en los rostros que se cruzaban en su camino.

Junto a una fuente había una larga cola de personas, con garrafas, cántaros y jarras, en busca de agua. Sol se aproximó para beber una gran sed le ardía en la garganta, y un hombre le ofreció una cantimplora de aluminio. El agua, fría, parecía un río pequeño, milagroso, abriéndose entre polvo seco. La cabeza le dolía en las sienes, como si el frío de la mañana se estrellase allí en menudos chasquidos y oía algún comentario, aún acalorado, receloso, referente a los que avanzaban, cada vez más próximos.

Eran seres humildes, pálidos, inofensivos y miedosos como María, como la viuda del militar, como el viejo padre de Pablo y Cristián. No tardarán ya...

Dentro de una semana... Están en Manresa...

Sol se alejó, con paso lento. Sus pies la conducían ciudad arriba, ciudad arriba, y buscarían, aunque ella no lo hubiese querido, sus calles familiares, sus árboles, su infancia. En algunas plazas se amontonaban papeles, libros, oficios medio quemados. Sol se detuvo y, maquinalmente, empezó a leer unas hojas mecanografiadas, cuyo significado no entendió.

A su memoria vinieron la Escuela Roja y Ramón Boloix. ¡Todo parecía ahora tan distante, tan inexistente!

Como vivido por otra persona que no fuese ella, que no tuviese nada que ver con ella. En una esquina ardían montones de legajos, y el viento bamboleaba diminutas partículas negras. La atmósfera estaba llena de una sutil neblina, de hollín, que se adhería a la piel. Sentía un cansancio, una debilidad, crecientes. Le pareció que avanzaba dentro de un humo espeso y blancuzco, como la noche del bombardeo. No le quedaba más remedio que detenerse y apoyarse contra la pared, descansar y recuperarse. Desde los hombros descendía por su espalda un dolor, lento, pesado, el vértigo crecía en sus ojos, pecho, oídos, y se sentía como empujada al vacío, se veía rodar, rodar, ante su propia mirada. En los muros aún quedaban los últimos gritos de resistencia, en triste contraste con los coches que huían repletos de seres indefensos y desesperados hacia la frontera. Una extraña desilusión la llenaba.

Qué desasistido le parecía en aquel momento el ser humano. Se acordó de cuando en el comedor público se avergonzó de ver a la gente llevarse el tenedor a la boca y tragar, tragar, huir, devorar, morir, no saber perder. Siempre igual, siempre lo mismo, la gran monotonía. Apretó los dientes, consciente de su vida y de la otra vida que se manifestaba con un socavado dolor, consciente de la sangre que empujaba y anunciaba otra sangre, de muerte que alboreaba otra muerte, sin cesar, sin cesar. Tragar. Huir. Morir. Una gran náusea la sacudió desde lo más profundo de su ser, como si partiese del centro mismo de su vida. Se apoyó en la verja que rodeaba un jardín. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no sentía ningún deseo de llorar. Desde los doce a los ochenta años todos a las armas, leyó, en grandes letras sobre un muro.

Siguió caminando, y se encontró frente a lo que fue Escuela Roja. Se detuvo a mirar su fachada, su descuidado jardín. Un frío agudo atería los troncos de los árboles, tras la tapia oyó impersonales pisadas. ¿Dónde estaría Ramón Boloix? La puerta de hierro se abrió, para dar paso a un camión, lleno de gente, y una ráfaga de colores desvaídos cruzó ante ella.

Al llegar frente al portal de su casa, creyó había llegado a su última fuerza. Como siempre, en los últimos tiempos, el ascensor no funcionaba por falta de fluido. Sol subió la escalera, despacio, con la cabeza gacha.

La vieja María oyó llamar, tímidamente, a la puerta con los nudillos. Se levantó de la silla en que cosía y fue a abrir.

En el descansillo, una figura delgada, cubierta con un abrigo raído, la estremeció: era Sol. Una Sol distinta que no tenía nada que ver con aquella niña

nerviosa, que buscaba la cadena pendiente de su cuello para alcanzar el medallón en que guardaba un rizo de pelo. Retrocedió instintivamente, como si contemplase el espectro de una niña muerta. Luego, con un sollozo ahogado, la acercó a su pecho la abrazó con fuerza. Sol recuperó de pronto el olor peculiar de María, a sábana recién planchada a jabón, a pan tostado. Algo íntimo se removió en su corazón, con una gran melancolía. La vieja niñera la apretaba entre sus brazos, rudamente, lanzando un débil gemido que Sol no sabía si era alegre o profundamente triste.

—¿Dónde está mamá? —preguntó, ahogadamente. María la estrechó con más fuerza.

—¿Dónde está, dónde está? —insistió, mirándola a los ojos, como una súplica.

—¡Está bien, no te asustes! Está bien. Pero en este momento no está en casa.

Las dos se miraron, y María volvía a ser la anciana sirvienta, sumisa, quieta. Sol vio temblar una pregunta en sus labios.

—María —dijo—, he estado en la cárcel.

La vieja suspiró hondamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ven, ven, niña. —La cogió de la mano, como cuando era pequeña, llevándola a su habitación—.

Descansa, ahora, descansa. Estás deshecha, pobrecita.

Sol obedeció, y un sopor dulce, intenso, la invadía. Durante un rato la oyó afanarse en el cuarto de baño y luego, dócilmente, como en sus primeros años, se dejó bañar y vestir por aquellas manos toscas, morenas, surcadas de venas amoratadas, ásperas y dulces a la vez. ¡Qué delgada y vieja le parecía!

Sol evocaba imágenes, palabras, olores, tiempo.

Cuando era niña, y María la llevaba a la cama, antes de cubrirla con las sábanas le trazaba sobre la frente una ancha cruz. Al recordarlo sintió un vago deseo de besar aquella mano. Aunque las cosas cambiasen, el pasado no volvería. Lo sabía bien, pero María siempre sería la imagen de su infancia.

María intentaba vestirla con uno de sus trajes antiguos, ya cortos. Era un vestido de lana, estrecho, casi infantil. Luego, Sol pasó a la salita de su madre.

Sobre una mesilla, María le sirvió un caldo vegetal, caliente, que bebió con avidez.

Reencontraba la habitación, llena de objetos familiares pero distintos. En un ángulo la silla de costura que utilizaba María y un montón de piezas de tela, de prendas a medio confeccionar. Miró a María, interrogándola.

—Hemos de ganar algún dinero.. —le explicó, con aire resignado—. Son pantalones y guerreras de soldado. Nos las entregan cortadas, y nosotras las cosemos. Trabajamos mucho a destajo. Nos pagan a dos cincuenta la pieza, pero algo es algo.

En aquel momento, la madre de Cloti asomó la cabeza por la puerta, y al verla, comenzó a lamentarse aguda e incomprensiblemente, desapareciendo de nuevo. María, en pie, la miraba con tristeza y cariño.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Sol.

María suspiró, y le tomó la mano. Su voz se hizo baja, como temerosa. Sol la oía con el corazón suspenso.

—Aquella noche, como tú, niña, no volvías, y fue tan horrible el bombardeo, ella se intranquilizó mucho. Desde aquí veíamos estallar las bombas, desde esta ventana vimos el humo colorado que subía, que subía... Tú no volvías, y eras tú la única hija que le quedaba, puede decirse, porque el niño... ¡Dios me perdone!, pero el niño no se portaba bien con tu madre. ¡Qué poco agradecen los hijos, qué poco saben los hijos de nosotras!

Aquella exclamación brotó dolorida, extraña en su boca y Sol pensó de nuevo en los hijos. De nuevo aquella palabra. Cerró los ojos, unas gotitas de sudor enfriaban sus sienes desagradablemente. Se asió al borde de la mesa y María continuaba con voz dócil:

—Estuvo esperándote, esperándote, como esperaba a que volviera el niño, siempre. Nunca se cansó de esperar, la pobre. Así pasó toda la noche. Yo le hice té, del que me dio Cloti. Pero ella no quería nada más que volveros a ver. ¡Sol, tú fuiste siempre buena, tú no te apartaste de su lado tú no faltaste ninguna noche a casa! ¿Cómo podía ella pensar otra cosa que no fuese que habías

muerto? Creí que se volvería loca. Ni siquiera podía llorar. Eran cerca de las cinco de la mañana cuando se decidió. Me pidió el abrigo. ¿Dónde va a ir, señora? le dije. Y ella me contestó: Algo malo le ha ocurrido a mi hija.

Algo muy malo. Voy a buscarla, María. Yo sentí un nudo aquí dentro, me mordía para que no me viera llorar, para no apenarla más. ¿Adónde?, dije.

Adonde lleven los heridos y los muertos, me contestó. Y así lo hizo. No me dejaba acompañarla, pero yo no la abandoné. Fuimos al Clínico, dispuestas a recorrer todos los hospitales, todas las clínicas de la ciudad, hasta dar contigo... Yo, apenas la podía seguir, nunca creí que fuese tan fuerte.

Sol sintió de nuevo la angustia.

—Cuando llegamos no nos dejaron entrar —siguió explicando María—. No puedes imaginarte el movimiento de camiones y de ambulancias, una tras otra, una tras otra... Daba horror ver tanto herido, tantos pobrecillos unos encima de otros, como sacos de patatas. Nos sentamos allí mismo, en las escaleras.

Junto a nosotras dejaban a los heridos, para no perder tiempo, y volvían a marchar otra vez, a por más...

¡Qué horror! Aquello parecía el mismísimo infierno.

¡Dios está muy enfadado con los hombres!

María se santiguó.

—Lo recordaré mientras viva. No nos movimos de allí hasta que, al fin, nos dejaron entrar. Vuelve a casa, María, me decía la pobre señora. Vuelve a casa y descansa. Pero yo, ¿cómo iba a dejarla sola?

Daba pena verla. Fuimos recorriendo las salas... ¡Ay, no quiero, no quiero acordarme!

Interrumpió su relato, se enjugó los ojos y se sonó.

—Niña, a ti no te encontramos. Pero sí a tu hermano.

Sol levantó la cabeza, y preguntó, angustiada:

—¿A Eduardo...? María, ¿ha muerto mi hermano?

María negó con la cabeza, y empezó a llorar en silencio.

—No —dijo No ha muerto... Pero, pobrecillo, estaba herido, muy malherido. La metralla le alcanzó, en aquella cara de ángel que Dios le diera, en la cara, en el pecho y en un pie... ¡Pobre niño, quedará lleno de costurones! ¡Con lo guapo que era, con aquellos ojos que tenía...! ¡Qué desgracia, Señor!

Sol se estremeció. Recordaba el rostro de su hermano, su cuerpo bello armonioso.

—Desde entonces la señora va todos los días al hospital. Ha pedido permiso para cuidarlo... Y sólo esperamos el día en que podamos traerlo aquí.

Sol quedó silenciosa, mirándose las manos, cruzadas sobre las rodillas. Una gran pena llenaba su alma, una gran piedad hacia su hermano. Recordaba sus palabras: Mírate, acerca una mano a tus ojos y dime si es una mentira. Su recuerdo le oprimía el corazón. Tal vez, al fin, todo era igualmente doloroso. De nuevo tuvo miedo. Un terror húmedo y oscuro, nacido de su vida misma, del que nunca acaso se vería libre. Tenía miedo a la vida, como Cristián como su madre, como las mujeres de la cárcel. Ella misma, todas, pensando eternamente en que los hombres se agusanan en las cunetas o se convierten en tristes sombras de sí mismos, mutilados. María seguía hablando, pero ya no la escuchaba. Las paredes de su terror apresaban ahogadamente, en lo hondo de su vientre un charquito vidrioso se hinchaba, se hinchaba. Un mundo alboreaba en ella donde existirían los zapatos rotos, la tabla de multiplicar, los grandes cielos calientes, las bombillas apagadas, las balas de fusil, los insectos, las manos que palpan piel humana y corteza de árboles, un mundo de desolación y de alegría, de felicidad y de preocupaciones, de gritos y de largos bostezos. Y estaba en ella, con ella, dentro de ella con sus propios cielos, con las rejas de su cárcel, con su dolor y el lejano canto de los pájaros.

La puerta de la calle se abrió tras el pequeño ruido de la llave. Después, unos pasos se acercaron.

Era Cloti, y de pronto volvieron de un golpe los días en que Cloti estuvo en cama, enfebrecida, maldiciendo al hombre que le había hecho una ranita.

Entonces le pareció horrible, monstruoso, pero ahora, aquello tenía, para Sol, un sentido distinto.

Recordaba a Cloti cuando salía a la calle cuando todos los días volvía a casa con su fatiga, con su amor, con su aburrimiento con su curiosidad y sus decepciones. Su miedo, su rabia a los hijos, pertenecían al pasado otra vez. Todo empezaba de nuevo, devorado por el tiempo.

Cloti entró en la salita. Vestía un mono azul, lleno de manchas de grasa negra, y el cabello, ahora trenzado alrededor de la cabeza, destacaba aún más sus anchas mejillas. Al ver a Sol se quedó un instante parada, con la boca abierta. Luego se acercó, abrazándola. Sol sintió que renacía una amistad nunca antes conocida.

—¡Sol, muchacha! Me alegro mucho de poder despedirme de ti...

Se apartó mirándola. No había cambiado su mirada y Sol sonrió levemente, sin saber qué decirle.

Entonces entró la madre de Cloti, y la chica se volvió hacia ella con voz sombría:

—Nos vamos, madre, prepare usted sus cosas.

Cloti se llevó las manos a la cintura. Iba arremangada y sus brazos redondos, hermosos, aparecían tiznados de alquitrán. En sus pupilas había un dolor negro y muy antiguo.

La vieja se sobresaltó.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Digo que nos vamos! ¡Que debemos marcharnos cuanto antes!

Sol la siguió a su habitación, y Cloti sacó su vieja maleta de cartón y lona, y a puñados empezó a llenarla de ropa. Inesperadamente, estalló en sollozos.

Sol se acercó a ella, acariciándola.

—¿Por qué quieres irte?

Cloti levantó la cabeza, rabiosa:

—Haces preguntas idiotas. —Se mordía los labios, intentando contener su llanto—. Haces preguntas que...

Durante unos instantes se miraron en silencio.

Luego, Cloti dijo:

—Ramón se fue hace tiempo... el muy cerdo, juró llevarme con él, cuando esto llegase. Fui a la escuela, un día, y él ya no estaba allí, ni en ninguna parte.

Me enteré luego de que quiso escapar a Francia, sin decirme una palabra. ¡Nunca debí fiarme de él, viejo, sucio, traidor, rata cobarde!... Pero bien lo pagó, ¿sabes?... En el último momento no había coche para él, y empezó a maldecir a los que se iban y a decir enormidades. Entonces, por traidor a la causa, le pegaron dos tiros allí mismo. Ahora —continuó con voz precipitada— todos los de mi garaje hemos decidido huir.

—¿Adónde? —preguntó Sol.

—¿Adónde quieres que vayamos? Hacia la frontera.

Todo el mundo se va, todos nos abandonan... Tenemos tres camiones en el garaje, ¿sabes?... Pero salen hoy mismo, dentro de dos horas. No hay tiempo que perder.

Cloti la miró, de pronto, con cierta timidez, y dijo:

—¿Quieres venir?

Sol sintió como suya aquella tristeza. Negó suavemente con la cabeza. Comprendía el llanto de Cloti.

Cloti amaba a Ramón Boloix, aunque no lo supiese.

¡Qué extraño el amor, qué impensado! Y el recuerdo de Cristián se alzaba como un grito. ¿Por qué razón amarle a él, precisamente? No cabía en ella sentimiento más fuerte. ¿Por qué, por qué precisamente a él?, se obstinaba, con angustia. No había nada más importante ni decisivo para ella. Se sentía ligada a su añoranza, por algo que no se podía romper.

—¡Madre, dese prisa! —gritaba ahora Cloti, cerrando la maleta con esfuerzo—. ¡Dese prisa!

La vieja asomó en el marco de la puerta, mirándola con los ojos vidriosos. Su barbilla temblaba ligeramente y al fondo, proyectada en el suelo, Sol vio la sombra expectante de María.

—Dese prisa, madre —suplicó de nuevo Cloti, tragándose sus sollozos.

La voz de la vieja sonó enronquecida, dura:

—¡No me iré!

Cloti se volvió, con ojos muy abiertos.

—¡No me iré! —repitió la mujer—. Tu hermano está en la cárcel. ¿Cómo le voy a dejar? ¿Cómo voy a abandonarle ahora yo a él? Todos se van. Ahí tienes: tu cuñada sabe Dios por dónde andará. Escapó también, sin saber si se han llevado a los niños a Rusia o a la tierra del diablo... ¿Quién es el que va a quedarse en casa, quién es el que va a quedarse en su sitio? ¡Dime, desgraciada!... Yo no voy a abandonar a mi hijo. No lo haré, tenlo bien seguro. ¡Vergüenza debía daros!

Cloti dio un paso y, violenta, la sujetó con un brazo.

—¡Usted viene!... ¿Cree que los del camión van a esperar a que se decida? ¡No! ¡No esperan! ¡Quedan sólo dos horas...! ¡No vamos a malgastarlas en melindres de vieja!

—¡Suéltame! No iré.

Madre e hija se miraron en silencio, y al fin, la vieja cogió la mano de Cloti y empezó a llorar.

—¿Pero qué es lo que has podido hacer tú de malo hija...? Dime, ¿qué has hecho tú de malo, para tener que huir? No has hecho nunca daño a nadie. Has sido siempre una infeliz. Sólo has recibido, si acaso, daño de los demás. ¡Qué vamos a hacerle si siempre, siempre, será para ti lo mismo, y para mí lo mismo!

Aquellas palabras parecieron clavarse en Cloti, revolver un dolor profundo.

—¡Calle usted, calle usted! —chilló, desasiéndose. Furiosa, dio una patada a la maleta, que cayó boca abajo. Todas sus prendas quedaron esparcidas sobre el suelo. Se agachó, recogiendo únicamente un paquete de cigarrillos, que se guardó en el bolsillo.

—¡Salud! —dijo en voz baja. Y salió, en medio de un gran silencio, sin llevarse la maleta siquiera.

Luego oyeron cerrarse la puerta de la calle y sus pasos rápidos, escaleras abajo. Nadie se atrevió a hablar. Cloti se iba aún más sola, más desnuda, más desesperada de lo que llegó. Con su mono azul manchado de negro con la blusa arremangada, con un paquete de Gaufois, con el corazón igual que una lucecita asustada, dándole tumbos dentro.

Sol sintió un gran e imprevisto amor hacia ella.

Se va a Francia, se va despojada de todo, como nació, como ha vivido siempre, con su miedo, con su resignación... tal vez no cruce la frontera, tal vez sí.

Su hermano, el pequeño, aquel que ella quería tanto está ahora en la cárcel. Los hombres no se entienden. Todo resulta, al fin, inútil. Para nada. Para nada.

Y recordó: La cárcel somos nosotros mismos.

La vieja estaba ahora de rodillas junto a la maleta volcada de su hija. María se le acercó lentamente, y ambas mujeres fueron sacando y doblando las ropas en silencio. El pañuelo que la madre de Cloti llevaba en la cabeza resbalaba hacia atrás, descubriendo sus greñas amarillentas y crespas.

Sol las dejó solas. En su habitación, sobre la cama, boca abajo, la cabeza le dolía y le parecía que su corazón hubiera crecido, agobiándola. No podía evadirse al recuerdo de Cristián, no podía oír la palabra cárcel, la palabra cielo, la palabra adiós, los portazos, el viento, el sol mismo, sin relacionarlo con Cristián y con ella, con ellos dos. Aquella unión era algo que ahora sabía irremediable, e incluso sentía una vaga nostalgia por la certeza de su amor, como si hubiera ocurrido en otro tiempo. Ahora sentía por él el grande, el vulgar amor de los humanos, y sabía de antemano todo cuanto podía suceder, porque aquel e inconcreto deseo que les unió, aquella luminosidad interna y misteriosa que les empujó el uno al otro, había concluido. Ahora les movía ya, únicamente, el amor oscuro, el amor lleno de agradecimientos y de rencor, el amor empapado de

sufrimiento, el amor eternamente desamparado de los hombres; y a pesar de todo sabía que no deseaba otra cosa, tampoco.

Poco a poco, luchando con el cansancio y los pensamientos, se durmió. La limpieza, el suave olor de la cama, le producían un sopor lento, como si se adormeciera por última vez, sobre su infancia. En aquel momento conoció la huida del tiempo. No podría volver aquel clima, aquella atmósfera. No podrían volver los mismos deseos, los mismos sueños las mismas esperanzas.

No la oyó llegar, y sin saber cómo despertó estrechamente abrazada a su madre. Oía su respiración, un calor pegado a su oído, aquel jadeo casi febril y, a un tiempo, contenido, apretado. Tímidamente acarició la cabeza de Elena y se dio cuenta de que había encanecido por completo.

Necesitaba su abrazo, pensó, mientras su madre le apartaba el cabello, que le caía sobre los ojos y ordenaba los mechones rebeldes como cuando era niña. No le hizo reproches, no se quejó de nada. Su primera frase, aún temblorosa, fue simple, cotidiana:

—Tienes frío...

Pero Sol adivinaba en su voz todo lo que deseaba decirle, preguntarle.

—No hables, descansa. Yo no me iré de aquí, de tu lado.

Sol obedeció y cerró los ojos. Notaba cerca aquella solicitud, lejana y conocida, tal vez, desde antes de nacer. Un gran frío la hacía temblar, y su madre la cubrió cuidadosamente con la manta. Entreabrió los párpados y contempló sus movimientos con la cabeza inclinada sobre la almohada. Algo huía lentamente, llenándola de nostalgia, como si en vez de ver a su madre la recordase. Ver a su madre inclinándose sobre ella, besándola en la frente con el mismo beso y gesto con que la acostó de niña, le dolía y a un tiempo le parecía contemplar la escena desde un planeta distante, desde una orilla lejana.

Como si fuese aquello lo que cerrase inevitablemente un ciclo de su vida.

—Mamá.. —quería decir. Pero Elena le puso la mano sobre los labios, suavemente, y se sentó al borde de la cama, acariciando su brazo.

—No hables —dijo—. No me hables, ahora. María ya me ha dicho...

Algo parecido a un llanto seco que manaba hacia dentro cubría sus ojos. Quizá —pensó— ya es difícil llorar, derramar lágrimas, como tiempo atrás.

Elena le acariciaba la mano, despacio. Una sonrisa leve iluminó su rostro, y se acercó más, con voz temblorosa:

—En este momento casi soy completamente feliz.

¡He sufrido tanto! He visto asesinar a tu padre, he visto cómo me despojaban de todo lo mío, mis hijos me abandonaban... Pero yo nunca perdí la fe, y ahora, poco a poco, las cosas vuelven. Eduardo está conmigo. Tu hermano está conmigo, quizá por vez primera. Tú también has vuelto... La guerra va a terminar...

Apretó a Sol contra su cuerpo, y brotaron, al fin sus lágrimas.

—¡Este mundo horrible se acaba, gracias a Dios!

Lo sé, Sol, yo lo sé. Todos lo saben... Ahora, todo volverá a ser como antes. Volveremos a vivir los tres reunidos como entonces. Sin miedo, sin hambre...

Con nuestras creencias, con nuestras costumbres, con nuestras cosas, con nuestros muertos queridos...

La voz se le quebró, débilmente, y se cubrió los ojos con la mano.

Sol notó una punzada en pleno corazón. Las cosas vuelven. Nunca perdí la esperanza. Las cosas van volviendo. Y otra voz, enronquecida, honda, llegó a sus oídos, desde un mundo remoto: La tierra todo lo devuelve.

¿Cómo podía haber atravesado tres años de dolor sin comprender nada? Bruscamente se incorporó, los ojos le brillaban entre las sombras que rodeaban sus párpados, con una luz que su madre no conocía.

—No para mí, no para mí... —dijo, con voz apenas perceptible—. Ya nada puede ser como antes para mí. Yo no soy la de antes, ¿comprendes? Soy yo la que no puede volver a aquel tiempo.

Elena se quedó mirándola con los ojos repentinamente llenos de miedo. Sol se desprendía de aquellas pupilas fijas y azules, como perdidas en un mundo inexplicable. Elena le apretó la mano.

—¿Por qué...? ¿Qué es lo que te aparta?

Sol apoyó la cabeza en la almohada. Su mismo cansancio parecía reforzarla. ¿Cómo explicar lo que realmente le importaba, por qué las cosas ya no podrían ser igual?

—No es él quien me aparta de ti. No es él... —Hablaba de Cristián como si su madre supiese todo lo sucedido. Aunque no esperase un hijo suyo, sería así, aunque no lo tuviese nunca. Soy otra, la vida me ha hecho distinta, y no puede importarme el no ser como antes.

Elena había dejado de llorar, estaba pálida.

—¿Pero dónde está... quién es? ¡Sabe Dios que procuro comprenderte, pero parece que me hablas en otra lengua!

Sol la miró como a una vieja fotografía. Algo dulce temblaba en su voz, un recuerdo, un sueño o una esperanza.

—No lo sé, no sé dónde está él ahora... Estuvimos juntos un tiempo, no sé cuánto, vivíamos en una casa abandonada... Es extraño esto, pero creíamos que aquello no acabaría, casi creíamos que no empezaban ni acababan otros días. Vivíamos sin tiempo algo nos vació la memoria, y, sin embargo, nunca conocí tanta plenitud... ¡No pensábamos en nada! Perdóname, pero me olvidé de ti también. Me olvidé de todo lo que no fuéramos nosotros.

Su madre la miraba como a un ser de otra raza, como a un loco.

—Solamente juntos podremos ayudarnos... ¿te das cuenta? ¡Cuando creía que nada tenía sentido, resultó que todo empezaba! Tal vez nos inventamos la fe, la ilusión. Pero tengo la certeza de que en algo no nos equivocamos. ¡Yo no sabía que esto podía sentirse así!

No comprendo qué cosa extraña es este sentimiento.

La voz de su madre, su mano, parecían muertas sobre su brazo.

—¡Quiero entenderte, quiero estar a tu lado! Aunque no haya sentido nunca lo mismo que tú, en lo profundo creo que siempre fue igual: no es distinto lo que te ocurre... Sol, óyeme. Es verdad que no entra en mi mundo, en mi vida, esto que

me dices. Que me duele como sólo tú puedes saberlo. ¡Pero no quiero dejarte ni ahora ni nunca! Como siempre, estoy a tu lado. Haremos lo que sea para arreglarlo, para que seas feliz...

—Pero si está vivo, en la cárcel... ¡He de ir en su busca, porque si no, no podría vivir! No puedo dejarle. Desde el primer momento, cuando le conocí, me pidió que no le dejara...

Elena movió la cabeza con amargura, su serenidad, difícilmente lograda, estaba a punto de romperse.

—Mamá, ¿te acuerdas de cuando tú me hablabas del día de mi boda? No sospechabas con quién podría casarme, pero ya sabías exactamente en qué clase de casa viviría, qué lugares frecuentaría, y hasta incluso cuáles serían mis gastos... Ahora mi vida ya no cabe en tus proyectos: para mí todo es distinto.

Elena lloraba, en sus hombros había algo vencido roto. Como en la madre que mira a un hijo muerto o a un hijo ciego, sin saber cómo ni por qué. Yo también he sido joven —pensaba—. He tenido también dieciocho años, amé a un hombre y tuve hijos de él.

Fue él quien me eligió, y no por eso me arrancó del mundo en que vivía, no por eso me separó de nada...

¿Qué ocurrirá ahora?...

—¿Qué clase de hombre es? ¿Dónde le has conocido?...

Sol la miró, titubeante. Ahora parecía ser ella la que no entendía.

—¿Qué clase de hombre?... He querido explicarte lo que nos unía... las cosas que sentimos... Es joven, pobre... No tiene ni ha tenido nunca nada. Pero empezaremos, los dos, como sea, ¡tenemos tanta fuerza para empezar!

Elena ocultó el rostro entre las manos.

—Ten cuidado, Sol, ten cuidado. El tiempo pasa, no lo olvides, todo cambia se transforma, poco a poco.

Ten cuidado, hija, yo Solo quiero tu felicidad... No sé, no puedo decirte nada más. No se es siempre joven.

Sol miraba al techo.

—¡Si te dijera que siempre supe esto, desde niña!

Algunas veces oyendo hablar a papá, algo me decía en mi interior: Eso no será para ti, y así ha sido. He visto cómo las cosas acaban y no vuelven. Yo soy de los que han de empezar todos los días, todos los días...

Elena acarició otra vez su cabello, con mano temblorosa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó en voz baja.

—Iré a la cárcel, donde supongo le llevarían cuando nos separaron... Y si no está allí, iré a otro lugar, y a otro, y a otro. Y no le dejaré, no le dejaré nunca, pase lo que pase.

Elena se acercó a la ventana. La luz se teñía de un color entre violeta y rosado.

—Descansa ahora —dijo—. Descansa...

Volvió hacia Sol, se inclinó de nuevo hacia ella y la besó en la frente. Tenía los labios helados, y en voz muy baja, casi al oído dijo:

—Si le encuentras... si volvéis a veros, volved. Yo estaré esperándoos a los dos.

Oyó hablar de cárceles más o menos clandestinas, pertenecientes a los partidos políticos, de los sótanos de la Casa Nestlé, en la Vía Layetana, donde se hacinaba gente anónima que no se suponía se encontrase en ningún lado. Pero de ninguno de estos lugares sabía más que lo que decía el rumor. Fue a la Cárcel Modelo, allí suponía le sería más fácil encontrar a Cristián.

Cuando llegó a la calle Entenza se detuvo, con el corazón oprimido. Contempló durante un rato el edificio de ladrillos rojos, sus ventanas alargadas, oscuras. Una luz dorada y nebulosa descendía del cielo y envolvía la gran fábrica. En la esquina vio la garita del centinela, el fusil con la bayoneta calada su rostro aburrido. Un niño y una niña llevaban una cesta que pesaba demasiado para sus bracitos. En el suelo, en medio de la calle, se veía una cuerda de esparto, tan aplastada, que parecía incrustada en él.

Entró, había mucha gente en el patio, largas colas de visitantes esperando turno para recoger su número, gente que aún disfrutaban la felicidad relativa de ver a sus seres queridos.

El suelo estaba cubierto por grandes losas pardas y había allí muchísimas mujeres. Son mujeres las que van a ver los presos, generalmente —pensó—.

A veces van con sus niños. ¿Llevaría a su hijo a la cárcel algún día? Entre los que aguardaban había una gitana con su churumbel, explicando a alguien en qué galería estaban los de la CNT. El churumbel agitaba las manos en el aire, reía o lloraba, con su boca aún sin dientes: un agujero mojado y rojizo. Sol miró obsesionada a la criatura. La pelusa de su cabeza, pegándosele húmedamente al cráneo, le daba aspecto de cosa recién vomitada y sintió una angustia profunda por aquellos ojillos semiciegos, aquellas manos oscuras, por los agujeros de su nariz.

Detrás de aquel cráneo, de aquellos ojos ¿qué amenazaba, o qué prometía?... De pronto, Sol deseó abrazarse la cintura. Una vez se juró ser libre, no amar, no desear, no recordar. ¡Qué estúpida ignorancia aquélla! De pronto la cárcel le parecía incrustada en el mismo cielo, y en el cielo, ahora, parecían flotar las casas, las personas, los objetos. Los perros aullaban en la línea del horizonte y algún silbido del tren, en la zanja de la calle Aragón, huía, en el silencio.

Volvió lentamente sobre sus pasos. La gitana, su niño, las columnas del patio, la jaula vacía, la mosca que golpeaba contra el cristal, ¿para qué? ¿Para qué?

Avanzó calle adelante. No me daré por vencida. A pesar de todo no podrían arrancarle su fe, su deseo de vida, como revelado mágicamente. Buscaba ahora a Cristián, por una razón más profunda, más cierta que antes. No me daré por vencida. Oscurecía.

Las calles estaban silenciosas, casi desiertas. En una azotea, dos hombres levantaban sus cabezas curiosas, mirando al cielo.

En la calle Muntaner vio un grupo que avanzaba arrastrando sacos y cajones. Una jovencita de brazos anémicos llevaba un pañuelo lleno de arroz, que desparramaba tras sus pasos. Parecía Pulgarcito marcando su camino con piedrecillas blancas. En un esquina, tres mujeres y un hombre arrastraban un cajón lleno de latas de conserva. En la acera y en medio de la calle había grandes manchas de harina y de pimentón.

Cerca de la Plaza de Adriano, en lo que antes fue un garaje, convertido ahora en almacén, una turba violenta y silenciosa se apiñaba, saqueándolo. Los aviones volaban cada vez más bajo.

El desvalijamiento se celebraba en medio de un silencio extraño el hambre había sido demasiado larga. Bajo el cierre de metal, retorcido y roto, las gentes pasaban unas sobre otras, se pisaban las manos, se empujaban, golpeándose con lentitud brutal y queda. Sudaban, arrastrando cada cual su botín, defendiéndose de las otras manos, arrastrábanlo calle abajo, con una tozudez sombría. Sol recordó los grupos que, al principio, saqueaban las casas y los palacios, las turbas que paseaban su botín por las calles, orgullosas, ebrias de alegría como si fuesen dueñas del mundo. Ahora era muy distinto, parecían bandadas de cuervos silenciosas apenas se oía el grito breve de un niño, a quien sofocaban empujándole, o el forcejeo de dos hombres disputándose un saco a tirones.

En las calles grises, abandonadas bajo el débil sol de invierno, los golpes tenían un eco blando y la brutalidad parecía atenuada por el silencio. El día, apenas dorado, se extinguía en la noche que se acercaba, un viento suave arrastraba por el arroyo papeles y papeles escritos, inútiles palabras ni siquiera quemadas. Sol vio un grupo de chiquillos descalzos, astrosos y renegridos, provistos de largos ganchos.

Todo era un destripar escombros, un febril hurgar entre la podredumbre y la miseria, en busca de lo que fuese. A un solar llevaron una gran tinaja de aceite, encontrada en la antigua iglesia de San Antonio, convertida en almacén. Un hombre raquítrico, encaramado al borde de la tina, llenaba cacharros absurdos, latas cántaros y sucias cazuelas medio rotas, con el líquido codiciado, hundiendo su brazo hasta el codo en la masa oleosa, intensamente amarilla. El aceite se pegaba a los pelos negros de su brazo reseco, ahogado en una satisfacción untuosa chorreante, borracho de una abundancia largamente soñada. Lejos se oyó una descarga de ametralladora.

En la acera de enfrente, los muchachos descalzos que Sol vio calle arriba hormigueaban en las ventanas de la iglesia de San Antonio como gusanos en las órbitas de un cadáver. Alguno logró desatranca una puertecilla lateral y a poco salían provistos de gorros de soldado, camisas caqui, cantimploras y vasos de aluminio. Se calzaron las botas de cuero amarillo, y cargaban jubilosos con tiendas de campaña.

Era su hora, la de su guerra sin sangre, al concluir la guerra, de los hombres.

Dos soldados mugrientos, derrotados, iban calle abajo, lanzando miradas recelosas. Junto a la tapia del solar, se despojaron de las guerreras, abandonándolas en el suelo y lanzaron los fusiles tras la tapia.

Al entrar en el portal de su casa, alguien la llamó:

—¡Eh, tú!...

Era una voz bronca y queda, como de alguien que desea ocultarse. Pegado a la pared, en la oscuridad descubrió una cabeza familiar. El corazón pareció detenerse.

—¡Tú! —repitió la voz. Y sintió que alguien la cogía con fuerza por el brazo.

—¡Chano! ¿Qué haces tú aquí?...

Quería preguntarle tantas cosas que la lengua se le paralizaba. Chano sonrió, un tanto confuso, y Sol se quedó mirándole como si llegara de otro mundo.

El viento silbaba largo, bajo, doblándose en la esquina de la casa.

Chano sonrió.

—¡Conque te soltaron!...

—Sí, me soltaron.

Precipitadamente, sin mirarla, Chano habló:

—Un día vine a preguntar por ti. No sabían dónde estabas. No pude encontrarte... He vuelto hoy. Me han dicho que no tardarías. Y yo... he esperado.

—¿Para qué? —indagó débilmente. Tenía miedo de oírle, no quería imaginar lo que le podría decir.

Chano tardó en contestar, y lo hizo con otra pregunta:

—Del chalo de tu amigo no sabes nada, ¿eh?...

Sol buscó ávidamente la mirada huidiza de Chano.

El chico insistió.

—¿A lo mejor lo buscas?

Sol lo cogió con fuerza por los brazos.

—¿Acaso sabes tú dónde está?

El rostro de Chano se quedó serio, casi grave.

Acercó su boca al oído de la muchacha, y dijo, precipitadamente:

—Me mandó recado para ti, pero no pude encontrarte. Está escondido en mi barraca Y, cambiando de tono, añadió—: Se escapó, ¿sabes? Le metieron en un camión, y él, ¡zas!, se escapó. Le llevaban a la frontera, dice. ¡Menudo follón debe haber allí!

¡Bueno! ¡Como no estaban para perder el tiempo buscándoles! Él tuvo un arranque, ¡como lo oyes!

Saltó del camión y se escapó, con otros tres... ¡La cárcel le espabiló a ése, por lo visto! Bueno, por algo es hermano del Bizco.

—¿Qué le paso?...

Parecía que no fuese ella la que preguntaba, ni siquiera la que escuchaba.

—¡Bah, casi nada! Un brazo roto —dijo Chano—.

Me parece que cojea un poco.

De nuevo Chano encontraba alguien a quien admirar, de nuevo tenía un héroe de quien repetir y abultar proezas. Sol le contempló con una ternura mezclada de dolor. Él prosiguió, cada vez más animado:

—Se echó al suelo, entre los árboles, ¿sabes? ¡Dice que silbaban las balas muy cerca de su cabeza! Y no respiraba... Hasta que oyó el ruido del camión que se iba. ¡No estaban ellos para cuentos! ¡Menuda prisa llevaban!

Sol cerró los ojos. Cristián escapó, huyó montaña arriba, ocultándose entre los árboles. Estaba escondido en la barraca del Chano. Escapó y huyó de la muerte,

desesperadamente, esperanzadamente, como un hombre más entre los hombres; la vida era importante, era importante, aun arrastrándose de agujero en agujero; era importante respirar.

—¡Tuvo cojones! —añadió Chano—. Ahora está allí, en mi barraca. Sabía muy bien dónde teníamos tu hermano y yo nuestro escondite. Fue allí una vez, aún viviendo Daniel, y no se le olvidó. Allí guardo yo mis cosas todavía, y cuando volví le encontré echado en el suelo, con el brazo envuelto en trapos. ¡Qué susto me metió hasta que le reconocí! Escóndeme aquí, Chano, me dijo; yo no sabía de quién se escondía: de los que se iban o de los que venían. Claro, no tenía por qué no esconderle, no tenía nada contra él.

Chano se quedó mirándola, esperando que ella dijese algo. Pero Sol estaba quieta, silenciosa, con un súbito frío que la hacía cruzar los brazos sobre el cuerpo.

—Oye, chica... —dijo él entonces.

Se interrumpió y miró al suelo.

—¿Qué?.. —preguntó, Sol, débilmente.

—El cree que tú vas a ir allí cualquier día. Está seguro. Dice que un día u otro, si tú no has muerto irás a la barraca. Cuando le dije que no estabas, qué en tu casa nadie sabía de ti, él dijo: Pero no ha muerto. No puede morir. ¡Como está chalao! ¡Como estáis chalados, los dos! —De pronto, otra cosa llenó su pensamiento y le entró una furia infantil—:

¡Cuando me acuerdo de las joyas aquellas de Pablo...!

¡Me da un coraje, cuando me acuerdo! ¡Las perdí, las perdí! Las escondí mal y fueron aquellos puercos cebados y lo revolvieron todo. ¡Cualquiera se acercaba por allí! Cuando volví el otro día, ¡a echarles un galgo!, ya no encontré más que la tierra removida... Pero, te lo juro: es la última vez que me pasa.

¡Daniel me hubiese llamado de todo! ¡Con él aquel día hubiese sido muy distinto! —Debió acordarse de otra cosa, porque bajó la voz y la ira desapareció de sus ojos—: Oye, ¿no sabes? Están abandonando los depósitos de víveres, las Cooperativas y todo eso...

Se marchan y dejan todo para nosotros. ¡Van a venir unos días buenos, buenos de verdad!...—Luego calló, como esperando. Sacudió el pelo de la frente, e hizo un gesto—. ¿Vienes, chica? —dijo—. Te acompaño un trozo... Luego tengo que hacer cosas.

Echado en el suelo, Cristián miraba el cielo a través de las cañas. Esperaba. Siempre sospechó que desde allí, con la espalda pegada a aquel suelo terroso, podía ser bueno mirar a la noche cara a cara. La noche azul con pequeñas estrellas espaciadas. Esperaba. El brazo le dolía densa, dulzonamente, y casi agradecía aquel dolor, porque le daba la impresión de recordarle tenazmente algo. A sus pies se extendía una ciudad y un negro mar al fondo. El poblado de pequeñas barracas y de cuevas estaba ahora desierto. Algo, entre pavoroso y cómico, se desprendía de sus latas y cacharros abandonados, de los cascotes de botella, de los residuos de sus habitantes huidos, y había círculos de tierra quemada en los lugares donde antes se prendió fuego.

Cristián contempló la muda desolación de las pequeñas grutas, las cañas vencidas y secas. Alguna cinta descolorida se balanceaba lánguidamente, impulsada por el viento, y un sinfín de objetos de uso doméstico aparecían abandonados, caídos o rotos, entre la hierba rala del invierno. Seguía esperando. La muerte era un paso atrás, únicamente. La muerte es un paso atrás en esta larga espera que se rompe sin que nadie sepa nada de nuestros pequeños gestos habituales, de aquel recuerdo, de nuestra ambición, de aquella noche de insomnio. Mirando a alguna estrella fijamente, su luz se ensanchaba y diluía. Luego, se contraía como una mano ancha y floja que, después de dársenos abiertamente, nos aprieta hasta el dolor, inesperada. Estar así, quieto e indefenso, bajo la estrellas. ¿Para eso los hombres huyen, saltan de los camiones que les llevan a la muerte y esquivan los trozos de plomo que les quieren agujerear el corazón? ¿Para eso es para lo que uno se cura las heridas, respira fatigosamente tozudamente, y huye, huye, huye sin cesar? Esperar, esperar, esperar siempre. De vez en cuando el brazo le dolía como una advertencia.

Había pasado diez días en los calabazos del SIM diez días y diez noches, sumido en la angustia de la ignorancia, de la separación. Aún le estremecía el recuerdo de los interrogatorios. Hora tras hora sintiendo los golpes secos, sordos, como las mismas palabras y preguntas, repetidas hasta la obsesión.

No le permitieron dormir. Preguntas que no comprendía o a las que no contestaba referentes a sus actividades de antes de la guerra, cuando era un adolescente soñador, lleno de curiosidad. Sufrió los interrogatorios con ojos endurecidos, con un dolor intenso, demasiado real incluso, y que él mismo

sentía le daba un aire, en apariencia indiferente, distante. Como si todas sus lágrimas se hubiesen vidriado, se hubieran convertido en diminutos cristales, agudos cortantes. Le inculparon de desertor de emboscado, de quintacolumnista. Pablo ya no puede defenderte ahora. Será mejor que hables. El recuerdo de su hermano era constante insoportable. También Pablo quizá se murió a tiempo, quizá le oía desde una orilla imposible irregresable, quién sabe si al otro lado de su Jordán.

Al cabo de diez días le trasladaron al Seminario donde pasó a una estancia interior, que daba a un patio, en la que había ya cuatro hombres. Aún dos interrogatorios mas, las mismas preguntas, el mismo trato, la misma sequedad interna, la misma indiferencia, la misma lejanía, el mismo recuerdo, constante también. Me gusta que no tengas las pestañas estúpidamente largas.

Un beso prolongado, cálido le llegaba a veces, con un estremecimiento. Una manó aferrada a su mano, un cuerpo pegado a su cuerpo.

Tus ojos parecen de escarcha. No te vayas. No puedes irte, ahora.

La cortina se hinchaba como una vela, en la ventana abierta.

Esta es nuestra ciudad... Cristián despertaba con una sacudida, los hombres tenían miedo, se sentaban en el suelo, dormían junto a la pared, con un inconcreto e inútil deseo de amparo. Nos van a matar. El miedo volvía a los hombres como animales, de ojos hundidos, viscosos, el miedo destrozaba a unos, y a otros, por el contrario, les hacía crecer, como una llama reavivada.

El dieciocho de enero les bajaron al patio y les subieron a unos camiones. A Cristián le tocó hacerlo en el último. Apretados, unos contra otros, sentían en los hombros y en los codos el hombro y el codo de sus compañeros. Un viento frío levantaba su cabello y hacía castañetear sus dientes.

Tomaron una carretera interior, que pasaba por Granollers. La carretera aparecía teñida de una neblina húmeda que mojaba sus ropas destrozadas.

Al sentir el aire frío apretó los dientes. Una sola idea le llenaba, un solo recuerdo también. Estamos juntos. No iba a dejarse matar así, sin más, estúpidamente, sin un solo grito, sin un solo gesto de rebeldía.

No iba a dejarse matar, se escaparía, y, si todo iba mal, habría acabado para siempre. Pero se escaparía, la idea crecía dentro de él, llenaba enteramente su

pensamiento. Eran tres camiones en hilera. Detrás del suyo, nada. Tras las ruedas, la carretera huía, como abandonándoles, desentendiéndose de su miedo, de sus corazones entumecidos, de sus callados gritos, metro a metro.

Pasada La Garriga aparecieron los altos montañosos de Fígaro. La carretera allí se arrimaba al bosque y Cristián se sintió lleno de fuerza y, al propio tiempo de una enorme cobardía. El miedo atenazaba su cuerpo, sus brazos y sus piernas. Apretó los dientes. Es el mismo miedo el que me empujará.

Es el mismo miedo el que me dará valor. Los dos guardianes miraban hacia delante, en dirección al camino. Al llegar a una curva, en el momento en que el chofer cambiaba de marcha, un diminuto, levísimo chasquido, se anunció en su interior. Cristián se inclinó, rápido, a rastras de una voluntad nacida de no sabía qué resorte, y se lanzó a la carretera. En el momento de caer le pareció que los ojos de sus compañeros más próximos le seguían, pegados a su misma ropa. Aquellos ojos abiertos, helados, llenos de un velo húmedo, aquellas pupilas turbias, que se le quedaron como adheridas a la piel, durante mucho tiempo, aún le perseguían. Eran los ojos de los muertos.

Luego, el dolor brutal, un dolor plano y duro, contra el que su cuerpo parecía romperse. Un olor espeso penetraba por su nariz, oídos y ojos, era un olor especial a neumáticos y grava, a polvo y a frío. La escarcha crujía bajo su pecho y su espalda mientras rodaba unos metros. Luego se quedó tendido boca arriba, cara al gran cielo blanco, sin una sola nube. Esperó la bala que atravesara su cabeza, esperó un grito, un solo grito y luego, la callada huida de la sangre, como una última voz. Pero no oyó nada.

Nada. Ni siquiera el rumor de los camiones, alejándose tras la curva. Nada.

Estaba entumecido, con los brazos agarrotados. En el cielo, del que no podía apartar sus ojos, comenzó a distinguir el paso sutilísimo, tenue de la niebla como un velo dulce y mojado que huía, huía. Hizo un esfuerzo y rodó hacia la cuneta. Allí se quedó jadeante, el pecho tocando al suelo, la ropa empapada de escarcha y lodo.

Estuvo así un tiempo indefinible, ocultando, creía él, los latidos de su corazón. Sentía un dolor agudo, en el brazo y la cadera. Sobre todo su brazo izquierdo parecía totalmente vacío de vida. Se lo palpó, como a un animalito dócil, como si no le perteneciese. El dolor subía, caliente y ácido, hasta el hombro.

Horas después trepó a la ladera de la montaña.

Con un esfuerzo del que nunca se había creído capaz, ascendió torpemente al bosque, apoyándose entre los troncos de los árboles. Sus pies se hundían en un palmo de hojarasca podrida, cubierta de una viscosidad resbaladiza. Entre los troncos la niebla cobraba una transparencia dorada, irreal y sentía su corazón hinchado como un fuelle. Atardecía cuando distinguió las paredes encaladas de una pequeña masía. Un perro empezó a ladrar, le veía corretear entre los árboles, nervioso, con la cabeza alzada. Era un perro canijo y sin raza, con marcados costillares bajo la piel. Se aproximó despacio, apretándose con una mano el brazo herido.

En la puerta apareció un hombre de edad avanzada, con una gruesa bufanda sobre los hombros y un bastón en la mano. Avanzó hacia él cojeando, cada vez con más dolor. El hombre le miraba venir, con mirada inexpresiva. Cuando se hallaba a pocos metros de él, en voz dura, le detuvo: Atura't. Cristián se detuvo en seco. El hombre le preguntó con un gesto qué quería. Cristián se apoyó contra la empalizada. En la tierra, mojada, se veían residuos de basura, cascotes de barro cocido, fiemo. El perro se paró junto a una charca, y su figura se reflejó, temblando, en el agua negruzca. Dijo: Tengo hambre y sed. El hombre le hizo seña de que esperase. Se internó por la puerta y, a poco, volvía, llevando en la mano un trozo de pan y una botella y se los entregó. Cristián oía su voz llena de miedo, de angustia. Vete. Toma esto y vete de aquí. Un niño se asomó a la ventana y llamó al perro. El hombre se volvió a él y le ordenó que se metiera dentro con una blasfemia. Cristián cogió el pan y el vino. Gracias.

Mientras se alejaba, el cuerpo entero le dolía, sentía todas sus magulladuras. No puedo detenerme. No debo perder tiempo.

No, ya no podía retroceder. El dolor y el cansancio le empujaban. Mordió ávidamente el pan y acercó los labios al gollete de la botella.

El olor del vino, agrio y ardiente, le reanimó. Bebió y lo sentía como un fuego bienhechor pecho adentro.

Por el arrimo de la carretera fue siguiendo, sin darse casi reposo. Avanzaba, lleno de tozudez, de una fuerza desconocida. La vida que llevaba dentro, que atravesaba, aun por fría, por negra, por desolada le empujaba. La vida iba a rastras de una lucecilla tenue, de una lucecilla que flotaba sobre su cabeza delante de sus ojos. Seguía con su cuerpo dolorido, con su cuerpo mortal y pesado, torpe, aquella frágil y tenue lucecilla. Cruzó Montcada, Sardañola, Sant Cugat. Se acercaba a las casas y pedía de comer. Le recibían con gesto

temeroso, le socorrían o no, pero oía siempre la misma palabra, aquella palabra que le dolía y que agradecía: Vete.

En Santa Cugatá tomó la carretera de La Rabassada.

Quería llegar al Tibidabo y encontrar la barraca de Chano.

El veinte de enero, dos días después de su huida apareció la mole blanca y cuadrada del Hotel Florida. Casi todas las ventanas estaban abiertas y había varios coches aparcados en el jardín. Sé oían ruidos y voces, empequeñecidos por la distancia.

Dejó atrás la torre conductora de agua y siguió hasta la explanada. Una vieja melancolía le invadió, forzándole a detenerse. Frente a él se alzaba la Atalaya y, más allá, el Avión. La soledad reinaba allí. Todo, la Atalaya y el Avión, aparecían inmóviles como fantasmas, entre la niebla. Cargados, como él, con eco de viejos ruidos, de viejas voces, de viejo tiempo. Por vez primera se abandonó a su cansancio, acercándose a aquel mundo dormido. Allí estaba la barandilla del largo mirador, desde el que se podía contemplar la ciudad grande, la ciudad bella, la ciudad que ya parecía haberse apagado para siempre.

Se aproximó al barandal de hierro y miró hacia abajo. De niño estuvo allí. Su madre le trajo alguna tarde, merendaron en unas pequeñas mesas, cosas extraordinarias, compradas con silencio. Allá abajo, las calles rectas, oscuras, atravesaban la ciudad en busca del mar.

Un indomable deseo le obligó a bajar al rellano inferior, en el que recordaba un gran salón de atracciones. Estaba cerrado, pero a través de los cristales sucios entrevió, como muerto, destituido de su función de hacer soñar, un mundo fabuloso, ingenuo y viejo, de gramolas tragaperras, de renqueantes máquinas, de magia mal ajustada, y creyó, por un instante, escuchar su música. Todo allí, era como una larga música detenida. De niño le daba un poco de miedo, un poco de asco y un poco de ilusión.

Ahora se sentía como bañado de nostalgia, de una nostalgia extraña e incomprensible, puesto que no añoraba nada. Tal vez solamente los años, el tiempo, la vida que ya no estaba allí, ni en él, ni en aquellos inefables juguetes de movimientos temblorosos. Por un momento tuvo la sensación de que alguien iba a echar una moneda en una ranura, y llegaría hasta sus oídos una canción apolillada.

Se alejó, buscó la senda que llevaba a las barracas. Ya anochecido, las encontró.

Ahora recordaba haber entrado en la de Chano, haberse tendido en el sucio colchón y haber dormido, dormido, durante no sabía cuánto tiempo.

Las cañas crujían junto a la puerta, apartadas por alguien. Cristián tuvo un ligero estremecimiento.

Algo vivía en él que creía profundamente en los milagros. Sobre el azul del cielo se dibujó un brazo largo y Cristián se mordió los labios. Torpemente buscó el último fósforo que le quedaba en la cajita de cartón. Le resbalaba, no podía cogerlo. Notó cómo le temblaban los dedos. Aunque se crea en ellos, nunca se presencian milagros...

Ah, por fin:

Allí estaba la maldita cerilla. Pero la silueta recién llegada, el hombro y el cuerpo que continuaban al brazo, se inclinaron hacia él, antes de que pudiera encenderla. Como una nueva noche, hecha de tibieza, de praderas de sangre, de caricias casi olvidadas.

—Cristián —dijo Sol.

Cristián raspó furiosamente la cerilla, decapitándola. La pequeña cabeza se inflamó, pegada a los dedos, con un vivo dolor y sintió las manos de Sol, y le pareció, de pronto, que en torno a ellos había una multitud de seres menudos, tapándose la boca con las manos para que no les oyesen reír. Al sentir su abrazo sentía con más intensidad toda la pobreza y suciedad que les envolvía. Su traje roto tenía pegado a él el olor inconfundible de la cárcel y ella probablemente, aún llevaba en los pies aquellas sandalias... La abrazó con furia, no iba a decirle ahora, estúpidamente: Estaba seguro de que vendrías aquí. No, ¿cómo iba a decírselo? El brazo le dolía fuerte, pero venció su rigidez para estrechar aquel cuerpo contra el suyo, pobreza contra pobreza, debajo de las estrellas. Ahora, eran otra vez una realidad su cuerpo, sus labios, sus brazos. A su contacto, Cristián percibía aún más la aspereza y suciedad de las propias manos, casi no tenía tiempo para besar su boca cálida, aquellos labios anchos y suaves que tan bien recordaba.

—¿Por qué estamos tan contentos? —fue lo único que dijo, después. Blandamente, sin aflojar su abrazo, se abandonaron contra el suelo.

—Es extraño que vivamos —dijo Sol en voz baja.

Apoyados en la tierra, respiraban uno muy cerca del otro, parecían aplastados por algo grande e impalpable, terrible y hermoso a un mismo tiempo.

Bruscamente, Cristián se incorporó. Cogió a Sol por las muñecas, y la obligó a levantarse también como si deseara arrancarla del suelo.

—No —dijo. Y estaba lleno de una alegría feroz, afilada—. No digas eso.

No era extraño vivir. No era extraño luchar desesperadamente por la vida, beberse el tiempo e ir de frente en busca de los años. No era extraño esquivar el cuerpo a las balas, pasar deprisa frente a los cementerios, aplastarse contra el suelo, entre los árboles, cuando pasa la muerte sobre nuestra cabeza, saltar de los camiones y correr montaña arriba, arrastrando nuestras heridas. No era extraño el deseo de respirar, de levantarse del suelo, de arrastrarse casi, para seguir respirando. No era extraño buscarse, encontrarse, quererse. De pronto lo sabían viéndose el uno al lado del otro escuchando su silencio.

Estaba oscuro allí, no se veían los ojos siquiera, pero notaban sus vidas pegadas, aferradas, latiendo una contra otra. No te marches nunca. De ahora en adelante, todo nos pertenece, aunque no tengamos nada. Seremos libres, mira tus manos vacías, el centro de tus ojos abiertos y obstinados, seremos libres, nuestros hijos serán mejores. No, no somos estrellas. Somos un hombre y una mujer.

Una luz fría y blanca se filtró entre las cañas, hasta despertarla. Sobre los párpados cerrados sintió el brillo metálico de aquella claridad, sin color casi.

Su espalda se aplastaba contra algo muy duro y un fuerte olor a tierra húmeda la envolvía. Sol permaneció unos instantes así, en un entresueño dulcemente vacío, suspenso. Hasta sus oídos llegaba el gemido de un viento bajo, estirándose sobre el silencio de la tierra. Luego abrió los ojos y se incorporó.

Estaba sola en la barraca. En el colchón aún se marcaba la huella del cuerpo de Cristián. Abrió la puerta y la luz de la mañana se abrazó a su cuerpo.

La tierra parecía más negra bajo aquella luz, entre la pinaza aterida. Los delgados troncos de los árboles se recortaban escuetamente sobre la lividez del cielo. Un ruido de hojarasca seca le hizo volver la cabeza. Por el senderillo venía Cristián, cojeaba levemente y traía, con visible esfuerzo, una lata llena de agua. Al verla, levantó la cabeza y sonrió.

El agua estaba helada, pero Sol la sintió sobre su piel con una alegría punzante; brillaba en ríos diminutos, sobre su cuello se detenía como estrellas en la punta de los cabellos. Hasta ellos llegaba el lejano ruido de descargas tardías y de tiros aislados.

Cristián, nervioso, rondaba en torno. Oyeron de pronto el motor de unos aviones y Cristián levantó ansiosamente la cabeza.

Permanecieron a la escucha, oteando por la ladera como pequeños animales. Chano no aparecía por ningún lado.

Abajo, la ciudad se extendía ancha, desnuda, el sol doraba la vertiente y, a sus pies, las casas azules, rosadas y grises, entre la última niebla, se confundían como tras un velo de lágrimas.

Casi continuamente, resonaban disparos en la estribación de la ladera y en los altos de San Pedro Mártir.

—¡Vámonos!

Al oír estas palabras, al verle allí, más alto que ella, sobre un tocón, para dominar la lejanía, Sol supo que tenía que decirle algo y apoyó la frente contra su pecho. Allí estaba su corazón, su pobre y gran corazón de hombre, lleno de deseos, de tristeza, de fuerza. Y dentro de ella, otro corazón, otros sueños con independencia de su corazón y de sus sueños, algo que sentía en su ser, misterioso y amado. Un viento frío se abrazaba a sus cuerpos. Sol miró abajo, a la tierra. Como en un sueño, creyó ver a un niño arrodillado en el suelo, jugando con la tierra. La tierra que todo lo traga y todo lo devuelve, que devolvió charcas y árboles, que devolvió tiempo, esta tierra que tragó a su padre, que tragó la infancia, que tragó el amor y el odio, el rumor del agua, el polvo y un olor profundo y atroz: el olor inconfundible, sombrío y estallante de la vida. La vida sigue y todo se repite en esta tierra.

Los aviones, eran distintos, su trepidar parecía una ancha vigilancia, volaban ya muy bajos. Cristián y Sol emprendieron despacio el descenso.

Caminaban muy juntos, con miedo y esperanza.

Lejos, vieron a un grupo aislado que levantaba una barricada. Una mujer amontonaba sacos de arena echándose hacia atrás el pelo que le caía sobre la frente sudorosa.

La ciudad de los huidos, despojada y patética, dolorida y llena de esperanza, les aguardaba. Bajaban a la ciudad donde nacieron, como si la vieran por primera vez. Era el 26 de enero de 1939.

En el paisaje surgían hotelillos aislados, al parecer abandonados. Cristián se apoyaba en el brazo de Sol pero no le dolían las heridas. Su mirada, obstinada, se fijaba allá abajo, en la ciudad, en su ciudad.

Sonaban en la parte alta disparos, detonaciones que tenían algo dañino y falso en la luz de la mañana.

—Deben estar resistiendo por ahí todavía... —dijo.

Los disparos parecían últimos gritos sin eco.

En aquel momento apareció la curva de la carretera. Una columna de tanques e infantería descendía hacia la ciudad. Se oyó silbar una bala, y el cuerpo de Cristián cayó vertiente abajo, con un grito.

Olvidado de sus heridas, de su dolor, aquel grito le pareció a Sol brotado de la misma tierra que pisaban. En aquel grito estaban todos sus deseos, sus días futuros, su vida soñada. Su tierra estaba en aquel grito, su tierra fermentada bajo un sol calcáreo, reverberante, su tierra renacida, reverdecida y taladrada por la ardiente lluvia en primavera; era el vaho de la tierra al cielo, en las noches luminosas del estío. En aquel grito y en aquel hombre, que caía, rodando hacia la carretera, Sol sintió su propia vida, destruida.

A su espalda, entre el follaje, se alzaba un hotelito rosado, de ventanas herméticas, con los maderos rotos. La bala fue también un grito bronco en ella.

El cuerpo de Cristián se paró en seco, sacudido.

Luego se dobló y cayó rodando, venciendo matas, hacia el retumbar de los tanques.